

YAMI KRISMIYA

cupido
POR UNA
Vez



cupidado

POR UNA

vez

©2019, Yami Krismiya

Corrección

Anny González

Cynthia Cornejo Muñoz

Diseño de cubierta:

Gabriela Antón Rey

Maquetación:

Mireya Murillo Menéndez

Obra registrada en: Safe Creative

Obra registrada en: Propiedad intelectual de Chile

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o préstamos públicos.

*¡Lo nuevo pisotea lo antiguo!
Malditos seáis los dioses jóvenes que derogáis las viejas leyes.*

UNO



Les voy a contar la historia sobre como una chica a la que le gusta un chico, desde hace bastante tiempo, termina destrozada porque el idiota comienza a salir con otra. ¿Muy cliché? ¡Pues jódanse, porque me acaba de pasar!

Pedí otro vaso de vodka pensando que tal vez el alcohol podría apagar mi llanto, pero solo me hacía sentir peor. Era plenamente consciente de ello, el alcohol no servía para ahogar las penas, solo te hacía olvidar en el momento, pero los problemas seguían. Me sabía la lección de memoria, pues solía abrazarme al inodoro varias veces al mes y nunca aprendía.

—Lizzie creo que es suficiente —dijo Francisca, mi mejor amiga—. Hay muchos hombres en el mundo como para morirse por uno.

—¿Por qué le tenía que gustar mi hermana?! —chillé—. Es decir, no somos muy distintas: tenemos los mismos padres, vivimos en la misma casa, tenemos el mismo color de pelo y ojos, aunque los míos son un poco más oscuros. Bueno, ella es un poco más alta y más delgada, y...

—Lizzie, Lizzie —llamó Fran interrumpiendo mis divagaciones—. Eres bellísima.

—¡Eres mi mejor amiga! Es lo mismo que lo digas tú o mi madre —acusé.

El encargado trajo mi pedido, pero antes de poder tomarlo Fran se adelantó y lo apartó de mí.

—¡Hey! —reclamé.

—Ya bebiste suficiente, llamaré a un *Uber* —anunció mi amiga.

—Eres mala.

Mientras Fran intentaba usar la aplicación y mantenía lejos mi vaso de vodka, terminó la canción que un joven moreno estaba cantando en el karaoke. El muchacho devolvió el micrófono y el animador dijo algunas palabras por su actuación antes de incitar al público a subirse a la tarima.

Levanté la mano y corrí lo más erguida que pude a la tarima, siempre con dignidad.

—¡Tenemos una participante! —exclamó el hombre ignorando mis evidentes copas de más.

Fran ni siquiera se dio cuenta que me había movido hasta que fue muy tarde. Desde el escenario, pude ver su cara de horror al encontrarme en el centro de todas las miradas.

—¿Qué canción vas a pedir? —El animador me dedicó una gran sonrisa y extendió el micrófono para escuchar mi respuesta.

—Esta canción se la quiero dedicar a alguien muy especial para mí —expliqué pacientemente para evitar que se me enredara la lengua—. Se trata de un chico que llena mis días de alegría y felicidad, la persona en quien pienso constantemente, especialmente cuando escucho la palabra «amor».

—¡Veo que eres una joven romántica! —comentó entusiasmado el animador.

—Sí. ¿Cuál era tu nombre? —inquirí.

—Felipe —respondió el hombre.

—Felipe —repetí—. No me interrumpas, por favor. Como iba diciendo, yo sé que este chico no me va a escuchar, así que solo espero que al menos le lleguen mis sentimientos.

Algunos aplausos se hicieron oír en el público y miré a Fran, cuya mirada decía: «no hagas ninguna estupidez». Sin embargo, ya la había hecho desde el momento en que había decidido subirme a la tarima o incluso antes, cuando conocí a Víctor; o tal vez cuando tomé una serie de decisiones equivocadas que me llevaron a esto. Pero en ese momento no me importaba.

Cuando dije el nombre de la canción Felipe me miró horrorizado, mas no me arrepentí. Hice un gesto al Dj, a quien parecía divertirse la elección, mientras que los demás asistentes se habían quedado en completo silencio.

La música comenzó a sonar y sin preocuparme por mi horrible voz, canté.

—*Rata inmunda, animal rastrero...*

Escuché algunas risas entre el público, quienes ya habían caído en la cuenta de que en el escenario se encontraba una chica despechada y borracha, la peor combinación posible.

Antes de que mi dignidad terminara por los suelos, Fran se subió y me arrebató el micrófono de las manos. Me resistí, pero mi condición no me permitía oponer demasiada resistencia.

—A estas alturas de tu carrera ya deberías saber lo que una mujer con unas copas de más es capaz de hacer, Felipe —le dije al animador antes de bajar por la fuerza.

Fran apenas me metió en un coche, que no sé de dónde salió. Sabía que no tenía sentido discutir conmigo, por lo que guardó silencio durante el viaje. Ojalá yo hubiese tenido su entereza, pero en vez de mantener la compostura a los pocos minutos del recorrido comencé a llorar y a maldecir.

El vehículo nos dejó en la puerta del edificio, Fran pagó y me llevó hasta mi piso, soportando mis comentarios sin sentido y mi mal aliento.

No fue necesario buscar las llaves, mi hermana abrió la puerta al primer toque y nos hizo pasar.

Vivía con ella en un pequeño apartamento en el centro de la ciudad. Habíamos nacido en el campo, no muy lejos de allí, por lo que nuestros padres nos habían permitido migrar para asistir a la universidad.

—¡Elizabeth! —chilló—. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo puedes llegar así?

La miré y sentí que mi cabeza ardía como una caldera a punto de explotar.

Mi madre era fanática de Jane Austen, por eso mi nombre era Elizabeth y el de mi hermana Jane, como las dos hermanas Bennett. De haber tenido más hijas, habríamos completado el clan, sin embargo, los problemas con mi padre lo hicieron imposible.

Jane siempre fue la hermana bonita, inteligente y perfecta. Era dos años mayor que yo, y había aprovechado dicha diferencia de edad para abandonar la casa en cuanto los problemas familiares se presentaron. Por mi parte, tras graduarme en el instituto, tardé un año en postular a la universidad, incapaz de dejar a mi madre sola. Así se había formado todo un prejuicio en mi contra. Igual que en el libro, irónicamente me convertí en la hermana floja, irresponsable y poco esforzada.

Era injusto, pero no me importó porque sentía que era mi deber.

Sin embargo, aquel no me encontraba bien, por el contrario, me había vuelto un estropajo andante producto del alcohol y el dolor que me provocaba el saber que el hombre a quien yo había amado durante más de un año hubiese preferido a mi hermana.

—¡Tú no te metas! —grité—. ¡Siempre te has mantenido al margen de todo! ¡¿Por qué te habría de importar ahora?!

—Porque eres mi hermana y el alcohol te está haciendo daño.

Miré a mi alrededor y descubrí que Fran ya no estaba, ni siquiera me había dado cuenta del momento en que se marchó.

—¡Pues tenerte como hermana también me hace daño! ¡¿Y qué?!

Mi amiga habría sido el único filtro para no decir lo que dije pues ella era me mantenía con los pies en la tierra. Pero se había ido, dejándome sin control.

Sin embargo, cuando vi los ojos azules de Jane mirándome como si le hubiese dado el peor de

los golpes, no pude evitar sentirme como la peor persona del mundo.

Ya no me quedaba dignidad, así que solo me di vuelta e intenté llegar a mi habitación andando en zigzag. Cerré la puerta con un fuerte golpe y una vez que estuve en la intimidad de mi cuarto comencé a gritar.

No me importaban los vecinos, mi hermana, ni nadie que pudiese escuchar mis tristes lamentos. Necesitaba desahogarme, tenía que sacar toda la pena, la rabia y el dolor antes que estos terminaran consumiéndome.

—¡Maldición! —chillé—. ¡Todo es una mierda! ¡Todo esto es una maldita mierda!

Las lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas y me cubrí la cara en un absurdo intento por tapparlas.

—¿Por qué? —gemí.

Mis piernas flaquearon y me permití caer de rodillas al suelo. No sabía si lo que tenía en la garganta era un nudo formado por la tristeza o algún nuevo efecto secundario del alcohol, pero lo que sí podía asegurar era que en mi corazón había un agujero, un maldito vacío. Casi podía sentir la oscuridad en mi pecho, la nada, como si algo se lo hubiese tragado dejándome morir desangrada, sola con mis lamentos. ¿Por qué el destino jugaba estas malas pasadas? ¿Por qué Jane y yo teníamos que acabar enamoradas del mismo hombre? ¿Cuál era el sentido? ¿Qué clase de karma era este? Tantas preguntas y todas redundaban en lo mismo.

—¿Por qué?! —grité, golpeando el suelo, primero con la palma abierta, luego con ambos puños, hasta que me dolieron las manos.

Me puse en pie y pateé un cojín que había en el suelo sin dejar de preguntar en voz alta al universo.

Cogí un montón de cosas de mi escritorio y las lancé sin prestar atención. Era como si un demonio me hubiese poseído, nada me importaba, solo necesitaba descargar mi dolor. Es más, estaba segura que, de tener a Victor frente a mí, lo habría golpeado sin consideración. Lo odiaba porque era un estúpido, el peor idiota de la tierra y, sin embargo, lo amaba, por lo que no podía lastimarlo. A pesar de que él a mí sí.

Escuché el ruido de la cerámica al romperse, y cuando me di cuenta, había un pequeño ángel con una flecha en forma de corazón roto por la mitad. En ese momento ni siquiera recordaba de dónde lo había sacado, pero comencé a hablar con él, como si tuviese vida propia.

—¿Cuál es tu maldito problema?! —exclamé—. ¿Es tan difícil acertar una puta flecha? ¡Hasta un enfermo de Parkinson tiene mejor puntería! ¡Dios estúpido! ¡Me jodiste la vida!

Volví a tomar cosas al azar y seguí arrojándolas al suelo.

De pronto, en un pequeño desliz de conciencia, me di cuenta que en mis manos tenía un retrato en donde estábamos Jane y yo de pequeñas en el campo. Era una foto antigua, probablemente ninguna tenía más de trece años, y, sin embargo, me encantaba la foto, por lo que la había enviado a imprimir.

Me senté en la silla de escritorio, destrozada, abrazando el retrato y dejando que las lágrimas cayeran sobre la lámina de vidrio que lo cubría. Estuve así un par de minutos, lentamente comencé a calmarme y empecé a tener sueño. Sentía los ojos hinchados y las mejillas calientes. Dejé la fotografía de vuelta en su sitio e intenté llegar a mi cama.

Entonces me di cuenta que no estaba sola. Había alguien más en mi habitación.

La reacción de cualquier persona normal habría sido ponerse a gritar o huir, pero yo estaba cansada tras el alboroto que formé y lo suficientemente borracha como para hacer lo contrario.

—¿Cuándo te dejé entrar? —cuestioné.

El muchacho debía tener más o menos mi misma edad, en algún momento pensé que tal vez lo

había conocido en el bar, y lo había traído a mi apartamento.

—¡Oh no! —exclamé—. Traje a un desconocido a mi apartamento, ¡ay no! —Miré en todas direcciones, buscando algo con que defenderme—. ¡No le hagas daño a mi hermana!

El extraño sonrió ligeramente, al parecer le divertía mi desesperada reacción.

—Lamento haberte asustado, es que te escuché llamándome con tanta fuerza que decidí venir —explicó.

Su voz era profunda, aunque no podía entender una sola palabra de lo que decía.

—¿Yo te llamé? —repetí con desconfianza—. ¡Si ni siquiera sé quién eres!

—Me llamo Eros, soy el dios griego del amor —se presentó.

Y de pronto, todo se volvió oscuridad.

DOS



Esa mañana me desperté sabiendo que la noche anterior había hecho algo de lo que iba a arrepentirme para siempre. Era ese tipo de sensaciones que quieres ignorar, pero te atormentan sin descanso. Eso, sumado a mi enorme dolor de cabeza, las molestias en mi estómago, las náuseas y una sed insoportable hicieron de mi mañana una tortura. Aunque, en realidad, ya eran más de las doce.

No había despertado a tiempo para las clases de la mañana, pero aún podía ir por la tarde. Caminé hasta la cocina y me preparé el almuerzo. Jane no estaba, así que deduje que probablemente iba a comer en la universidad, lo que en cierta manera me alegraba, algo me decía que anoche había montado toda una escena y no quería enfrentar a mi hermana aún.

Jane y yo nacimos en un pequeño campo cerca de la ciudad, era un bello lugar en medio de la carretera conocido como *La Noguera*. Nos habíamos mudado solo para poder continuar nuestros estudios.

El paisaje de Everlille era distinto al de mi hogar: las áreas verdes habían desaparecido debajo de gruesas capas de cemento y los únicos animales con los que podía encontrarme eran perros y gatos, muchas veces callejeros, o palomas enfermas. Eran las consecuencias de la urbanización, pero lamentablemente no había universidades en el campo.

Mientras la carne se cocía, preparé una taza con hierbas para afirmar mi estómago antes de la comida.

Me senté en el sofá de la entrada, con la taza entre las manos. Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, sintiendo el aroma de las hojas llenar mis pulmones. La cabeza me daba tumbos, me palpitaban las sienes, y mi estómago amenazaba con salirse por la boca.

Entonces algunos recuerdos aparecieron en mi cabeza. Primero, Fran y yo en un bar llorando porque mi hermana estaba saliendo con el chico que amaba. Luego, mi mejor amiga arrastrando lo poco que quedó de mí hasta el apartamento. Y finalmente...

—Oh no. —Suspiré.

Abrí los ojos y me quedé mirando el vacío, hundiéndome en el sofá, sabiendo que ayer me había pasado de la raya.

Lo peor era que ni siquiera podía recordar lo que le había dicho a Jane. Solo veía la decepción de su rostro y el dolor que mis palabras le causaron.

La olla comenzó a requerir mi atención, así que dejé mi taza a un lado y corrí a la cocina mientras la imagen de Jane se repetía en mi mente. Serví la mesa y mientras comía intenté llamarla, pero no hubo respuesta. Podía entenderla, yo en su lugar habría hecho lo mismo; sin embargo, necesitaba hablar con ella.

Tras llamar incansablemente, me di cuenta que no tenía sentido seguir, su falta de respuesta era porque en definitiva, no quería hablarme.

Dejé mi plato sin terminar y salí del apartamento, ni siquiera me preocupé de cepillarme el pelo, el cual era un caos. Necesitaba encontrarla, hablarle, y pedirle disculpas, sin importar si las aceptaba o no.

El autobús tardó unos insoportables quince minutos en llegar a la parada, subí y pagué el billete a toda prisa, consciente de que solo había un lugar en donde Jane podría estar a estas horas.

Interiormente, maldije a cada persona que hizo parar al conductor por el camino, y salí disparada en cuanto vi el edificio principal. Normalmente prefería caminar hasta la universidad, salir con tiempo y disfrutar del paseo urbano, pero dadas las circunstancias, no me quedó otra alternativa que utilizar el transporte público.

Jane estudiaba ingeniería, su facultad quedaba casi en la entrada, por lo que no tardé en llegar. Subí las escaleras a toda velocidad, y luego seguí por el pasillo, hasta alcanzar la sala de estudio que se encontraba en la tercera planta. Allí la encontré.

Sus cabellos dorados caían a un costado de su cuerpo, mientras sus iris cristalinos enfocaban los libros, ella era delgada por naturaleza y alta, como una modelo. Era hermosa, y no lo pensaba porque fuera mi hermana, sino porque de verdad lo era. Cualquier persona podía reconocerlo con solo echarle un vistazo.

Entré en silencio y me acerqué con cautela, presintiendo de antemano que no sería bien recibida. Jane ni siquiera me miró cuando la saludé, simplemente hizo un gesto indicándome que debía guardar silencio.

—Jane, por favor —supliqué.

Entonces me topé con el frío hielo de su mirada. No solo estaba enfadada, estaba terriblemente furiosa, y ni siquiera podía recordar qué le dije para hacerla sentir así.

Se puso de pie para dirigirse a la salida, la seguí de cerca sintiéndome pequeña y estúpida. Sin embargo, no se detuvo en la puerta, sino que continuó caminando hasta llegar a los baños de la cuarta planta. Eran los más sucios y pequeños de la facultad. Por lo demás, quedaban bastante lejos, por lo que pocas personas solían venir. Me di cuenta que nuestra conversación iba a ser seria.

—Jane... —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—Elizabeth. —Utilizó mi nombre, no mi apodo—. ¿Qué pretendes? ¿Salir todas las noches y llegar borracha al apartamento? ¡No puedo soportarlo! Le pediré a mamá otro apartamento. ¡Estás actuando igual que papá!

Fue ahí cuando toda posible disculpa que pudiera haber formulado, se esfumó.

—¿En serio crees que es así de fácil? Solo vas a llamar y pedirás otro apartamento. La mayoría de las personas no pueden darse esos lujos, ¿sabes?

—¿Y porque la mayoría de las personas no pueden, estoy obligada a soportar a una alcohólica?

—Sí... es decir, no. ¡Argh! No importa. —Pelear no nos iba a llevar a ningún lado—. Jane, lo que hice ayer no estuvo bien. Lo siento, ¿vale?

Mi hermana me miró. Aún le dolía, estaba lastimada y era mi culpa, por lo tanto, debía controlarme e intentar arreglar el daño que había provocado.

—Bien. —Resolvió al cabo de unos minutos—. Me cuesta demasiado enfadarme contigo, pero Lizzie, debes controlarte. Sabes de sobra los problemas que causa el alcohol.

Me rasqué la cabeza. Era una manía que había adquirido cada vez que me ponía nerviosa o quería evitar un tema.

—Sí, lo sé —respondí, desviando la mirada al espejo.

Me encontré con el reflejo de una joven delgada, con grandes ojeras y un peinado caótico. Podían verse claramente mis raíces rubias bajo el tinte rojo. Mi ropa estaba arrugada y mi rostro lucía más pálido de lo habitual. Eso, sin tener en cuenta que había omitido el maquillaje esta mañana.

De pronto una figura envolvió la mía, y me encontré entre los brazos de Jane.

—Eres mi hermana menor y me preocupas —dijo—. Si tienes algún problema, puedes

decírmelo.

Apreté la mandíbula y correspondí el abrazo, ocultando mi rostro para evitar dejarme en evidencia. ¿Cómo decirle que la amaba, pero a la vez no podía evitar odiarla por estar con el chico que desataba un terremoto en mi interior cada vez que lo veía? No, no podía. Aunque la verdad me estuviera matando.

—No, todo va bien —contesté, sabiendo que la coma en esa frase estaba demás.

Jane me tomó por los hombros y analizó mi rostro. Sabía lo que estaba viendo, una pobre chica de veintiún años, cuyos ojos azules estaban al borde de las lágrimas.

—Luces ves fatal —afirmó con fingida lástima.

Se me escapó una sonrisa.

—Gracias, siempre es bueno saberlo —bromeé.

—Espérame aquí, traeré el kit de emergencia.

Asentí antes de verla irse, dejándome sola, con un espejo que me recordaba a cada segundo lo miserable que lucía.

A veces parece ser más fácil odiarse a uno mismo que amarse.

Pero en ese caso, el problema tenía nombre y apellido: Victor Olivier, un chico de mi carrera, con el cual compartía un par de clases, ya que se había atrasado en algunas asignaturas y las estaba cursando nuevamente. Así lo conocí. Él era una persona tranquila. Era raro verlo tomarse algo con prisa o preocupación, solía tener una mirada positiva de todo lo que sucede, y su optimismo era inamovible. Así fue como me enamoré de él.

Fuimos buenos amigos hasta que me contó que estaba interesado en mi hermana. Eso me destrozó.

Pero no podía decirle eso a Jane. Este era el típico drama de la vida real. Y no sólo pasaba entre hermanas, sino también entre amigas, por lo que lo mejor era simplemente olvidarle, dejarlo pasar, volverme fuerte y verlos ser felices juntos. Era lo correcto.

Pero, ¿qué difícil era actuar de la manera correcta en casos así!

Jane volvió al cabo de unos minutos, traía un cepillo, un estuche de maquillaje, y una gran sonrisa que demostraba que ya había olvidado nuestra pelea.

Comenzó por desenredar mi espantoso cabello. Era más alta que yo por unos centímetros y los tacones le daban una ventaja extra sobre mis converse. El tono natural de mi cabello era un rubio muy similar al que ella lucía con orgullo mientras que yo solía ocultarlo detrás de un fuerte rojo.

Cuando acabó, sacó su base de maquillaje y su corrector de ojeras. Ambas teníamos el mismo tono de piel, por lo que usualmente nos quedaban bien los mismos colores. Para finalizar, me aplicó un labial bermellón en los labios. Cuando miré el producto, descubrí que era mío.

—¡Esto es mío! —exclamé.

Jane mostró una sonrisa culpable en su rostro.

—¡Pero es tan lindo! —respondió.

Entre hermanas el límite de la propiedad privada era difuso y se traspasaba con demasiada facilidad.

TRES



Regresé temprano a casa, sabía que estaría sola porque Jane saldría con su novio después de clase. La idea me dolía, pero tenía que empezar a aceptarlo, unos momentos a solas me ayudarían a acomodar mis ideas, y dentro de lo posible, esperaba que, con el tiempo, lograra poner orden a mis sentimientos.

Abrí la puerta de mi apartamento y caminé hasta la cocina en busca de un vaso de agua que no tardó en caer al suelo cuando me volví y encontré a un desconocido en mi sofá.

—Me alegra que hayas llegado temprano —dijo el extraño.

Mi primera reacción fue gritar y pedir auxilio. Busqué con la mirada con la salida. El extraño estaba más cerca de la puerta que yo pero, puse todas mis esperanzas en poder alcanzarla y escapar. Él no hizo ningún movimiento cuando me vio correr hacia la puerta, pidiendo ayuda.

Apreté el picaporte e intenté abrirlo, sin éxito. La puerta estaba completamente sellada. La desesperación me invadió y la idea de saltar por la ventana me cruzó por la cabeza.

Me giré hacia él. Tenía el cabello rubio y ondulado, rasgos suaves y una mirada infantil, casi juguetona. No parecía una amenaza real. De hecho, se encontraba totalmente relajado en mi sofá, cambiando de canal, como si estuviese en su casa.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunté, aterrada.

—Siempre tan escandalosa —repuso el extraño—. Ayer tuve que pedirle a Morfeo que mantuviera ocupada a tu hermana para que no la despertaran tus gritos.

—¿Qué?!

Este tipo estaba loco. ¡Estaba encerrada con un desquiciado! Apagó la televisión y se puso en pie, era más alto que yo y al verlo acercarse, apreté mi cuerpo contra la puerta, esperando poder atravesar las paredes.

—Tenemos cosas que hacer. Hablé con Adrian, él forjará tu arco.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿En serio pensabas que te iba a prestar mi arco? Tus manos se quemarían mucho antes de poder tocarlo. Lo mejor será que hagan uno acorde a tus capacidades.

—¡Estás loco! ¡Aléjate o llamaré a la policía! —amenacé.

Había dejado mi móvil en la cocina, pero esperaba que mi amenaza pudiera asustarlo un poco.

El desconocido se llevó una mano a la cabeza y suspiró con exasperación.

—¡Oh! Ya lo entiendo, no recuerdas nada —concluyó—. Estabas tan borracha que se te apagó la televisión.

Lo miré con extrañeza. Lo que decía aún me parecía ilógico, pero parecía saber que ayer había llegado a casa completamente borracha, por lo que cabía pensar que lo había conocido durante la noche. O era un acosador que me había seguido camino al apartamento.

O quizás...

—¡Ay no! ¡No me digas que...! —dejé la frase inconclusa, ni siquiera era capaz de terminar la idea—. ¡Dime que usamos condón!

Me apreté el estómago con las manos, luego hice lo mismo con mis caderas y con mi cuerpo. Sabía que el despecho podía llevar por malos caminos, pero no esperaba llegar tan lejos. ¡Había traído un desconocido a mi apartamento!

Pero juraría que cuando desperté no estaba en el apartamento, entonces ¿cómo había entrado?

No podía haber desaparecido durante toda la mañana para regresar a despedirse por la tarde, era ilógico.

—No, no es nada de lo que estás pensando —me garantizó el desconocido—. De hecho, es mucho más... extraño.

Estaba segura de que mi rostro reflejó el máximo de preocupación que podía expresar.

—Dime qué hice —pedí.

—Tendré que explicártelo todo de nuevo —espetó exasperado, se notaba que la idea no le agradaba—. Bien, siéntate, no me gustaría que te desmayaras y volver a empezar por tercera vez.

Se me hizo más que extraño obedecer, pasar por su lado, tomar asiento y escucharlo. Jugué nerviosamente con mis manos en mi regazo y mi frente se cubrió por una fina capa de sudor.

—Me presento nuevamente: mi nombre es Eros, dios griego del amor —explicó y guardó silencio un momento, esperando mi reacción.

—¿Es una broma? —preguté, sonando extrañamente tranquila.

—No, no lo es.

Me puse en pie y me encaminé en dirección a la puerta, pero “Eros” se cruzó en mi camino.

—Anoche me creíste —señaló.

—Anoche estaba borracha —recalqué. No estaba para bromas.

Intenté pasar por su lado, pero nuevamente me cortó el paso. Vi que sacaba algo de su pecho, era un collar con una extraña forma, tiró de éste con fuerza, hasta que la fina cadena que lo sostenía se rompió.

En cuanto el collar abandonó su cuello, vi con mis propios ojos cómo su cuerpo cambiaba: primero su torso, luego sus extremidades y todo en él se encogió. Pequeñas alas salieron de su cuerpo y de pronto la ropa le quedó demasiado grande, por lo que cayó al suelo, dejándolo literalmente, en pañales.

Frente a mí ya no había un chico de mi edad al que jamás había visto, sino un bebé rubio con alas.

Iba a gritar, sabía que iba a gritar, pero estaba tan congelada que era incapaz de emitir sonido alguno. Ni siquiera podía pensar, todo mi cerebro estaba enfocado en una sola tarea: entender qué estaba pasando. Y no podía encontrar la respuesta.

—¿Ahora me crees? —preguntó el dios.

Sentí que mis piernas se debilitaban y deseé haber seguido su consejo de permanecer sentada. Iba a caerme, mi cuerpo no respondía. Eros se dio cuenta y volvió a ponerse su collar, recuperando la forma de un joven de veinte años.

Se acercó a mí y con cuidado me ayudó a regresar a mi asiento, antes que su profecía se cumpliera y de verdad me desmayara.

—Si lo veo así, hay que ayudarte tanto sobria como ebria —bromeó.

—Estás desnudo —murmuré.

En efecto, ya que sus ropas habían caído cuando su cuerpo se encogió, ahora que había recobrado un tamaño normal, podía ver todo su torso desnudo, digno de un dios griego, y para mi mayor vergüenza, no podía apartar la mirada.

—¿En serio acabo de revelarte que soy un dios y lo que te preocupa es que esté desnudo? —Recogió su ropa y volvió a vestirse, sin ningún pudor.

No sabía qué decirle, ni qué preguntar. Mi cabeza estaba absolutamente en blanco, mi cerebro solo podía dar órdenes básicas, como respirar.

Eros se sentó en una silla disponible cerca del sofá donde me encontraba y me analizó, esperando ver si me encontraba en condiciones óptimas para proseguir con su explicación.

A estas alturas, tenía miedo de cualquier cosa que pudiese decirme, porque sabía que no sería nada bueno.

—Anoche estabas enfadada conmigo —dijo—. Así que decidí venir a verte. Dijiste cosas bastante feas de mí, creo que incluso llegué a sentirme un poco mal.

—Tú me flechaste con la persona equivocada —le acusé rápidamente.

Eros sonrió.

—Sí, hablamos de eso también —admitió—. Así que llegamos a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —repetí. No me gustaba cómo sonaba la idea.

—Sí. Ya que crees que mi trabajo es sencillo, pues que solo se trata de escoger a dos personas y flecharlas mutuamente, te desafié a formar tres parejas felices —explicó.

—¿Y yo acepté eso? —inquirí.

—Claro —dijo como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Cómo? ¿En qué momento?

—Pues como se sellan todos los acuerdos, linda. Con un beso.

—¿Qué?! —instintivamente, me tapé la boca con las manos—. ¿Es broma?

—¿Todavía crees que estoy jugando?

—¡No me lo puedo creer! —Lloré—. Dejé que un completo desconocido me besara.

Aunque yo estaba desesperada, Eros parecía bastante conforme con la situación.

—Deberías sentirte afortunada. No todas tienen la suerte de ser besadas por un dios griego.

Su broma no me hizo ninguna gracia. Me sentía demasiado perpleja. Aunque si lo pensaba bien, solo tenía que apuntar y disparar un par de flechas a cualquier persona. No parecía tan difícil.

—Si logras formar tres parejas te daré una flecha especial, que te permitirá olvidar a Victor. Pero si no lo consigues, tendrás que conformarte con ver al chico de tus sueños con tu hermana —agregó Eros.

—¿En serio?!

De pronto ese acuerdo comenzaba a agrardarme.

—Así es —afirmó—. Pero deben ser tres parejas felices. Es decir, la unión debe funcionar, sin causar daño a otros ni a ellos mismos. ¿Entiendes? Eso tarda un poco en verse, pero no te preocupes, no tienes un plazo para cumplir con tu parte, así que puedes tomarte todo el tiempo que quieras.

Seguramente él no tenía prisa. Después de todo, ¿qué es el tiempo para un dios? Sin embargo, yo estaba ansiosa, quería completar mi labor lo antes posible para así poder hacer a un lado mis sentimientos.

—¿Y cuándo empiezo? —inquirí emocionada.

—Tengo que entregarte tus herramientas —explicó—. Le he pedido a un descendiente de Hefesto que cree un arco que puedas manejar.

—¿Y a qué estamos esperando? —pregunté, poniéndome de pie.



—Yo creía que el dios del amor se llamaba Cupido —comenté.

—Muchos han intentado copiarne, pero nadie me puede igualar —contestó.

Primera conclusión del día: ese chico tenía el ego muy alto. Parecía que el culto se le había subido a la cabeza.

Tomamos el autobús a un par de calles de mi apartamento. Era una línea que nunca tomaba,

pero que cuyo recorrido conocía, ya que en mis primeros días como chica de ciudad me había estudiado las rutas del transporte urbano por precaución.

Nos bajamos en una de las últimas paradas. Estábamos en una población modesta, de clase media.

Seguí a Cupido a través de las casas, las cuales se encontraban dispuestas como un juego de *tetris*.

Nos detuvimos frente a una casa color pastel, con una reja blanca y una gran cantidad de rosas rojas en el jardín. Se veía un lugar bien cuidado. Unos segundos antes de que Eros pudiese tocar el timbre, mi teléfono móvil comenzó a sonar en el bolsillo. Supe, por el tono de llamada, que era de esas que no podía dejar de atender.

—¿Cómo estás, mamá? —pregunté, con el móvil pegado en la oreja.

Una sonrisa maliciosa se asomó en los labios de Eros, quien se cruzó de brazos y se apoyó en la reja.

—¡Eliza! Qué bueno que contestas.

¿Les conté que mi madre a veces me trataba como si realmente fuese Elizabeth Bennett?

—Sí, bueno, es que he estado algo ocupada —mentí.

—Jane me contó que anoche no te sentías muy bien, así que estaba preocupada —insistió.

Gracias, hermana mía.

—Solo tenía náuseas, ya pasó —me excusé.

Eros no se molestó en contener una pequeña risa sarcástica. Levanté el dedo índice, ordenándole guardar silencio.

—¿Compraste tus medicamentos? ¿Qué estás tomando? Si sigues sintiéndote mal, pide una cita al médico —sugirió mi madre desde el otro lado de la línea.

Puse los ojos en blanco, ofuscada por aquella conversación sin sentido.

—Sí, lo haré. Te mantendré informada mamá, pero ahora tengo que irme. Lo siento, te quiero.

Mi madre balbuceó un par de cosas más antes de permitirme colgar.

Tomé una profunda bocanada de aire. Jane me había acusado, pero al menos no le había dicho que en realidad me sentía mal por estar borracha. De todas maneras no debió haberle dicho nada a mi madre, la estaba preocupando innecesariamente.

—¿Problemas en el paraíso? —cuestionó Eros divertido.

—Nada de tu incumbencia, Cupido —repliqué.

—Mi nombre es Eros —corrigió.

—Me contaron que tus amigos te dicen Cupido —me burlé.

Movió la cabeza de un lado a otro, antes de golpear la puerta de la casa.

Una mujer alta, de largos cabellos castaños se asomó por la ventana, y una sonrisa iluminó su rostro en cuanto reconoció a su visitante. Salió de casa y nos abrió el portón principal. A juzgar por su maquillaje, su blusa de un perfecto blanco y su falda negra, deduje que podía ser una secretaria que se escapó de la oficina para venir.

—¿Qué tal, Michelle? Te presento a Lizzie —dijo Eros—. Lizzie, ella es Michelle Katsaros.

—Es un placer conocerte —respondió la mujer extendiendo la mano para que la estrechara.

Nos invitó a entrar a su casa. El recibidor era pequeño, pero acogedor, con una pequeña chimenea para ahuyentar el frío, una mesa de centro hecha de madera y un par de cómodos sillones.

—Lamento que Julio haya tenido que volver a Grecia. De lo contrario, estoy segura que habría aceptado tu encargo con sumo gusto —dijo Michelle a Eros.

—Oh, no hay problema —respondió el dios—. Me enteré de que su hijo ha hecho buenos

trabajos últimamente.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de la mujer, como si el elogio hubiese sido para ella.

—Le diré que baje. Mientras tanto, ¿quieren tomar algo? —sugirió.

Eros pidió un vaso de zumo y yo repetí el encargo, solo porque sí.

Nos quedamos solos en el recibidor. A diferencia de mí, él caminó relajadamente y se sentó en uno de los sillones, con tanta calma que cualquiera habría pensado que estaba en su propia casa. Y yo, por otro lado, me quedé de pie jugando con mis manos, pues era incapaz de ocultar mi ansiedad.

Al cabo de unos minutos, apareció un chico. Pasó por mi lado, haciendo caso omiso a mi presencia. Sin embargo, a Eros le estrechó la mano amistosamente.

—¡Mira cómo has crecido! —exclamó Eros—. Pronto parecerás mi abuelo. ¿Cuántos años tienes ya?

—Tengo los suficientes como para que no parezcas mi nieto en un buen tiempo.

Entonces, repentinamente el dios hizo un gesto de reconocimiento, como si se hubiera olvidado de mi existencia y de pronto, me recordara.

—Adrian, ella es Lizzie —dijo señalando con ambas manos en mi dirección.

Me resistí a levantar la mano y saludar, porque me haría ver demasiado tímida, sin embargo, no sabía cómo manejar tanta atención. Pero Eros sí. Caminó hasta donde me encontraba y pasó el brazo por mis hombros, obligándome a caminar junto a él.

—Lizzie, te presento a Adrian Katsaros. Es descendiente de Hefesto y se encargará de hacer tu arco para que puedas repartir amor por el mundo.

El chico asintió con la cabeza, mientras que Eros me sentaba en el sofá, antes de hacerse a un lado, para que Adrian se situara a mi lado.

Sus ojos oscuros me miraron con detenimiento. Tomó mis manos entre las suyas, sin despegar su hipnótica mirada de la mía. No podía pestañear ni apartarme, y en algún momento presentí que estábamos traspasando los límites de la confianza, pero no quería interrumpir lo que fuese que estuviera haciendo.

No pude evitar sentirme un poco decepcionada cuando se giró hacia Eros, quien esperaba de brazos cruzados, a nuestro lado.

—Tiene buenas manos —dijo Adrian—. Seguramente ha trabajado en algo que requiera esfuerzo físico. El campo, o algo así.

Nuevamente, sentía el lenguaje de los dioses como algo extraño y ajeno, a pesar que acertó en lo referente al campo. Durante el tiempo que permanecí con mis padres, solía levantarme temprano para ayudar con las labores diarias.

En ese momento, Michelle entró con dos vasos de zumo, los cuales casi había olvidado. Nos preguntó cómo iba el trabajo y se retiró sin ofenderse cuando su hijo le dio una respuesta seca.

Eros tomó su vaso y le dio un sorbo, yo lo imité mientras que Adrian solo se quedó mirando el vacío.

—Sin embargo, tiene un cuerpo debilitado —habló de pronto—. Creo que ha estado consumiendo drogas últimamente y eso la está dañando. Aun así, tiene suficiente fuerza para arrojar una flecha, su experiencia anterior la hace apta.

—Eso es bueno —Eros sonrió—. ¿Cuándo tendrás listo el arco?

—Mañana. Esta noche trabajaré en él —respondió Adrian—. No será muy difícil, tiene buenas manos. Sin embargo, no tiene sangre de dios ni de ángel ni de ninguna otra criatura, así que al principio le costará resistir los efectos del arco. Tampoco parece haber practicado arquería, así que necesito una herramienta que haga gran parte del trabajo por ella, lo cual será un poco difícil,

ya que no tiene suficiente energía para entregarle. Necesitaré encontrar el equilibrio.

—Hablas como un profesional —indicó Eros.

—Lo soy —repuso el muchacho.

El descendiente de Hefesto y el dios del amor intercambiaron un par de palabras más antes de irnos. Una sensación extraña me invadió una vez fuera, como si hubiese subido al cielo y ahora estuviese de regreso en la tierra. Todo era raro, increíble e incluso irreal, pero sabía que no era un sueño, no iba a despertar en cualquier momento e iba a retomar mi vida como si nada hubiese pasado. Estaba pasando. Y, extrañamente, me sentía demasiado calmada al respecto. Curiosamente, salvo los nervios y la ansiedad —reacciones totalmente lógicas e incluso evidentes dada la situación en la que me encontraba—, no me sentía desesperada, estaba muy lejos de experimentar un ataque de pánico. Sólo me preocupaba que esto fuera solo la calma antes de la tormenta y que en cualquier momento mis sentimientos explotaran.

—Bueno, Lizzie, fue un placer hacer negocios contigo —escuché decir a Eros—. No olvides venir mañana a por tu arco. Tengo cosas que hacer, pero vendré a verte para entregarte las flechas.

Quise reclamar, pero antes de poder decir algo, Eros desapareció frente a mis ojos, dejándome sola en un barrio desconocido, con muchas preguntas pendientes y un encargo para mañana.

—¡Que falta de respeto! —grité, sabiendo que podía escucharme, así como lo había hecho la primera vez.

CUATRO



Aproveché lo que me quedó de día para volver a teñirme de rojo. Jane llegó muy tarde, rebosante de alegría, y preferí que mantuviéramos las distancias. Todo parecía estar yendo mal entre las dos y no quise empeorarlo, ahora que nos encontrábamos en paz.

Ella no pareció notar mi actitud distante y, si lo hizo, tampoco le importó, estaba demasiado feliz. Iba de un lado a otro con pasos ligeros, casi bailando al ritmo de la canción que tarareaba.

—Aún no entiendo por qué insistes en cambiarte el color, nuestro rubio es bonito —comentó cuando me vio salir del baño luciendo mi nuevo cabello rojo.

Me encogí de hombros sin encontrar una buena respuesta a su pregunta, más allá del hecho de que nuestras personalidades eran tan distintas como la luz y la oscuridad, y ya se imaginan qué papel ocupaba cada una.

Mientras cenamos tuve que aguantarme escuchar todas las cosas maravillosas que Victor había hecho ese día. Sus ojos brillaban, estaba muy emocionada y yo no podía corresponder a esa emoción. No quisiera que se me malinterprete: era mi hermana y la amaba, pero en esa ocasión no podía compartir su alegría.

Me tocaba a mí lavar los platos, y ella se ofreció para secar, pues quería seguir contándome sus aventuras con su nuevo novio, lo que significó otra hora más de tortura. Se sentía tan feliz, tan dichosa, y me alegraba saber que estaba bien, pero era tan difícil ocultar que sus palabras me destruían el corazón. Era horrible.

Cuando acabamos caminé hacia mi habitación, solo quería dormir y despertar en un mundo donde no estuviese enamorada del novio de mi hermana.

—¿Va todo bien? —preguntó Jane.

—Sí, solo estoy cansada, he tenido un largo día —No era una mentira del todo.

Mi hermana me dirigió una mirada comprensiva que me hizo sentir aún peor, antes de dejarme partir. Una vez en mi cuarto, apagué las luces y me tiré en la cama. Ni siquiera tenía ánimos para ponerme el pijama. La conversación me había desanimado a tal punto, que nuevamente sentía el corazón roto.

Al menos esta vez tenía una esperanza. Eros iba a hacerme olvidar si completaba el maldito acuerdo.

A la mañana siguiente, me levanté temprano con aquel único objetivo en mente. Solo necesitaba llegar a casa de Adrian, recoger mi arco y pronto sería una mujer libre.

Jane preparó el desayuno, estaba tan feliz como el día anterior, tras su cita. Cuando vi la mesa del comedor tan perfecta, llegué a preguntarme si había invitado a Victor a desayunar con nosotras.

—Como ayer te vi tan desanimada, hoy pensé en hacer que tu día empezara bien—dijo.

¡Santo Cielo! ¿Por qué tenía que ser tan buena persona?! Esos detalles solo me hacía sentir peor. Mantuve mi ánimo arriba y le agradecí el gesto con una enorme sonrisa, confiando en que pronto se acabaría la tortura. En silencio, me serví unos cereales y los mezclé con yogur. Jane decidió empezar con unas tostadas. En ese momento llegó nuestra llamada de sábado por la mañana. Ambas nos limpiamos la boca y Jane tomó el teléfono, puso el altavoz y elevó el móvil para que nuestras voces pudieran escucharse fuertes y claras.

—¡Buenos días, mamá! —gritamos al unísono.

Esa era una buena mañana. Hacía tiempo que no me sentía tan bien en casa, era como si la promesa de Eros me hubiera renovado, llenándome de esperanzas.

Hablamos un rato con nuestra madre y luego terminamos el desayuno. A pesar de que era el turno de Jane, ya que ella había preparado la comida, decidí reemplazarla y limpiar los restos del desayuno. Todo iba a las mil maravillas.

Mientras mi hermana usaba la ducha, yo terminé de vestirme y de arreglarme.

—¿A dónde vas tan temprano? —cuestionó Jane al verme lista para partir.

—Yo... tengo que devolver un libro antes que la biblioteca cierre —Era una excusa pésima, pero ella estaba de tan buen humor que ni siquiera dudó.

—Bien, ¿te importaría pasar por la tienda antes de volver a casa? Necesitamos pan y una docena de huevos —sugirió.

No estaba en posición de poder negarme a su petición, por lo que asentí antes de recoger mi mochila.

Recordaba bien el camino que había tomado con Eros, así que me dirigí a la misma parada de autobús, me subí a la misma línea y me detuve en el mismo lugar para continuar mi recorrido a través de las casas.

Esta vez no me abrieron al instante. Por el contrario, tuve que llamar varias veces el timbre antes que el rostro de Adrian se asomara por la ventana.

Adrian me dejó entrar, saludándome de manera seca, aunque a esas alturas me había hecho la idea de que no era un chico muy amigable.

Su cabello castaño estaba desordenado y lucía unas pronunciadas ojeras, dándome a entender que no había dormido nada la noche anterior.

—Sígueme —pidió.

Lo acompañé hasta una pequeña puerta que había después del recibidor. Detrás, estaba totalmente oscuro. Debía admitir que el temor me invadió, aunque cuando las luces se encendieron la sensación no mejoró, sino todo lo contrario, parecía exactamente la clase de lugar donde encierras a tu víctima para matarla. Era una habitación de cemento y madera, con una mesa de trabajo puesta en el centro. Parecía una suerte garaje en el interior de la casa, con herramientas de todo tipo colgando de las paredes y un horno con brasas ardiendo en su interior.

Me sobresalté cuando Adrian llegó a mi lado, estaba tan absorta observando el lugar que ni siquiera lo vi venir.

—El taller de mi padre es más grande, este lo improvisé para poder hacer algunos trabajos —explicó al notar que estaba contemplando el sitio, aunque mis pensamientos iban en una dirección muy diferente a la que él creía.

—Es muy... bonito—dije no muy convencida.

—Sé que es impactante, pero es la mejor guarida que alguien podría desear.

Vi que sus ojos se iluminaban ligeramente y por primera vez pude ver una tenue sonrisa en sus labios. No era muy expresivo, pero debía reconocer que tenía una bella sonrisa. Y esa era la primera vez que actuaba sin ignorar mi existencia.

Adrian recogió un arco que se encontraba en su mesa de trabajo y me lo entregó. Era hermoso, se notaba que había puesto mucho esfuerzo en él. La cuerda estaba tensada en ambos extremos del material dorado que la sostenía, y tenía el tamaño ideal para que no resultara incómodo de cargar e incluso, podía decir que su diseño era bastante femenino. Jamás me había esperado que un chico tan callado y serio pudiese realizar algo tan maravilloso.

—Te ha quedado perfecto —admití admirando su trabajo.

—Me alegro que te guste —habló con conformidad—. Me basé en tu esencia. Tu herramienta

debe conectare contigo, tiene que ser un complemento.

Lo sostuve entre mis manos con cuidado, como si en cualquier momento fuese a romperse. Cuando todo esto acabara iba a pedirlo como recuerdo.

—Vamos al patio, te enseñaré a usarlo —ofreció Adrian.

Asentí y lo seguí al patio trasero, donde para mi sorpresa, divisé tres postes de tiro. A un costado, encontré una caja de madera, con flechas en su interior.

—Presta atención —pidió Adrian tomando un arco y plantándose como un profesor frente a mí —. Manejar un arco no es una tarea sencilla: debes controlar la dirección del viento, la tensión de la cuerda, la presión, la fuerza y la dirección de la flecha, entre otras cosas, pero como no tienes tiempo para aprender todo aquello, he diseñado una herramienta que calculará todo eso por ti, casi como un ordenador. ¿Entiendes?

Asentí.

—Bueno, este mecanismo requerirá tomar parte de tu energía, ya que tendrá que controlar por sí mismo cosas que usualmente suele hacer el arquero, por lo que de alguna manera debes darle el poder de hacerlo —continuó diciendo—. Supongo que sabes cómo tomar uno.

Volví a asentir pensando en la gran cantidad de series y películas donde había visto utilizar un arco; sin embargo, Adrian se quedó mirándome inquisitivo, dándome a entender que con afirmar no le bastaba. Debía mostrárselo.

Tomé mi arco, con una mano sostuve la cuerda y con la otra la parte posterior del brazo dorado.

Me gané una mirada de reprobación.

—¿Y cómo piensas sostener la flecha tomándolo así? —inquirió.

Ni siquiera entendí el fin de su pregunta.

De modo que fue y tomó una de las flechas para entregármela, en cuanto la puse entre mis manos, esta cayó por el frente, de modo que quedó apuntado hacia el suelo. Entonces entendí que con mi postura no podía darle dirección al proyectil.

—¿Sabes tomar un arco? —repitió la pregunta.

—Está bien, creo que no lo sé —admití.

Mi profesor tomó mis manos y las acomodó sobre mi nueva arma, de modo que esta vez mi mano izquierda quedó en el centro de la empuñadura.

—Eres diestra, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —afirmé.

Con mis manos en posición, empujó mis pies con los suyos para separarlos ligeramente, luego estiró mi espalda y puso su mano debajo de mi mentón para elevarlo también.

—Estás tensa, relaja tu postura —ordenó—. No tienes de qué preocuparte, el arco hará todo por ti. Bueno... casi todo.

Era difícil relajarse sin más, pero intenté obedecer moviendo mis hombros en círculos hacia atrás para rebajar la tensión de mis músculos.

—Ahora concéntrate en el primer blanco, ordena al arco que acierte en él —pidió.

Hice lo que me decía. Centré toda mi atención en el objetivo que encabezaba el trío, el primer círculo rojo pintado en la pared. Apreté el arma con fuerza, intentando transmitirle mis deseos y cuando estuve lista, solté la flecha. Ésta cruzó el aire en un parpadeo y fue a parar muy cerca del centro.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, miré a Adrian esperando su aprobación, pero él solo asintió y me señaló el siguiente objetivo.

—Haz este tú sola —ordenó.

Sin protestar di dos pasos a mi derecha, de modo que quedé frente al nuevo blanco. Acomodé la flecha y tomé posición, repitiendo el mismo procedimiento con el que había acertado con anterioridad.

Esta vez ni siquiera se acercó al punto rojo.

—Fíjate bien, tus intentos deben ser certeros, no olvides que estás jugando con los sentimientos de la gente —dijo.

Bastaba con que me dijese que había fallado, no había necesidad de agregar más.

Continuamos practicando. Una vez que logré dominar la postura y los tiros fáciles, Adrian comenzó a complicarme las cosas, primero tuve que dejar de lanzar en línea recta, sino que desde distintas posiciones, luego colocó algunos obstáculos, de modo que tuve que acomodarme a ellos antes de lanzar. Se nos hizo tarde entrenando, la hora de almuerzo se nos pasó sin darnos cuenta y en su rostro el cansancio era cada vez más evidente.

Sabía que esas no eran las mejores condiciones para enseñarle trucos nuevos a una persona, agotado y hambriento, sin mencionar que no parecía ser la persona más paciente del mundo, y estaba haciendo un esfuerzo para tenerme lista.

—¿Quieres que pida una pizza? —pregunté de pronto. Adrian me miró confundido—. Has estado trabajando mucho, debes estar muerto de hambre y yo también.

Devolví mi atención a la flecha y esta vez, la flecha no acertó.

Hice una mueca, pero no dejé que me desanimara. Bajé el arco para plantearme frente a él.

—No sientas vergüenza —insistí—. Yo invito, es lo menos que puedo hacer.

Adrian pareció pensárselo un poco más, pero finalmente acabó cediendo.

Entramos a casa y busqué en mi móvil la página web de una pizzería. Le mostré la pantalla con el menú, y él repasó cada una de las opciones sin estar muy convencido de ninguna.

—La hawaiana es muy buena —comenté intentando ayudar.

—Pide una napolitana —dijo ignorando totalmente mi propuesta.

—Está bien —acepté sin ocultar mi tono ofendido.

Marqué el número e hice el pedido, Adrian me dio la dirección, pero nuevamente sentí que le hablaba al vacío. Era extraño, su actitud había cambiado, al igual que la primera vez que nos vimos, nuevamente estaba siendo ignorada y aquello no me gustaba. Iba a preguntar cuál era su problema, cuando sentí un repentino peso en mi hombro. Sí, Adrian se había quedado dormido. Quise ofenderme, pero sabía que había estado trabajando toda la noche por mi culpa, así que no pude culparlo. Fue irreal sentirlo tan apacible, tras ser tan brusco en el entrenamiento y tan lejano en estos dos días. Ahora, era como un niño agotado.

Cuando el timbre sonó, me puse de pie con cuidado, acomodando a Adrian en el sofá para no despertarlo.

Pagué y dejé la pizza sobre la mesa. Era difícil ubicarse en una casa que no era la propia, y aún más cuando el dueño no ayudaba, pero con algo de esfuerzo logré dar con la cocina. Abrí todos los cajones hasta que encontré la vajilla.

Mientras sacaba los utensilios, escuché unos pasos acercarse.

Me giré para encontrar a un adormilado Adrian apoyado en el marco de la puerta.

—No tienes que preocuparte tanto —dijo.

—Me sentiría bastante mal si te dejas solo y sin comer —repliqué.

—Ve al salón, yo me encargo —pidió.

No quise reclamar, si bien estaba cansado y necesitaba descansar, era consciente que lo mejor era hacerle caso por lo imperativo de su tono.

Se hizo como él quería, y ya que Adrian era una persona de pocas palabras, no hubo ninguna

conversación entre ambos. Éramos dos desconocidos compartiendo una pizza. Raro, pero cierto.

Por eso, cuando el último trozo desapareció de la caja, supuse que ya no tenía motivos para quedarme y si no me iba por mi propia cuenta, acabarían echándome.

—Muchas gracias por todo —dije. Recogí mis cosas, incluyendo mi nuevo arco y caminé a la entrada.

Entonces sucedió lo inesperado.

—¡Espera! —La voz de Adrian me tomó por sorpresa.

Me di la vuelta al instante.

Él se puso en pie y llegó hasta donde me encontraba. Era más alto que yo y probablemente fuese de la edad de Jane. No tenía idea de qué hacía para ganarse la vida, qué estudiaba si es que lo hacía, no sabía nada de él, salvo que era un pariente de Hefesto, el dios del fuego, y como tal, era capaz de forjar herramientas mágicas. Tal vez ese último dato era más de lo que muchos de sus conocidos sabían sobre él, no debía ser fácil ir por la vida reconociéndose como pariente de un dios griego. Definitivamente no.

—Yo... quería pedirte algo —en su rostro pude ver que lo que estaba a punto de decirme era difícil.

No dije nada, lo dejé tomar impulso por su cuenta.

—Me gustaría que le dispararas a alguien —me quedé en blanco, asustada, y de pronto solo sentí deseos de huir—. Con el arco, tonta.

Una sensación de alivio me recorrió al saber que no tendría que matar a nadie; sin embargo, no pude evitar soltar una risita nerviosa al darme cuenta lo estúpida que había sido.

—Claro, con el arco, ¿con qué más? —Me reí de mí misma.

La expresión de Adrian no cambió. Estaba serio, pero podía ver en su mirada que aquello era importante para él y quise ayudarlo, así como él me había ayudado a mí.

—¿Y quién es tu amor secreto? —pregunté.

—Quiero que fleches a mi madre —respondió Adrian casi al mismo tiempo.

—¿¿Qué?!

CINCO



Tras llevarme el susto de mi vida al pensar que Adrian quería ser flechado con su madre, descubrí que ese solo había sido otro de aquellos lapsus en los que ignoraba lo que decía y solo seguía con lo que estaba diciendo.

—Quiero que fleches a mi madre con mi padre —explicó.

No pude evitar suspirar aliviada.

—Deberías tener cuidado de dónde pones las pausas —pedí—. El suspenso no me hace bien.

—¿Lo harás? —preguntó Adrian, ignorando mis reclamos.

—Claro, solo explícame por qué debería flechar a una mujer con su esposo, no es como si...

Me quedé en silencio al caer en la cuenta de que tal vez estaba hablando de más. Los ojos de Adrian lo confirmaron. Michelle Katsaros no amaba a su esposo.

Reconozco que me quitaba un peso de encima el saber que no estaba frente a un hijo con algún extraño síndrome que lo hiciese desear a su madre. Después de todo, el síndrome de Edipo debía su nombre a los griegos. De todos modos, me sentía mal por él, podía imaginar lo difícil que era crecer con padres que no se amaban.

—Pero, ¿por qué? —pregunté.

Adrian agachó la cabeza.

—Esperaba que pudieses hacerlo sin preguntar demasiado.

Lo entendía. Él era una persona demasiado reservada y hablar de estas cosas con una extraña, a quien ignoraba la mitad de las veces, debía ser duro. Sin embargo, para mí era una buena oportunidad: el acuerdo con Cupido decía que debía formar tres parejas, sin ninguna otra especificación, y nada mejor que arreglar un matrimonio para completar una de mis metas. Prácticamente tenía la mitad del trabajo hecho, una casa, un hijo y un pasado juntos. No sería complicado hacer que su relación funcionara, solo faltaba el amor.

—Hecho —acepté.

Una sonrisa se asomó en su rostro, era una expresión de alivio, de agradecimiento y de cansancio.

Pasó su mano por mi lado y abrió la puerta que se encontraba a mi espalda.

—Si tienes algún problema con el arco, puedes traerlo para que le haga una revisión de mantenimiento —propuso.

Agradecí su ayuda y me largué de allí.

Eran cerca de las seis de la tarde, aún tenía que pasar por la tienda antes de regresar al apartamento. Tuve suerte de encontrar un supermercado por el camino cuanto entré me quedé de piedra al darme cuenta que estaba cargando un arco a mis espaldas. Me detuve esperando que los guardias llegaran a detenerme, cosa que no ocurrió. Al cabo de unos minutos me di cuenta que la gente continuaba haciendo sus vidas, ignorándome por completo.

Avancé con cautela, mirando a las personas a mi alrededor y esperando cualquier expresión de miedo o preocupación. Nada.

Llegué al pasillo de los huevos sin que nadie me hubiese dirigido la palabra.

Di un salto al escuchar una fuerte música provenir de los altavoces, seguida por una animada voz llamando a los clientes. Pensé que estaba empezando a convertirme en una paranoica, pues era imposible que la persona que hablaba fuese quien estaba pensando, a pesar de la gran similitud de

sus voces. Pero antes de poder deshacerme de la idea, lo vi, confirmando mis sospechas.

Ahí estaba él, en el centro del supermercado, sobre una improvisada tarima —una pila de productos en oferta— y un montón de gente prestándole atención.

—Por favor que sea un mal sueño —supliqué.

—¡Tenemos a nuestra segunda concursante! —exclamó Cupido, desde la tarima, y entonces me señaló—. ¡La bella pelirroja de allí!

Miré en cualquier dirección, aunque en el fondo sabía que me estaba hablando a mí.

Eros se bajó de la tarima y llegó a mi lado, pasó la mano por mi hombro para empujarme al escenario mientras con la otra sujetaba el micrófono y continuaba animando el show.

—Cupido, voy a matarte —amenacé.

—Querida, soy inmortal —murmuró él, evitando que se escuchara a través del micrófono.

«Pero yo no lo soy, idiota, y vas a conseguir que me dé un infarto», pensé.

Empujada por él, me subí a la tarima quedando expuesta a una sonriente multitud con mi caja de huevos entre las manos y mi arco encima del hombro. No podía sentirme más estúpida.

—¿Cuál es tu nombre, preciosa? —preguntó Cupido.

Sin embargo, no me pasó el micrófono para responder porque ya sabía que podía regañarlo en cámara.

—No es gracioso, Cupido —espeté.

—¡Elizabeth! ¡Qué bello nombre! —exclamó—. Igual que la de Orgullo y Prejuicio, ¿no? ¡Iba a matarlo! Inmortal o no, dios del amor o no. Yo iba a matarlo.

—Bueno, Elizabeth, te cuento, estamos haciendo un concurso. Si nos das tres respuestas correctas, ganas un carro lleno de productos para tu casa. ¿Estás lista para participar?

La gente aplaudió y supe que estaba en una situación en la cual no podía negarme.

—Bien. —Suspiré con resignación.

Eros sacó un sobre de su bolsillo y lo enseñó a la multitud.

—Aquí tenemos las preguntas para nuestra querida Elizabeth —anunció ganándose unos aplausos—. Estas son pruebas de conocimiento que cualquiera podría contestar. ¡Ganar es muy fácil! Presten atención.

Aún no entendía cómo lo hacía para meterse al público al bolsillo y dirigir este absurdo show, como si fuera un animador profesional.

—Primera pregunta, Elizabeth: ¿cómo se llama el dios griego del amor?

Creo que nunca en la vida había sentido tantos deseos de golpear a alguien.

¿Es que Cupido no se cansaba de jugar conmigo?

—Eros —respondí, haciendo énfasis en cada sílaba.

—¡Muy bien! —exclamó el animador entusiasmado.

En su sonrisa podía ver que lo disfrutaba, estaba gozando hacerme sufrir.

—¡Segunda pregunta! Si naces el día de San Valentín, ¿qué signo del zodiaco eres?

—Acuario —contesté a secas.

—¡Correcto!

Al menos, Eros podía hacer el intento de no ponerle tanta emoción.

—¡Tercera y última pregunta!

Eros hizo una pausa dramática, que alguien en el público no dudo en aprovechar.

—¿Estás soltera?! —Se escuchó una voz entre el público.

El público no tardó en estallar en carcajadas, y debo admitir que incluso yo me reí.

Cupido miró en dirección a la gente que nos estaba viendo, buscando a mi admirador en las sombras. Su sonrisa traviesa se había desvanecido. Al parecer solo él podía gastar bromas, pero

no le gustaba ser víctima de una, aunque el comentario ni siquiera fuera dirigido a él.

—Creo que las preguntas nos pusieron románticos —bromeó Eros intentando salir del paso—. Volviendo a lo nuestro, la última pregunta es: ¿cuál es tu dios griego favorito?

—La gente va a reclamar por las preguntas —repliqué.

Él solo me guiñó su ojo, discretamente.

Sabía a dónde apuntaba esta pregunta, estaba segura de lo que Eros quería escuchar, pero no lo obtendría porque estaba lejos de ser mi dios griego predilecto. En realidad, yo ya tenía una respuesta de antemano.

—Deméter —contesté.

—¿Ella? —preguntó Eros saliéndose totalmente de su papel.

—Es la diosa de la agricultura y yo vengo del campo —repliqué con una sonrisa.

Eros pasó la mano por su cabello, evidentemente no estaba conforme. Volvió a tomar el micrófono y sonrió al público, haciendo parecer que nada había pasado.

—¡Felicidades, Elizabeth! Acabas de ganar este carro repleto de productos para tu hogar. —Tomó la caja de huevos que traía entre las manos y la lanzó con mi premio—. Pongamos esto también. ¡Un aplauso para Elizabeth! No olvides darle el número a tu admirador secreto, que seguramente sigue entre el público.

Me bajé del escenario entre los gritos y los aplausos de la gente. Tuve que esperar cerca de una hora para que la administración validara mi premio. Qué manera de odiar la burocracia. Si no fuese porque había pasado una gran vergüenza por todos esos productos y porque nos ahorraría un montón de dinero a Jane y a mí, me habría ido sin más.

Una vez que estuvo todo listo tuvieron, que embolsar la mercancía, y acabé con cuatro pesadas bolsas a cuestas.

De por sí, sacar las bolsas del supermercado fue todo un desafío. Para salir tenía que pasar por el aparcamiento, pero antes tuve que dejar las bolsas en el suelo por un momento para revisar mis enrojecidos dedos.

No podía tomar un bus así, ni tampoco podía pedirle a Jane que viniera a ayudarme. Era tarde, cerca de las nueve, estaba demasiado oscuro como para andar sola en las calles. Tomé mi móvil dispuesta a llamar a un taxi cuando la bocina de un coche me sobresaltó.

Ahí estaba Eros montado en un vehículo rojo, que fácilmente podría haber combinado con mi cabello. Pues claro, era el color de la pasión.

—¿Necesitas transporte? —preguntó tras bajar la ventanilla.

—¿Es en serio? —pregunté.

—No pensarías que iba a dejar a una dama sola en medio de la noche con todas esas bolsas, ¿verdad?

Antes que pudiera responder, Eros bajó de su coche y recogió mis cosas, lanzándolas al asiento trasero. Pensé en los huevos y supe que probablemente no llegarían enteros, lo que era bastante irónico, ya que en un principio mi objetivo era comprar pan y huevos.

Cuando Eros terminó de cargar la compra, abrió la puerta del copiloto y me hizo una señal con la mano para que subiera. En vista que no tenía otra, opción acepté su oferta.

El interior olía a bosque. Si bien sabía que era un ambientador, me resultó agradable.

Eros puso una canción y comenzó a tararear alegremente.

—No sabía que los dioses conducían —comenté.

—No todos lo hacen —convino.

Asentí comprensiva.

—El culto debe ser bastante bueno para las finanzas —me burlé.

Era imposible que un dios desempleado se comprara semejante coche.

—Querida Lizzie, Grecia está en crisis —me recordó.

—¿Y entonces?

—¿Acaso crees que eres la única interesada en un pacto con el dios del amor?

Sin despegar la vista del camino, una sonrisa pícaro se asomó en sus labios.

—Seguramente no —murmuré. No sabía por qué me apenaba, pero lo hacía.

—¿Por qué te desanimas? —inquirió con su típica alegría—. Sólo han pasado dos días y creo que hace siglos no me divertía tanto, ¿tú no?

Miré la carretera, había un semáforo en rojo y sabía que Eros había cambiado la dirección de su mirada.

—No, solo me sorprende que la gente crea en dioses griegos —dije, evasiva.

—Te sorprendería la gran cantidad de cosas que puede llegar a creer la gente y las medidas desesperadas que pueden tomar.

No lo decía con culpa ni tristeza, no podía definir qué opinión tenía Eros de la humanidad.

El semáforo volvió a cambiar y la camioneta arrancó.

—Además, ¡soy el dios del amor! Los catorce de febrero son mi día —agregó—. Ningún otro dios tiene un día del año como el mío.

—No —convine—. Debe ser porque nos pasamos gran parte de nuestras vidas buscando ser amados.

Podía sentir la tristeza en mi tono.

—El amor es lo más bello que hay, es un pequeño paraíso en medio del infierno, un oasis en el desierto, un verdadero tesoro, por eso es tan difícil de hallar.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté abruptamente.

—¿Qué cosa? —inquirió.

—Fue tu culpa, ¿no? Nos flechaste a Jane y a mí con la misma persona —dije—. Era obvio que una de las dos iba a perder. Yo perdí.

Vi que su sonrisa se desvanecía levemente.

—Fue un error de cálculo —respondió.

Abrí la boca, no podía creerlo. ¿Qué clase de excusa era esa? Esperaba cualquier cosa: filosofía griega, que me citara a Platón, a Aristóteles, al pensador que quisiera, o que hablara de estadísticas, de probabilidades, de lo difícil que podía llegar a ser lanzar las flechas. Pero no ese argumento barato.

—¿Un error de cálculo? —repetí indignada—. ¿Mi corazón se fue a la mierda por un error de cálculo?

—No fue culpa mía... Fue un muchacho, teníamos un acuerdo, ¿vale? Tenía que formar parejas, al igual que tú, pero se confundió y las flechó a las dos —explicó.

Me eché hacia atrás y me cubrí el rostro con ambas manos, intentando asimilar que mi vida amorosa y la relación con mi hermana se estaban yendo a la mismísima mierda por un chiquillo que no supo lanzar una flecha.

De pronto, el comentario de Adrian en su patio me cobró sentido, tenía que ser cuidadosa, los sentimientos de las personas estaban en mis manos y cualquier error mío podía arruinarles la vida.

—Lo siento, Lizzie. En serio —dijo Eros.

—Lo lamentas, pero aun así le vas a entregar tus flechas a una humana de veintiún años para que juegue con los corazones de la gente. No me parece que estés arrepentido —repliqué.

—No, tú no vas a jugar con los corazones de la gente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres buena y sabes qué se siente tener el corazón roto.

Inspiré profundamente y retiré las manos de mi cara. Sí, yo no iba a jugar con los sentimientos de la gente, pero aun así, me aterrorizaba equivocarme.

—Unir corazones no es tan sencillo —dijo Eros—. Ya te darás cuenta.

—¿Por qué haces esto? —cuestioné—. ¿Es que quieres burlarte de mí?

Esta mañana estaba feliz con la idea de realizar el encargo de Cupido y así poder obtener la flecha que me ayudaría a olvidar a Victor y ahora solo quería colgar al dios con sus alas de ángel incluidas.

Llegamos a mi edificio y Eros aparcó en un espacio libre que había en frente. Detuvo el motor y se giró hacia mí.

—Me insultaste —se defendió.

—Esa es exactamente la misma excusa que daría un niño de cinco años o menos —repuse.

—Sí, pero me dolió.

Lo único que faltaba era que hiciera un puchero. Entonces, estaría listo para ir a la guardería.

—¿Y tú crees que a mí no? —repliqué.

—¡Claro que sí! Por eso te ofrecí un acuerdo. Generalmente, son los humanos los que me invocan y piden mis favores, pero yo me presenté ante ti con la propuesta hecha.

—¡Y cerraste el acuerdo mientras estaba completamente borracha! ¡No tenía voluntad!

Eros miró por la ventana del conductor. Su perfil se iluminó por las farolas de la calle, dándole un toque misterioso; era atractivo, era cierto, no podía esperarse menos de un dios griego y no podía quitarle aquel crédito.

—Tienes razón, no debí haberme aprovechado de una mujer ebria —dijo finalmente.

—No, no debiste —afirmé.

Eros volvió a mirarme, la mitad de su rostro se oscureció y la otra mitad se aclaró aún más. Eché la cabeza ligeramente hacia atrás, sorprendida por la intensidad de sus ojos, como si me estuviesen lanzando un hechizo en ese instante.

—Entonces vamos a hacerlo de nuevo —concluyó—. Elizabeth Sagarra, desde hoy quedas condenada a formar tres parejas, que se amen y sean felices juntas, que se complementen como las hojas a sus árboles, como la tierra a sus mares, y solo si completas esta misión, como dios del amor, te permitiré liberarte de las cadenas que hoy apresan tu corazón.

Antes de poder anticiparme a lo que estaba ocurriendo, el rostro de Eros se acercó al mío. Ni siquiera me preocupé de desviar la mirada o apartarme, solo me quedé ahí, congelada contra la puerta del automóvil.

Eros colocó sus manos en mis mejillas. Sabía que quería evitar que lo esquivara, pero no era necesario, pues el botón de huida de mi cerebro no estaba funcionando.

Sentí su aliento sobre mi boca e instintivamente separé los labios. Entonces, por segunda vez en la vida, fui besada por el dios griego del amor.



Eros se ofreció a ayudarme con las bolsas, pero yo rechacé su ayuda. Le agradecí que me hubiese traído y me bajé cargando con toda la compra. Había cargado cosas más pesadas con anterioridad y la ciudad no iba a ablandarme.

Entré al edificio sintiendo cómo mis emociones se revolvían en mi estómago. Ser víctima de las bromas de Eros no era para nada gracioso. Entonces, como si la vida quisiese darme el golpe definitivo, vi a mi hermana y a su novio entrar.

Cuando Jane me reconoció, una sonrisa iluminó su rostro y corrió a abrazarme. Yo la recibí algo aturdida. Era consciente de que mi larga ausencia la había preocupado.

—¿Dónde estabas? —preguntó usando su tono de hermana mayor responsable—. ¡Te hemos buscado por toda la ciudad! ¿Por qué no respondiste a mis llamadas? Tenía tanto miedo de... —se interrumpió y movió la cabeza de un lado a otro, haciendo a un lado la trágica idea que ocupó sus pensamientos durante las últimas horas—. Me alegra que estés bien.

En cuanto mi hermana me liberó de sus brazos, vino el segundo en la fila. Victor Olivier, su novio, también conocido como el chico de mis sueños.

Sentir sus brazos a mi alrededor no me hizo nada bien, mucho menos tener su cuerpo tan cerca, ni oler su perfume ni percatarme del alivio que sintió al encontrarme sana y salva. Nada de eso era bueno para mis emociones. Me quedé ahí, esperando que la hora de los abrazos acabase antes de inventar una explicación.

—Gané un premio en el supermercado —dije señalando el montón de bolsas que me acompañaban.

En realidad, no sentía como si realmente hubiese ganado el concurso, más bien parecía que Eros me hubiese regalado todo aquello utilizando una absurda excusa.

Sin embargo, por el momento, la idea del concurso servía para explicar mi prolongada ausencia.

—¡Oh, vaya! —exclamó Jane sorprendida al ver tanta mercadería—. ¿Cómo llegaste a casa con todo esto?

—Tardé un poco, pero fue como cargar la bolsa de comida para los caballos, ¿recuerdas lo mucho que pesaba? —Intenté sonreír, pero me temblaron los labios y desistí.

—Pudiste haberme llamado —alegó Victor—. Te habría traído en mi coche.

No, definitivamente esa no era una opción, a menos que quisiera secar mis lágrimas después.

—Lo tendré en cuenta si vuelvo a ganar algo —respondí.

—Llevemos todo esto arriba —propuso Jane.

—Yo las ayudo —Ofreció su novio con galantería.

—Es tarde, pero si quieres puedes quedarte a cenar con nosotras —dijo mi hermana.

Deduje que ninguno de los dos había comido aún por estar enfocados en mi búsqueda. Debían estar hambrientos.

—Yo cocino —señalé.

No tenía intención de ser la hermana menor molesta, ni tampoco quería estar presente si los novios deseaban darse cariño en mi sofá. Prefería encerrarme en la cocina, y de alguna manera, retribuir el tiempo que perdieron por mi culpa. Ninguno se opuso, así que recogimos las bolsas y tomamos el ascensor.

Piso 11. Habitación 115.

Jane me ayudó a guardar la comida mientras su novio llamaba a sus padres para informar que su «cuñada» estaba bien y se quedaría a comer con nosotras. ¡Cómo dolía!

Cuando Victor terminó de dar explicaciones en su casa, mi hermana me abandonó para ir a hacerle compañía. Cerré la puerta de la cocina y puse la música en mi móvil al máximo para no tener que escucharlos.

La parte positiva del día fue descubrir que los huevos estaban sanos y salvos, así que para celebrar puse el sartén a fuego lento y quebré unos cuantos.

Dejé mi arco apoyado junto a la nevera. Nadie se había percatado de su presencia el día de hoy, ni siquiera mi hermana o Victor, quienes lo tuvieron frente a sus narices. Por lo tanto, acabé por asumir que algún hechizo lo mantenía oculto. La próxima vez iba a preguntárselo a Adrian.

Estaba a punto de terminar la cena cuando la voz de *Sia* fue interrumpida por mi aburrido tono de llamada. Seguía usando el de fábrica porque era demasiado vaga como para cambiarlo. Miré la pantalla y no me sorprendió ver el nombre de Francisca.

—¿Dónde estás?! —gritó desde el otro lado de la línea.

—No hay problema, estoy en casa —dije apagando el sartén.

—¿Tu hermana me llamó! Pensábamos que te habían secuestrado, o que a emborracharte habías ido sin avisar a nadie, o que estabas muerta, o perdida en algún barrio de mala reputación, o...

—Fran, Fran —interrumpí—. Todo va bien.

—¿Y dónde estabas?

—Participando en un concurso en un supermercado, ni te imaginas todo lo que gané.

—Podrás engañar a la ilusa de tu hermana, porque anda con nubecitas en la cabeza —gruñó, molesta—, pero a mí no, se supone que saliste después de desayunar y no apareciste hasta ahora. Ningún concurso dura tanto.

Suspiré con resignación. Pensándolo bien, era una pésima excusa.

—Es una larga historia —respondí—. Pero no te preocupes, estoy bien, mañana nos olvidaremos de esto.

—¡No! No me olvidaré de esto, pasé las peores horas de mi vida, no he estudiado ni una maldita hoja de los apuntes del profesor Stuard, y ni siquiera sé si me lavé los dientes hoy —me regañó—. ¡Me tenías preocupada!

—Lo siento, Fran —dije, estaba cansada—. Escucha, tengo al anti-Darcy y a Jane en el apartamento. ¿Podemos discutir esto otro día?

Hubo un silencio incómodo a través de la línea antes que Francisca volviera a hablar.

—Está bien, pero no vuelvas a darme estos sustos —pidió.

—Nunca más —aseguré.

Colgué y serví los platos. Estaba lista para una horrible comida.

La cena transcurrió con más tranquilidad de lo esperado. Nadie habló de mi desaparición, los novios evitaron actitudes melosas y solo hablamos como un par de amigos en una reunión social.

A pesar que agradecía los esfuerzos, lo único que deseé toda la noche fue ver a Victor atravesar la salida para poder encerrarme en mi habitación y llorar. Sin embargo, creo que ese fue el peor momento de la noche.

Jane y Victor intercambiaron una gran cantidad de besos junto a la entrada, se abrazaron y se miraron con tanto amor que me hicieron sentir que sobraba en la habitación.

No querían separarse. Era obvio. Es más, una actitud indiferente de parte de mi compañero de clase, me ofendería. E incluso si llegaba a romper el corazón de Jane, no me quedaría de brazos cruzados.

Mi hermana también estaba cansada, había tenido un largo día buscándome por toda la ciudad, por lo que se retiró a su habitación antes que yo.

Finalmente, me quedé sola en el recibidor, sin nada más que un montón de platos que lavar. En silencio, me retiré para ponerlos en su sitio y volví a encontrarme con mi arco invisible. Me senté en el otro extremo de la cocina y me quedé mirándolo desde la distancia, como si fuese una amenaza o un elemento extraño. El reloj me indicó que ya eran más de las doce, pero aún no llegaba el día en que tuviese clases los domingos.

Casi sin pensar, me puse en pie y abrí uel estante donde habíamos guardado las cervezas que sobraron del último cumpleaños de Jane. Nueve latas cerradas. En la quinta comencé a hablar con el estúpido arco.

—¿Te lo puedes creer? —pregunté—. ¡Un error de cálculo! ¡Eso le vale mi corazón a Cupido!

Espero que nunca tenga que construir un puente.

Me sentía tan estúpida y patética, contándole mis penas a un ser inanimado. ¿Pero a quién más tenía?

—Diría que solo tú me entiendes —dije antes de darle otro sorbo a la cerveza—. Sin embargo, ni siquiera tienes conciencia.

Arrojé la lata vacía en dirección al arco, ésta lo golpeó y por fin, cayó, junto a las otras cinco latas que me había acabado.

—¡Mira eso! —Reí—. ¡Tengo una puntería increíble! La sociedad no tiene nada que temer, apuesto a que hago mi trabajo mucho mejor que ese idiota con buen coche.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió de un golpe. Me puse en pie y por poco me caigo al encontrarme con Jane, en bata de dormir y pantuflas.

—¡Santo Cielo, Lizzie! —gritó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —hipé—. Deberías estar durmiendo.

—Pues tú también.

—¡Uy, qué ruda!

—¡No tiene sentido discutir contigo! —replicó.

Jane pasó por mi lado, furiosa, y guardó las latas de cerveza en su sitio.

—No, espera —intenté detenerla, pero mi cuerpo era un manojo inútil en esos momentos.

—Vamos, Lizzie, te llevaré a la cama —dijo, tomándome del brazo. No opuse resistencia y la dejé guiarme hasta mi habitación, donde me ayudó a ponerme el pijama y me acostó.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? —pregunté.

—Porque eres mi hermana y te quiero —dijo, aunque sonaba molesta.

—Quisiera ser tan buena como tú —dije.

Jane me miró extrañada.

—Pero qué cosas estás diciendo, el alcohol se te subió al cerebro.

Iba a decir algo más, pero se me formó un nudo en la garganta. Antes de darme cuenta, estaba llorando en brazos de mi hermana mayor.

—¡Soy tan horrible! ¡Tan horrible! —sollocé—. Por eso moriré sola, sola y con un gato, o dos, para no estar tan sola.

—Deja de decir tonterías —pidió Jane—. No morirás sola, eres una persona maravillosa y algún día llegará un chico que hará todo lo posible por conquistarte. Además, yo siempre voy a estar contigo.

—No, no, no lo entiendes. —Gemí—. El chico al que amo no quiere estar conmigo, quiere estar con otra.

—Oh, Lizzie. Te han roto el corazón —mi hermana me estrechó con fuerza entre sus brazos—. Mi pequeña hermana sufre por un chico, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Es que no puedo decírtelo.

—Tranquila hermana, seca esas lágrimas, que tu rostro es muy lindo para estar tan triste —Jane se acomodó frente a mí y pasó sus pulgares debajo de mis ojos, recogiendo el diluvio que caía por mi rostro—. Dime, ¿es de la universidad?

Asentí con la cabeza, antes de empezar a llorar de nuevo. Mi hermana volvió a acunarme como una niña pequeña, acariciándome la cabeza.

—Ya, ya, tranquila —dijo con total calma—. No puedo dejar que mi hermanita sufra por un chico, vas a ver, el lunes te ayudaré a estar tan linda que será imposible que tu mister Darcy no fije sus ojos en ti.

«No digas eso, Jane», suplicó mentalmente mi última pizca de cordura.

En algún momento de la noche, la mayor de las Bennett apagó las luces y yo me quedé dormida.

SEIS



La cabeza me dolía tanto que creí que iba a explotar. Solo había una explicación posible para lo que estaba sintiendo y era que había estado bebiendo alcohol.

Intenté repasar los últimos acontecimientos de la noche anterior. Recordé el concurso, la preocupación de Jane, la cena con Victor, mi corazón roto, la llamada de Fran, el arco olvidado en la cocina, el beso con Eros... ¡El beso con Eros!

Deseé que el colchón me tragara.

—¿Por qué a mí? —gemí ahogando mi voz en la almohada.

Me levanté a tiempo para despedirme de mi hermana, quien iba a salir.

—Iré a la biblioteca —anunció moviéndose por todo el apartamento con un coqueto vestido primaveral—. Después almorzaré con Victor. ¿Te quedarás aquí?

—No —dije, mi voz sonó perezosa, pero no quería quedarme encerrada en un apartamento sola—. Tal vez vaya a la biblioteca más tarde.

—Avisame cuando decidas volver. Victor me llevará a casa, así que puedes regresar con nosotros —ofreció.

Moví la cabeza en una débil afirmación, aunque en realidad, no tenía planeado llamarla.

Jane me dio un abrazo antes de abandonar el apartamento. A veces era difícil no sentirse la hermanita fea a su lado.

Inspiré profundamente para hacerme ánimos de llegar a la cocina. Herví agua, puse dos rebanadas de pan en el tostador y calenté un poco de leche. Luego regresé a la sala con intención de poner la televisión para que hiciera un poco de ruido y no me sintiera tan sola. Sin embargo, me sorprendí de encontrarla encendida. Juraría haber visto a Jane apagarlo antes de salir.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó una voz que conocía bien.

—¿Qué haces en mi casa? —cuestioné.

Eros estaba sentado cómodamente en mi sofá, cambiando de canal.

—Vine a entregarte tus flechas —contestó con sencillez—, pero antes hay que comer. El desayuno es la comida más importante del día.

—A veces pienso que tienes demasiado tiempo libre, Cupido —comenté cruzándome de brazos.

—No pensarás que llené tu despensa por simple caridad. Es demasiada comida para dos adolescentes —ya había pensado que era más de lo que Jane y yo podríamos comer en un mes, pero jamás esperé que Eros quisiera unirse al banquete—. Bonito pijama —agregó el dios del amor.

Miré mi ropa. Llevaba puesto el pijama de conejo que Jane me había regalado por navidad, era idéntico a un disfraz, con cierre, y orejas. Iba a decir algo en mi defensa, pero el olor a pan quemado me interrumpió.

Corrí a la cocina y me quemé las manos intentando sacar el pan, el cual había quedado completamente negro. Escuché a alguien reírse en la puerta y ni siquiera me molesté en averiguar quién era, pues ya lo sabía.

—Ve a sentarte —propuso Eros—. Tu desayuno será una cortesía del Olimpo.

Al ver que no obedecía, él mismo se acercó y tomándome de los hombros me llevó a la silla más cercana, empujándome con suavidad para obligarme a tomar asiento en el mismo lugar donde

anoche estuve hablando con el arco que Adrian me había hecho.

Jane no había recogido las latas de cerveza, por lo que aún se encontraban esparcidas por el suelo. El detalle no pasó desapercibido.

—¿Invitaste a tu arco a unas cervezas? —Sonrió.

—Estuvimos conociéndonos anoche —respondí.

—En todos estos milenios nunca había visto algo así.

Eros se reía, pero yo era incapaz de compartir su alegría. Todavía tenía ambas manos sobre mis hombros y su cuerpo ligeramente inclinado, de modo que su rostro se encontraba más cerca de lo que habría deseado.

La imagen del beso de la noche anterior se cruzó fugazmente por mi cabeza. Lo empujé hacia atrás, y abandoné la cocina hasta llegar al pequeño balcón que había junto a la sala.

A pesar que me temblaban las manos, logré encender un cigarrillo.

Contemplé la ciudad en sus primeras horas. Un cielo anaranjado de fondo, un montón de edificios plantados en la tierra sin una planificación estética, solo construyendo más donde hubiese espacio, y la fresca brisa de la mañana que golpeaba mis mejillas. No entendía cómo Jane podía ponerse un vestido con el frío que hacía.

—Parece que no bastan los milenios para hacer cambiar a los hombres —suspiré.

El cigarrillo se consumió antes de lo esperado y volví a entrar en el apartamento al tiempo que Eros salió de la cocina para informarme que el desayuno estaba listo. Lo miré con cara de pocos amigos, pero accedí a comer con él.

No iba a quitarle el crédito que se merecía. La comida estaba sabrosa, aunque me costó trabajo hacérselo saber.

—Son años de experiencia —respondió cuando por fin me atreví a elogiar su talento culinario. Nuevamente su ego me superaba.

Cuando terminamos, fui a la habitación para cambiarme de ropa y como no estaba segura de qué ponerme, escogí mi conjunto favorito; una falda de mezclilla y una camiseta a rayas. Completé mi conjunto con un bello sombrero negro y cuando me vi al espejo, me reí de mí misma. Momentos atrás, había criticado a mi hermana por salir con vestido y ahora yo saldría con falda.

Eros estaba esperando frente a la pantalla y una sonrisa iluminó su rostro cuando me vio salir de la habitación e inconscientemente mis labios también se curvaron en otra sonrisa.

Su coche estaba estacionado en el mismo sitio de la noche anterior. Al verlo, me invadieron nuevamente los nervios al recordar el beso. Me subí en el asiento del copiloto e intenté mantenerme serena todo el camino.

No me sorprendió descubrir que nos detuvimos frente al parque. Qué mejor lugar para buscar parejas y practicar arquería.

Eros me pidió que lo esperara mientras iba a la parte de atrás de su vehículo y sacaba un curioso bolso, que identifiqué como un carcaj, lleno de flechas de punta dorada.

—Hay dos tipos de flechas —explicó—. Estas de aquí tienen el poder de hacer que florezcan los sentimientos de amor en las personas. Hay otras que tienen la punta de plomo, crean el desamor y ganarás una cuando completes tu tarea.

—¿Cómo haremos para que la gente no se dé cuenta? —pregunté.

—Tranquila, con suerte les dará cosquillas.

—¿Y cómo se explica un bebé con alas disparando flechas en mitad del parque?

La felicidad desapareció de su rostro y tuve que contener una carcajada.

—Primero, esa no es mi forma real y nadie podrá verla sin que yo se lo permita. —Era obvio que no le hacía gracia—. Y ya que tú eres una joven adolescente, completamente mortal, no

podrás esconderte de las miradas curiosas del resto de los humanos, así que deberás tener cuidado si no quieres que te tomen por una loca.

Tragué saliva, de pronto la situación había dejado de ser graciosa.

—Tienes suerte, Adrian tuvo piedad de ti y diseñó un arco que no es fácil de distinguir para los ojos humanos —concluyó.

Miré el arma, a pesar de lo que decía, yo podía verlo e incluso tocarlo.

—¿Y por qué yo sí puedo hacerlo? —cuestioné.

—Porque nos besamos.

La felicidad regresó al rostro de Eros al apreciar cómo su comentario hizo que me sonrojara.

—¡Solo quieres fastidiarme! —acusé.

—No. Bueno, en realidad, sí —admitió—. Tu arco es un objeto mágico que Adrian diseñó especialmente para ti, es lógico que puedas verlo y dudo que exista otra persona en la tierra capaz de utilizarlo. Las creaciones de Hefesto siempre fueron una maravilla, es una lástima lo que le sucedió.

—¿Qué le pasó? —interrogué.

—¿De verdad me lo preguntas? Fue el mayor escándalo del milenio antepasado.

—No, lamentablemente no había nacido.

Sabía que Eros se burlaba de mí, pero no iba a quedarme callada frente a sus bromas.

—Hizo enfadar a un dios del amor —contestó, aguardó unos segundos, esperando ver mi reacción, pero al ver que enmudecí, continuó contando el chisme—. Más bien, a la diosa del amor, Afrodita.

—¿Y entonces? —insistí.

Eros hizo una mueca de desagrado.

—Dejémoslo así por ahora —pidió—. Tienes mucho que aprender.

No muy contenta con su negativa, bajé del coche. Tenía mi arco, mis flechas, y un parque lleno de gente a mi disposición, estaba lista para sembrar amor.

Iba a adelantarme, cuando una figura se interpuso en mi camino.

—Antes que nada, tienes que conocer las reglas —advirtió Eros.

—Bien, dime cuáles son —exigí.

—Primero, solo puedes disparar a una persona, no a ambos, así que uno ya debe estar sintiendo atracción por el otro —explicó.

—Eso no es lo que aprendí en las películas —repliqué.

—Ahora te estoy enseñando yo —repuso—. Si pudieras flechar a los dos, no sería un desafío.

—Estás cambiando las condiciones, Cupido —reclamé.

Una sonrisa traviesa atravesó la boca de Eros.

—Solo te di una parte de mis poderes, pero si quieres tener más, tendremos que celebrar otro acuerdo —sugirió.

Abrí la boca y di un paso hacia atrás, sabiendo lo que su propuesta implicaba.

—Está bien, me conformo —resolví.

—Como quieras —se encogió de hombros—. Segunda regla, no puedes volver a flechar a alguien que ya hayas flechado. Solo un disparo por persona.

—De acuerdo.

—Tercero, no puedes flechar a nadie para enamorarlo de ti, no te pases de lista. Ni tampoco usar las flechas para hacer que alguien que se sienta atraído por ti cambie su foco de atención hacia otra persona. Si ya cayó en tus encantos, no hay nada que puedas hacer.

—¿Qué clase de estúpida regla es esa? —cuestioné.

—Una muy divertida.

Sonrió Eros.

—¿En serio crees que voy a usar tus flechas para buscarme amantes?

—No lo creo —contestó—, pero es una norma básica. Una vez negocié con una espía, creo que se hacía llamar Mata Hari, me convenció y usó mis flechas para conquistar militares, entonces decidí que no podía volver a omitir esa regla. Era una mujer muy bella, es una lástima lo que le pasó.

—¿Bromeas?

Eros negó con la cabeza.

Debo decir que no me lo esperaba. Hasta ahora solo lo había visto como un idiota que disfrutaba gastándome bromas de mal gusto. Pero no. Su existencia se remontaba a cientos de años atrás, por lo que no debía sorprenderme que conociera a un icono de la sensualidad, como Mata Hari. Me pregunté para mis adentros a cuántas mujeres como ella había conocido. Probablemente jamás sabría la respuesta.

—No te hostigaré con más reglas, procedamos a la acción —dijo Eros.

Lo seguí a través de todo el parque hasta un banco donde podía verse la panorámica del lugar. Era el típico paisaje que esperas encontrar con niños corriendo, enredándose en los juegos, padres orgullosos, madres solteras, parejas felices, chicos en bicicleta, grupos de amigos... Nadie era consciente que junto a ellos se encontraba el mismísimo dios del amor.

—¿Quién crees que puede ser la próxima pareja feliz? —preguntó Eros, como si se tratara de un concurso.

—No lo sé —respondí.

—Pues mira y busca.

Dejé que mis ojos vagaran por la escena, prestando atención a todos los presentes. Este ejercicio estaba poniendo a prueba mis escasos poderes de concentración.

—Yo veo muchos posibles candidatos desde aquí —comentó casualmente Eros.

—Cierra la boca, Cupido, estoy buscando.

—Si no te apuras, todas estas personas van a envejecer solas —replicó.

Guardé silencio, mis pupilas iban de un lado a otro examinando la escena, sin divisar ninguna potencial pareja.

—¿Por qué los humanos son tan lentos para percibir el amor? —Suspiró Eros—. ¡Está en el aire y, aun así, no lo sienten!

—Estoy buscando, Dios de la Impaciencia. No es tan fácil —me defendí.

—¡Piensa en los clichés! ¡Me encantan los clichés! Hacen mi trabajo mucho más fácil —sugirió.

Repasé nuevamente todo lo que aparecía en mi campo visual. A la tercera pasada encontré algo útil. Un grupo de amigos, como cualquier otro, dos chicas morenas, un rubio y un joven pelirrojo, éste último no podía apartar la mirada de una de sus amigas.

—¡Lo tengo! El pelirrojo de allá —indiqué.

Eros miró en la dirección señalada y asintió.

—Bien, Lizzie, ya me sorprendía que no vieras ese punto rojo de allá —respondió—. Ahora dale al muchacho su morena, para que sea feliz.

—¿Yo? —pregunté, como si no fuera obvio.

—Claro, ¿no practicaste nada con Adrian? Creía que para eso había dibujado círculos rojos en su patio.

—Así que Cupido estuvo espiando... —comenté.

—Parte de mis labores como dios —se excusó—. No hagas esperar a *Ron Weasley*.

Elevé mi arco, acomodé una flecha entre mis manos y me preparé para atacar. Tenía mi atención puesta en la chica morena, era un objetivo en movimiento, así que tenía que concentrarme en sus pasos, la velocidad de su avance, la probabilidad de que alguien se cruzara a último minuto, todo debía quedar comprendido en mis cálculos. Entonces, cuando estaba lista para disparar, la voz de Eros me distrajo.

—Tal vez deberías ponerte de pie, no tienes mucha experiencia, y estar sentada puede afectar tu tiro —sugirió.

Le miré con odio, había arruinado el momento perfecto.

Me puse en pie y me dispuse a atacar nuevamente. Piernas ligeramente separadas, arco y flecha en mano, objetivo en la mira. Todo volvía a estar bajo mi control.

A pesar de mi postura confiada, en el fondo tenía mucho miedo de fallar, en especial, frente a los ojos de Eros. Quería demostrarle que podía, que su desafío era un juego para niños, no iba a permitir que me viese caer.

Estaba a punto de soltar la flecha cuando una nueva voz me sobresaltó.

—¡Eh! ¡Lizzie!

—¡No! —grité, pero ya era demasiado tarde.

Dicen que los accidentes en automóvil ocurren en tres segundos, tres malditos segundos son suficientes para quitarle la vida a alguien, y más o menos eso fue lo que pasó aquí. Una inesperada voz me sobresaltó de tal manera que mi atención se desvió, fueron apenas unos centímetros que cambiaron totalmente mi objetivo, de la morena uno a la morena dos. Simplemente la flecha salió volando de mi mano, atravesó el aire sin que pudiese hacer nada para detenerla. Chocó con el pecho de la chica equivocada y se desvaneció en el aire.

La muchacha parpadeó un par de veces y luego su mirada fue a caer en el chico pelirrojo.

—¡Oh no! —gemí.

Busqué a Cupido, quien debía estar a mi lado, pero no lo encontré. Comencé a desesperarme, me daba vueltas la cabeza. Acababa de arruinar una amistad, era imposible que ese grupo de amigos pudiese prosperar después de mi intervención. Todo pudo haber acabado tan bien, habría sido una linda pareja, pero yo lo había echado a perder por completo.

Había fallado.

—Lo arruiné —susurré.

Unos ojos castaños se interpusieron en mi campo visual.

—¿Lizzie? ¿Está todo bien? —preguntó Ann.

Sandra y Ann eran dos compañeras de clase, de esas chicas que tenían fiesta cada fin de semana y nunca le hacían asco a un panorama nuevo. Me llevaba bien con ellas, pero lamentablemente me las tenía que encontrar en el peor momento posible.

—Todo bien, es solo que... Tengo un problema.

Entonces vi a Eros junto a un carrito de helados, disfrutando de un día en el parque. No podía creerlo. Pagó por un helado de fresa que saboreó con total calma, como si nada hubiese pasado, ignorando por completo que una bella amistad acababa de romperse frente a sus ojos.

—Yo... —murmuré mirando en su dirección.

Eros me vio y me hizo un gesto con la mano a modo de saludo. Quería pensar que no había visto lo que acababa de suceder, pero era imposible que sus sentidos lo hubiesen pasado por alto. Después de todo, era el dios del amor.

—¡Eh! Lizzie, ya sé lo que te hará sentir mejor. Hay un nuevo bar a unas cuantas calles —señaló Ann captando mi atención.

—¿En serio?

—Sí, vamos a ir con los chicos, pero Ashley se rajó en el último minuto, así que tenemos un puesto libre en nuestras filas —explicó Sandra. Era gracioso que lo dijera, pues no se sentía atraída precisamente hacia el sexo opuesto. Deduje que más que nada iba para acompañar, por ende, necesitaban a alguien más.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —añadió su amiga.

—¿Yo? —volví a fijar la vista en Eros—. No tengo absolutamente nada que hacer.

—¡Qué bien! —exclamó Ann—. Ahora mismo iremos a almorzar. Mi padre me prestó su coche, podemos ir a buscar un vestido a tu casa si quieres.

Dejé mi arco, las flechas y todo lo demás, incluyendo a Eros, en un asiento del parque, y seguí a las chicas que habían llegado en mi rescate.

SIETE



Desperté producto de la violenta acción de mi hermana, quien sin ninguna consideración me lanzó un vaso de agua fría en la cara. Di un salto y pegué un grito tan grande que seguramente les sirvió de despertador a los vecinos.

—Arriba —ordenó Jane—. Tienes clase.

—¿De verdad es lunes? —inquirí restregando mis ojos.

Jane no dijo nada, fue hasta mi ventana y abrió las cortinas. La luz solar me hizo daño en los ojos, así que tuve que cubrirme el rostro con las sábanas húmedas.

—Eres un desastre, no sé qué harías sola en esta ciudad —suspiró—. Anda, muévete. No es mi culpa que hayas llegado de madrugada con quién sabe cuántas copas de más.

Intenté aclarar mi mente, los recuerdos comenzaron a llegar uno a uno. Estaba con Sandra y Ann, dos compañeras de clase, fuimos a beber a un bar con unos amigos, la conversación tomó varios rumbos, hasta que acabamos en una discoteca, y luego, de alguna manera había llegado a casa.

—Estoy tan cansada —refunfuñé.

La cabeza me dolía demasiado y el estómago parecía contener una peligrosa bomba.

—Anoche lo debiste pasar muy bien, no dejabas de hablar de un dios del amor —contestó mi hermana—. Solo espero que no te caiga el Espíritu Santo.

Mis ojos se abrieron, la espesa neblina que cubría mis pensamientos se disipó y de pronto estaba de pie con todos mis sentidos alerta.

—¿Qué más te dije? —exigí a mi hermana.

—Cosas sin sentido, Lizzie, como todos los borrachos —respondió restándole importancia—. ¿Sabes? Algún día mamá se va a enterar que te atrasaste un semestre por estar de fiesta y entonces no solo te van a castigar a ti, sino que a mí también, por encubrirte.

Bajé la mirada, debía reconocer que no me enorgullecía de no poder recordar la mitad de lo que había hecho durante mi primer año.

Jane abrió mi armario y rebuscó entre mi ropa, combinando una serie de atuendos en el pequeño espejo que tenía junto a la puerta.

Como la habitación era pequeña, solo bastaba con lanzar las prendas para que éstas aterrizaran en la cama, así que pronto terminé cubierta de ropa.

—¡Esta es mi blusa! Creí que la había dejado en el campo —exclamó mientras revolvía mi armario—. ¡Oh! Extrañaba estos *leggings*.

Sus reclamos continuaron hasta que finalmente encontró un conjunto que la convenció por completo.

—Ponte esto —ordenó lanzándome una camiseta y unos vaqueros ajustados.

No era lo que yo solía usar para ir a la universidad, e incluso podría jurar que la camiseta era suya.

—¿Desde cuándo eliges mi ropa? —pregunté.

—Puede que tú no lo recuerdes, Elizabeth Sagarra, pero yo prometí ayudarte a conquistar a ese compañero de clase que tanto te gusta —explicó con determinación—. Así que será mejor que se prepare porque no va a poder ignorarte más.

De pronto no supe si el vacío que sentía en mi estómago era producto del alcohol, la falta de un

desayuno o de sus palabras.

Ahora que Jane era una chica con novio, y su novio tenía coche, podía olvidarse de tomar el autobús. Por mi parte, yo era una triste soltera, sin carné de conducir ni coche, así que me tocaba utilizar el transporte público. No es que no hubiese espacio para mí en el coche de Victor, sino porque me negaba a ser la sanguijuela resentida del asiento de atrás.

Sin embargo, ese día, pese a mis reclamos, Jane logró subirme al coche, usando el chantaje más bajo, ese que solo los hermanos pueden usar entre ellos: decírselo todo a mamá. Viéndolo así, un paseo en coche no sonaba tan mal.

—Te arrepentirás —amenacé, tomando mi sitio en el asiento de atrás.

Inmediatamente sentí que mi cuerpo se oscurecía, tornándose largo y gelatinoso, mientras que mis brazos y piernas eran consumidos por una fuerza desconocida. De un momento a otro me convertí en una sanguijuela resentida.

Victor aparcó cerca de nuestra facultad, deseé con todo mi ser que no se le ocurriese la estúpida idea de llegar juntos a clase, porque no iba a aceptar una propuesta tan indecorosa. No iba a llegar con el novio de mi hermana del cual, para colmo, seguía enamorada.

—Acompañaré a Jane hasta su facultad —informó Victor, pero antes que pudiese cantar victoria, agregó—: ¿Puedes guardarme un puesto en la tercera fila?

Intenté no tomar la petición como una posibilidad de que volviésemos a sentarnos juntos en clase, porque no iba a aceptarlo.

—Creo que Fran guardará para uno mí, pero puedo dejar algo en tu asiento, para que lo muevas después —ofrecí con amabilidad.

En realidad, Fran no me reservó nada, ni siquiera le había hablado en toda la mañana.

—Es mejor que entren juntos, yo puedo ir sola, no quiero que llegues tarde de nuevo —interrumpió Jane.

Mala sugerencia. Los novios empezaron una discusión sin fondo sobre quién debía ir a clase primero mientras yo les esperaba como una niña esperando a que sus padres decidan dónde ir a comer.

—Fran debe estar esperándome —dije abriendo la puerta—. Me bajaré primero, gracias por traerme.

Salí del coche y caminé a toda prisa, antes de que...

—¡Lizzie! —Victor gritó mi nombre.

Antes que eso pasara.

Fingí que no lo había escuchado, pero volvió a llamarme unas tres veces más, por lo que no tuvo sentido seguir ignorándolo.

Me giré intentando mostrar mi mejor sonrisa, pero me temblaron los labios, así que preferí permanecer seria.

Victor venía corriendo en mi dirección mientras que Jane esperaba un poco más atrás. Cuando mis ojos se toparon con los de mi hermana, ella sonrió y se despidió de mí. Ni siquiera lo sospechaba, no podía ni imaginarse lo que sucedía justo en frente a sus narices. Y yo no podía hacérselo ver.

Respondí al gesto de Jane, intentando sonreír de vuelta, pero estaba segura de que mi rostro mostró cualquier emoción, salvo alegría. Se dio la vuelta casi al mismo tiempo en que Victor me alcanzó.

—Aún queda tiempo antes que empiecen las clases —dijo—. ¿Podemos hablar?

«No», pensé.

—De acuerdo —acepté.

La cafetería estaba cerrada, pero las mesas podían utilizarse, así que escogimos una al azar para conversar.

Victor estaba nervioso, lo conocía bastante bien, incluso mejor que Jane, pues conocía cada uno de sus gestos, en especial esa manía de jugar con sus labios cuando no estaba seguro de qué hacer.

—Pensé que tú ibas a sentirte feliz por nosotros —expuso—, pero es obvio que no es así. Lo hablé con ella y llegamos a una misma conclusión.

De alguna manera, me lo esperaba. Había intentado disimular mi molestia, pero mi corazón no es de piedra. Ellos terminarían notándolo. Victor había sido uno de mis mejores amigos y confidentes mientras que Jane me conocía de toda la vida. No podía ocultar lo que sentía, no a ellos.

Mi amigo se inclinó hacia adelante, estaba decidido a tener esta conversación, quería dejar las cosas claras aquí y ahora. Podía leer cada uno de sus gestos, porque observarlo se había convertido en uno de mis pasatiempos favoritos.

—No quiero que sientas que porque Jane y yo estamos saliendo significa que debes hacerte a un lado en nuestras vidas —explicó—. Eres mi amiga, te quiero, y echo de menos conversar contigo, estudiar juntos, hablar mal de los profesores a sus espaldas y todas esas cosas que hacíamos juntos. Es terrible sentir que perdí nuestra amistad porque no hemos podido comunicarnos bien.

»Y Jane... ella te adora y se preocupa muchísimo por ti. Sé que esta situación también la está lastimando. También sé lo mal que lo pasaste ese año que te quedaste en el campo con tu madre, por lo que no quiero que te sientas desplazada. No estoy diciendo que seamos el trío inseparable porque es evidente que son distintas relaciones, pero, Lizzie, eres parte de nuestras vidas y te queremos en ellas.

Sus palabras eran bonitas. Sin embargo, insuficientes y lamentablemente, en mi posición, solo podía aceptarlas.

—¡Oye! —dije intentando sonar como la Lizzie que era antes de que me rompiera el corazón—. No seas dramático, solo quería darles su espacio para que afirmaran la relación y todo eso. Dicen que es importante. Nada ha cambiado.

Yo merecía el Oscar a mejor actriz.

Todo había cambiado.

El rostro de Victor reflejó una expresión de alivio que me dio a entender que se había tragado mi mentira.

—No seas tonta, Jane y yo estamos bien, no tienes que alejarte —dijo.

Intenté mantener la sonrisa y decidí que lo mejor sería cambiar el tema antes que mis emociones echaran abajo mis palabras.

—Como digas, ahora dame los deberes que envió la profesora Bell, porque no hice nada este fin de semana—exigí.

—¡Tampoco la hice! —exclamó Victor.

Chocamos puños igual que en los viejos tiempos.

—Seremos los mejores alumnos este año.

Reí.



Entré a clase fingiendo ser la persona más feliz sobre la faz de la tierra. Cuando Fran me vio

entrar al salón con Victor Olivier supe por su expresión que tendría que responder a muchas preguntas durante el descanso.

Afortunadamente, mi amiga tuvo la consideración de guardarme un asiento.

Fui incapaz de prestar atención a las explicaciones que dio el profesor durante la clase. Solo podía pensar en lo difícil que era actuar como si todo fuera bien, cuando en realidad mi mundo se caía a pedazos.

Victor lucía tranquilo, acababa de sacarse un peso de encima. Me replanteé la escena un par de veces, considerando que tal vez habría sido más fácil para mí solo decirle que no podíamos seguir siendo amigos.

«No, Víctor, nuestra amistad murió».

«No soporto verte con mi hermana».

«Me lastimas cada día».

«Vas a acabar conmigo».

«Te amo».

No habría sido fácil, solo de pensarlo sentía una presión insoportable en el pecho, pero si bien habría dolido, la realidad me dolía mucho más. Además, no podía hacerle eso a Jane.

Pude haberme preguntado si había alguna manera de olvidar este amor que me quemaba desde dentro, pero ya conocía la respuesta. La dejé olvidada en un banco del parque.

Tenía que recuperar mi arco y terminar pronto con todo esto.

Cuando la clase acabó, Fran me tomó del brazo y me llevó volando hasta ese lugar secreto donde las mujeres pueden compartir toda clase de chismes y vivencias. O sea, el baño.

—¿Por qué entraste a clase con Víctor? —preguntó—. Creí que estaba vetado.

—Y lo está, es solo que quiso que habláramos antes de clase —expliqué.

—¡Y aceptaste! —exclamó—. No debiste haberle dado ni siquiera la oportunidad.

—Es el novio de mi hermana —me excusé.

—Y es el hombre que te rompió el corazón —espetó Fran—. ¿Y qué te dijo?

—Pues que era su amiga, que me quería mucho y...

Un nudo en mi garganta impidió que siguiera hablando.

—¿En serio te dijo eso? ¡Qué desgraciado! —chilló—. Por hombres como él la raza humana no avanza.

Fran estaba furiosa, pero cuando me vio al borde de las lágrimas, calmó su ira y me acunó en sus brazos.

—Siento que mi vida se está yendo a la mierda y no sé cómo detenerlo —sollocé.

—Lo sé, querida —me consoló—. Todo irá bien. Después de clase iremos a por un helado y veremos una película en mi casa, ¿te parece?

—Solo dime que soy una tonta y me sentiré mejor —gemí.

Fran se echó a reír.

—Tengo la película perfecta para ti.



Pasó el lunes, martes y llegamos a miércoles. Fue ahí cuando decidí ponerle fin a mi agonía, y en cuanto salí de clase abordé la línea tres, el recorrido que me llevaba a casa de Adrian. A esas alturas, no recordaba bien el camino, pero tras un par de vueltas, logré dar con aquella casa con rosas en el jardín.

Toqué la puerta un par de veces, sin obtener respuesta.

Empezaba a aceptar la idea de que probablemente no había nadie en casa y debía regresar otro día, cuando me encontré con el rostro de Adrian que venía bajando la calle.

Traía una bolsa en cada mano y la mirada perdida, sin deseos de hacerse parte de la realidad.

—¡Adrian! —grité captando su atención.

No hizo ningún gesto de reconocimiento hasta que estuvo junto a la puerta de su casa, dejó las bolsas en el suelo para buscar las llaves, y solo entonces, me habló:

—Tardaste mucho en regresar —comentó casualmente.

No comprendí el alcance de sus palabras hasta que ingresé en su casa y mis ojos se detuvieron en el arco que se encontraba en una mesa a la entrada.

No sabía qué decir, estaba esperando poder explicarle a Adrian lo sucedido en el parque y convencerlo de diseñarme un nuevo arco, sabía que iba a ser difícil e incluso hipócrita, pero confiaba que podía tener compasión, o al menos lástima, y accedería a mis ruegos.

Encontrar el objeto mágico en la casa de su creador cambiaba por completo el panorama.

—Lo siento —dije.

Era lo único que podía decir a esas alturas, lo único que realmente valía la pena. Había menospreciado su trabajo, esa noche que pasó sin dormir forjando una herramienta que me fuese útil, cuidó cada pequeño detalle y me enseñó a usarlo, para que luego yo lo dejara olvidado por ahí.

Comprendería que me odiar, si quería quitármelo o si me echaba de su casa en ese mismo momento.

Pero su expresión no cambiaba, se quedó mirando su obra, y luego, se dispuso a guardar la compra, ignorando por completo mi presencia y mis disculpas.

Sí, tenía sentido. Adrian no solía prestarme mucha atención y después de lo que le hice, podía entender que no quisiera volver a dirigirme la palabra.

No estaba segura si ese era el momento donde tomaba el arco y me marchaba para no volver nunca más, o simplemente me iba con las manos vacías.

Estaba debatiéndome entre una y otra opción, cuando Adrian regresó con un carcaj de flechas a cuestas que me entregó.

—¿Qué...?

—Me hiciste una promesa, ¿recuerdas? —interrumpió.

Mi mente regresó una semana atrás, en esa misma sala, cuando Adrian me pidió que uniera a sus padres. Nuevamente, me sentí como la peor persona sobre la tierra.

—Adrian, lo siento —me apresuré en decir—. Tenías razón, no es sencillo, estoy trabajando con los corazones de la gente y no puedo...

Creí que nuevamente me estaba ignorando, afortunadamente no fue el caso.

—Eros me contó que te afectó fallar un tiro —dijo—. Es más normal de lo que crees, diseñé una herramienta que aumentara tu probabilidad de acierto, pero siempre existirá un pequeño porcentaje que te hará fallar y solo con práctica podrás hacer que las cifras estén a tu favor.

—Destruí la amistad de unos chicos —informé.

—No eres la primera en hacerlo.

—Pero no quería hacerlo. Y Eros solo se quedó ahí. ¡No hizo absolutamente nada!

—No tiene por qué hacerlo, él nunca hace nada. —Sus palabras me dejaron helada—. Creo que es la primera vez que me pide que fabrique un arco, por lo general deja que encuentren el camino por su cuenta, tampoco es que tenga la obligación de hacerlo.

—¡Es el dios del amor! —reclamé.

—Pero en el acuerdo nunca dice que te ayudará a cumplir tu parte, debes encontrar el camino

por tu propia cuenta, sino no tendría sentido. Piénsalo: si Eros repara tus errores incluso si formara las parejas por ti, ¿dónde queda tu esfuerzo? ¿Qué contrato estás cumpliendo?

Recordé las palabras que Eros usó en el coche aquella noche y detesté la idea de sentir que era yo quien estaba equivocada.

—No quiero hacerle daño a nadie —respondí.

Adrian me miró fijamente, su mirada me penetró de tal forma que sentí que todos mis pensamientos quedaban expuestos.

—Siéntate un momento, te hará bien —sugirió.

Me acerqué al sofá donde me senté la primera vez que estuve en esta casa. Adrian me ordenó que me relajara, respirase hondo y despejase mi mente. Hice caso a todas sus instrucciones, a pesar de que me temblaban las manos sin parar.

Me estaba costando trabajo ser razonable, no era una diosa ni tenía sangre celestial corriendo por mis venas. Solo era una humana corriente, que habló de más y ahora estaba metida en un problema de grandes magnitudes.

—No sé cómo voy a sobrellevar esto —reconocí.

—No debería decírtelo, pero ya que me harás un favor, creo que puedo darte una pista —dijo Adrian—. Considera lo siguiente: no todos los amores en el mundo están regidos por Eros, existen otros dioses del amor. Pero, además los humanos tenemos una respuesta química incorporada a nuestro organismo, la dopamina y todas las hormonas responsables de la atracción hacen que se generen sentimientos asociados a determinadas personas, la labor de las flechas es finalmente equilibrar aquellas reacciones, de modo que en el juego de probabilidad se dan más situaciones en que dos personas sean correspondidas frente a los casos en que no.

»En otras palabras, si un hombre se enamoró de una chica, por su personalidad, por sus características físicas o lo que sea, y ella no siente lo mismo hacia él, una flecha bastará para equiparar la situación. Pueden darse casos en que no sea necesario, otros que sí, pero aun así, el efecto será reversible, pues una persona enamorada puede ser flechada con otra, y asimismo, los efectos de la flecha pueden desvanecerse por operar otras circunstancias. Además, existen las flechas de plomo para completar la ecuación, algo así como un borrador en caso de errores.

—O sea que, si lo echo todo a perder, puedo repararlo —concluí.

Adrian afirmó con la cabeza.

De pronto, un nuevo pensamiento llegó a mi mente.

—¡Oh, maldición! Entonces no era necesario celebrar un acuerdo con Eros.

Si los efectos podían desaparecer con el tiempo o con otros medios, habría sido mucho mejor solo esperar a que eso ocurriera. Ahora me encontraba atada a mis propios sentimientos por culpa del pacto con Eros.

Adrian mantuvo la calma, pero yo estaba indignada, el dios del amor me había engañado, se había reído en mi cara dos veces.

—A Eros le gusta jugar con los humanos —contestó el descendiente de Hefesto.

—¡No es justo! —chillé.

—No, pero no puedes hacer nada ahora, tienes tomar el arco y cumplir tu parte. Además, te quedan solo dos parejas.

Agradecí la ayuda de Adrian y volví a casa. Todo eso de dárme las de la diosa del amor había hecho que mis estudios se vieran afectados, por lo que tenía una gran cantidad de deberes que hacer.

Sin embargo, aunque todavía estaba indignada con Eros, hablar con Adrian había sido positivo, sus consejos me sirvieron para calmar mis ánimos. Ya no estaba desesperada y mis

esperanzas se habían renovado.

Era cierto que el muchacho podía ser frío y distante, además de que la mayoría de las veces ignoraba lo que le decía, pero en el fondo, era un buen chico que sabía dar consejos y animar a una persona abatida.

OCHO



—¡Lizzie! —la voz de Jane resonó por todo el apartamento—. ¡Explícame por qué el lavabo está teñido de rojo!

—No es nada —grité de vuelta sin deseos de explicarle que había vuelto a cambiarme el color del cabello.

Aun así, mi hermana entró a mi habitación, bramando una suerte de insultos dirigidos hacia mí. Me limité a escucharla, sin ganas de entrar en una discusión. Conocía de antemano su opinión sobre mis constantes tintes. Tampoco entraba en mis planes dejar la casa sucia, iba a limpiar, solo que más tarde.

—Vas a dejar tu pelo tieso como la paja —aseguró Jane—. Y recuerda que Victor viene a buscarme y puede que quiera entrar en el servicio.

—Oye, detente ahí. Que Victor y tú se estén conociendo no significa que no él no me conozca a mí —alegué y al instante deseé no haber dicho nada.

Jane me miró dolida, se cruzó de brazos y esperó mi disculpa. Pero no podía pedir perdón por algo tan cierto como eso.

—Si tuvieras novio me entenderías —replicó.

Golpe bajo.

—Es una pena que no piense dejar la soltería aún.

—No hables como si tuvieras treinta.

—Y tú no uses frases que parecen sacadas del vocabulario de mamá.

Jane cogió la almohada más cercana y me la lanzó. Me cubrí con ambas manos y respondí arrojando la misma almohada.

Era horrible terminar una discusión así, pues no me permitía odiarla, por el contrario, creo que cada día amaba más a mi hermana.

—Hablando de mamá, este viernes llevaré a Victor a su casa, para que se conozcan —dijo. Abrí los ojos manifestando lo mucho que me impactaba la idea.

—Oh, bien —respondí.

—Debes ir —exigió Jane.

«Oblígame».

—¿Yo?

—Sí, tú. Mi hermana menor, la única que tengo. ¡No puedes abandonarme en un día tan importante! Además, no podría llamarse un almuerzo familiar si tú no estás.

Si esto fuera un videojuego sería tipo «Jane ha usado chantaje de hermana». Y la siguiente viñeta diría «¡Es muy efectivo».

—¡Vale, vale! —la interrumpí—. Lo capto.

Me dedicó una enorme sonrisa de satisfacción y salió de mi cuarto saltando de la emoción. Inmediatamente dejé que mi cuerpo cayera sobre la cama resoplando con frustración. El contraste era increíble.

Por segunda vez consecutiva, Jane me obligó a subir en el coche de Victor. La odiaba. Lo que menos quería ser era la hermana entrometida, esa que no te puedes sacar de encima y ella insistía en tenerme cerca.

Podía llegar fácilmente a la universidad sin tener que pasar por esto. ¿Es que acaso no quería

intimidad con su novio?

No despegué los ojos de la ventana en todo el trayecto, con la esperanza de que algún transeúnte se percatara de mi sufrimiento y me pegase un tiro.

Aquello no sucedió y llegamos a la universidad con tiempo de sobra. Nuevamente, el par de tortolitos comenzó a discutir en los asientos delanteros. En esa ocasión, fui más rápida y me despedí antes de verme envuelta en su dilema.

Quedaban cerca de veinte minutos antes de que las clases comenzaran, usualmente a estas horas yo me encontraba caminando tranquilamente.

Ya que era muy penoso llegar temprano y, aun así, aparecer tarde, decidí que lo mejor era buscar mi salón de clases para tomar un buen asiento.

Solo habían llegado dos personas, Agustín Lesky y Nicolás Garro. Eran de esos amigos que pasaban el tiempo compitiendo por cualquier cosa, desde mujeres hasta las calificaciones. La verdad era que no me interesaba verme envuelta en su competición, pero quise ser educada y me acerqué a ellos para dar el «buenos días» correspondiente.

—La próxima semana comenzamos la primera ronda de evaluaciones —comentó Nicolás—. ¿Están preparados?

A veces no entendía cómo a una persona podía irle bien en los estudios, ser buen deportista, tener un gran número de mujeres esperando su oportunidad y lucir impecable todos los días, como si no fuese nada, mientras yo apenas lograba peinarme por la mañana. Era imposible y lo peor, es que en el caso de esos chicos, la perfección venía por partida doble.

Aunque tal vez tenía que ver con el hecho de que los padres de Agustín eran los dueños de la clínica veterinaria más grande de la ciudad, mientras que los padres de Nicolás administraban el zoológico que quedaba en las afueras de Everlille, y yo solo era una chica de campo.

—Hoy comenzaré a estudiar —anuncié.

Ni siquiera lo había pensado, con tantas cosas en mente, mi vida académica había quedado relegada a un segundo plano; sin embargo, era buena idea ponerla de vuelta en su lugar.

—Yo empecé ayer, espero estar repasando el fin de semana —dijo Agustín solo para presumir.

—No te olvides de que este sábado tenemos partido —intervino Nicolás—. ¿Irás a verlo, Liz?

Una fugaz sonrisa apareció en mi rostro, aunque no era muy fanática del baloncesto, una salida en grupo era exactamente lo que necesitaba para despejar mi cabeza. Alejarme de Jane, de Víctor, del arco y las flechas. Era un buen plan, que lamentablemente no podría llevar a cabo.

—Iré a ver a mi madre este fin de semana —me excusé.

—¿En serio? ¿No puedes ir otro día? —me preguntó Nick.

—No lo creo —intenté dibujar una falsa sonrisa—. Víctor se presentará oficialmente como mi cuñado.

Ambos intercambiaron un par de miradas pícaras, que solo consiguieron hacerme sentir incómoda. Sí, Víctor era un campeón.

—Será para la próxima entonces, la temporada acaba de comenzar —comentó Agustín.

Asentí, disimulando como pude el hecho de que tenía el corazón roto. Y como si lo hubiésemos invocado, en ese momento el responsable de mi situación sentimental entró al salón.

Tenía la esperanza que solo dejara sus cosas y saliera a conversar, como solía ser su rutina todas las mañanas, pero mis esperanzas se esfumaron cuando Agustín emitió un fuerte grito, llamándolo a nuestra presencia.

—¡Eh! Víctor, escuché que este fin de semana te comprometes —dijo Nick.

El aludido sonrió ante la broma. Todo su rostro se iluminó, estaba feliz, y no era para menos.

Algún día tendré que acostumbrarme a ver su rostro resplandeciendo, a darme cuenta que sus

ojos se llenarán de luz y su boca se curvará en una preciosa sonrisa, y que yo jamás seré la causa. Tendría que conformarme con ser la buena amiga.

—¿Tienes algo que hacer hoy por la tarde? —preguntó Víctor.

Inmediatamente, sentí como si cientos de ojos se posaran en mí.

—¿Yo? —pregunté.

Me regañé mentalmente por la estúpida pregunta.

—¡Iremos de compras! —alegó Fran, apareciendo de la nada.

—Eh... sí, eso —acepté con inseguridad.

—¿Me llevarían con ustedes? —inquirió—. Quiero comprar un regalo a Jane y me gustaría contar con algo de asesoría.

Ese fue uno de esos horribles momentos, cuando tu excusa en realidad te pone en una situación aún peor.

—¿Qué? No, es que estábamos pensando pasar un poco de tiempo las dos, es decir...

Ni siquiera Fran sabía cómo arreglar el problema en el que nos habíamos metido.

—¡Vamos! Pueden ir otro día las dos, ¿no ven que este hombre enamorado necesita ayuda? —la interrumpió Nick.

—Tú métete en tus asuntos —escuché refunfuñar a mi mejor amiga, tan bajo y tan rápido que apenas se entendió lo que decía.

Tenía esa manía de reclamar entre dientes, como una niña de cinco años.

—¿Qué dijiste? —preguntó Nick confundido.

—Dijo que está bien, no hay problema, llevaremos a Víctor —me apresuré en responder.

Pude sentir la afilada mirada de mi amiga clavarse sobre mí como si me estuviese apuñalando.

Entonces, la profesora Delaney entró en el salón y todos nos dirigimos a nuestros asientos. Fran junto a mí, Nicolas y Agustín, Víctor con algún desconocido.

La cátedra no se hizo esperar, me apresuré en sacar mi cuaderno para tomar apuntes. A mi lado, Fran no quitaba los ojos de encima, manifestando su enfado de manera dramática.

—¿En serio? —escuché a Fran murmurar.

No necesitaba preguntar a qué se refería.

—Es mi hermana —susurré.

—¿Y qué?

—No me sentiría bien conmigo misma si le impido ser feliz.

—El idiota puede comprar sus regalos solo, es su novia después de todo.

Agaché la cabeza. Fran tenía razón. Víctor iba a tener que aprender a comprar regalos para Jane sin mi ayuda, era su relación después de todo, no podía depender de mí.

Sin embargo, aún era muy pronto, llevaban poco tiempo juntos, estaban en etapa de conocerse y sabía que la culpa iba a matarme si lo dejaba solo.

—Solo esta vez —me excusé.

Pude ver que la idea no le gustaba nada. Se estaba obligando a guardar silencio, no porque no fuese a manifestar su opinión más tarde, sino para permitirnos prestar atención a la clase ahora.

NUEVE



El centro comercial de pronto se sentía demasiado pequeño y nosotros, demasiado grandes para él. Fran y yo intentábamos disimular nuestra incomodidad, por más latente que fuese, aunque Victor estaba lo suficientemente nervioso como para no notarlo. De alguna manera, el club de compras se había ampliado demasiado, no solo Sandra y Ann se habían colado, sino también Nick y Agustín, solo por el placer de burlarse un rato de su enamorado amigo.

Fran rechazaba rotundamente cada opción que Victor presentaba, estaba muy molesta, y en ese estado era imposible que algo le agradara. Por mi parte, yo solo habría aceptado la primera propuesta de mi cuñado para poder largarme lo más pronto posible. Fuimos de tienda en tienda, como si estuviésemos descartando de una lista, y en el fondo tenía miedo de que se nos acabaran las opciones.

De camino, los chicos se compraron una bebida, luego un helado, después un batido, unas patatas fritas, y al final unos bocadillos para llevar en un puesto de comida rápida. De modo que tuvieron que esperar afuera de cada tienda comercial, conversando relajadamente entre sí.

Casi al final del día, llegamos a una sencilla tienda de accesorios. Ya habíamos caminado mucho y estaba segura que faltaban pocas horas para que el centro comercial cerrase sus puertas. Decidí hacer mis apuestas por ese pequeño negocio, sabiendo que era uno de los favoritos de Fran.

Me detuve a observar los mecheros. Irónicamente había uno de un arco con una flecha atravesándolo. Una mala broma del destino, supongo.

—Liz, ¿cómo se ponen estas cosas? —preguntó Nick, enseñándome un brazalete de metal completamente cerrado.

Tomé el accesorio y lo deslicé en mi muñeca sin dificultad.

—¿Ves? Te dije que era así —reprochó Agustín.

—No estábamos seguros, ahora lo sabemos —repuso el primero con orgullo.

—Era obvio, al menos pudiste disimular no saber algo tan simple.

Puse los ojos en blanco y me prometí no llevarlos jamás a cotizar maquillaje.

Fran estaba junto a Victor inspeccionando las carteras. Ella me miraba de reojo de vez en cuando mientras él estaba demasiado enredado entre cierres, broches, colores y diseños como para echarme siquiera un vistazo.

Al cabo de un rato, mi cuñado se me acercó para mostrarme un pañuelo magenta. Jane odiaba ese color. Definitivamente les costaría mucho trabajo convertirse en almas gemelas. No me malinterpreten, sabía que la intención es lo que cuenta, pero tampoco era buena idea regalar cosas que jamás va a usar. Mi presencia allí era precisamente para ayudarlo con el regalo.

Finalmente se decidió por un delicado brazalete plateado, con flores en relieve. Era lindo y suficiente para hacerla feliz hasta el próximo aniversario, o lo que sea que estuviesen celebrando.

—Es tarde, ¿por qué no vamos a por unas pizzas? Hay un local muy bueno a tres calles de distancia —propuso Agustín al concluir nuestra misión.

La idea fue aprobada de forma unánime.

Llegamos caminando y nos detuvimos frente a las pantallas que pasaban las promociones, una tras otra, cambiando justo antes de poder terminar de leer, y obligándonos a esperar la siguiente vuelta para acabar.

Escogimos una mesa y nos instalamos allí. Ya eran cerca de las nueve, la tarde se había tornado fría, pero el negocio tenía calefacción, de modo que nos quitamos los abrigos y los tiramos junto a las mochilas, en una silla desocupada.

Fue ahí cuando una mirada de reojo a la ventana bastó para notar a una figura familiar paseando tranquilamente por fuera.

Intenté que mi buen ánimo no se viera perturbado e hice un esfuerzo por ignorarlo, pero simplemente no podía despegar la mirada del vidrio.

El teléfono de Fran comenzó a sonar haciéndome saltar en la silla.

—Debe ser mi madre —supuso.

Contestó, pero en cuanto comenzó a hablar, se encontró con problemas de señal que le impedían comunicarse.

—¿Mamá? ¿Mamá? —repitió—. Espera un momento, te llamaré desde fuera —colgó y se disculpó con nosotros antes de ponerse en pie.

—¡Voy contigo! —exclamé rápidamente.

Mi amiga me miró extrañada, pero no se opuso. Corrí detrás de ella escalera abajo y salimos del negocio. Eros aún estaba ahí disfrutando del paisaje que le ofrecían los semáforos.

—Estoy con unos amigos de la universidad... Sí, Lizzie también vino... No te preocupes, llegaré antes de las diez a casa...

Fran respondía el interrogatorio de su madre adoptiva con normalidad. Ya teníamos más de veinte años, pero para los padres nunca se es lo suficientemente mayor, la preocupación era algo natural.

En ese momento, Eros se giró e hizo un gesto a modo de saludo. De inmediato me aparté de mi amiga, en lo que me parecía la mejor manera de mantenerla a salvo. Alejarla de él.

—¿Podrías explicarme qué rayos estás haciendo? —pregunté.

—Te equivocas, yo no soy el de los rayos —se defendió—. Está bien, es una mala broma, lo acepto.

—Me equivoqué en un tiro y no hiciste nada —recriminé.

—¿Y qué se supone que debería hacer? —cuestionó—. Era imposible que lo hicieras perfecto a la primera, verás que con el tiempo mejorarás.

Su comentario me ofendió.

—¿Y mientras tanto? ¿Me dejarás ir y arruinar la vida amorosa de la gente así, sin más? —reproché.

—Puede ser —contestó desinteresadamente.

Abrí la boca, estaba a punto de gritarle que era un dios negligente y maleducado, pero para mi mala suerte, Fran terminó con su llamada y se acercó a nosotros, de modo que me vi en la obligación de mantener la compostura y proceder con las presentaciones.

—¿De verdad te llamas Eros? ¿Igual que el dios griego? —preguntó sorprendida.

—El mismo en persona. —Sonrió.

Su broma me provocó escalofríos.

—De todas maneras, él ya se va. Tiene que volver al Olimpo —repuse.

—Es un viaje largo —dijo Eros siguiendo el juego.

—Así que deberías partir —propuse.

Fran trató de reírse, pero al descubrir que en realidad nos mirábamos de manera desafiante, optó por hacerse a un lado.

—Yo creo... que iré a revisar si llegaron las pizzas —sugirió.

Con alivio, la vi girar y distanciarse de nosotros. Estaba a salvo, pero no por mucho.

—Me agrada tu amiga —comentó Eros—. Voy a darle un novio.

—¡No te metas con ella! —exclamé.

Sin prestar atención a mis advertencias, el desgraciado chasqueó los dedos, materializando una flecha que levitó frente a él. Indicó con su dedo la dirección a seguir y simuló un disparo usando una pistola. Al instante, el dardo se desplazó, a gran velocidad. Ni siquiera tuve tiempo de parpadear antes que se incrustara en el pecho de Fran, provocándome una especie de *déjà vu*.

Su mirada se perdió en algún punto oculto entre las sombras. Reconocí la figura de un chico, que salía por la puerta trasera para tirar la basura. Usaba el uniforme de los empleados, pero su rostro se encontraba cubierto por la oscuridad, de modo que apenas alcanzaba a distinguirlo.

No necesitaba más explicaciones. Ya había visto a alguien, por lo tanto Fran se había enamorado.

—¿Qué hiciste?! —grité demasiado consternada como para medirme.

—Te estoy ayudando. Es tu amiga, ¿no? —dijo Eros—. Seguramente te dirá quién es el nuevo chico de sus sueños y tú solo deberás enamorarlo a él. Es fácil.

Creo que nunca en la vida había tenido tantos deseos de golpear a alguien.



Estaba sentada con Fran en una heladería en pleno centro de la ciudad mientras miraba hacia todos lados en una especie de arranque paranoico, pues la experiencia me había enseñado que nunca podía saber dónde estaría trabajando Eros y si me encontraba con él, después de lo que había hecho la noche anterior, iban a enviarme directamente con Hades.

—Cualquiera pensaría que a nuestra edad somos expertas con los chicos, pero en realidad una niña de trece sabe hacerlo mejor —comentó Fran desanimada.

Miré mi pequeño plato lleno de helado de vainilla. Fran era hermosa, de modo que nunca habían faltado pretendientes en su vida, pero a la vez, estaba hecha de hierro, rara vez los chicos entraban en su corazón. Además, era demasiado exigente y crítica, por lo que era difícil encontrar a alguien que tolerara su carácter. Sin embargo, era fácil saber cuándo tenía una pena de amor, pues siempre que sucedía acabábamos en lo mismo, es decir, comiendo helado.

Mi amiga suspiró pesadamente. Sabía lo que le pasaba, pero no tenía la menor idea de cómo dominar la situación, ella aún no me daba los detalles de su repentino enamoramiento y yo no podía revelar que todo se debía a una mala broma de Cupido.

—¿Cuántos novios has tenido? —preguntó—. Nunca lo has mencionado.

—Nunca he tenido novio —reconocí.

Fran me miró con sorpresa.

—Supongo que es verdad que siempre hay alguien peor que uno.

—No tenías que decirlo.

Volví a centrarme en mi helado. Mientras mi hermana Jane iba por el cuarto pretendiente, yo aún no lograba ni conseguir el primero. Ya sabía que las comparaciones eran horribles, pero era imposible no caer en ellas.

—A menos que cuente mi noviazgo de un día —expuse.

—¿Es una broma? ¿Cómo llegaste a eso? —preguntó mi amiga.

—Un chico se me declaró y estaba harta de ser la soltera de la familia, así que le dije que sí, pero en realidad no estaba enamorada de él así que lo dejé ir al día siguiente.

Suspiré. Era penoso. Lo sé, la mayoría de las cosas en mi vida eran así.

—Es triste —concluí.

—Siento más pena por el chico que por ti —Fran sonrió al ver la desaprobación en mi rostro —. Eres un ejemplo de castidad a tus veinte. Sigue así y te aceptarán en el convento que tú quieras.

Tomé otra cucharada de helado y apreté la cuchara entre mis labios mientras saboreaba la vainilla y pensaba en mi triste historial romántico.

—¿Y tú primer amor? Todos tenemos uno —insistió mi amiga.

—Está estudiando arquitectura, va en tercer año si no me equivoco, solo me hablaba cuando su gato estaba enfermo, ya que no hay muchos veterinarios donde vivo —expliqué y una sonrisa pícaro asomó en mis labios—. Afortunadamente, el gato no tenía buena salud.

—O tal vez su dueño lo enfermaba para visitar a su enfermera —supuso Fran.

Negué con la cabeza.

—El animal me traicionó, murió a los tres años.

Fran se rio de mi tragedia, tomó algo de helado y suspiró mirando al cielo. Me incliné hacia adelante, pensando que esa sería la oportunidad en que me contara de su amor de pizzería, pero ella continuaba sin decir una sola palabra al respecto.

—Supongo que tardará, después de todo, estamos hablando de Mr. Darcy —dijo.

Aunque estaba hablando de mí, sus ojos soñadores delataban que en realidad estaba pensando en ella.

A veces sentía que mi madre se había equivocado de protagonistas. Yo debí haber sido una Anne Elliot, a quien se le pasó la edad del matrimonio, o hasta una Fanny Price, enganchada a un hombre que miraba a otra. Pero no, me había hecho ser Elizabeth Bennett, el personaje más simbólico de Jane Austen, la mujer culta, educada, que conquistó al mejor de los partidos y que sin duda era digna de admirar.

—No puedo amar solo a un nombre, necesito que exista —me lamenté, pero mi amiga no estaba escuchando—. ¡Fran!

Las cosas sobre la mesa saltaron cuando la joven enamorada se sobresaltó al escuchar su nombre mientras pensaba en el chico de sus sueños.

—Ahora, cuéntame, ¿a quién le debo el helado? —pregunté, ya que ella no me contaba lo que yo sabía de antemano, iba a presionarla.

Una expresión culpable atravesó su rostro.

—¿De qué hablas? —inquirió.

—No disimules. Cada vez que un hombre nos trae mal venimos a comer helado a este lugar y tú pides fresa y yo vainilla porque tenemos la extraña creencia de que el chocolate solo es compatible con momentos felices.

Fran esquivó mi mirada, la había descubierto y era consciente de aquello.

—No me lo vas a creer —dijo al cabo de un rato—. Ayer en la pizzería, vi al chico más guapo de todo Everlille.

—¿De verdad? ¿En qué momento? —Fingí.

—Cuando salí a hablar con mi madre, él iba saliendo —suspiró—. Ni siquiera sé su nombre ni a qué se dedica, solo lo vi y sentí que me iba a estallar el corazón.

—Podríamos volver —sugerí—. No me importaría hacer guardia un par de días.

—¿Pero qué estás diciendo?

Esta vez una dulce sonrisa se asomó en su rostro. La culpa pesó sobre mis hombros.

—Si ya fue una vez puede que vuelva a ir.

—Pero quién sabe cuándo —replicó ella.

Era un buen punto, de hecho, lo principal en todo el asunto era volver a encontrar al

desconocido y enterrarle una flecha para arreglar el problema en que Eros me había metido.

Realmente odiaba al dios del amor en esos momentos. Ni siquiera me gustaba la idea de emparejar a mi mejor amiga con un total extraño; si tenía los poderes para enamorar a cualquiera, por lo menos debía ser capaz de conseguir un buen partido para Fran, no un joven escogido al azar.

—Olvidalo —pidió—. De todas maneras, siendo tan perfecto, las posibilidades de que sea gay, tenga novia, o sea un total cretino aumentan.

Valía preguntarse, ¿desde cuándo lo conocía tan bien?

Quería poder decirle cuánto lo sentía y explicarle que no había otra alternativa para ella, pues su corazón estaba atado por las malditas imprudencias de Eros y no había nada que pudiésemos hacer frente a eso.

Iba a matar a Eros por esto.

—Nada perdemos con intentarlo —dije.

Estaba tratando de ser optimista llevando mis pensamientos positivos al límite, pero en el fondo no tenía ni la menor idea de cómo iba a salir de esta.



Fran tenía clase a las cuatro y a mí no me quedaba nada más que hacer por el resto del día, aunque teníamos las mismas asignaturas, era imposible coincidir en todo.

La acompañé hasta la universidad y luego caminé un par de cuadras hasta el almacén más cercano. Una de las mejores cosas que te da la mayoría de edad es poder comprar sin restricciones.

Tomé el autobús un par de calles más abajo, no sabía exactamente por qué había escogido este destino, solo necesitaba a alguien con quien hablar y no se me ocurría otra persona. Adrian era el único que podía entender lo que pasaba.

A esas alturas me sabía el camino de memoria, solo me quedaba suplicar a todos los dioses (excepto a uno) que estuviese en casa.

Toqué un par de veces la puerta antes que el dueño de la casa respondiera a mi llamada. No parecía sorprendido de verme, pero tampoco le molestaba mi visita. Con él todo era impredecible, me costaba demasiado leer sus emociones.

—¿Te gusta la cerveza? —pregunté elevando la bolsa que traía en mi mano con un pack de seis latas recién compradas.

El rostro de Adrian no se movió ni un ápice, solo caminó hasta la entrada y abrió la reja dejándome libre la entrada.

Nos instalamos en su recibidor, él fue el primero en abrir una de las latas y yo lo imité, conforme de encontrar un compañero en medio del caos.

—Cupido lo hizo otra vez —expresé cabizbaja.

Adrian dio un sorbo a su cerveza antes de mirarme y justo cuando creí que me haría un comentario de consuelo descubrí que nuevamente estaba ignorando todo lo que le decía.

—¿Has cuidado tu arco? —preguntó haciendo caso omiso a mi problema con Eros.

No tenía caso. Asentí con la cabeza siguiéndole la corriente. Continuamos bebiendo por unos minutos hasta que nuevamente sentí la necesidad de hablar.

—En serio, odio a Eros —comenté.

—Mi padre llegará el día veinticinco, espero que puedas hacer lo que te pedí —replicó.

Suspiré. Nada estaba saliendo como esperaba.

—Sí, lo recuerdo —contesté.

El silencio volvió a imperar.

Vací la primera lata y luego abrí una segunda. La situación estaba comenzando a frustrarme, empezaba a creer que el problema era la sangre celestial.

—¿Cómo te ha ido con Eros? —interrogó finalmente Adrian.

Ni siquiera dudé para responder.

—En todos los lugares a donde voy está él, parece que me persigue. ¡Es horrible! Y anoche hizo que mi mejor amiga se enamorara se un completo desconocido ¿Puedes creerlo?! Ni siquiera sé quién es, no tengo manera de arreglar este desastre y a él no parece importarle en lo más mínimo. ¡Ni siquiera se siente culpable por ello!

Escupí todo, cada pequeña palabra estaba colmada de rabia, de impotencia, sonaba como una niña de quince años quejándose de sus padres, pero no me importaba, el problema no era yo: era Eros.

—Sí, por eso no es uno de mis dioses favoritos —respondió Adrian con calma.

La pregunta que siguió era obvia.

—¿Quién es tu dios favorito?

—No lo sé.

—¿Es Hefesto?

—¿Ese idiota? Claro que no. Lo aborrezco, mi vida es una mierda por su culpa —respondió al instante.

Me quedé pasmada, Adrian parecía disfrutar trabajando y forjando como si fuese un auténtico herrero, lo que se debía a la herencia del dios del fuego, y, aun así, decía odiarlo.

—¿Afrodita? —Intenté de nuevo.

—¿Ese burdo intento de diosa? No, claro que no.

Me mordí la lengua, sintiendo que con cada palabra lo arruinaba un poco más.

Distinguí al fondo de la sala algo que parecía una espada, no sabía mucho del tema, pero podía jurar que aún estaba en proceso.

—¿Estás trabajando? —pregunté.

Adrian siguió la dirección de mi mirada y sus ojos se detuvieron en la misma espada. No dijo nada, pero algo en su rostro se sintió como una afirmación.

Volví a abrir una lata y el dueño de casa hizo lo mismo.

—Al menos Eros es la clase de dios que disfruta jugando con los humanos, hay otros que prefieren hacernos sufrir —comentó.

Le di un par de vueltas a sus palabras, en los últimos días había visto lo suficiente como para llegar a la misma conclusión. Él no era muy amigo de la humanidad, no estaba dispuesto a ayudar, sin importar cuantas ofrendas llevaras y, por lo general, sus favores tendían a ponerte en más problemas de los que ya tenías.

Escuché un extraño sonido a mis espaldas, me giré casi en un acto reflejo, para descubrir a una tercera persona en la sala. Era un hombre de unos veintitantos años, cabello dorado y ojos claros, que analizaba la espada con gran cuidado.

Miré a Adrian buscando una explicación, pero a él no parecía importarle en lo más mínimo, incluso podía decirse que estaba ignorando su repentina aparición.

—Me gusta —dijo el desconocido al cabo de unos minutos—. Eres bueno, muchacho. Volveré a buscarla.

El desconocido dejó la espada en su sitio y caminó a través de la sala, hasta que su cuerpo desapareció por completo.

Solo entonces, Adrian levantó la mano haciendo un gesto de despedida.
Tenía que terminar pronto con el asunto de las flechas antes de volverme loca.

DIEZ



Así fue como llegó el día menos deseado.

Desanimada y cabizbaja, como ya era habitual, saqué el cartón de vino que tenía escondido bajo la cama y tomé un par de sorbos, sintiendo que mi vida era de lo más miserable mientras escuchaba los alegres pasos de mi hermana por todo el apartamento.

Victor llegaría en cualquier momento a recogernos e iríamos en su coche hasta la casa de mi madre. Prefería el viaje en bus, donde podía escoger un asiento lejos de la feliz pareja y hundirme en mi propia miseria, pero aquello no iba a ser posible.

Tomé un montón de ropa al azar y la metí dentro de mi bolso. En realidad solo iban a ser un par de días en casa, no necesitaba nada espectacular, solo lo que habitualmente usaba. Lo pensé de nuevo y volví a sacar todo.

Iba a pasar tres días en medio del campo con el chico que me gustaba, al menos debía verme linda hasta donde fuese posible.

Le di otra vuelta más al asunto y volví a meter ropa al azar en la maleta. Mi amor era el novio de mi hermana, así que no era correcto aprovecharme de la situación. Aunque pensándolo bien, al menos debía verme decente.

Me agarré la cabeza con ambas manos y lancé un grito de frustración.

—¡Lizzie, date prisa! —me gritó mi hermana a través de la puerta. Le di un último sorbo al vino antes de devolverlo a su escondite.

Debí haber preparado mi equipaje con tres días de antelación, al igual que Jane, en lugar de dejarlo para última hora.

Me senté en el suelo junto a la cama y volví a sacar el vino. La puerta de mi habitación se abrió repentinamente, empujé el alcohol debajo de la cama, intentando esconderlo.

Jane entró sin pedir permiso con una enorme bolsa de tela entre sus manos. Llevaba un hermoso vestido de flores que me hizo sentir aún peor, la naturaleza no había sido justa conmigo.

—Esta es tu ropa sucia, ya que tú no te mueves, yo misma la guardé —dijo dejando la bolsa sobre el colchón. Ahí fue cuando notó que todavía seguía sin hacer las maletas—. ¡No puede ser! ¡No has hecho nada!

Jane miró lo que tenía sobre la cama y comenzó a descartar cada una de las prendas.

—¿No tienes algo mejor? —preguntó.

—Tampoco tengo tanta ropa —repliqué.

Jane suspiró y abrió mi armario, haciendo mi maleta a la velocidad de la luz mientras yo permanecía en el suelo apoyando mi cabeza contra la pared.

—No puedo creer que lleve mi novio a casa y tú te quedes ahí sentada —refunfuñó mi hermana—. Ni siquiera puedes buscar algo decente, quiero que Víctor nos vea bien.

—Victor me conoce desde hace dos años, no creo que haya nada de mí que puedas presentarle —repuse.

Jane me miró con mala cara y cerró mi bolso. Mi habitación acababa de volverse un caos, toda la ropa estaba esparcida entre la cama y el suelo, pero no tenía tiempo de ordenar.

Mi cuñado no tardó en llegar. Su novia corrió a recibirlo y le obsequió con un apasionado beso que tuve la mala suerte de presenciar. Cuando llegó mi turno de saludar me sentí insignificante.

Subimos en conjunto las cosas al coche. Todos parecían emocionados, menos yo, que me había

convertido en la hija adolescente obligada a asistir al viaje familiar y era horrible. Dejamos el apartamento bajo llave y emprendimos camino, este sería el viaje más largo en mi vida.

Justo cuando me acomodé en el asiento trasero, recibí un mensaje de Fran.

«Buena suerte».

Victor puso el coche en movimiento y dudé si ponerme los auriculares, pensando en que podían ayudarme a soportar el triste camino. La respuesta llegó por su cuenta cuando el conductor subió el volumen de la radio casi al máximo, de modo que no iba a poder escuchar música sin reventarme los oídos.

Salimos de la ciudad y desde ahí Jane le fue indicando a su novio el camino, uno recto de al menos tres horas, un par de curvas ocasionales y luego tendríamos que tomar un pequeño desvío a la derecha para entrar en la zona rural.

No había buses que llegaran hasta nuestro campo, por lo que solíamos tomar uno que iba hasta la ciudad más cercana y le pedíamos al chófer que nos dejara a medio camino, desde ahí seguíamos a pie.

Mirar la carretera resultaba casi nostálgico. Había pasado mucho tiempo desde la última vez; adoraba a mi madre, pero ir a casa no me traía buenos recuerdos.

Nos detuvimos en una estación de servicio para dejar que Victor descansara un poco antes de continuar el viaje. No era largo, pero podía llegar a fatigar a alguien que no estaba acostumbrado a conducir largas distancias.

Compramos café y algunas golosinas para compartir.

Regresar a casa con el chico que me partía el corazón era una cruel jugada del destino, iba a tener que soportar el peso de mis emociones y probablemente volvería a Everlille hecha pedazos.

Victor y Jane se movían por la estación como si un hilo invisible los mantuviera unidos, él seguía cada paso que ella daba y ella parecía conocer cada movimiento que él hacía, como si pudiera incluso adelantarse a ellos. Estaban en sintonía, eran una preciosa melodía; suave, cálida y feliz; mientras que yo estaba ahí para desafinar. Era la tercera pieza, la parte sobrante, mis ondas no se conectaban con nada, estaba vacía, estaba sola.

Era injusto que la vida hiciera tan feliz a algunos y tan tristes a otros, debía existir por lo menos un equilibrio. O tal vez, era demasiado masoquista, pues continuaba enamorada de un chico que jamás sería mío.

Los novios compartieron otro beso mientras hacían la fila para comprar y no pude evitar apretar los labios. Es en esos momentos cuando descubres que hay sueños que jamás se alcanzan.

La distancia entre mi mesa y la caja se sentía abismal, así de lejos me sentía de Victor, del amor y de la felicidad. Era triste, pues lo que más quería era justamente lo que me partía el corazón y no podía hacer nada.

Vi como pagaban y al rato regresaban a la mesa con una bandeja llena.

—¡Estoy tan feliz! —exclamó Jane—. ¿Podría ser más perfecto? Estoy en medio de la nada con las personas que más amo en el mundo.

—Qué linda —observó Victor.

—Soy la más linda de las dos —respondió Jane, quien al ver mi indignación se echó a reír—. ¡Es broma, tonta! Somos igual de lindas.

Le di un sorbo a mi café disimulando lo mucho que me había ofendido su comentario.

—¡Eh, Lizzie! No pongas esa cara. Si no te cambiaras el color del pelo, ambas parecerían gemelas —añadió Victor.

—Yo le he dicho que le queda mejor su color natural, pero ella no me hace caso.

—Si dices que somos gemelas en casa, Amaya va a enfadarse contigo —amenacé a mi

compañero de clase.

—¿En serio? —preguntó él con preocupación.

—No —respondí a secas y una ligera sonrisa se formó en mi rostro.

Jane soltó una carcajada.

—¡Eres mala! No lo asustes así.

Terminamos el café y volvimos a subir al coche para retomar la ruta. Este era el comienzo de un largo fin de semana.



Mi madre nos recibió a todos con una radiante sonrisa y una cálida cena junto a la chimenea para alejar el frío de la noche.

Así era ella: tierna, atenta y dedicada. Amaya Maceda era más parecida a su hija mayor. Yo, para mi desgracia, había sacado los genes de mi padre.

—No saben lo feliz que estoy de tener a mis niñas en casa —comentó mientras servía el pollo recién horneado.

A su lado, Vanessa revoloteaba fingiendo ser alguna especie de animal salvaje.

Vanessa Maceda era la más pequeña de la familia, mi tío Robbie la había traído por el fin de semana para que su hermana se hiciera cargo de ella y así poder terminar un proyecto en el que estaba trabajando.

—¿Por qué está el coche de Henry aparcado afuera? —preguntó Jane de pronto.

Miré por la ventana de la cocina y, efectivamente, descubrí un viejo automóvil negro estacionado junto a la casa.

—Tú tío le pidió a Henry que trajera a Vane —contestó mi madre—. Ese hermano mío está tan ocupado que ni siquiera es capaz de traer a su propia hija.

—¿Va a dormir aquí? —pregunté preocupada.

—Y si no, ¿dónde? —replicó mi madre.

Jane fue incapaz de contener su alegría.

—¡Eso es genial! Mañana podemos ir los cuatro a subir el cerro hasta el arroyo y mostrarle el lugar a Victor —exclamó.

Hice una mueca de disgusto. El mundo parecía conspirar en mi contra este fin de semana.

—¿Por qué pones esa cara, Liz? —interrogó mi cuñado.

—No es nada, solo creo que despertaré inexplicablemente enferma mañana —respondí.

Henry era algo así como un primo para nosotras, su padre quedó huérfano cuando era niño y fue criado por mi abuela como un hijo más, en consideración a la gran amistad que tuvo con la difunta señora. Mi madre y mi tío veían al padre de Henry como un hermano y, por ende, era nuestro primo en afectos.

—Entonces nos quedaremos pintando —propuso mi pequeña prima.

—Henry y tú se llevaban bien cuando eran niños, no entiendo por qué lo evitas ahora —comentó mi madre.

—Es que Henry se le declaró poco después de ser aceptada en la universidad —explicó Jane despertando aún más el interés de su novio en escuchar la historia.

—¿Y qué ocurrió luego? —preguntó inquisitivo.

—Por favor, no me hagan recordarlo —supliqué.

—Tuvieron un noviazgo de veinticuatro horas —contestó mi hermana—. Fue de esos romances cortos, pero intensos.

Todo el mundo se echó a reír mientras me hundía en la silla. Este era justamente el tipo de acontecimientos que no quieres recordar cuando el chico que te gusta está de visita.

La cena resultó amena para todos los asistentes, descontándome a mí. Mi madre a veces era un poco bruta a la hora de expresarse, pero no era una mala persona ni mucho menos iba a convertirse en el prototipo de suegra-bruja a la que muchos hombres temían. En el fondo era una mujer sensible, que había sufrido demasiado e intentaba sobreponerse.

De alguna manera, debía admitir que extrañaba mi hogar; la estufa de leña, el inmenso jardín, los perros persiguiéndome, la luz de las estrellas en el cielo, el olor a pan recién amasado en la cocina y mi vieja cama.

Cuando terminé el instituto, decidí no ir a la universidad y me quedé un año más encerrada en mi humilde casa, cuidando a mi madre y ayudándola con todos los quehaceres mientras me preparaba para las postulaciones.

Salir de casa fue más duro, sobre todo, tras el incidente con mi padre. Después de aquello, la vida familiar no volvió a ser lo mismo.

Mi habitación estaba tal cual la había dejado, el escritorio lleno de lápices gastados, el armario con la mitad de mi ropa guardada, las muñecas con las que jugaba cuando era niña sentadas en una repisa y algunas fotos ubicadas en lugares estratégicos, aunque algo me decía que mi madre había estado cambiando las sábanas y barriendo el polvo cada cierto tiempo.

Caí en la cama y me quedé mirando el vacío un buen rato, esta vez no había vino escondido y comencé a anhelar su sabor. Me pregunté si aún estaban guardadas las botellas de mi padre en la cocina, aunque no podría comprobarlo hasta que mi familia se fuera a dormir.

Esperé junto a la puerta a que todos se acostaran antes de ir a revisar a la cocina. Caminé lo más silenciosa que mis pies me permitieron y revolví las estanterías hasta que encontré lo que buscaba.

En ese momento escuché la puerta de la casa abrirse, busqué desesperadamente un lugar para esconderme, pero no había nada donde pudiese meter mi cuerpo, salvo la nevera.

No quería encontrarme con Henry y una botella de alcohol en las manos a altas horas de la noche. Definitivamente no.

Al ver que no me quedaban opciones, hice algo que jamás en la vida pensé hacer, pero que impulsada por la desesperación, no dudé en cometer.

Abrí la ventana y me subí al pequeño estante que había junto al fregadero, con cuidado saqué la primera pierna afuera e intenté alcanzar el piso. Escuché los pasos junto a la entrada y dándome cuenta que no me quedaba más tiempo me lancé ventana abajo.

Caí con el estómago contra la tierra y el dolor se extendió por todo mi cuerpo. Pero al menos la botella de vodka estaba a salvo.

Me acomodé de cuclillas en el suelo para evitar ser descubierta y gateé fuera del alcance de la ventana. Una vez que la seguridad de las sombras me envolvió, apoyé mi espalda contra la pared y respiré tranquila, eso había estado cerca. Comencé a beber bajo el bello cielo estrellado, acompañada por la suave brisa nocturna, disfrutando de un breve instante de calma, que se esfumó tan pronto como escuché el *clic* de la ventana al cerrarse.

Me puse de pie y con horror observé que Henry acababa de dejarme afuera por el resto de la noche. Mis llaves se habían quedado dentro, la puerta seguramente estaba cerrada y no había otra ventana abierta a mi alcance.

Estaba perdida. No podía quedarme en la intemperie. No quería dormir con las cigarras y los saltamontes, pero tampoco quería pedirle a Henry que abriera la puerta.

Miré al cielo, aunque a estas alturas, tal vez lo más óptimo era mirar al suelo.

—Lo tenías todo calculado —reclamé pensando en Eros.

En el fondo sabía que la culpa había sido mía, pero necesitaba echársela a alguien más para poder respirar en paz.

Abrí la botella de vodka e ingerí su contenido sentada sobre la fría alfombra de césped y tierra, con la espalda apoyada en los muros exteriores de mi casa, bajo la fría intemperie.

Había visto en la televisión que los San Bernardo solían dar licor a quienes se extraviaban en la nieve para ayudarlos a mantener el calor. En una fría noche como esta, lo mejor que tenía para conservar mi temperatura, era esta botella.

Entonces los ladridos de un viejo conocido rompieron el silencio. Vi a Sonrisa ladrando insistentemente frente a la puerta, como si supiera que necesitaba que alguien la abriera por mí.

—Sonrisa, Sonrisa —lo llamé en voz baja para que nadie me escuchara.

El perro corrió a mi lado tan pronto escuchó mi voz.

Lo recibí con un fuerte abrazo y acaricié su suave pelaje. Sin duda, él era lo que más extrañaba de casa.

—Guarda silencio —pedí en un murmullo. Sonrisa se acurrucó junto a mí en completo silencio. Era un animal muy inteligente.

Continué bebiendo de mi botella hasta que vacié todo el contenido, esperando que alguna mágica idea llegara. Al menos ya no estaba sola.

Me quedé dormida mucho antes de siquiera intentar entrar a casa, apoyada en un suave pelaje canino.

A la mañana siguiente desperté en mi cama, como si nada hubiese pasado.

ONCE



Al día siguiente nadie parecía haberse percatado de mis horas a la intemperie, lo que era bastante alentador. Aún no me explicaba cómo había despertado en mi habitación, pero de momento iba a responsabilizar a algún dios piadoso que pasaba por ahí.

No, Eros no, él no era piadoso.

Mi madre sirvió el desayuno temprano, así que salí de la cama antes de lo habitual, a las seis de la mañana. El desafío no fue problema para mí, ni para Jane, acostumbradas a los horarios matutinos, pero sí para Víctor, quien llegó tarde a la mesa y luciendo como si hubiese dormido con las vacas y que conste que esta era la apreciación de una chica que lo amaba en secreto.

Sin embargo, lo que ocupaba mi atención esa mañana no era el chico de mis sueños, sino el que se encontraba en la otra esquina de la mesa, su nombre era Henry Banzo y había llegado para arruinarme la vida.

Los hombres en cuestión se presentaron amablemente e intercambiaron un par de palabras mientras me movía inquieta en mi silla. Estaba en esa horrible posición entre el chico que me gusta y el chico al que le gusto. Lo peor es que no estaba saliendo con ninguno. Omitan eso último.

—Hoy no amaneciste enferma, Lizzie —observó Víctor incluyéndome en la conversación por las malas.

—No —convine.

Rápidamente mordí un pedazo de pan para que la excusa de la boca llena sirviera.

—Entonces podemos ir a pasear todos juntos —dijo Jane.

Me atraganté con el pan, mientras intentaba que bajara por mi garganta para poder replicar.

—¡Paseo! —gritó Vanessa entusiasmada.

—Yo paso, la señora Rosalía me pidió que la ayudara a mover unos escombros, así que ocuparé la mañana en eso —se excusó Henry.

No sabía si su repentino abandono me molestaba o me aliviaba. Por un lado, quedarme sola con la pareja feliz no era bueno para mis niveles de azúcar en sangre. Y por otro lado, su presencia tampoco era muy saludable que digamos.

—Yo haré mis deberes, así que no creo que pueda acompañarlos —me excusé.

—¿Deberes? ¿Qué deberes? —preguntó Víctor.

—Las lecturas que la profesora Delaney envió para el fin de semana —respondí.

Víctor puso esa típica mirada que pones cuando olvidas algo importante, y no pude evitar sonreír. Era tan lindo.

—Pero pueden ir los dos a dar un paseo —propuso Henry—. Esta noche podemos juntarnos y hacer una fogata, traeré mi guitarra. Será divertido.

A mi compañero le agradó la idea, no así a su novia.

—Pero yo quería que pasáramos un tiempo juntos —reclamó.

—Anda, Jane. Nos veremos en la tarde —dijo Henry.

—Sí —lo secundé—. Deberían pasar tiempo juntos, son novios y el campo es lindo.

Cada palabra que salía de mi boca me dolía, pero meforcé por no hacer ningún gesto que lo evidenciara.

—Algunos senderos son muy románticos —bromeó Henry.

—Sí, pero no vayan a entretenerse demasiado —intervino mi madre.

Jane y yo nos sonrojamos al mismo tiempo.

En cuanto fui libre de la tortura del desayuno, me dirigí a mi habitación para mantener mi coartada. En realidad, la tarea era bastante corta, no eran más de treinta páginas de lectura que me acabé en apenas una hora, dejándome sin nada que hacer por el resto de la mañana.

Sabía que Jane y Víctor debían haberse ido, al igual que Henry. Yo era la única sin plan, hasta que escuché los ladridos en el exterior.

«Llegaron por mí», pensé.

Bajé tan rápido como pude para reunirme con Sonrisa. Debía ser la única pobre mujer que se inventaba una cita con su mascota para no sentirse tan sola.

Sin embargo, Vanessa llegó antes y para cuando salí al patio, se encontraba jugando con él. Me había ganado.

—Traidor —murmuré. Oficialmente podía decir que ni siquiera los perros querían salir conmigo.

Miré al cielo y lo encontré tan soleado que me pareció una lástima malgastar el día sin dar un paseo.

Estaba a punto de dar la vuelta, cuando un pequeño animal aleteó a mi lado, clamando por mi atención. Un pequeño pollito, con sus alas y patas dañadas. Dirigí una mirada molesta a Sonrisa, al darme cuenta que estas heridas solo podían ser causadas por un perro.

Regresé a casa en busca de algo que me ayudara a curar la herida y volví al patio con todo mi equipo preparado. Descubrí que había más pollitos convalecientes, así que me acerqué con cuidado para evitar que la mamá gallina se enfadara conmigo mientras intentaba sanar a sus hijos.

Iba por el tercer animalito, sintiéndome toda una profesional, cuando una voz interrumpió mi labor.

—Realmente pareces una veterinaria —comentó Henry.

Me sobresalté de tal manera que por poco dejo al pobre polluelo sin ala.

—Es lo que espero ser —contesté intentando parecer serena—. Creí que habías ido con la señora Rosalía.

—Sí fui, pero ya regresé. En realidad, solo quería que le llevara una tarta de las que prepara Amaya. Les envió saludos.

—Ya veo —respondí concentrada en mi trabajo.

Henry se sentó a mi lado y observó con atención mi trabajo con los pequeños animales. Intenté hacer caso omiso de su presencia, pero se me hizo imposible.

—Te ves un poco rubia —comentó Henry.

—¿Yo? Oh, sí —respondí—. Ya sabes, me destiño con el tiempo.

Escuché una suave risa a mi lado.

—Esta semana encontré trabajo a media jornada en una pizzería de Everlille. No es la gran cosa, pero al menos me ayudará a ganar experiencia —dijo con orgullo.

Ni siquiera me le miré, continué examinando a mi siguiente paciente.

Henry estudiaba cocina, y debía reconocer que era muy buen cocinero.

—Tal vez algún día puedas pasarte —agregó él—. Queda cerca de tu universidad.

—¿En serio? —pregunté fingiendo interés, mi cabeza estaba demasiado concentrada en el tabique que debía poner en la diminuta pata del pollo.

Cuando por fin terminé mi trabajo, me giré a verlo; sin embargo, no supe qué decirle.

—¿Te gustaría ir a dar una vuelta? —ofreció Henry, como si supiera lo que me pasaba. Al ver que no respondía, insistió—. De todas maneras, estabas planeando dar un paseo.

No pude disimular una sonrisa.

—Me conoces bien —admití.

Me puse en pie y seguí a Henry a través de los cultivos, hablando de trivialidades.

Él era un chico agradable, trabajador y bueno en la cocina, lo que cualquier chica habría deseado. Yo lo quería mucho, pero como a un hermano, nada más. Sin embargo, esa mañana por un momento deseé poder quererlo de otra manera, pues de ser así, mi vida sentimental sería mucho más sencilla. Pero no podía forzar a mi corazón a amar por más que me gustara la idea. Ni siquiera podía plantarme una flecha a mí misma. Y tampoco podía estar con alguien sin quererlo, no era justo para ninguno.

Pasamos los cultivos y llegamos a la hierba silvestre, el lugar donde la naturaleza crecía libre y sin tapujos. Era lindo pensar que tu casa era de los pocos lugares en la tierra donde eso sucedía. Podíamos caminar mucho más, las distancias en el campo eran distintas a la ciudad, y aún no completábamos ni la primera manzana. Sin embargo, nos sentamos a disfrutar de la maleza.

—¿Qué te sucede? —inquirió Henry de pronto.

—¿A mí? —hacer preguntas tontas debía contar como talento.

—La última vez que viniste a casa no te veías tan desanimada —comentó él.

—La última vez fue hace un mes, ha pasado tiempo —expliqué.

—¿Y qué ha pasado en ese tiempo? —interrogó Henry.

Odiaba cuando me atrapaban en mis propias respuestas.

—Bastantes cosas pueden suceder en un mes —evadí, pero Henry solo me miró esperando a que continuara—. ¿Cuánto crees que puede durar el amor?

Nuevamente una pregunta tonta. Ya sabía que en mi caso no iba a terminar hasta que formara tres bonitas parejas, pero era inevitable cuestionárselo.

—Me he preguntado lo mismo, varias veces —respondió haciéndome sentir culpable.

No era exactamente la respuesta que necesitaba escuchar, pero al menos me ayudaba a entender por qué la vida había permitido este sufrimiento. Era karma, tan simple y sencillo.

—No debí haberte dicho que sí ese día —dije—. Te ilusioné para luego rechazarte. No entiendo cómo no me odias.

—A veces te odio, sobre todo te odié el día en que rompiste conmigo —reconoció—. Pero también es cierto, que el día anterior me hiciste la persona más feliz del mundo. Creo que el amor es el único sentimiento que puede hacernos tan felices y tan miserables a la vez. Es curioso porque ambas sensaciones son totalmente opuestas.

—¿Y por eso no me odias? —inquirí.

Henry negó con la cabeza.

—No sé por qué no te odio, seguramente es porque sigo enamorado —contestó.

Asentí, esa debía ser la mejor respuesta.

Miré el paisaje. El cielo había perdido sus tonos naranja revelando un bello azul iluminado por el sol. El viento era cálido, los árboles respiraban junto a nosotros y la hierba se mecía causándome ligeras cosquillas en mis brazos desnudos.

—Me haces pensar que tengo competencia —nuevamente fue Henry quien rompió el silencio. Agaché la mirada, incapaz de responder esa afirmación. Claro que dicen que el silencio otorga.



Hay personas que inevitablemente te conocen demasiado, al punto que eres incapaz de ocultar lo que piensas. Henry era ese tipo de personas, pero lo peor era que ni siquiera podía ocultarle mi pasado.

—Espero que el novio de Jane no haya tenido la imprudencia de preguntar por tu padre — comentó mientras caminábamos.

Sabía que no era una pregunta malintencionada, pero aun así no pude evitar congelarme al oírla.

—No, fuimos amigos antes que comenzara a salir con Jane. Él sabe que es un tema tabú y comprende que no debe indagar más allá —contesté.

—Así que fueron amigos —observó.

—Bueno, aún lo somos, pero es complicado —expliqué con tristeza.

El camino se hacía cada vez más estrecho, la suave brisa mecía las ramas, que a esas alturas del año estaban cubiertas por brillantes hojas. El olor de las flores silvestres impregnaba el ambiente y la pacífica armonía apenas era interrumpida por el canto de las aves y nuestras pisadas sobre la tierra seca. Toda mi energía parecía renovarse por el efecto de la naturaleza. Hasta que un fuerte sonido arremetió contra el silencio.

Intercambiamos miradas consternadas, pues no era habitual que el ruido de una moto irrumpiera el sendero que estábamos transitando. Sin considerar que, en teoría, el conductor estaba invadiendo una propiedad privada.

En menos de un minuto, una moto negra apareció por la ladera y se detuvo frente a nosotros. Abrí los ojos sorprendida al reconocer el rostro del intruso en cuanto se quitó el casco. Adrian Katsaros.

—¿Adrian? ¿Qué...? —No sabía exactamente qué preguntar sin delatar frente a Henry que se trataba de un descendiente de los dioses.

—Elizabeth, necesito que me lleves a ver los nogales —exigió.

No era sorpresa que Adrian ignorara a Henry, quien era un completo desconocido para él, tampoco que llegara sin saludar a nadie o que fuera directo al punto. Lo que sí me sorprendía era su presencia en mi campo, su petición tan extraña y que por primera vez parecía ser consciente de mi nombre.

—Oh, claro. Te llevo —accedí.

Le tuve que asegurar varias veces a Henry que conocía a Adrian, al punto que llegué a decirle que yo misma lo había invitado a conocer los nogales. Esa fue la única manera de que me dejara partir con un completo desconocido. La situación era extraña, tenía que admitirlo, y probablemente tendría que inventarle una excusa aún mejor a mi madre si es que mi amigo de la niñez llegaba con el chisme a casa. Mientras tanto, solo me interesaba guiar al heredero de Hefesto hasta los árboles que daban el nombre a nuestro campo, después de todo me sentía en deuda con él.

Finalmente, logré que el humano no deseado diera media vuelta y regresara a la casa. Para no sentirse tan rechazado me contó que aún tenía encargos por hacer, desde que mi madre estaba trabajando en la industria pastelera, él era su repartidor favorito y la ayudaba cada vez que iba de visita.

No pude evitar que la culpa punzara por dentro.

Una vez que estuvimos solos me ofreció un casco para subirme en su moto. Nunca había montado en un vehículo con menos de cuatro ruedas, ni siquiera en bicicleta, por lo que me negué rotundamente. Por supuesto, él ni siquiera prestó atención a la enorme lista de motivos que comencé a enumerar. Así que mientras reclamaba contra el viento, Adrian acomodó el casco sobre mi cabeza, dándome a entender que no iba a escuchar mis razones.

A veces me preguntaba cómo hacía las filas de supermercado si siempre pasaba por alto a las otras personas. Probablemente se colaba sin ser invitado.

En definitiva, tras mi primera experiencia en moto podía decir que nunca más subiré a uno de esos vehículos infernales. Demasiada velocidad e inestabilidad. Temí todo el trayecto caerme hacia atrás o que se volcara, pero no podía cerrar los ojos y tuve que mantener mi atención fija en el camino, para poder guiar al conductor que no hacía ni un esfuerzo en ir más despacio, de modo que mi cerebro pudiera coordinarse con las indicaciones.

Cuando al fin llegamos al sendero de los nogales salté de la moto y abracé el primer árbol que se cruzó en mi camino. Pude haber besado la tierra, pero no quería parecer una loca desesperada, aunque en realidad lo fuese.

Adrian aparcó y comenzó a hacer extraños gestos en el aire mientras iba de un lado a otro. Por un momento consideré que no era la única aturdida por la velocidad.

—¿Qué haces? —inquirí. Me miró como si recién recordara algo importante, caminó hacia mí y apoyó su mano en mi nuca.

—Olvidé que eres humana —comentó con una naturalidad que se me hizo casi irreal—. No sé bien cómo se hace, pero creo que esto bastará.

Sus palabras me parecieron un acertijo hasta que golpeó mi nuca con suavidad, me picaron los ojos y luego de parpadear un par de veces, unas herramientas aparecieron sobre la moto. Adrian se apartó y se dispuso a descargar su equipaje.

Con que había traído un par de objetos mágicos invisibles consigo.

Era curioso que una idea que hace días atrás me habría parecido simplemente descabellada, ahora me resultaba de lo más normal.

—¿Para qué es todo eso? —cuestioné.

A medida que desembarcaba pude distinguir con mayor precisión los utensilios que traía, eran nada menos que un montón de dianas para hacer tiro al blanco.

—Para la competición de arquería —contestó sin prestarme atención, estaba demasiado ocupado instalando los objetivos.

—¿Competición de arquería? ¿Aquí? —interrogué.

—No me preguntes, este año le tocó a Eros escoger el sitio —repuso Adrian.

Eso explicaba mucho.

Entonces, como si lo hubiese invocado, una flecha voló por mi lado y fue a enterrarse en uno de los círculos que el descendiente de Hefesto había dispuesto.

—¡Observa y aprende, bebé con alas! —escuché gritar.

Me giré en la dirección desde donde provino el proyectil y me encontré con el mismo joven que había visto en casa de Adrian la última vez.

—Ten cuidado, Apolo, por poco le das a Liz —reprochó Eros, quien venía unos pasos más atrás—. Por cierto, ¿por qué estás aquí?

—Tal vez porque éste es mi campo —recriminé—. Y no recuerdo haber autorizado ninguna competición de tiro con arco en mi propiedad.

—No te enfades, también puedes participar si lo deseas —contestó con malicia, consciente de que mi habilidad con el arco era nula.

—Deja a esa niña y comencemos, tengo un buen presentimiento respecto al torneo de hoy —urgió quien supuse se trataba de Apolo.

El pensamiento hizo que se me erizara la piel. Estaba frente a dos dioses griegos, uno de sus descendientes y yo solo era una simple humana. Me sentí tan pequeña e insignificante que di unos pasos hacia atrás intentando ocultarme en la escasa sombra que los árboles me brindaban. A decir verdad, nunca había sentido miedo de Eros, es más, solía burlarme de él la mayor parte del tiempo. Nuestra relación había comenzado conmigo insultándolo por su incompetencia, después de

todo. Sin embargo, Apolo lucía mucho más serio e imponente, desprendía exactamente la presencia que se podía esperar de una deidad: severo y castigador.

Ambos competidores tomaron posición frente a los objetivos que Adrian había posicionado, ignorando mi repentino malestar. Por sus gestos reconocí que sostenían un arco y flechas, pese a que mis ojos humanos eran incapaces de verlos. El herrero —y juez— del torneo se paró a mi lado y dio la orden de empezar el torneo. Al instante, dos flechas invisibles salieron volando. Lo predije luego de ver sus dedos abriéndose, aunque no podía verlas en realidad.

DOCE



Una sonrisa se extendió en el rostro de Eros, dándome a entender que tenía la ventaja. Apolo ni siquiera se inmutó. El segundo asalto comenzó casi de inmediato, y así siguieron tantos más que perdí la cuenta.

—¿Por qué compiten? —pregunté a Adrian, quien se encontraba a mi lado.

Él no despejó la vista del improvisado campo de tiro, pero aun así me respondió.

—Apolo está obsesionado con la idea de que Eros le entregue una de sus flechas doradas.

—¿Y por qué? —insistí.

—Hace años Apolo se burló de Eros por su mala puntería. Él no pudo quedarse de brazos cruzados y se vengó. Le lanzó una flecha dorada, de las que encienden el amor, y lo unió a una ninfa de nombre Dafne. Pero a ella la atravesó con una de plomo, de las que causan rechazo.

Así que el dios del amor se ponía sensible cada vez que alguien se reía de sus malos disparos.

—Así que ahora necesita una flecha dorada para despertar el amor en la ninfa —concluí.

—No. —La voz de Adrian carecía de toda emoción, incluso al corregirme—. Dafne estaba tan empeñada en alejarse de él que se convirtió en un árbol. Un laurel, si no me equivoco.

Fui capaz de disimular la sorpresa que me causaba el desenlace de la historia.

—¿Entonces?

Por primera vez, Adrian suspiró, manifestando lo mucho que detestaba andar dando explicaciones.

—Apolo ahora le rinde culto al árbol y desea llevarle una ofrenda para disculparse por haberse dejado guiar por la codicia y el deseo, haciéndole insoportable la vida a su amada. O algo así. Como sea, Eros solo lo ve como una oportunidad para continuar humillándolo.

Volví mi atención hacia la competición. El rostro del dios de la luz se veía fastidiado mientras una orgullosa sonrisa iluminada el rostro del falso Cupido. Finalmente, el juez del torneo levantó su brazo para conceder la victoria a Eros.

El perdedor golpeó la tierra con fuerza y una furia asesina se reflejó en sus ojos.

—¡La próxima década yo decidiré el lugar! —exclamó.

—No importa lo que hagas, es imposible que le ganes a mis flechas —se burló Cupido.

Mi estómago se retorció ante la idea. Diez años era mucho tiempo para poder pedir perdón y no podía imaginar cuánto más llevaba esperando. Todo por culpa de un dios que originó el conflicto y que lo mantenía latente a través de los siglos. Si bien Eros tenía el culto al amor, era evidente que poco o nada entendía sobre sentimientos. Él sólo se preocupaba de divertirse, y jugar con los demás, aprovechándose de su poder.

No iba a tolerarlo.

—Espera —pedí acercándome a Apolo. Él me miró con desdén y esperó a que hablara—. Yo puedo ayudarte, tengo flechas doradas en mi mano.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué el nuevo juguete de Eros querría regalarme una flecha? Seguramente tienes un favor que cumplir para ese idiota y sin ellas jamás podrás saldar tu deuda —habló.

Su voz era ronca y masculina. Recordé que alguna vez leí que también era la deidad de la música e imaginé que podía entonar hermosas canciones.

—Somos dos personas con el corazón roto, la empatía es natural —expliqué.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su perfecto rostro.

—Nosotros tenemos en común algo mucho mejor —dijo—. A ambos nos maldijo el dios del amor.

Sus ojos se elevaron hasta recaer en la persona que se encontraba a mis espaldas. Yo también me giré hasta chocar con la mirada de Eros. Estaba estupefacto, a tal punto que su expresión me hizo sentir incómoda. Sentí el peso de una mano sobre mi cabeza y volví a voltear rápidamente, pero para entonces Apolo ya había desaparecido.

Solo quedábamos tres personas en medio del campo de nogales y una de ellas se dispuso a recoger el material que había traído sin preocuparse por lo que acababa de suceder. El resto no sabía bien cómo reaccionar.

Finalmente uno de nosotros rompió el silencio.

—¿Por qué hiciste un trato con el idiota exhibicionista?! —gritó Eros.

—Primero, no sé de qué idiota exhibicionista me hablas. Y segundo, no he hecho ningún acuerdo con ningún otro dios además de ti —repuse.

—¿Cómo qué no? ¡Le ofreciste una flecha! ¡Tocó tu cabeza! —gritó.

Mi mano se dirigió al lugar donde había sentido el calor de un cuerpo ajeno, como si hubiese dejado algún tipo de rastro ahí, entre los mechones de mi pelo.

—Adrian también me tocó la nuca hoy —comenté.

—¿Qué?! ¿Y a él que le ofreciste?!

Solo habían dos opciones: o Eros estaba armando un escándalo por nada, o había algo extraño con mi cabeza, y estaba a punto de apostar por lo último, solo necesitaba descifrar de qué se trataba.

—Cálmate, yo no puedo celebrar tratos como ustedes —intervino Adrian—. Solo lo hice para que pudiera ver los objetivos.

—Yo pude haberla ayudado —replicó Eros.

—¿Alguien va decirme qué sucede? —exigí.

—Creí que a estas alturas lo sabías —contestó el heredero de Hefesto. El dios a su lado hizo gestos para obligarlo a callar, los cuales fueron cruelmente ignorados—. Para sellar un acuerdo con un dios griego basta un simple contacto, ya sea un apretón de manos o un mero roce. Apolo se aseguró que cumplieras tu palabra tocando tu cabeza. ¿Acaso no se parece a lo que hizo Eros?

Abrí la boca con sorpresa y tuve que hacer un enorme esfuerzo para cerrarla nuevamente.

—No —escupí la acusación—. No se parece en nada.

De pronto tenía unas incontenibles ganas de arrancarle las alas a cierto personaje que solía aparecer como un inocente ángel cuando en realidad era peor que el demonio.

Apreté los puños y caminé hasta quedar frente al dios más estúpido que se ha visto en siglos. Él sólo me observaba con una mezcla culpa y diversión. La peor combinación posible.

—¡Me engañaste! —grité.

—Tu tampoco te resististe —objetó.

Mis instintos asesinos se aplacaron al reconocer la terrible verdad.

—No puedo ser tan fácil —murmuré para mí.

—Yo no lo llamaría fácil. Desesperada, quizá —comentó Eros.

—¡Tú no tienes derecho a opinar! ¡Te aprovechaste de mí!

—¿Yo?! No hagas tanto escándalo por un miserable beso.

Mi mano fue a estrellarse contra su mejilla en ese mismo instante. Cómo podía llamar miserable a uno de los acontecimientos más trascendentales de mi vida.

Al sonido de la cachetada le siguió el fuerte rugido de un motor en funcionamiento.

—Ya guardé todo. Nos vemos —dijo Adrian con calma. Luego se marchó, dejando atrás el caos que él mismo había generado. Aunque poco me importaba en ese momento.

—Es una pena que el dios del amor sea una persona tan detestable —concluí.

Le di la espalda, dispuesta ir a donde sea que mis pies me llevaran. No quería volver a casa, pues sabía que iban a preguntar dónde había estado y realmente no se me ocurría una buena excusa para explicar que estuve presente en un torneo de arquería entre dos seres sobrenaturales y que uno de ellos se había aprovechado de mi ignorancia. Ni siquiera sabía cómo sentirme al respecto. ¿Podía considerarme una suerte de heroína por haber sido besada por un dios, o la mortal más estúpida sobre la tierra?

No alcancé a dar más de dos pasos cuando una mano agarró la mía, deteniendo mi huida.

Me giré con el objetivo de gritar toda clase de cosas al tarado que tenía detrás. Sin embargo, cuando me di cuenta que su mirada había cambiado, me tragué mis propias palabras. Los característicos ojos pícaros de Eros habían desaparecido siendo reemplazados por una sombría expresión.

—No olvides que soy un dios y tú una insignificante humana —repuso.

Mi corazón se detuvo por el miedo. Los pensamientos que hace un rato me habían invadido, regresaron. Él tenía razón, yo era frágil, mi vida pasaba como un suspiro al lado de la suya y mi existencia era tan efímera como una lágrima deslizándose por su mejilla que en cualquier momento se secaría y desaparecía.

Aun así, había sufrido demasiado por sus estupideces y no me importaba lo que sucediera. Ya me había hecho el mayor daño que sus poderes podían causarme.

—Sigues siendo detestable —repliqué con un coraje que no sabía que tenía.

—Y tú no eres ninguna santa como para darme lecciones de moral —rebatí.

—Al menos no uso mis poderes para jugar con los sentimientos de la gente. No tienes idea de cómo se siente.

—¡Claro que sí! Por eso te ofrecí un acuerdo gratis, para ayudarte, no te pedí nada a cambio, pero tú vas y le ofreces mis flechas a Apolo.

—¿Te molesta? Tú le arruinaste la vida, al igual que a mí.

Soltó mi mano y vi que su expresión se relajaba.

—Él se burló de mí y tú también —alegó.

—¡No puedes ser tan llorón! —reproché.

—Y tú no puedes andar haciendo tratos con cada dios que se te cruce, es... está mal visto.

No necesitaba seguir discutiendo con él, pues era evidente que era un ser sensible que requería atención y se ofendía con facilidad. Miré al cielo con frustración y pensé en cuantas cervezas iba a beber para soportar ese carácter infantil.

—Por eso los romanos creían que eras un bebé —bufé.



Como era de esperarse, la hora del almuerzo se postergó debido a mi ausencia. Nadie tenía la menor idea de dónde me encontraba y Henry soltó la verdad tan pronto le preguntaron. Al llegar a casa me vi interceptada por el rostro molesto de mi madre, quien no contuvo ni una sola pregunta.

Intenté convencerla de que me había encontrado con un compañero de la universidad, que andaba perdido, ahí fue donde Victor metió su nariz en la conversación y echó abajo todo mi plan.

—Claro que no lo conoces, él es menor y tú vas un año más arriba, pese a que te atrasaste en algunas materias —debatí.

La mención de sus asignaturas suspendidas lo hizo retroceder y fue una suerte que Henry no agregara que Adrian probablemente era mayor que yo. De esta manera, mi madre se tragó mi mentira, aunque más bien puso su típica cara de "voy a confiar en ti, aunque no me crea lo que dices". Conocía bien aquella expresión, principalmente porque ella era de aquellas personas que evitaban los conflictos, por lo tanto, prefería fingir que se tragaba mis mentiras antes que pelear con una de sus hijas. Era una mala costumbre que adquirió por mi padre, quien siempre le mentía, y ella actuaba como si todo fuese bien. Cuando era niña odiaba esa actitud, pero hoy la había utilizado en mi beneficio, lo que me hacía sentir horrible. En mi defensa, la verdad era demasiado impactante como para poder contarla sin que me enviaran al manicomio.

Tras la comida me ofrecí a recolectar las zarzamoras para la tarta de la cena. Era el modo en que pensaba pedir disculpas tácitamente. Tenía la esperanza que mi paseo al huerto me ayudara a tener un tiempo a solas para pensar. No obstante, en cuanto Víctor se ofreció a acompañarme supe que el destino nuevamente había ideado una maniobra para evitar que pusiera orden en mi mente y emociones.

Enseñé a Víctor a seleccionar los frutos y le entregué una cesta para que los recolectara. Usualmente Amaya tenía a gente encargada de realizar ese tipo de labores, temporeros que llegaban a cuidar la siembra y los animales, de modo que su trabajo se hacía mucho más ligero. Era imposible para una sola persona mantener un terreno tan grande. Aun así, los productos se vendían bien, es más, ella misma después del incidente con mi padre había desarrollado una pequeña industria de mermeladas caseras artesanales para vender en ferias y otros comercios. Sin embargo, aquel día había detenido la producción para que pudiéramos pasar un tiempo juntos. Apenas pude distinguir a un par de desconocidos llevando comida a los animales y encargándose de los regadíos, las operaciones más básicas que no podían dejarse a un lado.

—Este es un sitio muy bello —comentó Víctor mientras el sol se reflejaba en sus mejillas—. Es difícil pensar que existe un lugar como éste tan cerca de la ciudad.

—A veces tenemos las cosas más cerca de lo que pensamos —contesté intentando sonar sabia y misteriosa.

Víctor regresó a su tarea de recolección. Su inexperiencia era evidente, analizaba varias veces las moras antes de arrancarlas y las guardaba con inseguridad.

—Estás haciendo un buen trabajo —comenté con el fin de animarlo y terminar pronto.

Una sonrisa de satisfacción cruzó su rostro y sentí un calor invadir mi pecho. Distraje mi atención rápidamente hacia los arbustos, en un desesperado intento por ocultar mis emociones, algo que cada vez era más difícil.

—Lizzie. —Su voz hizo que un escalofrío me recorriera.

—¿Sí? —pregunté, incapaz de girarme a verlo.

—Hace tiempo me dijiste que tenías una mala relación con tu padre y Jane también me advirtió que lo mejor era no mencionarlo —explicó—. Sin embargo, me cuesta ignorarlo. Me gustaría saber por qué tanto misterio.

—¿Por qué no le preguntas a Jane? Es tu novia.

Mi respuesta podía parecer infantil, pero era verdad. Esas cosas se discuten con tu pareja, no con su hermana.

—Ella no ha querido decírmelo —contestó.

—Tiene sus motivos —afirmé.

—Aun así, tú también eres mi amiga, y estoy imaginando lo peor. Hay muchos padres que violan a sus hijos y...

—¡Cállate! —interrumpí. Un líquido púrpura se deslizó por mis muñecas y solo entonces me

percaté que había cerrado mis puños con tanta fuerza que las moras se habían reventado en mi mano. Inspiré profundamente para recobrar la compostura—. Mi padre era un maldito borracho que llegaba todas las mañanas sin poder mantenerse de pie y golpeaba a mi madre cada vez que discutían. ¿De acuerdo?

Di la vuelta y me encontré con unos ojos castaños que apenas podían contener el asombro. Decir que Victor se había quedado pasmado era quedarse corto, estaba petrificado, atónito, y estoy segura que en su cabeza mis palabras se repetían constantemente.

Alcohólico y maltratador. Sí, así era Karlos, la persona que me dio la vida. Que fuera una historia repetida en varios hogares no era consuelo.

—A pesar de todo, Jane lo quería mucho —agregué en voz baja.

Bajé la mirada. Era difícil mantener la frente en alto con heridas tan profundas en la niñez. No tenía vergüenza, ni me sentía débil por tener un padre que no valía ni un centavo como persona, solamente me daba pena, pues había sufrido demasiado para poder continuar con mi vida.

En el momento en que Victor me rodeó entre sus brazos las lágrimas se tornaron incontenibles. Me eché a llorar desconsoladamente. Había permanecido demasiado tiempo mostrándome firme frente a mi realidad, de modo que cada vez que ésta me superaba, era igual a la explosión de una bomba en mi interior.

—Tranquila, él ya no puede interferir en tu vida ni en la de Jane. Ambas lograron salir adelante —dijo Victor.

—Esa es la peor parte —gimoteé.

Jane era la hija favorita de papá, por ser la mayor, la más linda, la más inteligente o quien sabe por qué razón, simplemente lo era, y a mí no me importaba en verdad. Sin embargo, cuando mi hermana dejó la casa para continuar sus estudios, los ataques de mi padre se volvieron peores. Cada día era más violento, gritaba más fuerte y bebía más alcohol.

Karlos Sagarra tenía un trauma que no era desconocido para nadie en la familia. Mi abuela había dado a luz siendo muy joven y del padre jamás se hubo noticia, convirtiéndose en una madre soltera a los quince. Hasta que, al poco tiempo de cumplir veintiuno, su padrastro la asesinó brutalmente y así fue como la verdad salió a la luz. Ella había sido violada por la pareja de su madre, quedando embarazada.

Era una historia difícil de contar y de la cual mi padre jamás se repuso, ni siquiera cuando se casó, ni al ver nacer a dos hijas. Él sólo estaba lleno de odio, producto de la infernal vida que tuvo que soportar. Mamá siempre fue consciente de aquello, conocía a su esposo, y, aun así, todas las tardes preparaba la cena pensando en que algún día iba a cambiar. Pero no fue así.

Una noche, llegó tan borracho que vomitó en la entrada. Inmediatamente llamó a su esposa para que fuera a limpiar el desastre y le preparase la cena. Ella lo hizo, pero no sin protestar, provocando su ira.

Sus gritos me despertaron, escuché los golpes y el sonido de la vajilla rompiéndose. Ya era tan habitual que aplasté mi rostro contra la almohada y esperé a que el infierno pasara.

«*¡Estoy harto de ti, mujer!*» exclamó, aunque sus palabras eran casi imposibles de entender debido al alcohol. «*Eres una inútil, una malagradecida. ¡No sirves para nada! Ni siquiera puedes preparar un plato de comida para tu esposo*».

Suspiré decepcionada, sabiendo que la cena había estado lista horas antes y, si él hubiese llegado a tiempo, habría comido junto a nosotras. En su lugar, estuvo en alguna cantina de pueblo, mientras en casa nos desvelábamos pensando si estaba bien.

Cuando la escuché suplicar por su vida no pude seguir ignorando lo que estaba sucediendo. Me levanté y caminé hasta la cocina, donde encontré a mi padre apuntando a mi magullada madre con

el rifle que solía usar para ir de caza. En lugar de congelarme en mi sitio, un golpe de adrenalina me recorrió de pies a cabeza y empleando toda mi fuerza, logré arrebatarle el arma. Supuse que el hecho de haberlo tomado desprevenido y pasado de copas me ayudó a que la situación no se revirtiera en mi contra, sus malos reflejos y sus torpes movimientos no podían hacerle frente a mi rabia.

Luego y sin pensarlo, apunté a su cabeza con el cañón y disparé.

Me tomó un solo latido de mi corazón darme cuenta de que había fallado. La bala pasó por su lado y se enterró en la pared, dejando un pequeño agujero que más tarde mi madre cubrirá con una foto de las tres.

Mi padre, aturdido en el suelo, me miró como si por primera vez se diese cuenta de que, mientras él era un jodido hijo de puta, una de sus hijas estaba en casa soportando su absurda conducta. Su expresión solo provocó que mi ira aumentase. No podía ser más idiota, ni más inconsciente. Por eso, lo siempre le odiaré.

«Lizzi, ¿qué haces?» murmuró, sorprendido. Entonces, la arrogancia regresó a su rostro. «¿Cómo se te ocurre apuntar a tu padre con un arma?! ¡Baja eso ahora mismo!» me ordenó.

Pero yo no desistí, mantuve el cañón en alto, ésta vez mi objetivo no era atacarlo, sino más bien amenazarlo.

«¡Lárgate!» le grité, «¡Vete! ¡No nos haces falta!»

Mi padre respondió, pero mi cerebro fue incapaz de procesar sus palabras. Me aferré al rifle como si fuese un vaso de agua en medio del desierto y continué exigiéndole que se marchara. Solo pude reaccionar una vez que escuché el portazo que dio al salir. Guardé silencio y dejé que mi cuerpo cayera de rodillas al suelo temblando mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Entonces mi madre me tomó y llamó al padre de Henry para que viniera a por nosotras. Era la primera vez que la veía tomar la iniciativa, pero no pude disfrutar el momento debido a mi propia confusión.

Nunca me había sentido tan frágil y a la vez tan fuerte.

El señor Banzo tardó veinte minutos en aparecer, nos subió a su coche y nos llevó a su casa, donde permanecimos encerradas durante más de un mes. Él mismo puso la denuncia por violencia de género en la comisaría; sin embargo, la falta de antecedentes hizo imposible la investigación, no había denuncias ni testimonios y mamá dejó de colaborar.

Mi padre había ido al apartamento de Jane esa misma noche y le contó otra versión de los acontecimientos, una que lo beneficiaba a él, poniéndolo como una víctima. Mi hermana lo recibió sin ser consciente de la verdad. Así fue como todo acabó en nada. Nadie nunca supo del disparo, ni la amenaza, ni lo que sucedió realmente esa noche. Mi madre, ocultando los maltratos que recibía guardó las apariencias tanto como le fue posible. Por ello, no fui capaz de irme de casa en cuanto terminé el instituto ese mismo año. No quería abandonarla.

Desde ese día comencé a escuchar disparos en mi cabeza todas las noches, cosa que intenté detener con alcohol. Mi mala puntería había salvado la vida de mi padre y evitó que cometiera un error del cual me habría arrepentido toda la vida.

Ahora me encontraba atrapada en una mentira.

TRECE



Esa noche volví a escuchar los disparos, comencé a sudar y me temblaron las manos. Pasé casi toda la madrugada al borde de un ataque de pánico.

Así fue como acabé durmiendo todo el camino de regreso a Everlille. Se sentía extraño partir de nuevo. Creí haber construido una coraza lo suficientemente fuerte como para no decaer y continuar con mi vida. Pero al parecer cada vez que los recuerdos me asaltaban volvía a ser débil. Era incapaz de hablar de mi padre sin volver a llorar.

Victor nos dejó frente al edificio antes de partir de regreso a su casa, estaba cansado después de tanto conducir y sus padres lo extrañaban.

Mamá había lavado nuestra ropa mientras estuvimos en el campo, así que tenía un montón de prendas recién planchadas que guardar en el armario y decidí emplear el resto de la tarde en aquella labor. Jane también tenía cosas que hacer, deberes acumulados del fin de semana que nos mantuvieron alejadas hasta la cena. Una vez que el día llegó a su fin, recurrí al alcohol para poder dormir.

Al menos los acontecimientos sobrenaturales dieron tregua en lo que quedaba de fin de semana y ningún dios griego fue a visitarme hasta la mañana del lunes.

Jane tenía clases a las ocho mientras que mi jornada comenzaba a las diez. Los horarios de la universidad solían ser así: dispares y extraños. Me levanté solo para hacerle compañía durante el desayuno, pese a que no tenía planes de salir hasta las nueve.

Despedí a mi hermana en la puerta y al girar descubrí una cabeza extraña dándome la espalda, sentada en el sofá. En cuanto el intruso estuvo seguro de que no había ningún otro mortal presente, miró sobre su hombro e hizo un saludo con la mano.

—Apolo.

Suspiré al reconocerlo.

El visitante se puso en pie y entendí por qué Eros lo había llamado exhibicionista días atrás. El perverso dios se encontraba desnudo frente a mí, con apenas un ligero taparrabos cubriendo su zona íntima. Me habría gustado decir que aparté la vista de inmediato, indignada por su falta de pudor y decencia, pero la verdad era que aquellos marcados abdominales captaron mi atención de tal modo que me fue imposible dejar de apreciarlos. Después de todo, no todos los días se tiene la oportunidad de admirar un cuerpo tan bien esculpido.

—He venido a cobrar tu palabra —dijo Apolo caminando hacia mí.

—¿Mi palabra? —repetí aturdida.

—¿No me digas que lo has olvidado? Los mortales tienen una memoria pésima —señaló.

Hice un esfuerzo por no babear y comportarme con dignidad.

—No, no lo he olvidado. Solo me perturba verte desnudo —dije con honestidad.

—A los veintiún años la mayoría de las mujeres de esta época ya han visto a un hombre desnudo, no creí que te incomodara.

Justo en la virginidad.

—No, es decir, sí... quiero decir que hay ciertas normas de moral, decoro, y esas cosas —carraspeé.

—Ya, entiendo. Creí que un taparrabos sería suficiente —convino pensativo—. En ese caso me gustaría pedirte que olvidaras mi falta de decoro, es solo que la ropa a veces me incomoda.

Estuve a punto de decirle que jamás iba a olvidar este encuentro, pero lo omití por respeto a mí misma.

—Como sea, vamos a mi habitación —me detuve en seco al percatarme de lo mal que sonaba esa frase en esos momentos—. Ahí tengo las flechas. —Me apresuré en agregar.

Apolo me siguió sin hacer ningún comentario, al menos hasta que abrí la puerta de mi habitación, revelando la presencia de un viejo conocido descansando sobre la cama.

—¿Qué haces aquí? —inquirió.

Eros le dedicó una sonrisa juguetona.

—Protejo la dignidad de una joven mortal —contestó despreocupado.

—¿Es una broma? —cuestioné.

—No, querida mortal —repuso—. No tienes idea de la clase de persona que es Apolo, y cuántas mujeres han caído a sus encantos.

«Y no las culpo», estuve a punto de agregar.

—No sabía que te preocuparan tanto tus víctimas —observó Apolo—. De todos modos no tienes de qué preocuparte, el ofrecimiento de esta humana me ha conmovido y no la tomaría sin su voluntad.

Me sobresalté de solo imaginarlo.

—Creí que eras un dios atormentado por un amor no correspondido —dije.

—Lo soy, pero la lujuria me supera. No se puede vivir siglos sin tocar el bello cuerpo de una mujer, la eternidad se tornaría insoportable.

Me quedé helada frente a la escultural figura de Apolo, sin saber cómo proceder ante una declaración tan potente. Si se suponía que amaba a Dafne, jamás habría pensado en acostarse con otras, ¿o es que mi idea del amor era la equivocada? El otro ser inmortal notó mi confusión y se sentó en la cama exasperado.

—Solo entrégale la flecha para que se largue —pidió con frustración.

Decidí que lo mejor era no cuestionar sus motivos, o por lo menos no en voz alta. Me había comprometido a entregarle una flecha y cuando lo hice, me sentí muy feliz de saber que estaba reparando un corazón roto por una mala jugada del dios del amor. Iba a cumplir mi promesa, aunque en ese momento el objetivo no me pareciera tan noble como la primera vez, pues no quería quedar como mentirosa.

Tomé una de las flechas doradas de mi carcaj y se la entregué, recibiendo una sonrisa de conformidad por parte de la divinidad.

—Serás recompensada —aseguró Apolo.

—Sí, sí, ahora vete —exigió Eros.

Sin decir nada más, el hombre desnudo se dirigió a la puerta y desapareció tan pronto cruzó el umbral. Entonces solo me quedó hacerme cargo del segundo intruso.

—Tú también, fuera —exigí señalando la salida.

—¿Yo? —preguntó con inocencia—. Vine a defenderte, ¿y me echas a la calle?

—No te necesitaba, Apolo no pensaba hacerme daño.

—Eso dices tú, pero no es lo que su ropa sugería o más bien la ausencia de ella.

Tomé una de las almohadas de mi cama y la usé para golpearlo.

—¡Maldita sea! Eres insoportable —grité.

Finalmente lo hice caer de espaldas en la cama y aproveché la oportunidad para ahogarlo bajo mi cojín asesino.

—No puedo respirar —reclamó.

—No te quejes, de todas formas no vas a morir —repuse aplastándolo con más fuerza.



La semana transcurrió tan tranquila que por un momento pude olvidar la existencia de Eros. Me levantaba temprano, desayunaba con Jane, asistía a clases, iba a la biblioteca con Fran y regresaba a casa en algún momento de la tarde. Pero, pese a la hermosa armonía de mis días, de vez en cuando me descubría observando con detenimiento a la gente que pasaba con la esperanza de encontrar una potencial pareja que pudiese formar.

Hubo dos acontecimientos que me recordaron que mi vida no era tan maravillosa como creía, descontando la constante presencia de Víctor y mi corazón roto.

El primero ocurrió el miércoles cuando descubrí entre mi ropa una delicada corona hecha de hojas verdes y redondeadas. Mi vida en el campo me había permitido adquirir algunos conocimientos de botánica que me permitieron distinguir a qué especie pertenecía: un laurel. Recordé que Adrian me contó que la ninfa Dafne se había convertido en aquel árbol, por lo que no hubo duda de que era un regalo de Apolo.

Como no podía descifrar para qué servía la corona, decidí que lo mejor era hacerle una visita a mi amigo herrero, quien siempre estaba dispuesto a responder mis inquietudes. Él no pareció sorprendido de encontrarme afuera de su casa esa misma tarde y me abrió sin dudar. Entré con una bolsa de tela en mi hombro, donde tenía guardado el extraño presente. Sin embargo, me detuve al encontrar un montón de libros abiertos en la mesa del comedor.

—Estaba estudiando —se disculpó Adrian.

—¿Estudias?

—El gobierno no reconoce la profesión de herrero de los Dioses —comentó.

Mis ojos se abrieron incapaces de creer lo que mis oídos escuchaban.

—¿Estás siendo sarcástico? —él asintió en respuesta—. Nunca te había escuchado lanzar una broma.

—No suelo hacerlo, pero me gusta fingir que ignoro a la gente, me parto de risa por dentro cada vez que mi actitud los desespera.

Cada vez estaba más sorprendida.

—Lo haces bien.

—Así es, pero tienes una mejor razón para estar aquí que escuchar las confesiones de un triste herrero.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre vienes cuando necesitas algo.

Bajé la mirada, sintiéndome la peor amiga mortal de la tierra. Cuando volví a levantarla descubrí que Adrian se había sentado en su mesa y continuaba estudiando, como si yo no estuviese presente. De acuerdo, tal vez era él quien no se merecía mis visitas por cortesía.

Saqué el aro formado por hojas frescas y se lo enseñé.

—¿Qué es esto?

—Es una corona de laureles —indicó.

—Ya lo sé —respondí.

—¿Entonces por qué preguntas?

Suspiré exasperada.

—Quiero saber de dónde salió —expliqué.

—Es el símbolo de Apolo, seguramente fue él.

—¿Y por qué?

Adrian levantó la cabeza y miró al cielo pensativo.

—¿Te acostaste con él? —preguntó. Abrí la boca con indignación—. No, Apolo no dejaría una corona por tan poco. Quizás te la dejó como agradecimiento, recuerdo que le ofreciste una flecha dorada.

—¿Y para qué sirve? —pregunté entusiasmada.

—No lo sé, nunca me ha dado una. Pero es una de sus tantas demostraciones de amor hacia Dafne, ella se convirtió en un laurel, así que decidió que ese árbol lo representaría, y comenzó a hacer coronas con sus hojas para regalárselas a héroes y campeones.

Analiqué el extraño obsequio que tenía entre mis manos, sin encontrar ni una sola pista entre las hojas.

Internet tampoco me fue de mucha ayuda, encontré la historia de Dafne y Apolo contada sin mayores variaciones. Sobre la corona, tuve que conformarme con leer las propiedades medicinales del laurel, lo que no me era útil en esa situación. Tuve que rendirme, sabiendo que no obtendría nada más por el momento.

El segundo acontecimiento importante ocurrió el viernes, cuando Fran insistió en ir a comer pizza al Poseidón, mismo restaurante donde Eros la había flechado con un completo desconocido —y, para colmo, el lugar tenía un nombre horrible—. Pese a mis rechazos, fui empujada por su esperanzado corazón, junto a un grupo de compañeros.

En la caja, los siempre competitivos Nicolas y Agustin se detuvieron a debatir la legitimidad de la pizza con piña, mientras que Ann calculaba cuánto ejercicio tendría que hacer para digerir la masa y, por otro lado, Sandra se preguntaba si había opciones veganas. Éramos un circo, y Fran ni siquiera se daba por aludida, ella solo miraba de un lado a otro con la esperanza de que su amor secreto apareciera por ahí. Y curiosamente, así fue.

De pronto, mi mejor amiga me agarró del brazo y me gritó al oído.

—¡Es él!

Seguí la dirección que apuntaba su mirada y me encontré con un sonriente Henry saludándome en la caja.

—Pero, ¿qué haces aquí? —pregunté, sin poder contenerme.

—¡Hola, Lizzie! —saludó él—. ¿Recuerdas que te dije que estaba trabajando en una pizzería? Pues en realidad soy ayudante de cocina, pero ya que el cajero enfermó tengo que reemplazarlo.

A mi lado, Fran se quedó de piedra por el inesperado desenlace. Mientras no tenía idea de cómo reaccionar ni salir de esa incómoda situación, mi cabeza estaba demasiado ocupada odiando a Eros. Esto había sido intencional, sin duda.

CATORCE



Finalmente llegó el sábado y la fiesta de cumpleaños de Ann, una de mis compañeras de clase. Hubo una larga lista de asistentes, pese al sencillo panorama: ir a beber a algún bar y luego bailar en una discoteca cualquiera. Por fortuna, Victor declinó la invitación por motivos personales, que incluían a Jane. Tenía la esperanza de que la ausencia de mi amor platónico significara que por fin podría disfrutar de una salida con amigos, pues verlo constantemente en mi apartamento y en clase volvía mi existencia insoportable. Nada podría arruinar mi noche.

De todos modos, tuve que aguantar a mi hermana ir de un lado a otro por todo el apartamento, preparándose para su cita y enseñándome una serie de vestidos para la ocasión, cada uno más lindo que el anterior.

—Nunca tengo nada que ponerme —suspiró cuando se probó el séptimo atuendo de la noche.

Para mi consuelo, Fran llegó temprano y pudimos enfocarnos en nuestro propio evento. Mi amiga me ayudó a ondular mi rojizo cabello y luego yo planché el suyo. Mientras nos preparábamos, hizo algunas preguntas sobre su chico de las pizzas, a las cuales yo respondí con monosílabos y una breve explicación de por qué nos conocíamos.

A diferencia de mi hermana, yo tenía mi conjunto listo. Una blusa azul, acompañada de pantalones, chaqueta de cuero y unas botas con el tacón necesario para poder lucir más alta y bailar a la vez. Este último era un talento que desarrollé luego de muchas noches de fiesta.

—¡Es tan maravilloso que me cuesta creerlo! No puedo encontrar otra explicación que no sea el destino, Lizzie. ¿No lo crees?

El destino, o quizás un dios resentido buscando sembrar el caos.

—Puede ser —convine.

—Por lo menos podrías intentar sonar entusiasmada —recriminó.

—Lo siento, es solo que me suena demasiado artificioso, como si todo estuviese cuidadosamente concertado. ¿No te causa ni la más ligera desconfianza? —me excusé.

—No seas amargada, Elizabeth.

—Lo siento, tal vez debería ser una pobre ilusa, considerando que mi madre me enseñó a deletrear Fitzwilliam Darcy apenas aprendí a leer.

—¡Qué pesada! —acusó cruzándose de brazos, hasta que una maliciosa sonrisa iluminó su rostro—. Menos mal que tu madre no era fanática de *Divergente*, o habrías estado toda tu vida rindiendo culto a un maldito número.

Su broma logró sacarme una carcajada, que no tardó en convertirse en una amarga sensación.

A veces imaginaba a mi madre en su juventud. La veía como a una mujer inocente, esforzada y soñadora, suponía que pasaba gran parte de sus tardes leyendo novelas románticas. Debido a que las ganancias del campo no eran suficientes para comprar libros, releía los mismos libros una y otra vez. Así fue como se enamoró de un personaje literario, para que luego la realidad le diera la espalda. Era tan ilusa y sensible como para creer que algún día el hombre que amaba iba a cambiar por ella y que el amor sería suficiente para sanar sus heridas.

Pero en realidad no podía culparla. ¿Qué se podía hacer cuando el amor no era suficiente? Supuestamente era la fuerza más grande en la tierra. ¿Existían los daños irreparables? ¿Las heridas imposibles de curar? Si eso era así, yo estaba condenada a sufrir por el resto de mi vida, atormentándome por aquella noche. Soñando con disparos y despertando para borrar mis

recuerdos con alcohol. Eso no me volvía mejor que mi padre, sino que me hacía igual a él.

Bajé la mirada, preguntándome si tal vez lo mejor era dejar a Fran ser feliz con su conspirativo romance o exigir a Eros una explicación.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Fran analizando la corona que Apolo me había regalado.

Me sobresalté a tal punto que cualquiera habría pensado que estaba escondiendo droga, pero me obligué a guardar la calma.

—Ah, eso. La hice en el campo —tartamudeé—. En mi tiempo libre.

—Esta hermosa, me recuerda a esas coronas griegas que usan las chicas en las películas —comentó probándosela y viendo cómo le quedaba en el espejo.

—Esa fue mi inspiración —mentí con una facilidad indignante. El teléfono salvó el día. Una llamada de Sandra bastó para saber que nos estaban esperando fuera. Fran salió primero, y corrió al recibidor, exigiendo que me diera prisa. Yo, todavía sumida en mis pensamientos, me lo tomé con más calma y antes de cerrar la puerta me detuve a contemplar el arco que reposaba contra la pared.

Debí haberlo dejado ahí, me habría salvado de un montón de problemas, pero tontamente pensé que una fiesta podía ser el lugar ideal para unir el destino de los mortales, así que lo tomé. La alegría de Fran se desvaneció cuando me vio salir, sin embargo, solo hizo una mueca extraña y continuó empujándome, hasta que logró meterme en el coche de Agustín.

Nos dirigimos a toda velocidad al bar que Ann había escogido, se llamaba *El Inframundo* y mientras decidía qué pedir, no pude evitar preguntarme en qué momento Everlille se había llenado de sitios con nombres griegos. ¿Acaso era otra mala broma de Eros? O simplemente no había entendido las referencias hasta ahora. Me obligué a hacer a un lado las teorías conspirativas antes de volverme paranoica.

Cantamos el cumpleaños feliz, conversamos de trivialidades y más de uno se animó con el karaoke. Nos fuimos tras un par de copas —salvo por nuestros responsables conductores—, y cinco porciones de patatas fritas.

Me di cuenta que la actitud de Fran seguía siendo extraña, aunque no entendía en qué momento había cambiado. Sólo me miraba como si tuviese algo extraño en la cara.

—¿Qué sucede? —pregunté mientras hacíamos la fila para entrar a la discoteca.

—Tu mochila desentona un poco, ¿no crees?

«¿Mi mochila?»

Hasta donde sabía, solo había traído una cartera pequeña, de modo que pudiese guardar un poco de dinero, mi móvil y mis documentos. Nada más, a menos que contáramos el carcaj lleno de flechas doradas, que supuestamente los humanos no podían ver. Definitivamente, teníamos una emergencia.

—¿De qué mochila me hablas? —inquirí despreocupada. Hacerse la tonta en situaciones difíciles nunca fallaba, era un truco que Adrian me había enseñado.

—Esa que traes, la tomaste a último minuto al salir. No dije nada porque creí que la ibas a dejar en el coche, pero es horrible. Ni siquiera puedo distinguir el color —dijo.

—No sé de qué mochila me hablas. ¿Ann, ves una mochila? No estoy usando ninguna.

Si no fuera por las copas que habíamos tomado en el bar, sus sentidos estarían mucho más atentos y habrían notado mis nervios.

—No jodas, la custodia es más cara si dejamos una mochila —reclamó la cumpleañosera, evidentemente desconcertada.

Fran frunció el ceño, pero antes que pudiese reclamar llegó nuestro turno de entrar en El Olimpo. Sí, ese era el maldito nombre de la discoteca.

—¿Por qué vinimos a un sitio con un nombre tan horrible?

—Pensé que sería gracioso pasar del Inframundo al Olimpo—respondió Ann con una sonrisa. Algunos rieron ante la ocurrencia, y yo solo me hundí en la miseria.

Cuando entramos, mi atención se dirigió inmediatamente a la barra. Necesitaba una bebida fría pronto. Sin embargo, fui yo quien se quedó helada al reconocer el rostro de uno de los barman.

—¿Ese no es tu amigo del otro día? —preguntó Fran confusa.

Miré al cielo preguntándome si había algún dios por ahí que disfrutaba haciendo mi vida insoportable, pero lo cierto era que ese dios no estaba arriba, sino aquí abajo sirviendo copas.

—¿Qué haces aquí? —reclamé golpeando la barra con mis puños.

—Soy Eros y estoy en el Olimpo —contestó riéndose de su mala broma, que no hacía ninguna gracia—. A veces vengo aquí a pasar el rato, estos lugares son buenos para formar parejas y recibir propinas.

Sabía que los dueños de las discos solían tener vidas turbias, pero jamás esperé que llegaran a este extremo.

—¿Y cómo es que te dejan trabajar libremente? —cuestioné.

—Dionisio es el dueño, no hay problema. A él le encanta la lujuria, el buen vino y el descontrol.

—Deben ser muy buenos amigos.

Sí, en mis archivos mentales había un tal Dionisio, dios griego de la vendimia.

—Eh, amigo, ¿me recuerdas? —intervino Fran acercándose a mi lado.

—Jamás olvido a mis víctimas —dijo Eros con una sonrisa torcida.

Mi amiga frunció el ceño confundida, pero luego le restó importancia.

—Dime, ¿no invitas a nada a tus conocidas? —inquirió.

—Sí, creo que te lo mereces —expresó Eros apuntando a las botellas de vodka que tenía detrás—. ¿Manzana, frambuesa o naranja?

Los ojos de mi amiga se iluminaron al tiempo que yo abandonaba la primera planta con evidente decepción. Cerca de la barra se encontraba la custodia, dos pistas de baile y una escalera que daba a una planta similar, solo que sin Eros. Bajé al dudoso sótano sin pensar. A esas alturas nuestro grupo, que había llegado tan unido, se había dispersado en busca de nuevas experiencias, así que me resigné a buscar un barman que nunca antes hubiese visto y le pedí un vaso de tequila. Era algo fuerte para comenzar, pero no me importó.

Desde mi posición vi a Agustín y Nicolás discutiendo quienes eran una mejor opción para bailar, a unas cuantas personas de distancia Ann había encontrado un compañero de baile y Sandra se movía eufórica de un lado a otro.

Miré a todos los bailarines y me pregunté cómo podía saber quién iba con quién. A esas alturas no me sorprendería si arrojaba las flechas al revés.

Pedí otro vaso sintiéndome cada vez más como la borracha del lugar y esperé a que un rayo de luz me iluminara. Éramos al menos veinte personas, Ann era popular y no quería nada menos que una fiesta numerosa. Algunos se habían saltado la visita al bar y habían llegado directamente a la pista de baile. Era obvio que conmigo y Eros presente, nada bueno iba a salir de esa noche.

Fran me encontró cuando iba por el tercer vaso y me empujó lejos de la barra.

—Definitivamente tú no puedes ver un poco de alcohol sin volverte loca —reclamó.

En su mano aún tenía el vaso de vodka a medio terminar y mi sedienta garganta quiso reclamar un sorbo. Sin embargo, en cuanto me incliné hacia adelante me tambaleé, por lo que ella me sostuvo por la espalda para evitar que me fuera de bruce. Fue ahí cuando su grito se vio opacado por la fuerte música de los altavoces.

—¿Por qué tienes un carcaj de flechas?! —chilló.

Una sonrisa estúpida se asomó en mis labios.

—¿Ves? No era ninguna mochila —alegué. En ese instante, la voz de Ed Sheeran llegó a mis oídos, y no pude evitar chillar de emoción—. *Girl, you know I want your love, your love was handmade for somebody like me* —canté.

—Lizzie, contrólate —pidió Fran.

—*Oh, I, oh, I, oh, I* —entoné moviendo mi cuerpo con torpeza—. *I'm in love with your body*.

Fran continuó suplicando que me tranquilizara, pero la cercanía de la gente, la música y el calor que producían las altas dosis de alcohol en mi cuerpo solo hacían que mi éxtasis aumentara.

—¡Elizabeth! —llamó furiosa.

—¡Está bien! ¿Quieres saber para qué sirve la mochila? ¡Te diré para qué sirve la mochila! —exclamé. Tomé una de las flechas del carcaj y la posicioné en el arco—. Ves a ese idiota de ahí —dije señalando una persona al azar. Me aseguré de que ella fuese consciente de mi objetivo antes de disparar el proyectil. Sin embargo, mi mala puntería le dio a una chica que se encontraba a unos pasos de distancia—. Maldición, fallé. Bueno, vamos a intentarlo de nuevo.

Repetí el ejercicio unas tres o cuatro veces, sin acertar en ninguna ocasión. Fran, por su parte, se encontraba en un estado de completa estupefacción.

—¿Qué sucede? ¿Qué le haces a la gente? —inquirió preocupada.

—Soy el inútil juguete de Cupido, el idiota que está arriba sirviendo tragos —expliqué—. Debo formar parejas para hacerlo feliz.

Nuevamente disparé una flecha, esta vez sin rumbo predeterminado.

—Espera, Lizzie. Esto es peligroso. —Intentó hacerme soltar el arco, pero yo lo sujeté con más fuerza—. Lo mejor será que busquemos a tu amigo.

—¡Él no es mi amigo! —grité—. Y este arco no sirve, siempre me hace fallar.

Esta vez, tomé una flecha con mis propias manos y la lancé como si se tratara de una pelota. El efecto fue exactamente el mismo, atravesó a un joven que bailaba con una rubia y se desvaneció en el aire.

—Hice feliz a alguien hoy —comenté.

Tomé otro puñado y me dispuse a arrojarlas como si fuesen simples canicas mientras que Fran me empujaba entre la gente haciendo un esfuerzo por sacarme de ese sótano lo más rápido posible.

—¡No! Tú también mereces amor.

Comencé a apuñalar, en el sentido más literal posible, a cada chico que se cruzó en nuestro camino, asegurándome de que todos quedaran perdidamente enamorados de mi amiga. De este modo, se armó una fila de pretendientes intentando llamar su atención, que acabaron por separarnos. Decidí que lo mejor era dejar que el amor fluyera, zigzagueando entre la larga fila de pretendientes.

Subí las escaleras y por poco caigo al alcanzar la primera planta. Me quedé allí, de rodillas, sujetándome del barandal, hasta unos brazos me ayudaron a ponerme de pie nuevamente.

—¡Por Zeus! ¿Qué te pasó? —preguntó Eros.

—Hola, Cupido —saludé—. Pensé que no tenías edad para entrar a un lugar como este. Después de todo, solo eres un bebé con alas.

Una mueca de disgusto se formó en su rostro, aunque no era lo único que reflejaba. Lamentablemente tenía la mente demasiado nublada como para descifrar sus emociones.

—Te llevaré a casa —anunció.

—¿Tan pronto? Ni siquiera alcancé a usar tus privilegios en la barra —reclamé.

—Es tarde —respondió.

Suspiré decepcionada, pero lo dejé llevarme hasta su coche estacionado en la entrada de la discoteca. Estuve segura de que dije unas cuantas cosas sin sentido y me quedé dormida en el camino.

QUINCE



Despertar con un terrible dolor de cabeza ya era rutina, pero ese día se le sumó un insoportable pitido en los oídos y mi cuerpo estaba tan entumecido como si lo hubiesen cortado por la mitad. Era una mala señal. Me incorporé intentando acomodar los recuerdos que lentamente iban surgiendo en mi mente. El cumpleaños de Ann, Eros en el bar, las flechas... ¡Las flechas!

Me golpeé la frente con el dorso de la mano. Esta vez sí que había sobrepasado todo límite.

No fue necesario encontrarme con Jane para saber que estaba enfadada conmigo, tampoco tuve que preguntar, pues la respuesta era obvia. Seguramente ayer había llegado incapaz de sostenerme en pie, pero por ahora no importaba, ya tendría tiempo de conversar con mi hermana sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, mi prioridad era hablar con Fran, cuya ira en aquel momento debía exceder cualquier pataleta de Jane.

Salí de casa tan rápido como pude, con resaca y todo incluido. No me sorprendió descubrir unas cuantas llamadas perdidas y un mensaje.

«*Tenemos que hablar*».

El estómago se me retorció con solo verlo.

Conocía tan bien el camino que podía recorrerlo con los ojos cerrados. La señora Sanz me recibió en la puerta tan amable como siempre. Al parecer, su hija no le había contado el desastre de la noche anterior, y no la culpaba, yo tampoco le habría dicho a nadie. Salvo con una o dos copas de más, claro está.

Fran estaba en su habitación y, a juzgar por su postura, esperaba mi visita. Intenté saludar con naturalidad, pero su gélida mirada me atravesó al instante.

—¿Qué fue lo de anoche? —preguntó sin rodeos.

Me mordí el labio sin saber qué responder, considerando que apenas podía recordar lo sucedido.

—Lizzie... —insistió—. Soy tu mejor amiga, ¿en serio no vas a decirme qué pasa?

Una expresión culpable fue todo lo que obtuvo de mí. Era cierto que merecía una explicación, pero no tenía ni la menor idea de cómo empezar. Era demasiado, la verdad me superaba y apenas podía explicármelo a mí misma, mucho menos iba a poder hacérselo entender a alguien más. Aunque considerando lo ocurrido la noche anterior, probablemente Fran se encontraba mucho más abierta de mente que cualquier otra persona.

—¿Recuerdas que me emborraché el día en que Víctor comenzó a salir con Jane? —pregunté. Ella asintió—. Al parecer estaba tan borracha que ofendí a Cupido y ahora la única manera de olvidar al novio de mi hermana es formando tres parejas felices, usando los medios tradicionales. Es decir, el arco y las flechas.

La expresión perpleja de Fran era digna de una fotografía.

—¡Wow! —exclamó—. Debo procesarlo.

Esperé en silencio a que mi amiga terminara de tragar la información, mientras jugaba nerviosamente con mis dedos.

—Después de lo que vi anoche, puedo creer en lo que dices, aunque no deja de ser una idea extraña, loca y descabellada —aseguró, no haciéndome sentir precisamente mejor—. Aunque no entiendo cómo es que nadie más vio que estabas lanzando flechas como si fueran los dulces de una piñata.

—Tampoco lo entiendo, en cuanto vea a Eros, le preguntaré.

—¿Eros? No me digas que tu amigo ese es... —Dejó la frase inconclusa y por poco creí que se iba a desmayar—. ¡Oh por Dios! Realmente es él. ¿Y lanza flechas igual que el Cupido romano?

—Eros, Cupido —comenté con desdén—. Lo mismo pero con otro nombre —ella asintió dubitativa y analicé cuidadosamente su expresión antes darle el golpe de gracia—. Fue por culpa de él que te enamoraste del chico de las pizzas. Ese día él te arrojó una flecha, y no puedo deshacerlo porque Henry lleva un par de años enamorado de mí y las condiciones de nuestro acuerdo no me lo permiten.

Los ojos de Fran amenazaron con salirse de sus cuencas y su mandíbula parecía incapaz de volver a unirse.

—¿Es una broma?

—Me gustaría, pero no.

Se agarró la cabeza con sus manos y por un momento creí que iba a arrancar toda su cabellera de raíz. Cuando levantó la cabeza nuevamente, sus mejillas estaban rojas.

—De acuerdo —dijo con una fingida calma—. Siempre creí que mi vida necesitaba un poco de acción y ahora la tengo. Es lo que quería, no voy a quejarme. ¡¿Pero por qué tenías que hacer un trato con el dios más problemático de todos?!

Retrocedí plenamente consciente de que no estábamos tomando un buen rumbo.

—De verdad lamento haberte involucrado. Cupido es un dios sin escrúpulos.

—Sí, ahora comprendo mejor el caos que hay en este mundo. —Suspiró. No estaba bromeando, pero sus palabras me hicieron gracia de algún modo—. ¿Y cuándo podré hablar con ese ángel caído del Olimpo?

Una sonrisa nerviosa se asomó en mi rostro.

—Eso puede ser un problema porque no tengo ni la menor idea de cómo contactar con él —al ver la ira aparecer en su mirada, agregué—. Sin embargo, suele aparecer sin que lo llamen, la mayoría del tiempo.

Así era como yo intentaba arreglar las cosas luego de haberlas arruinado por completo. Estoy segura que a Elizabeth Bennett le habría dado vergüenza ajena.

Fran esperaba con impaciencia el día en que volviéramos a encontrarnos con Eros y yo había llegado a la conclusión de que el dios tenía la mala costumbre de desaparecer cada vez que las cosas se tornaban un poco complicadas, y esta vez no había sido la excepción. Sin embargo, nuestro principal problema no era ese, sino más bien se trataba de una consecuencia producto de mi borrachera. ¿Recuerdan que estuve lanzando flechas sin cesar? Bueno, digamos que, después de aquello, mi amiga era una de las estudiantes más codiciadas por sus compañeros. En apenas dos días, recibió tres declaraciones de amor y la semana solo acababa de comenzar.

Sin considerar que una caja de bombones apareció mágicamente en su taquilla.

—Podría acostumbrarme a esto —admitió con una gran sonrisa mientras sostenía el delicado chocolate.

Aunque ella intentaba tomárselo con humor, era innegable que estaba nerviosa, y sus bromas no eran más que un método para evadir la realidad, disfrazando su irreprochable inseguridad.

Su expresión de felicidad se desvaneció a medida que avanzábamos por el pasillo.

—Estuve toda la noche dando números falsos y, aun así, lograron dar conmigo —comentó con lástima—. Quizás había demasiadas personas de nuestra universidad ese día.

Escondí el rostro entre mis manos.

—En serio lo siento —admití.

Ciertamente había sido una fiesta muy numerosa y no había prestado atención a nadie mientras lanzaba mis dardos envenenados.

—Estuve conversando con mi almohada y, aunque no se me ocurrió una manera de salir de este lío, sí tengo una idea para sacar provecho de todo esto.

—¿Cuál? —interrogué mostrando mi rostro de nuevo.

—¡Hagamos un sitio de citas! —exclamó.

Si me hubiera dado una bofetada me habría sorprendido menos. El día anterior estaba confundida, exigiendo una explicación y quejándose de que la realidad era demasiado abrumadora como para tolerarla; luego se lamentaba por su gran número de admiradores y ahora proponía utilizar mi don para lucrarse.

—¿Estás hablando en serio? —cuestioné.

—Por supuesto —aseguró—. Aún no entiendo bien las condiciones, pero creo que podemos ir revelando esos misterios por el camino.

—Yo no estaría tan segura —balbuceé.

—De acuerdo, no estoy hablando de un sitio de citas en estricto rigor —expuso—. Podemos crear una página, que sería básicamente lo mismo. Ya lo estoy viendo: "Declaraciones amorosas vía Facebook". Nos llenaríamos de cartas de poetas empedernidos y podemos ir formando los encuentros poco a poco. Admite que no es un mal plan.

—Es un plan malísimo —repliqué—. Y el nombre es horrible.

—No tenemos por qué meter a toda la ciudad en esto, podemos incluir sólo chicos de nuestra universidad. Incluso solo chicos de la facultad, si te sientes más cómoda. Será entretenido y podemos hacerlo de forma anónima. Nadie se enterará de que nosotras estamos detrás de todo esto. Sólo necesitamos un par de confesiones y encontrar la manera de reunir a los dos tortolitos sin que nadie interfiera.

Suspiré pesadamente.

—¿Y por qué crees que va a funcionar? —cuestioné.

—Porque tenemos los poderes del dios del amor de nuestro lado y es una ventaja para ti. El requisito es formar tres parejas y la probabilidad de acertar aumenta mientras más personas se muestren interesadas en recibir tu ayuda. Prácticamente estarían rellenando un formulario para ayudarte.

La confusión no se borraba de mi rostro.

—No sé de qué me perdí —repliqué.

—Así como tú fuiste criada por una madre que le rinde culto a un personaje de ficción, yo soy una niña agnóstica en medio de una familia cristiana. No sabes lo mucho que me emociona este plan.

—¿Mis flechas te han causado más de un problema y piensas jugar con ellas? —inquirí. Algo andaba mal, muy mal.

—Al menos piénsalo. Me lo debes.

La enorme sonrisa de Fran me resultaba aterradora.



Estaba sentada en la cafetería de mi facultad, con el portátil de Fran abierta en lo que podría ser nuestro próximo negocio online.

—¿Es esto legal? —pregunté no muy convencida.

—Seguro que sí —dijo ella sin culpa.

—Me cuesta creer que vayamos en serio con esto —admití.

—Debes reconocer que es la manera más fácil y rápida de formar esas estúpidas tres parejas, sin consecuencias trágicas —debatí—. Es decir, nuestros seguidores serán todos unos solterones con ganas de encontrar alguien a quien querer. ¿Qué puede salir mal?

Ya que últimamente todo en mi vida parecía salir mal, no me atreví a responder a aquella pregunta.

—Bien —suspiré—. Pero, ¿por qué tiene que llamarse "Cupido al rescate"? ¿Qué clase de nombre es ese? Nadie va a tomarnos en serio.

Fran hizo una mueca de disgusto.

—Dijiste que "Declaraciones vía Facebook" era malo —repuso.

—Y este es peor —reclamé.

—Fue lo primero que se me ocurrió, lo siento por mi falta de creatividad, pero si me hubieras ayudado a pensar quizás se nos habría ocurrido algo mejor.

Apoyé la cabeza entre mis manos intentando asimilar la idea. Si lo pensaba objetivamente, Fran podía tener razón. Me había dedicado a lanzar flechas a diestro y siniestro, pero con ese nuevo método tendría un objetivo fácil, uno que prácticamente se me ofrecía en bandeja, lo que sin duda era un punto a favor, y por más que fuese una locura, me permitiría utilizar mis nuevos poderes de manera más responsable.

—Bien, acepto el trato —resolví, aunque sentía que la decisión ya se había tomado antes sin mi consentimiento.

Fran me dedicó una mirada complacida y se puso de pie en busca de dos cafés para celebrar. Me quedé sola mirando la pantalla que, a esas alturas, se había vuelto negra.

Mientras mi amiga hacía la fila para comprar, alguien ocupó la silla que había quedado disponible.

—¿Ves eso? —inquirió una voz conocida.

—¿Qué haces aquí? —cuestioné—. Llevo días esperando tu visita.

—Pues aquí me tienes —repuso Eros.

¿Era demasiado contradictorio querer echarlo a patadas cuando hacía solo unas horas lo que más deseaba era encontrarlo? Tal vez sí.

Volvió a pedir que siguiera la dirección de su mirada y me encontré con una solitaria chica leyendo, retirada del resto. Incluso las mesas a su lado se encontraban vacías.

—Ella debe ser la típica empollona —afirmó—. Y él... —señaló a Nicolas, quien se encontraba rodeado por un enorme grupo, como era habitual—. Debe ser el típico chico popular de la universidad.

Ya había notado que traía en su espalda el arco con el cual practicamos en el parque la primera vez, no lo había visto desde entonces y, aunque lo había visto disparar durante la competición, me sobresaltó verlo apuntar a la pacífica joven. Antes de poder protestar, una flecha atravesó a ambos objetivos. Ellos se giraron sorprendidos por el invisible impacto y sus miradas se cruzaron en un breve segundo. Rápidamente, Ada, la novia de Nick, reclamó su atención, haciendo que su encuentro no fuera más que un desliz.

—¿Qué haces? —pregunté con horror.

—Ya te dije que me gustaban los clichés —respondió—. Ahora mira hacia allá. —Señaló a una chica que se encontraba en el grupo de Nicolas—. Se enamorará de la primera persona que entre.

En ese mismo momento, una chica abrió la puerta de la cafetería.

—Espera, detente —pedí.

Él ni siquiera escuchó mi suplica y disparó a ambas.

—Parece que alguien va a tener problemas existenciales próximamente —comentó con una sonrisa.

Comprendí a qué se refería cuando vi la cara de la recién llegada, evidentemente perturbada por sentir atracción hacia alguien de su mismo sexo.

—¡Detente! Solo estas causando problemas —exigí.

—¿Por qué? —preguntó.

—Estas enamorando a gente al azar —escogí cuidadosamente mis palabras para que nadie que me escuchara pudiera sospechar.

—El amor es como la lotería... ¡Oh, mira!

—¡No! —lo detuve—. Ni siquiera estás pensando si tienen pareja, o estaban interesados en alguien más o...

La fría mirada de Eros hizo que me detuviera.

—Es más o menos lo mismo que tú hiciste esa noche en la discoteca de Dionisio, ¿no?

Eso fue un golpe bajo.

—¿Así que de eso se trata? ¿Quieres castigarme? Pues bien, cometí un error muy grave, pero no la pagues con otros, yo soy perfectamente capaz de asumir mis responsabilidades.

—No es muy maduro emborracharse al punto de no ser capaz de volver a casa.

—No estaba sola, alguien iba a llevarme —me defendí.

—No hablo solo de ese día, también está esa noche en el campo, cuando te lanzaste por la ventana solo por una botella de alcohol.

Resoplé con frustración y de pronto entendí por qué a la mañana siguiente había despertado en mi cuarto.

Entonces Fran regresó con un vaso en cada mano. ¡Qué manera de tardar por un maldito café!

—¡El chico de la barra! —exclamó al reconocer a mi acompañante—. Tú eres...

—Sí, él es él —interrumpí.

Quizá estaba siendo demasiado paranoica, pero con tanto griterío ya habíamos llamado suficiente la atención como para ponernos a hablar de temas que provocarían que nuestros curiosos auditores nos tomaran por locos.

—Tengo que hablar contigo —exigió Fran.

—En otra ocasión, ahora estoy ocupado—respondió sin apartar la vista de mí. No me dejé intimidar y mantuve mi mirada, desafiante.

Por supuesto, ya que este era un momento de máxima tensión, alguien tenía que venir a interrumpirlo.

—¡Lizzie! ¡Fran! —llamó Victor—. Estaba buscándolas.

Eros aprovechó la oportunidad para ponerse de pie y terminar con nuestro encuentro.

—Nos vemos más tarde —repuso a modo de despedida.

Pasó por el lado de Victor y siguió su camino hasta la puerta mientras nuestro indiscreto amigo nos miraba con confusión. ¿Han escuchado que del amor al odio hay un solo paso? Pues creo que estaba comprobando la veracidad de aquel dicho en ese instante.

DIECISÉIS



Abrí otra lata de cerveza sin saber exactamente cuántas llevaba a esas alturas. Para responder al interrogante, miré la bolsa de limones y al descubrir que todavía quedaban suficientes para dos o tres vasos más, decidí que no había ingerido demasiado.

Eran apenas las seis de la tarde, había terminado mis clases dos horas atrás y desde entonces, me abandoné en el recibidor de mi apartamento. Jane todavía no llegaba y, a decir verdad, no la esperaba, podía no llegar a casa ese día y poco me iba a importar.

De pronto, el sonido del timbre retumbó en las paredes anunciando que mi paz había llegado a su fin.

—Por favor, Jane, sé que tienes llaves —refunfuñé levantándome del sofá.

Abrí la puerta esperando encontrar a mi hermana o a su novio, pero me sorprendí cuando vi el rostro de un inesperado invitado.

—¿Desde cuándo tocas el timbre? —pregunté cruzándome de brazos para disimular el ligero tambaleo de mi cuerpo.

—Quise ser educado —respondió. Pudo haber sonado como una disculpa si tan solo se hubiera esforzado un poco más—. ¿No me vas a dejar entrar?

Dudé, pero finalmente me hice a un lado permitiéndole la entrada al dios del amor. Se detuvo junto al sofá e hizo una mueca de disgusto al ver las latas vacías sobre la mesa, antes de dejar caer al suelo un enorme carcaj repleto de flechas doradas.

—Te traje munición —explicó—. Supuse que no debían quedarte muchas.

En eso tenía razón, después de mi actuación estelar en el Olimpo, apenas tenía para formar unas cuantas parejas más.

—Gracias —murmuré.

Hubo un incómodo silencio hasta que volvió a hablar.

—No me gusta que te pongas en peligro —admitió.

—No me he puesto en peligro —repliqué.

—Lo haces cada vez que dejas que esto te controle. —Señaló las latas vacías—. ¿Por qué?

—Eres la persona menos indicada para reprocharme —me defendí—. Solo vas por el mundo arrojando tus flechas sin pensar en las consecuencias, la mayoría de las desgracias de los humanos se deben a tu negligencia.

—Los humanos se han ganado sus propias desgracias, no puedes culpar a los dioses —alegó.

Me aparté del marco de la puerta, donde había estado apoyada para no perder el equilibrio y me acerqué con mis manos echas puños.

—¡Es tu culpa! —grité—. ¿O acaso mi hermana y yo nos merecíamos amar al mismo hombre? ¿Qué hay de las personas en la cafetería? Los flechaste sin ninguna consideración. ¿Y Fran? Eso fue bajo incluso para ti. ¿Y qué me dices de mi madre, eh? ¡Su vida se fue a la mierda por tu culpa!

Era cierto que yo era una persona honesta y no iba con rodeos, pero últimamente notaba que el alcohol me ponía violenta, lo que era bastante negativo.

Eros me observó con una expresión que osciló entre la ofensa y la confusión.

—Recuerdo lo que ocurrió contigo y Jane, lo que hice en la cafetería y a tu amiga. Pero, ¿podrías decirme qué pasó con tu madre? —preguntó.

—Claro, tu lista de víctimas debe ser demasiado grande como para recordar un solo nombre —escupí—. Mi madre, Amaya Maceda, una fanática de la literatura romántica que se enamoró del peor idiota sobre la tierra.

Él frunció el ceño, estaba intentando recordar, pero no lo conseguía.

—Muchas parejas cumplen con esa descripción, ¿podrías ser más específica? —pidió.

Su pregunta hizo que una bomba detonara en mi interior.

—¡El malnacido que llegaba borracho todas las noches! ¡El que la golpeaba hasta que el alcohol lo hacía caer dormido! —exclamé furiosa—. ¿Te acuerdas ahora o todavía demasiadas parejas cumplen con esa descripción? El que... el que...

Un disparo se reprodujo dentro de mi cabeza y las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Me cubrí el rostro para evitar que el dios de las desgracias me viera tan derrotada, pero no podía detener mis sollozos.

Creí que iba a quedarse ahí de pie, disfrutando ver otra de sus víctimas derrotadas, por lo que sentí un leve alivio cuando escuché sus pasos y por un momento creí que se marcharía, sin embargo, solo estaba acortando la distancia entre nosotros. Sin decir una sola palabra, me rodeó con sus brazos.

Aunque quería seguir gritando y maldiciendo en su contra, pero las escenas repitiéndose en mi cabeza me hicieron sentir débil.

Una y otra vez vi a mi madre caer herida con su rostro enrojecido por los golpes y las lágrimas acumulándose en sus ojos mientras mi padre apuntaba en su dirección sin miramientos. Luego estaba yo con el mismo rifle temblando de rabia. Y al final el fuerte eco de las balas al salir precipitadas y la suerte de romper la pared y no matar a mi padre de un disparo.

Hice un esfuerzo por apartar las imágenes de mi cabeza, y recobrar la dignidad que me quedaba. Mis lágrimas se detuvieron, pero aún sollozaba, y mi cuerpo se sentía frágil e incapaz de mantenerse en pie. Eros me ayudó con eso último, apoyándome hasta llegar al sillón, donde me dejé caer y me detuve a contemplar el vacío.

—Quisiera decir algo mejor, pero me temo que fue otro error de los muchos que he cometido —confesó—. Lo siento.

Ni siquiera pude responder, mi garganta parecía estar anudada intentando contener toda la pena que había dentro de mi corazón. Me limité a asentir con la cabeza.

—¿Puedo repararlo de alguna manera? —insistió.

—No —respondí rápidamente. Mi voz sonaba ahogada—, ya no se puede. Yo... —No sabía qué decir con exactitud, ¿lo arreglé o solo lo arruiné aún más?—. Yo lo eché de casa.

Me giré para ver su expresión, no pude definir si estaba asustado o solo sorprendido. Así que, solo por el placer de darle a entender lo mucho que sus errores podían lastimar a otros, terminé mi relato.

—Él iba a matar a mi madre —afirmé.

Nuevamente, mis ojos se llenaron de lágrimas. Una cosa era guardar el peso dentro mi corazón con la esperanza de que algún día se pudriera ahí dentro y otra muy distinta era decirlo en voz alta. Esa era la verdad que durante años había mantenido en secreto y aún no me sentía lista para confesar todo completamente.

Eros bajó la mirada, tenía las manos entrecruzadas y por primera vez descubrí culpa en sus gestos, lo que me hizo sentir al menos un poco mejor. Sus poderes no eran un juego, aunque tanto él como yo, los usábamos sin consideración.

—No soy el dios del amor —dijo de repente. Esta vez, la sorpresa fue mía—. Quizás, sólo sea el dios de la atracción, pero nada más. Lo que yo puedo dar no es amor verdadero, solo lujuria y

deseo, lo que solo dura apenas tres o seis meses. Básicamente solo los ayudo a unir sus destinos, el resto depende de los humanos, un sentimiento verdadero puede nacer de ellos o solo quedará como una aventura guiada por la locura.

Me recliné hacia atrás, sin saber cómo interpretar su repentina declaración. Más o menos se parecía a lo que Adrian me había explicado días atrás. Había más de un modo de llamar al amor y Eros era uno de los puentes.

—Sin embargo, a veces creo que hay personas que no merecen ni lo uno ni lo otro porque de cualquier modo solo generan daño —explicó.

—¿Y por qué eres tan descuidado? —cuestioné.

—Mi único fin es crear un lazo entre ellos. Mi intención nunca es provocar dolor, sino generar amor y sentimientos, lo que pueda suceder fuera de eso, no es por mí. No hay amor en causar mal a la otra persona, no hay afecto en herir a los otros. Nadie tiene derecho a hacer sufrir a los demás. Esas solo son consecuencias del odio, la rabia, el resentimiento u otras emociones negativas que no son las que yo reparto. Muchas veces los humanos ni siquiera son capaces de establecer la diferencia entre un amor verdadero y una relación destinada a destruirlos.

—Aun así...

—Aun así —interrumpió—, no me gusta ver que la humanidad sufre, no soy un dios malvado, disfruto cuando dos personas que se aman están juntas e intento que sigan así, pero cada vez es más difícil. Para los humanos, cuando no resulta, es más fácil culpar a un ser que jamás han visto y, que hasta donde sé, en estos tiempos ni siquiera creen en mi existencia. Soy como un personaje de cuento.

—Para mí eres un dolor de cabeza muy real —repliqué.

—Y tú eres mejor que tu padre —afirmó haciendo hincapié en las latas vacías que aún descansaban sobre la mesa—. Eres valiente, decidida, proteges a los que quieres y sientes con intensidad. No deberías entregarle tu vida a una simple bebida, eres más que eso.

Miré mi vaso lleno de limón esperando ser servido. Eros tenía razón en decir que yo era más fuerte que un vicio, sin embargo, ¿cómo apagaba el sonido de los disparos?



La cabeza me daba tumbos al punto en que temí que en cualquier momento fuese a explotar. Agradecí al cielo cuando la profesora Delaney nos dejó salir antes y di un salto al escuchar un golpe en mi mesa. Era Fran, quien acababa de dejar un folleto de propaganda frente a mí, del modo más violento posible.

—Mira lo que encontré —dijo con un brillante sonrisa. Le eché un vistazo al folleto: se trataba de una promoción para inscribirse a clases de arquería.

—¿Qué es? —pregunté, como si la imagen de un chico apuntando con su arco no me diese alguna pista.

—Es un taller de arquería, si pagamos por adelantado nos pueden hacer un descuento. Ya revisé los horarios y hay uno que nos viene genial —explicó.

—¿Y para qué quieres clases de eso?

Ella me miró con una expresión que claramente decía «¿eres tonta o te haces?». Sí, ya sabía que la respuesta era obvia, pero había cosas que era necesario escuchar para poder asimilarlas mejor.

—Las necesitas —insistió—. Tienes el corazón de la gente en tus manos, y debes tomar tus responsabilidades en serio. Además, la reputación de nuestra página depende de tu puntería.

—¿Cuándo he tomado mis responsabilidades a la ligera?

—Tengo una lista por orden alfabético e incluí mi nombre, ¿quieres que te la muestre? — preguntó con sarcasmo.

Touché.

—No puedes pretender que me lo tome en serio si piensas aprovechar los poderes de Cupido haciendo un sitio de citas.

—Sigue siendo una idea razonable, al igual que tus clases de arquería.

—De todos modos, no tengo tanto dinero —apunté. Los cursos particulares solían ser caros.

—Pues compra menos cerveza y ya verás que se paga solo —argumentó.

—Mis gastos en cerveza son mínimos —me defendí. Fran puso los ojos en blanco.

—Descuida, no es tan caro. Si nuestro pequeño negocio da frutos, recuperaremos todas nuestras inversiones. Quizás lo más difícil sea conseguir las herramientas. No te ofendas, pero tu arco invisible no nos servirá. Creo que allá tenían algunos disponibles para los estudiantes, pero necesitaremos unos que podamos tener a nuestra libre disposición si queremos que esto funcione.

Miré por la ventana, y una idea cruzó mi mente.

—Puede que sea más fácil de lo que piensas.



Fran me siguió por el complicado laberinto que llevaba a la casa de Adrian, mi salvavidas de siempre.

—Lizzie, no creo que sea buena idea pedirle ayuda a otro dios —dijo mi amiga, siguiéndome a través de las calles.

—Descendiente —interrumpí.

—¡Lo que sea! La última vez que hiciste un trato con uno, no salió muy bien.

Nos detuvimos frente al conocido portón.

—Tranquila, Adrian es diferente —contesté—. Es un chico amable, confiable y muy agradable. Ya verás.

El dueño de casa salió a abrirnos, luciendo su típica cara de pocos amigos. Quizás había exagerado un poco en su presentación.

—Ya me parecía extraño que no tuvieras problemas —suspiró, abriendo la puerta y cerrándola antes de que Fran pudiese pasar.

—¡Hey! —chilló mi amiga. Él solo siguió caminando por el antejardín, haciendo caso omiso a su presencia.

—Eh... Adrian, traje a alguien conmigo —señalé con timidez. Giró la cabeza y reconoció a la persona que había dejado atrás. Vi que fruncía levemente el ceño, como si le costara trabajo reconocerla.

—¿Es sobre ella? —me preguntó.

—Es mi amiga Francisca —contesté, sin entender a qué se refería. Él suspiró pesadamente, y me miró con fastidio.

—Sabes que te ayudo porque vas a hacerme un favor y no tengo otra manera de pagarte, pero no voy a darle consejos a cada persona que tenga problemas con el Olimpo.

—Fran no tiene problemas —aseguré—. Bueno, no tantos como yo.

—Es una descendiente de Apolo, es evidente que vio tus flechas y tiene muchas preguntas, pero no soy ningún gurú ni tengo por qué andar recogiendo los fetos que dejan por ahí.

Abrí los ojos de tal manera que parecía que iban a saltar de sus cuencas. Ya sabía que Fran era

adoptada, ella misma lo había mencionado. Sus padres la habían recogido de una iglesia que acogía niños huérfanos. Su familia era muy religiosa, y se enamoraron de la niña en cuanto la vieron. Nunca le ocultaron la verdad sobre su origen, y ella tampoco lo negaba. Amaba a sus padres como si fuesen biológicos, la habían criado con todo el amor que se le puede entregar a una niña. Sin embargo, esta revelación generaba una gran distancia.

Adrian se sorprendió al notar mi anonadada expresión, y se giró en dirección a mi amiga, quien estaba incluso más sorprendida que yo.

—No me digan que no lo sabían —balbuceó—. ¡Maldición! Acabo de meterme en un lío yo mismo.

Resignado, se dirigió a la puerta de entrada y la volvió a abrir. Al notar que el huésped no se movía ni un centímetro, movió su mano frente a sus perdidos ojos, obligándola a regresar a la realidad.

Ambas caminamos robóticamente y nos instalamos en su recibidor, él se cruzó de brazos y se apoyó en la pared más cercana, mientras aún intentaba asimilar que su lengua lo había metido en un problema. Era irónico, ya que la elocuencia no estaba dentro de sus características más esenciales.

—Bien, primero díganme por qué están aquí —pidió, rompiendo el silencio.

—¿Por qué? ¡Oh, cierto! ¿De casualidad no tienes dos arcos y unas cuantas flechas que puedas prestarnos? —pregunté. Su expresión frustrada se suavizó un poco al escuchar mi petición.

—¿Le pasó algo a tu arco? Podría repararlo —sugirió.

—No, está perfectamente. Es solo que queremos tomar clases de arquería, y necesitamos herramientas para trabajar.

La comprensión se asomó en sus ojos y tuve que contener una sonrisa al descubrir que por primera vez no estaba mostrando su típica máscara de indiferencia.

—Está bien, te ayudaré —resolvió—. Es una buena idea. No quiero que falles cuando mi padre regrese.

Yo tampoco quería equivocarme. Por primera vez le encontré utilidad a la propuesta de Fran.

Nos dejó a solas un momento, mientras iba a su taller, y regresó con un equipo de arquería. En silencio, se lo entregó a Fran, quien aún se encontraba consternada.

—¿Y para mí? —pregunté.

—Ella es descendiente de Apolo, debe tener un talento natural. Tú no, así que te haré un arco más simple, puedes venir a buscarlo después.

Hice un puchero, pero su argumento tenía sentido.

—¿De verdad tengo sangre de un dios corriendo por mis venas? —cuestionó Fran. El dueño de casa confirmó con un sepulcral silencio. De pronto, el rostro de mi amiga se iluminó.

—¡Pero eso es genial! —exclamó, saltando de alegría. Tomó mis manos y me hizo girar con ella.

—No, detente. Vas a romper algo —interrumpió Adrian—. Liz, me trajiste a una loca.

Fran detuvo nuestra ronda y continuó saltando de la emoción.

—¿Por qué estás tan feliz? —pregunté.

—¿Y por qué no? —respondió. Ambos la miramos como si hubiese perdido la cabeza—. ¿Para qué conformarse con ser una humana común y corriente si puedes ser la descendiente de un dios?

—Lo dices porque nunca ha pesado sobre tus hombros la responsabilidad de tu ancestro —dijo el dueño de casa—. Además, Apolo es bastante promiscuo. Se follaría hasta a los árboles si pudiera, literalmente. Así que debe tener muchos hijos repartidos por el mundo.

—¿Insinúas que sentí lástima por un perverso? —señalé. Aunque después de nuestro último

encuentro, ya lo sospechaba.

Adrian se encogió de hombros.

—En teoría. Pero ya que su novia es un árbol, no sabría decirte.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes de hacer un acuerdo con él? —exigí.

—No puedo advertirte de todo.

La verdad me golpeó tan fuerte que decidí no insistir.

—¿Conociste a mi padre, Liz? —me preguntó Fran. Recordé el musculoso y bien formado cuerpo del dios que se apareció desnudo en mi casa, y esta vez, en lugar de emocionarme, sentí náuseas tan solo de pensar que se trataba del padre de mi mejor amiga.

—Algo así —admití.

DIECISIETE



¿Saben cuál es el mejor día de la semana? El viernes, evidentemente.

Estiré los brazos, feliz de saber que no tendría que volver a la facultad en dos días. Todo habría sido perfecto de no ser por un pequeño e insignificante detalle.

—No puedo creer que nos hayan dejado tantos deberes para el fin de semana —suspiró Fran—. Debería ser ilegal.

—De todas maneras, lo vas a dejar para última hora, así que tendrás todo el fin de semana para ti —comentó Agustín. Tuve que contener una carcajada.

Fuimos a la biblioteca a pedir el libro con el que tendríamos que trabajar durante el fin de semana, como para sentirnos responsables, aunque fuera un hecho que acabaríamos haciéndolo todo el domingo por la noche.

Luego nos reunimos con el resto del grupo. El plan era ir a por una pizza, ya saben dónde. Lamentablemente para Fran, el cajero se recuperó de su enfermedad, por lo que el sustituto fue devuelto a la cocina.

Ese día Victor se marchó temprano, por lo que pude disfrutar de un momento de calma, sin el torbellino de confusión que solía conllevar su presencia.

—Fran, ¿sabías que durante mi fiesta de cumpleaños arrasaste con todos los muchachos? —preguntó Ann—. Muchos invitados me han preguntado por ti.

Todo mi cuerpo se tensó ante la pregunta, y a mi lado, mi única confidente dejó caer todas las aceitunas que tenía su pizza.

—Oh, ¿en serio? —dijo intentando disimular su nerviosismo.

—A mí también me han preguntado —agregó Nicolas—. Al menos cinco chicos me pidieron tu número.

—Así que eso explica las llamadas desconocidas —refunfuñó Fran, en ese idioma desconocido que solo unos pocos podíamos entender.

Miré la comida con lástima, estaba deliciosa, pero de pronto había perdido el apetito.

—Fran es muy guapa —intervino Sandra—. No me sorprende que tenga admiradores.

—Sí, claro —dijo Agustín, con desinterés.

—Hablo en serio —le reprochó.

Mientras ambos comenzaban una discusión en la cual Agustín le restaba importancia a todo lo que Sandra decía, comprobé el estado de mi amiga echándole una mirada de reojo. Aún se estaba recomponiendo, del bien comentario.

Me habría gustado poder decirle en ese momento que, sin las flechas de cupido, ella era perfectamente capaz de llamar la atención de cualquiera. Tenía una belleza extraña, exótica, de rasgos bien definidos, nariz pequeña, labios carnosos y un largo cabello castaño, que caía en suaves ondas hasta casi llegar a su cintura. Claro que siendo, la hija de Apolo cualquiera resultaría hermosa. Mientras tanto, mi rol de mejor amiga consistía en contrastar con su belleza, pareciendo un fantasma de cabello teñido.

Terminamos de comer y Nick se ofreció llevarme hasta casa en su coche, invitación que rechacé excusándome en la necesidad de realizar algunos trámites pendientes antes de regresar. La verdad era que no iba a soportar un viaje con él sabiendo que había sido flechado con una chica

tímida, que no tendría el valor de acercarse. Sin mencionar que su desagradable novia no pondría las cosas fáciles. La culpa no era una sensación agradable.

Y como tampoco quería regresar tan temprano, suponiendo que Jane y Victor se encontraban a solas en el apartamento y lo peor que podía suceder era que llegara de improviso, decidí caminar.

Intenté centrar mi atención en el camino, ignorando lo que fuera que estuviesen haciendo en mi edificio. Mi imaginación era suficiente para causarme una molesta mezcla de repugnancia y dolor. Ser virgen no me volvía una santa, sabía perfectamente lo que el sexo significaba, solo me faltaba vivirlo y, a decir verdad, mi condición se debía únicamente a mi falta de voluntad, no a la escasez de pretendientes. No era tan fea como para que a mis veintiún años ningún chico se me hubiese insinuado, pero detestaba todo ese rollo de la amnesia posterior.

Me reí de mí misma. Pensar en sexo no parecía el tema ideal para meditar mientras se camina.

Para cuando llegué a mi casa ya había oscurecido, así que me aseguré de tocar el timbre, golpear varias veces y dar varias zancadas frente a la puerta para evitar una situación desagradable.

Una vez que estuve segura de que mi llegada era inminente para quienes estuvieran dentro, abrí la puerta. Pese a mis esfuerzos por no llevarme ninguna sorpresa, la escena frente a mí me dejó sin aliento.

—Lizzie, al fin llegas —dijo Jane, tomándome del brazo y obligándome a entrar, ya que no me movía por mis propios medios. Mi padre, Karlos, se levantó de la mesa, y se acercó a saludarme. Sin embargo, retrocedí para evadir sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté desafiante.

—Vine a ver cómo están mis dos princesitas —respondió con naturalidad.

—¡Nadie te invitó! ¡Vete!

—Liz, no seas mal educada —intervino mi hermana, haciendo el papel de madre, que por cierto le quedaba bastante mal—. Papá vino a hacernos una visita, ha pasado mucho tiempo desde...

—¿Cómo pudiste dejarlo entrar?! —grité, totalmente fuera de control—. ¿Cómo pudiste después de lo que le hizo a mamá?

En cuanto las palabras salieron de mi boca recordé uno de los motivos por los cuales nunca decía lo que realmente sucedió esa noche. Karlos le había contado una versión distinta a Jane, una que no lo comprometía, y mi madre me había ordenado guardar silencio, para no romperle el corazón a su hija mayor.

Exhalé con frustración y me fui directamente a mi cuarto.

—¡Elizabeth! —llamó mi padre, pero yo ni siquiera le miré. Mi única respuesta fue un fuerte portazo.

Me tendí sobre la cama y cubrí mi rostro con la almohada, intentando contener las lágrimas. No sabía qué era lo que más me dolía, si la rabia, la tristeza o la impotencia, pero sin duda me estaba consumiendo de una manera desgarradora.

La puerta de mi habitación se abrió, revelando a una molesta Jane.

—Liz, por favor, ¿podemos cenar juntos, los tres? —suplicó.

—No —respondí.

—Lizzie... Sé que papá fue muy malo, pero vino a vernos, está sobrio y no parece querer problemas —argumentó. Quitó mi rostro de la almohada, y me giré en su dirección, furiosa.

—¿Cómo puedes decir eso? —reclamé—. ¿Acaso no es un problema que Karlos por poco matara a golpes a nuestra madre?

—¡Pero no lo hizo! Se fue de casa, y ahora está intentando rehabilitarse. Tenemos que darle una oportunidad.

«No lo hizo porque yo estuve a punto de matarlo», estuve a punto de agregar. Pero ahí estaba el motivo de por qué mamá no había querido decirle la verdad.

—Puedes comer con él si quieres, yo aún no estoy lista —repliqué.

—Liz...

—Elizabeth. —La voz de Karlos interrumpió a Jane—. Entiendo que estés molesta, pero he venido aquí para reconciliarnos y que podamos ser una familia nuevamente. Dime, ¿caso no deseas eso?

Me pregunté qué clase de mentiras había inventado esta vez para convencer a mi hermana de abrirle la puerta.

Lo único que deseaba era no pensar más en el sonido de los disparos cada noche.

—Papá, no estoy preparada para perdonarte. Lo siento —repliqué.

—No sé a qué te refieres, hija —respondió—, pero estoy dispuesto a perdonar tu conducta, aunque no me pidas perdón. Es el deber de un padre perdonar siempre las faltas de sus hijos y yo...

—¡El deber de un padre es respetar a sus hijas y su esposa! —grité. Había intentado contenerme, por el respeto que aún le tenía y por Jane, pero no podía tolerar que se plantara como el inocente en medio de una desgracia que él mismo provocó.

Llegué a la conclusión de que no solo no podíamos compartir una comida juntos, tampoco podíamos estar en la misma habitación.

Me puse de pie, y recogí mi mochila, metí lo primero que encontré en mi armario y salí del cuarto.

—¿Qué haces? —preguntó Jane.

—No puedo estar en el mismo lugar que él —expliqué, dirigiéndome a la puerta.

—¿Dónde vas? —insistió.

—Por ahí.

—¡Lizzie! —chilló.

—De acuerdo, tal vez me quede en casa de Fran.

—Pero no puedes irte así.

Llegué a la puerta ignorando los bramidos de Karlos.

—Así fue exactamente como él se marchó —respondí. Cerré la puerta y corrí por el pasillo lo más rápido que mis piernas me permitieron. Sin mirar atrás, sin prestar atención a nada más. Me dolía dejar a Jane sola con una persona tan peligrosa, pero era su padre y ya era hora de que lo conociera. Al menos no había armas dentro del apartamento y confiaba en que él podría comportarse con su hija mayor, a quien mintió solo para mantener esa falsa imagen que había creado para ella.

Pero no conmigo. Nosotros no éramos capaces de contenernos. Por eso Jane se parecía a mamá, y yo a él.



Sé que debí haber llamado a Fran para preguntarle si podía quedarme en su casa esa noche. Ella me habría recibido con gusto y probablemente en esos momentos habría estado disfrutando de una deliciosa cena hecha por su madre. Pero no, estaba en un bar que me encontré en el camino, bebiéndome toda la carta, y con un molesto desconocido a mi lado. Sí, uno de esos estúpidos que

cree que, por estar en un local nocturno, sin compañía, buscaba invitaciones a lugares indecentes, porque claro, siempre que un hombre bebe en solitario, es un hombre con problemas, pero cuando lo hace una mujer, es una chica fácil.

Disparos. Solamente podía pensar en disparos, y en rifles cargados.

—Me importan una mierda tus convencionalismos sociales —le dije a mi interlocutor. Yo solo quería emborracharme hasta que el rostro de mi padre saliera de mi mente.

Cansada de una charla sin sentido y de insinuaciones asquerosas, decidí ponerme en pie e irme a otro sitio. Me tambaleaba considerablemente a medida que llegaba a la caja y pagaba por el consumo. Siquiera fui capaz de contar los billetes adecuadamente, y probablemente acabé pagando de más. Más tarde descubriría que no me quedaba dinero ni siquiera para el almuerzo de la semana.

Salí dando trapiés, andando en *zig-zag* y llegó un punto donde tuve que apoyarme en una pared para evitar caerme. En algún punto, me encontré vomitando en la calle. Eso era, por decirlo en palabras suaves, lo más indecoroso que había hecho en la vida.

Entonces, las sombras que hace un rato me venían siguiendo, me alcanzaron.

—Mira que sorpresa tenemos aquí —dijo uno de los desconocidos. No tenía aliento a alcohol, estaba perfectamente sobrio y eso me dio más asco.

—Una desagradable sorpresa —añadí, arrastrando las palabras.

Era un grupo de cuatro personas que me tenían rodeada y no iba a poder sobrepasarlos sola. Probablemente lo más inteligente era dejarme morir y luego, cuando la tortura acabara, pensar si podría sobrevivir.

—Luego las mujeres dicen que ellas no son las que se arriesgan —se burló otro.

—Oye yo estoy borracha, tú no —dije, había algo más que quería decir, pero lo olvidé mientras hablaba—. Eres asqueroso —improvisé, solo por decir algo. Ya tendría que aprender a guardar silencio en situaciones de peligro, pero éste no era el caso.

Los hombres comenzaron a reírse entre ellos y sus carcajadas me dieron náuseas.

—Oh, cállense —pedí—. ¿Quieren dinero? Pues tomen, de todos modos, está vacía. —Arrojé mi billetera en la cara de uno de ellos. Debo añadir que estaba hecha de cuero, por lo que el golpe debió dolerle al menos un poco.

Mi víctima, evidentemente molesta, sacó un cuchillo y apuntó en mi dirección. Por un momento me sentí lo suficientemente sobria como para salir corriendo, pero para mí mala suerte mi cuerpo no estaba de acuerdo conmigo y fui incapaz de alejarme de la pared.

Lo vi venir hacia mí a cámara lenta. Sin embargo, antes de poder hacerme daño, se detuvo en el aire. El tiempo se congeló por un minuto, y luego los dedos de mi atacante se doblaron frente a mis ojos, como si una fuerza invisible los estuviera quebrando. Haciendo una mueca de dolor, cayó al suelo, mientras sus amigos lo miraban confusos.

El segundo en dar un paso adelante rápidamente fue atacado por la misma fuerza invisible. No pudo contener un grito antes de caer al suelo, sujetándose el pecho mientras se retorció de pura agonía. Antes de darme cuenta de lo que sucedía, el resto de los hombres salieron volando en otra dirección, como si fueran simples marionetas.

Abrí la boca, sorprendida, y el temblor de mis piernas provocó que cayera de rodillas, apoyándome a duras penas en la pared. Me sentía mareada, confundida, y a tan sólo unos pasos de mí, unos hombres se retorcían como gusanos en la tierra. Estaba segura que eso no era un efecto del alcohol.

Entonces, sentí la presencia de alguien más junto a mí. Me encogí en el suelo en una inútil posición defensiva, mientras el extraño se agachaba hasta quedar a mi altura, y apoyaba su mano

en la pared a mis espaldas.

—Liz —dijo—. ¿Estás bien?

Mi corazón, que en esos momentos nadaba en cerveza, subió a la superficie para tomar una bocanada de aire o de sangre, o lo que sea que respiren los corazones.

Asentí con la cabeza.

—Pero, ¿podrías ayudarme a ponerme de pie? —pregunté tímidamente, sin confiar ni un poco en mi sentido del equilibrio.

Una leve sonrisa atravesó el rostro de Eros, y sin pensárselo dos veces, me recogió como si fuese una ligera princesa. Un chillido escapó de mis labios al encontrarme en el aire. Su coche apareció en la calle, o quizás yo no lo había visto llegar. Con cuidado, me deslizó en el asiento del copiloto, y cerró la puerta para ocupar el asiento del piloto.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —pregunté.

—De alguna manera, siempre estoy vigilándote —respondió.

—Entonces, ¿por qué tardaste tanto en ayudarme? ¡Eres un pésimo acosador! —exclamé.

—Los héroes siempre llegan en el último minuto —bromeó, pese a que su rostro se mostraba serio.

Me crucé de brazos y me dejé caer sobre el asiento. Entonces, me di cuenta que estaba tomando la ruta hacia mi apartamento.

—No, no quiero ir a casa —supliqué.

—Tienes que dormir —repuso.

—¡No! Me niego a permanecer bajo el mismo techo que mi padre.

—¿Tu padre está en casa? —preguntó, había una evidente sorpresa en su voz.

—Sí, por eso me fui, acosador de segunda —murmuré. Eros suspiró pesadamente, y tomó el desvío más próximo.

—Déjame en casa de Fran, te diré como llegar —propuse—. Es por aquí, a la derecha. No, espera, creo que era a la izquierda —corregí—. Un momento, ¿qué calle es esta?

Entrecerré los ojos para combatir la molesta luz de los semáforos.

—Si llegas a así a casa de tu amiga, sus padres creerán que eres una pésima influencia —alegó.

—¡Lo soy! Pero a veces no se nota —repliqué. Movié su cabeza de un lado a otro, con reproche. Volvió a girar, y un repentino mareo me subió por el estómago.

—Espera, detén el coche —sugerí.

—No voy a dejarte en la calle —reclamó.

—¡Si valoras tus asientos, detén el maldito coche! —repetí con malestar.

Obedeció a mi petición y estacionó junto a la acera. De inmediato abrí la puerta y escapé. Tuve que sujetarme a un poste y esperar a que los mareos pasaran, agradecí que la oscuridad de la noche protegiera mi identidad, al menos.

Eros también se bajó del coche, y se acercó a mí que, medio moribunda, le suplicaba al cielo no vomitar en plena vía pública. Con cuidado, tomó mi desordenado cabello entre sus manos y lo apartó de mi rostro, simulando un moño, de modo que en caso de cumplirse la peor de las probabilidades, mi pelo no iba a verse afectado. Afortunadamente, no sucedió.

Cuando por fin me sentí capaz de montar en un vehículo sin devolver todo el alcohol ingerido, emprendimos camino a quién sabe dónde, otra vez. Esta situación no solo era vergonzosa, sino que también ya había hecho suficiente escándalo como para que Cupido no quisiera volver a brindarme su ayuda.

Al cabo de unos minutos, nos detuvimos frente a un enorme edificio que tardé en reconocer

como un hotel.

—¿Puedes caminar? —preguntó Eros, aparcando su coche.

—Claro que sí —respondí, bajándome con digna torpeza.

DIECIOCHO



Eros intercambió un par de palabras con la recepcionista, y de inmediato fuimos dirigidos a una de las habitaciones. Creo que jamás me había sentido tan aliviada de encontrar una cama. Sin pensarlo dos veces, me dejé caer en el suave colchón, rebotando sobre él.

El Cupido griego entró detrás de mí, cargando la mochila que había dado por perdida minutos atrás.

—Puedes pasar la noche aquí —anunció—. Hablaré con Nichte, así que no tienes que preocuparte por nada.

—¿Quién es Nichte? —pregunté. Me devolvió mirada compasiva.

—No importa, solo descansa. Mañana hablaremos.

Aproveché que los efectos de la borrachera se estaban pasando, y me incorporé.

—Espera —pedí. Llegué a él con dificultad y lo envolví entre mis brazos. Correspondió al gesto, abrazándome de vuelta y acariciando mi cabeza con suavidad.

—No vuelvas a ponerte en riesgo —dijo—. No quiero ni pensar lo que hubiese ocurrido si yo no...

Dejó la frase inconclusa y permitió que el silencio se encargara de terminarla. En ese momento, cálidas lágrimas cayeron por mis mejillas.

—Solo quería olvidar los disparos, pero es imposible —sollocé—. Siempre están ahí, incluso cuando pierdo la conciencia. Me persiguen como una sombra, es como querer cerrar los ojos para no ver a tu enemigo, pero nunca se va, solo permanece a la espera de que los vuelva a abrir. Y soy incapaz de enfrentarlo.

Eros buscó mi rostro, pero yo me aferré más a él, demasiado avergonzada como para mirarlo.

—¿Qué te sucedió? —preguntó con suavidad.

Y entonces, por primera vez en la vida compartí con otra persona todos aquellos recuerdos que me hacían daño, día a día. No hay una razón lógica que explique por qué decidí ser totalmente honesta con un dios del amor, considerando todo lo que me había sucedido últimamente. Llegué a sentir culpa por abrir mi corazón con alguien que, tiempo atrás, culpé de no entender las emociones de los humanos, pero no importaba, porque en ese mismo momento necesitaba ser escuchada, que me sostuvieran antes de que la tristeza me hiciera caer. La verdad me estaba matando, y si no la dejaba salir, pronto mi corazón explotaría. Y entonces no habría manera de repararme.

Meforcé por no llorar, aunque a veces el nudo en mi garganta me hacía casi imposible hablar. Sentía mi rostro cálido y el cuerpo me temblaba a medida que avanzaba en la historia. Al acabar mi relato, una mezcla de sensaciones me invadió. Primero la culpa, por haber confesado mi secreto más profundo y que solo conocíamos quienes estuvimos ese día. Henry, su padre y mis propios padres.

Pero a la vez, me sentí capaz de dormir sin sufrir pesadillas.

Eros se guardó su opinión, aunque la verdad es que era difícil encontrar algo que decir frente a una confesión tan intensa. Sentí como contenía el aliento y sus brazos me estrechaban con más fuerza, como si intentara protegerme del pasado. Sin embargo, ya no había nada que hacer, ni siquiera un dios podía borrar las heridas del corazón.

De todos modos, encontrar consuelo detuvo mis lágrimas, que se convirtieron en simples

sollozos. El dolor seguía ahí. Me había dejado caer, pero ahora podría levantarme de nuevo.

—Liz, tus sentimientos merecen ser libres —susurró Eros.

Iba a preguntar a qué se refería, cuando sus labios besaron mi frente, callándome.

Y de un momento a otro, el sueño me venció.



Desperté en una cama extraña, en una habitación desconocida. Habría pensado que se trataba de una película de terror, pero descubrí que la cama tenía más de dos plazas, y el cuarto era tan grande que mi apartamento entero podía caber en él. No recordaba haber visto tanto lujo antes de un asesinato, aunque nunca se puede estar completamente segura.

Intenté incorporarme, pese al dolor en mi cuerpo y me esforcé en recordar lo que había hecho la noche anterior. Cuando escuché los suaves golpes en la puerta, solo se me ocurrieron dos alternativas. Mi hora había llegado, y un hombre con un enorme cuchillo estaba a punto de entrar o...

—Servicio de habitaciones —dijo una suave voz femenina.

Nada tenía sentido.

—Adelante —respondí débilmente.

Una mujer luciendo un impecable uniforme de sirvienta entró con un completo desayuno en sus manos. Me entregó la bandeja y me detuve a analizar todo lo que contenía. Zumo de naranja, fruta, un trozo de tarta, leche, una taza para servirme café, cereales, tostadas, mantequilla, jamón y queso. Nunca había comido tanto por la mañana. Habitualmente, tenía que limitarme a desayunar pan con lo primero que encontrara en la nevera.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó la desconocida.

No quería parecer desesperada, pero había una terrible pregunta golpeando mi cerebro.

—¿Quién está pagando todo esto? —interrogué. La empleada se sobresaltó al escuchar mi pregunta.

—Desde arriba solo nos dijeron que la tratáramos bien —respondió.

Suspiré resignada.

—De acuerdo, muchas gracias —contesté—. Puedes irte.

Quería detenerme a pensar sobre lo que estaba sucediendo, pero mi estómago me exigió que devorara todo lo que tenía frente a mí, y no pude resistirme a sus deseos. Mientras me atragantaba con un trozo de fruta, lo comprendí. «Desde arriba». Sólo podía haber una cosa arriba.

Dioses...

Eros.

Nuevamente me forcé a recordar, pero mi mente solo llegaba a la parte donde me emborrachaba en una cantina, tras dejar a Jane sola con mi padre.

¡Jane!

Pensar en mi hermana me hizo sentir la peor persona en el mundo. Me había ido sin dar explicaciones, cegada por la rabia. Seguramente me esperaba una buena discusión en casa, y no tenía motivos para explicar mi comportamiento.

¿Y si papá se había puesto violento con ella? No. Él amaba a Jane, jamás le haría daño. Aunque lo mismo le había dicho a mi madre cuando se casaron.

—¡Mierda! —grité, ofuscada.

La puerta se abrió sin llamar, y un rostro familiar entró en la habitación.

—¿Dormiste bien? —inquirió Eros, con desinterés.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ocurrió? ¿Cómo está Jane? —Me apresuré en preguntar.

—Tranquila, no te secuestré ni nada. —Se defendió, sentándose en uno de los sillones de la habitación—. Te encontré en mitad de la calle, borracha, apenas podías caminar y unos idiotas te acosaban, así que tuve compasión y te traje a la suite de un hotel de lujo, no me lo agradezcas.

—¿Y quién va a pagar la cuenta? —cuestioné con preocupación.

Si había estado bebiendo, probablemente me había gastado todo lo que tenía, y no podía pedirle tanto dinero a mi madre.

—No te preocupes, Nichte es la dueña. Ella me quiere como a un hijo, algunos incluso piensan que es mi madre —respondió.

Busqué entre mis conocimientos de historia a esa tal Nichte y reconocí su nombre. Otra diosa griega, como era de esperarse.

—¿Podrías explicarme desde cuándo esta ciudad está llena de deidades griegas? —cuestioné.

—Bueno... El culto no va muy bien. Grecia está en crisis y casi nadie nos recuerda. También tenemos que vivir —explicó—. Algunos han hecho inversiones para mantenerse, Nichte es una gran empresaria.

—¿Y tú qué has hecho?

—Nada. —Una sonrisa atravesó su rostro—. Mi culto va muy bien, ahora me adoran más que antes. Tengo un día dedicado al amor a nivel internacional, y suelen hacer referencias a mi persona en películas y libros.

—Sí, pero todo el mundo piensa que eres un bebé con alas.

No pudo disimular una mueca de disgusto. Había que reconocer que el dios del amor era muy vanidoso.

Terminé de comer y dejé la bandeja a un lado, mientras reconocía cada uno de mis músculos, buscando recomponerme.

—Deberías darte una ducha —sugirió Eros.

—No voy a bañarme contigo dando vueltas por la habitación —repuse.

—Qué desconfiada eres —replicó, recibiendo una mirada de advertencia de mi parte—. Está bien, puedo ir a dar una vuelta y esperar a que estés lista.

—Eres un dios, ¿cómo sé que no vas a husmear? —pregunté.

Eros puso los ojos en blanco.

—Te doy mi palabra de honor —dijo, levantando su mano como un *boy scout*. No era suficiente para mí—. ¡No soy un perverso! —Continué mirándolo con desconfianza—. Bueno, hagamos un trato. Si miro, reduciré una pareja de tu cuota.

—Me parece bien —señalé, extendiendo mi mano, al estilo de una mujer de negocios.

—¿Y eso? —cuestionó.

—Puedes sellar un pacto con cualquier tacto, ya no me engañas —repliqué.

Contrariado, miró mi brazo extendido, y aceptó estrechar nuestras manos.

—Y si no miro, agregaré una pareja a tu penitencia —señaló, con malicia.

—¿¿Qué?! —exclamé. Intenté retirar la mano, pero apretó su agarre para evitar que me soltara.

—Es tu castigo por pensar mal de mí —repuso juguetonamente.

DIECINUEVE



Estar a solas me ayudó a despejar la mente, lo que me hizo pensar en Jane. Mientras ella se encontraba en casa, odiándome, yo estaba tomando un lujoso baño de espuma.

No me lo merecía.

Envolví mi cuerpo en una toalla y reconocí las ojeras en mi rostro. Solo tenía la ropa que había metido a toda prisa en casa antes de irme, por lo que no tenía manera de ocultar las consecuencias de las lágrimas y el alcohol.

Una mala combinación.

Me asomé lentamente a la habitación principal y miré en todas direcciones antes de salir, y vestirme rápidamente.

No podía evitar preguntarme si tal vez habría sido mejor opción tragarme mi orgullo, quedarme en casa, soportar a mi padre unas horas y considerar la idea de perdonarlo. Quizás, una cena tranquila habría sido suficiente.

Negué con la cabeza. No podía engañarme, nada de lo que hiciera Karlos Sagarra me haría olvidar todo el daño que nos causó. Pero aun así nada justificaba que hubiese dejado a mi hermana a solas, con el hombre que nos arruinó la vida, mientras yo me emborrachaba en el primer bar del camino.

Mis pupilas se humedecieron e hice a un lado la idea de llorar. No quería, pero me resultaba irresistible. Eros entró en ese momento, y se detuvo al reconocer la tristeza en mi expresión. Preocupado, se sentó en la cama junto a mí y no pude contener mis quejas.

—No te imaginas el motivo que me llevó a irme de casa anoche —dije.

—Ya lo sé, me lo contaste cuando te traje.

Mi corazón se detuvo por unos instantes, y lo miré atónita.

—¿Todo? Incluyendo...

—Incluyendo el día en que lo echaste de casa. Eso fue muy valiente —observó.

Solo quería que el enorme colchón de la cama me tragase. Le había revelado mi mayor secreto a una persona que usaba su tiempo libre para burlarse de mí.

—No fue valiente, fue tonto, peligroso e impulsivo —respondí.

—Solo quisiste proteger a tu madre de un hombre abusivo.

—¡Es mi padre y por poco lo mato! —chillé.

—Él por poco mata a su esposa, y quién sabe lo que habría hecho después. Quizás lo habrían condenado por su asesinato, pero eso no te habría traído de regreso a tu madre, ni habría borrado todos los años de maltrato. Tenías que defenderla.

—¿Acabando con su vida? Eso es horrible.

—En una situación desesperada se toman decisiones desesperadas. No puedo decirte que estuvo bien, pero tampoco fue tu culpa.

—Eso no me hace sentir mejor. —Mi voz parecía una acusación.

—Nada te hará sentir mejor hasta que superes lo que sucedió, y eso no será nada sencillo.

Sus palabras no me estaban dando esperanzas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué vaya a hablar con él? ¿Quieres que nos sentemos a cenar y conversemos?

—En absoluto. Tu padre no lo merece, ni siquiera me parece correcto que esté libre por las

calles.

—¿Y entonces qué hago?

Sus ojos se perdieron por un momento.

—¿Por qué tu hermana se quedó con él? —cuestionó.

Bajé la mirada.

—Jane no lo sabe —expliqué—. Ella estaba en la ciudad, y Karlos fue a verla justo después de lo sucedido. Le dije que había decidido irse de casa, que quería empezar de nuevo y ser una mejor persona, luego mi madre me pidió que no le dijera la verdad a mi hermana. No quería herirla.

Su expresión fue de completa desaprobación.

—Si ocultan a un hombre así, le están permitiendo que continúe haciéndoles daño. ¡Está loco! Quien sabe en lo que pueda terminar.

—El padre de Henry puso la denuncia, pero no había muchas pruebas. Ella nunca le denunció ni habló con nadie de lo que sucedía, le negaron la protección y al final, ella misma decidió desistir del proceso —agregué—. Siempre lo ha escondido. Solo Jane y yo lo sabemos porque vivíamos en la misma casa.

Eros se agarró la cabeza, ofuscado.

—¡Qué absurdo! Tu padre es peligroso, y anda suelto. Es una amenaza para las tres.

—¡Ya lo sé! —grité—. Créeme que lo sé, pero no puedo hacer nada.

—Tienes que decirle la verdad a tu hermana, no puedes ocultarle algo tan importante.

—No —respondí—. No puedo. Mi madre no quiere que se sepa. Y, además, eso destrozaría a Jane.

—No ayudas a tu madre si sigues ocultando lo que sucedió. Pones su vida en riesgo con cada día que pasa —repuso—. Además mientras continúes guardando todo ese dolor para ti sola, jamás podrás sanar. Ver a tu hermana todos los días sin decirle la verdad te está destruyendo. Y ella no merece que le mientan.

Hundí mi rostro entre mis manos. Me sentía atrapada. Eros tenía razón, pero yo no era capaz de hacer lo que me pedía, como si una fuerza invisible me lo impidiera. Tenía miedo, y no sabía a qué exactamente. Esto significaba dar un gran salto en mi vida y la tierra del otro lado me parecía demasiado inestable como para sostenerme al aterrizar.

El mundo iba a quebrarse bajo mis pies.

De pronto, sentí que sus brazos me rodeaban por detrás.

—Estoy contigo —dijo.

Un poco de paz invadió mi corazón. Era bueno saber que al menos había alguien dispuesto a sostenerme.



Eros me invitó a almorzar en el mismo hotel y luego me dejó en mi apartamento, como todo un caballero. Casi olvidé lo insoportable que podía ser a veces, la clave estaba en el “casi”.

Jane no me dirigió la palabra al llegar, estaba enfadada conmigo y me lo estaba haciendo saber. Por fortuna, Fran me ayudó a mantener mi coartada, diciéndole que yo había estado en su casa, ya que me habría sido muy difícil explicar que acabé en un hotel de cinco estrellas administrado por una diosa griega, gracias a la amabilidad de otra deidad.

Para mantener la solidez de su mentira, mi amiga le explicó a mi hermana por teléfono que yo no quería hablar con ella, y desconocía los motivos, con el fin de justificar el por qué no atendía

las llamadas. Era una buena excusa, que también había ayudado a empeorar su ánimo.

Sabía que debía decirle la verdad, era el momento perfecto, pero cuando su molesta mirada se encontró con la mía, me acobardé.

—¿Y bien? —insistió, al ver que no decía nada.

—Yo... olvidé algo en casa de Fran, tendré que volver.

Jane puso los ojos en blanco.

—Haz lo que quieras —espetó.

Ya que mi aventura nocturna me había dejado sin batería, no pude anunciar mi llegada. Me limité a arreglar mi maquillaje, y a peinarme, antes de tomar el bus con el poco dinero que me quedaba.

La casa de Fran quedaba a una hora de viaje a pie, y a unos cuantos minutos en transporte público.

La dueña de la casa me recibió con una sonrisa y me dejó pasar. Su hija me esperaba en su habitación.

—Sabía que vendrías —dijo en cuanto me vio entrar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque anoche tuve que mentirle a tu hermana diciendo que estabas aquí y cuando te llamé, tu teléfono estaba apagado. Dime que no estas metida en otro problema con dioses griegos, por favor —suplicó.

—Creí que te gustaba la idea —señalé.

—Me gusta la idea de tener las flechas de Eros de nuestro lado y que la sangre divina corra por mis venas —repuso—. No me gusta que mi mejor amiga ande por ahí ofreciendo su alma al diablo.

Me pregunté si era capaz de notar la contradicción que había en sus palabras.

—Fue un trato con un dios, no con el diablo —corregí.

—En este momento no veo la diferencia —replicó—. Además, dicen que hay uno de ellos ahí abajo, en el Inframundo.

No, definitivamente no era capaz de ver la diferencia.

Decidí que lo mejor era ser directa con ella. Hasta el momento, me había demostrado que podía confiar en ella, y su actitud frente a los últimos acontecimientos resultó ser mucho mejor que la mía. Confiaba en que reaccionaría bien frente mi secreto.

—Ayer vino mi padre de visita —expliqué.

—¿Y qué quería? —preguntó tajante.

Inspiré profundamente y comencé mi relato. Le dije todo, desde la abrupta huida de casa, y mi insólita mañana en un hotel, hasta la noche en que había amenazado a Karlos con su rifle, y cómo le habíamos ocultado toda la verdad a Jane.

Contuve las lágrimas en los momentos más dolorosos, y hablé rápidamente, como si quisiera deshacerme de la verdad, escupiendo cada palabra.

Al terminar mi explicación, el rostro de Fran se había congelado, tenía la boca abierta y en sus pupilas se delataba su estado de ánimo. Estaba atónita, sorprendida, sin palabras.

—¡Ese, ese...! —buscó el calificativo adecuado—. ¡Es un puerco malnacido! Perdóname, sé que es tu padre, pero... ¿dejaste la denuncia? Tienen que encerrarlo antes que mate a alguien.

Se puso de pie y caminó por su habitación como un león enjaulado, pateó con fuerza una pata de su escritorio, tirando unos cuantos lápices que se encontraban encima. Yo estaba a punto de estallar en lágrimas, pero ella tenía demasiada rabia como para consolarme.

Por primera vez entendí por qué había sido tan comprensiva cuando le revelé que había hecho

un trato con un dios griego, las reacciones de Fran no siempre eran las más lógicas, pero eran acertadas de un modo particular.

—Debería atravesarlo con una flecha en cuanto aprenda a disparar —amenazó.

—¡Francisca! —chillé—. Acabo de decirte que por poco le meto una bala a mi padre, y tú...

Ni siquiera pude terminar la oración, mi voz se quebró antes.

—Oh, Lizzie. Lo siento —respondió arrepentida. Me dio un fuerte abrazo y yo retuve mis lágrimas.

—¿No me culpas por lo que hice? —pregunté.

—Solo déjame decirte que la próxima vez que tu padre aparezca en tu puerta, debes llamarme, y no ir a meterte en el primer bar que encuentres. Es peligroso, Liz. Imagínate lo que habría pasado si Eros no hubiese estado pendiente.

—Sí, sé que eso estuvo mal —admití. Al verme más repuesta, se sentó a mi lado, y observó el vacío.

—Creí conocerte, pero desde hace un tiempo, cada día me sales con algo nuevo que procesar —suspiró.

—¿Te sientes traicionada?

—No, comprendo que eran cosas difíciles de contar, me alegra que finalmente hayas decidido confiar en mí.

Esta vez fui yo la que no pudo contenerse y abrazarla.

—¿Cómo puedes ser tan genial? —pregunté.

—En mi concepto de amistad, las amigas estamos en las buenas, en las malas, y en lo sobrenatural —respondió con sencillez—. Mi padre llega temprano hoy, es policía y está acostumbrado a tratar con víctimas, deberías quedarte y hablar con él.

—¿Para qué?

—Para que te ayude —Señaló, y yo la miré horrorizada—. Te sonará ridículo, pero... puedes tratar con el asunto de los dioses y las flechas tú sola, pero para esto, necesitas de alguien que te guíe.

—No puedo. Mi madre quiso mantenerlo en secreto, ni siquiera Jane lo sabe. Además, él va a odiarme cuando lo sepa, no querrá que volvamos a vernos —repliqué preocupada.

Fran puso sus ojos en blanco.

—No lo hará, es muy terco a veces, pero en esto te va a entender.

No pude discutir mucho más y, finalmente, debí reconocer que recibir un poco de ayuda me hizo sentir bien. Esperaba que todos me juzgaran, o me trataran como a una asesina, pero en realidad, fue todo lo contrario.

Por un efímero momento tuve esperanza. Quizás, superar los problemas era más fácil de lo que había imaginado.

El padre de Fran me escuchó atentamente. Le expliqué desde el inicio, los maltratos, los abusos y cómo aumentaron cuando Jane se fue. El día en que perdí los estribos y la denuncia que el padre de Henry puso en la comisaría, para que al final, todo acabara en nada.

Mi madre no quería que el mundo supiera lo ocurrido. Tenía miedo, no solo por ella, sino también por mí. Constantemente repetía que me iban a tratar como a una asesina, inculcando el mismo temor dentro de mí. Al final, cuanto el riesgo de que la verdad saliera a la luz se hizo inminente, no quiso continuar con el juicio. Esa fue la peor decisión de su vida.

Aquel día, al regresar a casa después de haber contado lo sucedido con Karlos, el panorama fue terrible. Jane estaba indignada, y no tuve suficiente valor para enfrentarla. Me echó todo en cara, pero no me importó. Sólo pasé de largo, y me encerré en mi habitación, dejando que el peso

de la verdad volviera a caer sobre mis hombros, como si la conversación en casa de Fran no hubiera valido de nada.

VEINTE



Jane llevaba tres días sin hablarme. Habíamos limitado nuestro contacto al mínimo, y aunque dolía, era la única manera de hacer nuestra convivencia llevadera. Aún no tenía suficiente valor para decirle la verdad. Desde su punto de vista, ella creía tener motivos para estar enfadada conmigo y mientras no la sacara de su error, no iba a culparla.

Nuestra distancia había significado grandes cambios en mi vida, incluyendo el hecho de que intentaba pasar menos tiempo en el apartamento. Tampoco tenía problema con eso: estudiaba en la biblioteca, pasaba más tiempo con mis compañeros de clase, y planeaba el negocio que pronto iniciaría con Fran, si es que podía llamarse así. A propósito, mi mejor amiga ya había decidido situar su base de operaciones. Su enamoramiento con mi amigo de la infancia iba a provocar que engordara.

Y no sería la única.

—¿Podrían explicarme de una vez por qué tengo que estar aquí? —preguntó Adrian.

—Es la mejor pizza de la ciudad, y el cocinero es un encanto —respondió Fran.

—Ni siquiera lo conoces —acusó.

En una de mis tantas visitas, le había explicado al descendiente de Hefesto cómo Cupido había jugado cruelmente con los sentimientos de mi mejor amiga, y el chico en quien más confiaba, dejándolo totalmente informado de la situación. El siguiente paso fue convencerlo de que saliera de su cueva y pasara un tiempo con nosotras.

—No tienes que decírmelo —respondió mi amiga, sin disimular la molestia en su voz.

—Insisto en que no tengo problema en presentártelo, Fran. Podríamos ir los tres juntos a algún lado, y conversar —propuse.

—Más bien, tú hablarías con él, porque ningún chico hablaría con alguien estando la chica que le gusta a su lado. Sería monumentalmente ignorada, y no quiero sentirme así —contestó.

—Pues por algo hay que empezar —sugerí.

—Es igual, ya buscaré el modo. Quizá lo espere a la salida del trabajo, o algo así.

—No creo que convertirte una psicópata sea la opción. Deja que Lizzie lo solucione. Y si funciona, ya tendría dos parejas aseguradas —intervino Adrian.

—¡Que no! —gritó mi amiga.

El joven herrero le dio un sorbo a su bebida, y miró por la ventana, sin ofenderse. Había entrado en modo: el resto del mundo no me importa, los ignoro a todos.

—Adrian, Fran quiere hacerte algunas preguntas sobre lo que significa ser pariente de un dios —señalé.

—Imaginé que iba por ahí —suspiró, dejando su bebida, pero sin despegar su vista de la ventana—. Aunque guardaba la esperanza de que al menos te dieras cuenta de lo ridículo que es hablar de esto en público.

—No es nuestra culpa que solo tuvieses tiempo justo a la hora en que Henry trabaja —se defendió Fran—. No iba a perderme su turno.

—Ni siquiera puedes verlo si está encerrado en la cocina —puntualizó.

—No importa.

Adrian se giró en mi dirección.

—Creo que tienes una amiga con complejo de psicópata, deberías tener cuidado —dijo.

En realidad, yo le había preguntado a Henry sus horarios de trabajo, con la excusa de ir a visitarlo un día, y luego mi amiga me había insistido tanto, que acabé dándole la información por puro cansancio.

—Adrian, por favor, toma las preguntas de Fran como si fueran mías —suplicué.

Él me miró como si lo estuviese metiendo en el peor negocio de su vida.

—Bien, hazlo antes que me arrepienta —sugirió el descendiente de Hefesto.

—¿Por qué puedo ver el arco de Lizzie si nadie más puede hacerlo? —preguntó sin perder el tiempo. Adrian en lugar de responder, tomó una porción de pizza y la mordió pacíficamente—. Es decir, no me molesta. En realidad me agrada, pero aunque sea descendiente de Apolo, antes no podía hacerlo y de la nada, pude. Es extraño, ¿no?

Fran lanzaba preguntas al aire como si tuviese que llenar el silencio que él dejaba al no responder, hasta que de pronto, con la misma calma con la que había callado, decidió hablar. Entonces entendí que en realidad su indiferencia se debía a que estaba meditando.

—¿Tuviste algún contacto con la corona de laureles que Apolo le dio a Lizzie? —preguntó.

—Corona de laureles —repitió Fran.

Entonces mi cerebro conectó las piezas.

—Sí, te la probaste justo antes que saliéramos a la fiesta de Ann —le recordé.

—Dijiste que la habías traído del campo —reclamó. Ni siquiera alcanzó a terminar la frase cuando su rostro adquirió una expresión comprensiva. Entendió por qué no le había dicho la verdad—. Ya veo.

—Ahí tienes la respuesta —expuso Adrian—. Tocaste un objeto hecho por Apolo, así que activaste tus propios poderes.

—¿Tengo poderes? —interrogó Fran, expectante.

—Probablemente —suspiró—, pero no me preguntes cuáles, porque no tengo idea qué les regala Apolo a sus hijos.

—Pero debes tener alguna idea —Insistió. Adrian lo pensó un momento.

—¿Buena salud? —No sonó muy convencido y mi amiga no pudo disimular su decepción—. Ni idea, alguno de esos dones propios de él. Espero que el libido no cuente, aunque tengo ciertas dudas por como acosas a ese pobre chico.

Fran suspiró pesadamente y tomó un sorbo de su bebida.

—Lo sé, Eros debió haberme flechado con una pizza, no con el chico de las pizzas.



Durante los días posteriores, no recibí ninguna visita de Eros, y pronto descubrí lo aburrida que podía llegar a ser la rutina sin él rondándome para sacarme de mis casillas.

Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de mis inútiles pensamientos. No lo necesitaba para mantenerme ocupada. Tenía otras obligaciones importantes de las cuales preocuparme, como por ejemplo, en ese momento, acertar mi próximo tiro.

Sí, las primeras víctimas de los malos planes de Fran habían caído. Se trataba de una joven pareja, que había acordado reunirse en una modesta tienda de helados, y por supuesto, parte del servicio era que la casamentera y su asistente con poderes mágicos estuviéramos presentes, a unas cuantas mesas de distancia.

—Yo creo que él se ve mucho más interesado que ella —sugirió Fran.

Con mucha discreción preparé mi arco, consciente que la única persona que podía verlo era mi amiga.

—Entonces le daré a ella —afirmé.

Coloqué la flecha, tensé la cuerda, apunté y... fallé. El proyectil impactó contra una mujer mayor que comía sola. En cuanto levantó la cabeza, la primera persona en cruzarse fue uno de los camareros.

—¿Cómo pudiste fallar?! —chilló Fran—. ¡Estamos a sólo tres mesas de distancia!

—Lo intentaré otra vez —propuse.

Nuevamente, preparé mi arco. Repetí mis acciones, esta vez fijando mi atención un poco más a la derecha e impactando a la cajera con uno de los mozos.

—¡Oh, Santo Cielo! —suspiró Fran—. Vas a crear una telenovela aquí dentro.

—Una vez más. —Decidí. Volví a preparar mis herramientas, esta vez segura que iba a dar con mi objetivo. Preparé la cuerda, la flecha, y me aseguré de que nadie fuese a atravesarse a último momento. Todo iba bien, hasta que una joven se cruzó en mi campo visual.

—¡Al diablo con esto! —grité, tomando una flecha y poniéndome de pie.

Pasé por el lado de la chica y fingiendo tropezar, se la enterré en la espalda. Regresé a mi mesa con una expresión de victoria surcando mi rostro.

—Debo decirlo: No es lo que esperaba, pero estoy conforme —dijo mi amiga.

VEINTIUNO



—¿Cómo que no ha pagado nada? —pregunté a la secretaria.

La encargada revisó la pantalla y movió la cabeza negativamente.

—Nuestros registros indican que no hemos recibido ningún pago este año —explicó, entregándome una copia de los recibos sin pagar.

—Pero mi padre... —dejé la frase inconclusa al darme cuenta de lo estúpido que era confiar en él—. Olvidalo, le avisaré.

Salí de la oficina dando fuertes zancadas y me dirigí a las pantallas de autoservicio donde escribí mi número de matrícula para comprobar lo que ya sabía. Instintivamente, saqué mi libreta, y como toda buena hermana menor, tecléé a Jane. Abrí los ojos de par en par, incapaz de creer la información que me mostraba la pantalla. Mi hermana tenía todo el semestre pagado. La fecha del depósito era de hace dos días. Perfecto. Mi padre me había desheredado. Golpeé el mostrador con la cabeza, preguntándome qué haría a partir de ahora.

Salí al aparcamiento de la universidad, donde el padre de Fran me esperaba junto a su hija, listo para llevarnos a nuestra primera clase de arquería. Agradecí haber pagado el curso antes de gastar toda mi paga en una noche.

—Así que clases de arquería, ¿eh? —comentó el hombre mientras conducía—. Un curioso pasatiempo para dos jovencitas, ¿no creen?

—Sí... —respondí dubitativa. Evidentemente, no podía decirle nuestras verdaderas motivaciones.

—Está bien que tengan aficiones sanas mientras no dejen los estudios —era la frase típica de todos los padres.

Me removí inquieta. Mis últimas calificaciones no fueron las más óptimas, había pasado tanto tiempo concentrada en Eros y nuestro acuerdo, que mi tiempo de estudio se había visto reducido. En este momento, mi nota ni siquiera alcanzaba para postular a una beca, y si mi padre insistía en olvidarse de mí, iba a necesitarla.

—Me siento como si estuviera dejando a mi hija en su primer día de clases —añadió el oficial, con un toque de orgullo.

—En teoría, eso estás haciendo, papá —habló Fran.

El club de arquería quedaba a las afueras de la ciudad. Era una enorme arena con círculos rojos dibujados en todos los extremos. Tenía su propio estacionamiento, pero él se limitó a dejarnos en la entrada.

—Pórtense bien. Si le clavan una flecha a alguien, lo sabré por la radio.

—No te has enterado de nada —murmuró Fran entre dientes, mientras nos bajábamos.

Entramos y nos reunimos con el resto de los aprendices. La primera clase sería teórica, así que nadie había traído equipamiento. Yo quise sentarme en la última fila, pero Fran insistió que en los primeros asientos prestaríamos más atención, y así fue.

El instructor se presentó a los doce jóvenes en la sala, su nombre era Abel Franch, tenía una voz seca y un ceño permanentemente fruncido, por lo que deduje que su paciencia era escasa.

Pasamos la siguiente hora estudiando las partes que componen el arco, las distintas clasificaciones, sus características, y alguna que otra información a tener en cuenta a la hora de disparar. La presentación en *PowerPoint* terminaba con una imagen de Katniss cazando con su

arco.

Tras recibir algunos consejos para comprar nuestros arcos, pudimos marcharnos. Fran llamó a su padre para que nos recogiera, pero se vio atrapado en un atasco, de modo que tuvimos que esperarlo en el club. En otras palabras, teníamos una excusa para recorrer las instalaciones.

—No somos parte del club, van a echarnos —objeté.

—No seremos parte del club pero estamos pagando por recibir clases aquí, y nos salió bastante caro. Deberíamos poder dar una vuelta sin problemas —repuso ella.

Iba a protestar cuando la visión del campo de tiro me silenció. Era una enorme cancha abierta, seccionada por largas rejillas, donde sus miembros se encerraban a practicar. Todos eran increíbles, y portaban los arcos más sofisticados que alguna vez haya visto.

Estaba tan embobada que ni siquiera noté un par de ojos que se habían detenido en mí.

—¿Sucede algo? —Escuché preguntar a alguien. Me giré e inmediatamente reconocí el rostro de la recién llegada. Esta vez lucía completamente diferente a la chica tímida que se encontraba en la cafetería cuando Eros la flechó con Nick. La ropa de cuero, el elegante arco, los guantes y la bracara la hacían parecer más desafiante, pero aun así se sonrojó al ser descubierta.

—Somos compañeras en la universidad, puedo ayudarlas —explicó la chica, sonaba tan nerviosa que supe que le había costado demasiado trabajo acercarse.

—¿En serio? No recuerdo haberte visto —pronunció mi amiga, haciendo retroceder a la joven.

—Yo sí la recuerdo. Somos compañeras en... —lo cierto era que no tenía la más mínima idea—. Fisiopatología Animal, ¿no?

—En realidad no —suspiró la desconocida—, pero sí compartimos otras asignaturas.

—Bueno, no importa —dijo Fran, acercándose a la recién llegada—. Soy Francisca, es un placer conocerte, y ella es Lizzie, es decir Elizabeth, pero ignora su nombre, es muy largo. ¿Y tú eres...?

—Agnes Franch.

Ambas nos paralizamos al escuchar su apellido.

—¿Eres pariente del instructor? —inquirió Fran.

—Es mi tío.

¿Por qué el mundo tenía que ser tan malditamente pequeño?

Fran dudó, pero continuó intentando entablar una conversación con Agnes.

—¿Y vienes aquí a menudo? ¿Eres buena en esto? —cuestionó.

—Creo que aún me falta para ser buena, pero practico cada vez que puedo.

—No puedes ser peor que yo —aseguré.

—Eso es imposible —secundó Fran.

En realidad, no esperaba un comentario alentador. Nadie podía negar una verdad tan evidente.

Nuestra compañera se movió nerviosa, pasando sus ojos de nosotras al campo de enteramiento.

—¿Quieren entrar? —Se decidió al fin.

Su rostro se iluminó al ver que las dos respondimos con entusiasmo. Tuvimos que pasar por recepción a identificarnos como invitadas, luego pasó su tarjeta de socia por una extraña máquina y la rejilla que rodeaba el campo de tiro se abrió para nosotras.

Agnes ya tenía su arco, y nosotras, como buenas aprendices, habíamos traído los nuestros, así que fuimos directas al primer blanco, y la más experimentada hizo su demostración. Pese a sus tres perfectos tiros justo en el centro, aseguraba ser una principiante. Sólo cabía preguntarse, ¿qué quedaba para mí?

—¡Eres increíble! ¡Te odio! —exclamé. Agnes retrocedió asustada, y tuve que apresurarme en corregir mis palabras—. Es decir, no te odio, solo te envidio mucho. Pero es envidia sana.

—Lo que sucede es que ella es un maldito asco y tú eres la ama de la arquería —resumió Fran.

—Exacto —suspiré.

—Nadie es bueno al principio, hay que practicar para mejorar —afirmó—. Yo puedo ayudarte.

—¿De verdad?! —pregunté con alegría. Una profesora como ella valía oro.

Ella asintió y me pidió que le enseñara lo que sabía hacer. Fallé mis tres intentos, ni siquiera me acerqué al blanco y aun así, continué arrojando flechas, como si alguna fuese a darle mágicamente. No tenía siquiera la suerte del principiante.

—Estás tensando demasiado el arco. —Me detuvo Agnes. Tomó mi herramienta en sus manos y disparó una flecha que fue a dar justo en el centro rojo. Me sentí absolutamente humillada.

—¿Eres zurda? —preguntó. Negué sin decir una sola palabra.

—Disparas con un arco para zurdos, pero eres diestra —meditó—. ¿Acaso tu ojo dominante es el izquierdo?

Esperaba que mi expresión le dijera que no tenía ni la menor idea de lo que hablaba.

—Su arco fue un regalo de... —Fran dudó— un experto en arcos, así que no tenemos idea de nada.

Agnes continuó analizando el instrumento.

—Esta vez intenta apuntar usando tu ojo izquierdo —sugirió.

Tomé la cuerda y la empuñadura, para luego, utilizando mi ojo izquierdo fijar mi atención en la diana. Ésta vez, Agnes corrigió mi postura, subiendo un poco la punta de flecha, y acomodando mis hombros.

—No tienes que usar tanta fuerza, estás sufriendo innecesariamente —explicó.

Solté la flecha, y los segundos que tardó en atravesar el campo se hicieron eternos hasta que finalmente se enterró en el objetivo, en la parte más alejada del centro. Aunque yo lo celebré como si hubiese dado justo en el blanco.

Salté, grité, y abracé a mis dos compañeras, demasiado feliz como para contener mis gritos eufóricos.



—Como saben, en unas semanas será el aniversario de la carrera —anunció nuestra delegada—, por lo que ayer tuvimos una reunión con el centro de alumnos para saber qué tema le corresponderá a cada alianza.

Hubo un momento de silencio, en el cual todos tuvimos la oportunidad de intercambiar opiniones, y no todas fueron sobre la celebración.

—He oído que Nick volvió con Ada esta mañana —comentó Agustín.

—¿Cuándo terminaron? —interrogué.

—Hace unos días, pero no duraron mucho separados. Ya sabes cómo son.

—Han roto unas cinco veces —suspiró Sandra—. Creo que volverán a romper la próxima semana.

Mientras todos hablaban, mi mirada recayó en la inocente chica recluida en una esquina. La mejor arquera que había conocido, y una víctima del amor.

—¡No puede ser! —exclamó Fran, sujetando mi brazo con fuerza.

Salí de mi ensueño y recordé que tenía gente a mi alrededor. Miré hacia la pizarra, donde Ann, nuestra delegada, había escrito nuestro tema con letras grandes y legibles: Grecia y Roma.

—Díganme que es una broma —suspiré.

La puerta se abrió de golpe y entró Nick, que llegaba tarde como era costumbre en él.

—Lo siento, había un tráfico horrible —dijo.

De reojo, vi a Agnes enderezarse en su puesto.

—Solo siéntate y escucha —ordenó Ann.

Nick sonrió y pasó directamente a nuestro lado. Detrás de él, entró su novia, pero escogió un asiento distinto, por suerte.

—¿Ada también estaba en el embotellamiento? —bromeó Agustín, mencionando a su novia.

—Oh, cállate —dijo el recién llegado, riendo.

—Hay alguien en este salón flechada con Romeo —susurré a Fran, apuntando a Agnes con la mirada.

El rostro de mi amiga se desfiguró con la noticia.

—Chicos, presten atención —pidió Ann—. Necesitamos decidir quién participará en cada actividad. Primero, ¿quién será el rey de nuestra alianza?

—Propongo a Paul Walker —avisó Agustín, señalando a su amigo rompecorazones. Todos apoyaron la candidatura.

—Ustedes están practicando arquería, ¿no? —inquirió Nick—. Podrían prestarme un arco, y llevo vestido de Cupido, el dios griego del amor.

—Cupido es romano —corregí.

—Es lo mismo con otro nombre —suspiró el idiota de turno. Fran contuvo la risa.

—¿Algún otro candidato? —preguntó Ann al público. Nadie se ofreció, no había otro en la sala que pudiese competir con él y sus niveles de popularidad—. Bien, Nick será nuestro rey. ¿Y la reina?

La chica a mi lado levantó su mano, y nuestra delegada le dio la palabra.

—Propongo a Agnes.

Todo el mundo comenzó a murmurar, preguntándose de quién hablaba Fran, mientras la aludida se encogía en su sitio.

—¿Qué haces? —pregunté. Fran me hizo un gesto que decía "espera, y verás". Pero no quería esperar, necesitaba explicaciones... ¡Ahora!

—Hay una competición donde los reyes deben mostrar un talento frente a todos. Agnes es una excelente arquera, puede vestirse de Artemisa y hacer una demostración. Nadie podrá superarla.

—¿Y yo qué haré? —inquirió Nick.

—Tú puedes ponerte una manzana en la cabeza y dejar que la atraviese. Nos meteríamos a los jueces en el bolsillo —se burló Agustín.

—No es gracioso —se quejó.

Sin embargo, todo el mundo parecía entusiasmado con la idea.

—Agnes, ¿te gustaría ser reina? —cuestionó Ann.

—¡Que alguien me diga quién es Agnes! —exclamó Victor.

Al ver que nuestra candidata no decía nada, decidí tomar parte en el asunto.

—Es ella —señalé.

Nuestra arquera se encogió en su asiento al sentir todas las miradas puestas en ella. Nick también la observó, y creo que saltaron chispas de aquel contacto.

Y ya que había que continuar con este improvisado circo, me puse de pie y me senté al lado de nuestra candidata.

—Anda Agnes, lo harás genial —dije.

—No estoy segura —respondió mirando el suelo—. No creo que pueda hacerlo bien.

—No hay nadie más que pueda garantizar esos puntos —aseguré.

—Por favor, que responda pronto —pidió Nick, ganándose un fuerte codazo de Fran.

Quería ponerme en pie y gritar “¡Agnes acepta!”, pero era una decisión que no me correspondía tomar.

—Nos aseguraremos de que luzcas preciosa —prometí.

Mis palabras tuvieron el efecto deseado, y por fin, la candidata asintió. Todo lo que tenía era inseguridad.

—¿Alguna otra candidata? —preguntó Ann al público.

«No, ninguna» pensé, lista para bajar cualquier mano que se alzara.

—Yo propongo a Ada, ella estaría preciosa vestida de griega —propuso una de las amigas de la reina en cuestión. ¿Por qué a Eros tenían que gustarle los clichés?

—¿Ah sí? Y apuesto a que tiene un talento asombroso —ironicé.

—No sé por qué quieren hacer algo tan peligroso, quién sabe dónde puede ir a parar una de esas flechas, podrían arrancarle un ojo a alguien.

«O el corazón» pensé, pero no era una broma que viniera al caso. Ada no tenía por qué saber el verdadero alcance que podían tener sus palabras.

—Basta con hacer un par de gracias frente al jurado, no creo que les importe demasiado. ¿Nadie sabe hacer malabarismo?

—No puedes ser tan infantil —reclamó Fran—. La idea es asegurar los puntos, no es una plataforma para lucirte.

—La idea es lucir a la reina.

—¡Suficiente! —dijo nuestra presidenta, llamando la atención de todos—. Someteremos la decisión a voto.

Anotó los nombres de ambas candidatas en la pizarra y solicitó al resto de la clase alzar las manos de acuerdo a sus preferencias. En un primer momento lamenté que la decisión tuviera que tomarse por esta vía, pues era lógico que algunos estudiantes se abstuvieran de escoger a una desconocida que apenas socializa como su reina. Curiosamente, la defensa que presentamos fue lo suficientemente convincente como para dividir las aguas y lograr un escrutinio parejo.

Ann casi no podía creer lo que sucedía.

—Hay quince votos para Ada y catorce para Agnes, pero aún falta el mío —su mirada pasó de la una a la otra, y finalmente dejó escapar un suspiro resignado—. Yo quiero a Agnes, me parece mejor opción, lo que nos deja en un empate.

—¡El rey no ha votado! —señaló Agustín rápidamente. De pronto, todas las miradas cayeron en Nick.

—Bien, su alteza. Elija a su reina —instó la delegada.

El interpelado recibió una mirada envenenada de parte de su novia, y una colmada de esperanza de parte de la otra candidata.

—No me juzguen, pero yo creo que debería hacerlo quien tiene una habilidad para mostrar —dijo, encogiéndose de hombros.

Así fue como la joven arquera acabó ganando su puesto de reina.

Hubo objeciones claro, pero así era la democracia, y esta vez, la opinión popular estaba de mi parte. Regresé a mi asiento, sintiendo la satisfacción de haber ganado, pese a que mi buen ánimo sólo duró hasta que llegó la hora de escoger a la participante de la primera competición.

—¿Quién lucirá la vestimenta típica? —preguntó Ann, mirando el itinerario.

—¡Propongo a Lizzie! —exclamó Fran, levantando mi mano como si fuera suya.

—Habla por ti misma —repuse, bajando mi brazo.

—A mí me gusta la idea —replicó Sandra.

—¿Y de dónde quieres que saque un vestido griego? —la respuesta llegó a mi mente por sí

sola, pero me abstuve de considerar la posibilidad.

—Estoy segura que alguien puede ayudarte —propuso mi supuesta amiga.

Tardé unos minutos en masticar la noticia, hasta que vi que Ada se ofrecía como voluntaria.

—Si ella no quiere, yo podría...

—¡Acepto! —grité, antes que pudiera terminar la frase, solo por quitarle el protagonismo a la susodicha.

Ann sonrió con suficiencia y anotó mi nombre junto a la denominada competición. Por fortuna, mi momento de venganza no tardó en presentarse.

—Hay una nueva competición en la lista —dijo Ann—. Necesitamos dos participantes que finjan una declaración amorosa, ganará la más divertida.

—¡Propongo a Fran! —exclamé, sosteniendo su mano en alto.

Ella volvió a bajarla, en un gesto ofendido.

La delegada estaba divirtiéndose con nuestras constantes conspiraciones, de modo que ni siquiera se molestó en consultar si había más candidatos, solo se limitó a escribir el nombre de Fran en la correspondiente columna.

—¿Y quién quiere ser el Romeo de nuestra dama? —preguntó al público presente.

Inmediatamente, un montón de manos se alzaron. Incluyendo la traviesa postulación de Sandra. Y eso que ni siquiera había flechado a esta última.

—¡Oh, no! —repuso Fran—. Yo solo voy a aceptar la declaración de una persona.

Su dedo me apuntó sin el menor disimulo.

—Yo ya estoy participando en otra cosa —reclamé.

—Pues participa en dos. Me niego a recibir bombones de alguien más.

—No voy a comprar en bombones para ti —repliqué.

—Miren, ya están teniendo su primera pelea de pareja —intervino Agustín.

—¡Cállate! —exclamamos las dos, al mismo tiempo.

—La idea es que todos participen —Ann volvió a tomar el liderazgo—. Pero ya que hay tantos postulando y en vista de lo que requiere esta competición, quizás sea buena idea que lo haga una persona con la cual Fran se sienta cómoda. ¿Qué dices, Liz?

—Que no —repuse, cruzándome de brazos.

—Anda, no olvides que tú me metiste en este problema —dijo la hija de Apolo, y no pude evitar encontrarle el doble sentido a sus palabras.

Dejé escapar un pesado suspiro, antes de aceptar el reto.

Al terminar la asamblea, Fran pasó su brazo por mis hombros y me abrazó con fuerza.

—Admite que mis planes son los mejores —exclamó

—Si algo sale mal, será tu culpa —reclamé.



—Deberías comenzar a practicar tu declaración —comentó Fran, tomando un trozo de pizza.

Le devolví una mirada cargada de resentimiento, consciente que las confesiones amorosas no eran lo mío.

En ese momento, Nick se dejó caer en nuestra mesa. Habíamos estado esperándolo desde que su novia lo interceptó después de las clases. Sin embargo, teníamos tanta hambre que acabamos pidiendo sin él.

—¿Sigues vivo o eres un fantasma que solo vino a comer? —preguntó Sandra. El aludido se abstuvo de responder y se dispuso a comer sin pedir permiso.

—Cuentan los expertos que la castración aumenta el apetito —señaló Agus.

—No debí haber votado por aquella chica rara —musitó Nick—. No sé en qué estaba pensando.

—Yo todavía me pregunto con qué órgano del cuerpo piensan los hombres —repuso Sandra, ganándose un codazo por parte de Ann.

—No te sientas culpable, una mujer arquera es lo más excitante del mundo —agregó Agustín—. Ganaremos con los ojos cerrados.

El rey se cruzó de brazos y se hundió en su silla.

—Acabamos de volver y mi novia quiere matarme porque no fue elegida como reina —reclamó.

—¡Oh, cállate! Al final lo vas a agradecer —acusó Fran.

—¿Sabes que habrá una fiesta de disfraces el último día de aniversario? —preguntó Ann.

Los ojos de todos se iluminaron, a excepción del novio castrado.

—¿Ves? Tu traje te servirá para dos ocasiones —me dijo la amiga traidora.

—Aún no sé dónde conseguir el estúpido vestido —suspiré.

—Puedes alquilarlo, hay algunas tiendas que se dedican a eso —propuso Ann.

—O comprar uno por Internet —aportó Sandra.

—También está el viejo truco de envolverse una sábana —dijo Agustín—. Nunca falla.

—¡Cierra el pico! —protesté.

En realidad no era tan difícil: solo debía invocar al estúpido dios del amor y preguntarle dónde compraban la ropa sus amigas del Olimpo. Quizás hasta podría darme la dirección de la boutique y un código de descuento. Aunque, pensándolo bien, jamás había visto a Eros vestido con una túnica. ¿Y si habían pasado de moda incluso para los dioses? ¿De dónde iba a sacar mi disfraz? Empezaron a sudarme las manos. ¿Y si me estaba metiendo en otro problema sin darme cuenta?

Regresé a casa acompañada de Fran. Las dos nos deslizamos hasta mi cuarto para evitar a Jane, quien había pasado del enfado al disgusto en estos días. Un nivel menos en la escala del enfado. Hablar con ella seguía siendo horriblemente incómodo, en especial porque la verdad amenazaba con salir de mi garganta y en mi interior se libraba una lucha interna que le impedía salir.

Tomé la corona que Apolo me había regalado y me la puse en la cabeza. Miré mi reflejo en el espejo, imaginando una larga túnica cubriendo mi cuerpo, y deseando que algún dios llegara mágicamente a ayudarme. Y así fue.

Un chillido ahogado de Fran me advirtió de su presencia.

—Apolo —dije al reconocer su perfecta figura reflejándose en mi espejo. Los ojos de mi amiga se abrieron.

—¿Papá? —preguntó.

—Por favor, no me digas que me invocaste para conocer a mi hija perdida. Sé que tengo muchos —suplicó el dios.

—¡No! —exclamé.

—¡Sí! —corrigió Fran.

—De acuerdo, puede ser que inconscientemente quiera que conozcas a tu hija, pero también necesito un dios que me preste una túnica griega para el aniversario de la carrera —expliqué—. ¿Puedes?

—Me invocaste por una niña y un vestido —me acusó. Pensándolo mejor, así era.

—Es un modo de verlo —admití, recibiendo un bufido por parte de Apolo.

—Creo que le estas pidiendo ayuda al dios equivocado, ¿por qué no hablas con el neonato con alitas? —cuestionó.

Desvié la mirada, al tiempo que Jane subía la música en la habitación contigua. Era evidente que no quería escuchar nuestras voces, aunque me hacía un favor al mantenerse al margen.

—Hace días que no lo veo —declaré. Omití la parte donde decía que me daba demasiada vergüenza pedirle un vestido griego a él.

Fran se levantó de la cama y enfrentó a su padre.

—¡Vamos! No te cuesta nada, seguramente hay muchas túnicas olvidadas en el Olimpo, ¿no tienen un lugar para cosas perdidas? Solo trae una y ya está —exigió—. Dudo que sea muy difícil.

Apolo retrocedió ligeramente ante la potente mirada de mi amiga. ¿Quién lo diría? Realmente parecía un padre enfrentándose a la ira de su hija abandonada.

—Insisto, no soy el dios adecuado —argumentó—. Artemisa, ven aquí.

Al instante, una nueva figura se materializó en mi cuarto. Era una mujer tan hermosa que me dejó sin aliento. Su largo cabello descendía por su espalda, enmarcando sus finos rasgos y unos hipnóticos ojos claros cargados de severidad que me hicieron sentir pequeña e indefensa.

Pero lo mejor era que vestía una túnica antigua.

—¿Por qué me has llamado a esta caja de cemento con dos insignificantes mortales? —preguntó con desdén.

—Hermana, te presento a la humana que me entregó una de las flechas de Eros —explicó Apolo.

Artemisa me escudriñó, empleando el mismo detenimiento con el que se analiza a un extraño insecto. Luego, dejó que sus ojos vagaran por la habitación, sin el menor disimulo. Era evidente el gran desagrado que le causaba estar aquí.

—¿Y la otra? —preguntó.

—Una de mis hijas —explicó su hermano.

—Ya lo había notado.

Si alguna vez pensé que Apolo era temible y frío, era porque aún no había conocido a Artemisa. Ella era peor, mucho peor.

La diosa se acercó a mí y contuve el impulso de retroceder. Tomó la corona de laureles que tenía puesta, se detuvo a analizarla antes de volver a ponerla en mi cabeza. Me sentí como un maniquí barato.

—Tiene el pelo decolorado, un horrible físico... ¡y eso sin contar con su rostro! Pero ayudó a mi hermano a redimirse —no sabía si se trataba mi imaginación, pero me pareció ver la sombra de una sonrisa asomarse en su rostro—. Además, es virgen. En estos tiempos, ya no quedan mujeres vírgenes a su edad.

Eso dolió, a pesar que me estaba elogiando.

—Y mi sobrina también lo es. Por fin puedo sentirme orgullosa de una de tus hijas, Apolo —continuó—. ¿Qué quieren?

Tardé unos minutos en encontrar mi propia voz, demasiado atónita por la presencia de la diosa. Sabía que mis motivos podían parecerle infantiles.

—Necesito una túnica griega, el tema de nuestra alianza es la época clásica, y a mí me corresponde vestir el traje para la competición —dije, haciéndolo sonar un poco más serio.

Artemisa ni se inmutó.

—Así que tú eres la encargada de vestir nuestras tradiciones —concluyó—. Me agrada ver que te lo estas tomando en serio, la mayoría se limita a envolverse una sábana, dejándonos en ridículo. —Y girándose hacia Fran, añadió—. Tú también.

—¿Yo qué? —inquirió mi amiga.

—Puede que a mi hermano no le importen sus descendientes, pero a mí me preocupa que sus críos ilegítimos manchen su nombre, especialmente si son mujeres —explicó Artemisa—. Me repugna ver a sus hijas comportándose como manojos de hormonas sin sentido. Te presentarás con ella, y le demostrarás a tus hermanas cómo debe actuar una dama.

—Artemisa, deberías dejar a mi hija fuera de esto —intervino Apolo—. Solo es una fiesta humana.

—Las fiestas de los humanos nos dan poder, ¿o han pasado tantos milenios que lo olvidaste? —arremetió su hermana—. Su culto es lo que nos ha mantenido fuertes todos estos años.

—Me refiero a que nunca me ha importado lo que suceda con mis hijos —dijo, provocando que Artemisa suspirase con exasperación.

—Por eso los libros de historia nos olvidaron, desde la decadencia de Grecia los humanos no saben nada de nosotros —recriminó.

Fran y yo intercambiamos miradas inquietas, mientras los dioses continuaban con su discusión. ¿Había encontrado una solución o un nuevo camino a la desgracia?

VEINTIDÓS



Mi rostro se iluminó cuando a la mañana siguiente encontré un bellissimo vestido blanco junto a mi cama. Era de un lino tan delicado que lo abracé contra mi rostro para perderme en su suavidad. Tenía detalles dorados en los bordes, y el cinturón parecía una pieza de artesanía ancestral. A un lado, también había un par de sandalias y joyas. Mi disfraz estaba completo.

Al instante, mi teléfono vibró. Era un mensaje de Fran.

«*Amo a tus dioses*»

Se me escapó una sonrisa al comprender que ella también había recibido una visita de su tía.

—¿Ves esto, dios de los pañales? —grité al cielo—. ¡Esto sí es un trato justo!

No sabía si me estaba escuchando o no, pero me decepcionó no verlo aparecer mágicamente. No quería reconocer que extrañaba sus malas bromas, pero hacía días que no lo veía y comenzaba a echarlo de menos.

Era sábado, por lo que tenía toda la tarde para mí, así que decidí hacer lo más razonable que una estudiante podía hacer con su tiempo libre. No, estudiar no. Sino salir de casa y visitar a mi mejor amiga. De todos modos, no habría evaluaciones durante el aniversario, así que Agnes nos había invitado al club a entrenar.

Pese a ser una chica insegura, era una profesora brillante. Me explicaba con paciencia, corregía mi postura, me daba consejos y no le molestaba repetir las indicaciones las veces que hiciera falta.

—Yo también quiero aprender —reclamó Fran, al notar que toda la atención estaba centrada en mí.

Mi instructora me dejó de lado unos minutos y le pidió a Fran que le mostrara lo que sabía. Mi amiga se posicionó frente a la diana, apuntó con su arco, y disparó con una envidiable precisión. La flecha cayó a pocos centímetros del centro.

—Eres muy buena —elogió Agnes—. ¿Has practicado antes?

—Es la primera vez —afirmó la estudiante orgullosa.

—Debes tener un talento natural. Con un poco de práctica podrás acertar con los ojos cerrados.

Talento natural o la sangre de un dios ridículamente bueno corriendo por sus venas. La ironía era que mis dos amigas eran maestras de arquería, y yo —que era la única que realmente necesitaba aprender— era un maldito asco.

Desperté con el cuerpo dolorido producto del entrenamiento. Me levanté lentamente, recuperando la movilidad de los hombros y la espalda poco a poco. Cuando me miré al espejo, no pude evitar examinar mis brazos, preguntándome si tanto ejercicio tendría sus efectos colaterales y además de mejorar mi puntería, podría lucir una envidiable figura para el verano.

Ese día comenzaban las actividades del aniversario, con los torneos deportivos que se llevarían a cabo después de las clases. Por supuesto, nuestros jugadores optaron por un almuerzo nutritivo y saludable para acumular más energía. Aunque claro, sus intenciones no llegaron a buen puerto por culpa de una pequeña descendiente del Olimpo y su caprichosa adicción a la pizza. Una idea a la que ellos no se opusieron.

Nos reunimos frente al mostrador para decidir entre el gran número de promociones.

—¿Dónde está Agnes? —preguntó Ann. La habíamos invitado a comer con nosotros esa

mañana, pero su respuesta fue equivocada, de modo que a estas alturas nadie sabía si realmente iba a acompañarnos.

—Es una chica de lo más extraña —alegó Nick—. El otro día la vi leyendo en la cafetería, y se estaba riendo sola. No lo entiendo.

—Tal vez estaba leyendo una novela, y un personaje dijo algo gracioso —sugirió Sandra—. No tiene nada de extraño.

—¿Cómo puede reírse con personas que ni siquiera existen y evitar a la gente real? —argumentó nuestro rey.

—Agnes es tímida —comenté—, pero si le das una oportunidad descubrirás que es muy agradable.

—¿Cómo voy a darle una oportunidad si ni siquiera viene cuando la invitamos a salir?

—Repíete eso, Paul Walker —avisó Agustín—. Tu reina ya llegó.

En ese momento, una joven castaña atravesó tímidamente la entrada del local. Rápidamente nos reconoció, éramos un grupo demasiado grande como para pasar desapercibidos. Aun así, pude notar que sus ojos omitían al resto, y se centraban en un único rostro.

—¡Viniste! —exclamó Fran. Yo también me alegraba de ver que finalmente estaba rompiendo la barrera que la alejaba de la gente.

Pedimos y buscamos una mesa para poder conversar mientras preparaban nuestra comida.

—¿Es cierto que sabes arquería? Eso es genial —le dijo Sandra a Agnes.

—Sí, he practicado desde pequeña —respondió tímidamente.

—¡Ella es asombrosa! —exclamé. Lo había demostrado abiertamente en el club y no cabía duda de su talento.

—Necesitamos pensar en un buen acto para el aniversario —expuso Ann—. El talento de nuestra reina es inigualable.

Como nuestra representante estudiantil tenía mucho trabajo que hacer, pero se lo tomaba con calma. Siempre ha tenido nervios de acero.

—Oh, eso déjame a mí —habló Agustín—. Tengo la idea perfecta.

—Tus ideas siempre son malas —argumentó Sandra.

—¡Esta es brillante! Ya verás. —La nota de malicia de su voz me provocó desconfianza.

La charla continuó mientras comíamos, siempre atentos a la hora. Después, regresamos a nuestras clases, tal como dictaba la rutina, que solo duró hasta la última explicación del profesor de turno.

Una vez que nos permitió salir, comenzó el verdadero caos. La mayoría de los jugadores había aprovechado la hora libre para cambiarse de ropa, de manera que todos estaban listos y dispuestos para dirigirse a la cancha de la universidad, donde se libraría el partido.

Ambas competiciones se iban a librar casi en paralelo: fútbol y baloncesto, tanto femenino como masculino. Ya que mis habilidades físicas eran cercanas a cero, no formé parte de ninguna, sin embargo eso no impidió que fuera a observar.

—¿Vienes? —pregunté a mi profesora de arquería antes de partir.

—No soy muy asidua a los deportes —contestó.

Antes que pudiera contestar, uno de mis compañeros se adelantó.

—No te está invitando a jugar —argumentó Agustín—. Anda, nos puedes alentar desde las gradas.

Sin embargo, los ojos de Agnes no se detuvieron en el chico que se encontraba frente a ella, sino que en un chiquillo que se balanceaba impaciente junto a la puerta.

—¿Pueden darse prisa? Nos van a dejar fuera —se quejó Nick.

Estúpido Eros y sus malditos clichés.

Si no hubiera sido porque vi el momento en que el dios de la mala fortuna atestó un par de flechas en ambos, me habría encargado yo misma de enterrarle una a mi amigo en el centro del pecho. Pero no, pese a que la atracción era mutua, él se esforzaba en mantenerse alejado de ella.

Sin duda, el lío que Nick tenía en la cabeza era peor que el mío. Solo le faltaba enfadar a Cupido para que estuviéramos en igualdad de condiciones.

—Eros debería tener más cuidado a la hora de disparar. No es que sepa mucho sobre el tema, pero estaría bien que flechara a los dos y no solo a uno —murmuró Fran, para que nadie más pudiera oírla.

—El problema es que apuntó a ambos —expliqué. Mi amiga frunció el ceño mientras examinaba a nuestros compañeros de clase.

—Entonces debería pasar por alto a los idiotas.

Tuve que darle la razón en ese punto. Lamentablemente, nuestro dios del amor parecía tener un extraño fetiche a la hora de escoger las parejas.

Encontramos un lugar entre los ansiosos espectadores y esperamos a que la competición comenzara, evadiendo cualquier comentario que pudiera significar un pase gratuito al manicomio.

Agnes se sentó junto a nosotras, evitando el contacto físico con el resto de los asistentes, lo cual era bastante difícil considerando que las gradas eran bastante estrechas.

—Tienes que hacer tu propio espacio —la aconsejé, pero ella no me entendió.

La gente gritaba pese a que los jugadores ni siquiera habían salido a la cancha. Todo iba bien hasta que una voz resaltó por encima del bullicio. Me di la vuelta, suplicando que mis sospechas no fueran ciertas, sin embargo, ahí estaba Ada Stephen, mi insoportable compañera.

—¡Tú puedes, mi amor! —chilló, dando saltos para llamar la atención.

—¿A esta quién la llamó? —cuestionó Fran, molesta.

—Nunca viene a los partidos —farfulló Sandra, y en eso llevaba razón. Normalmente ponía la excusa de que no le gustaba el baloncesto y no entendía sus reglas. Nadie miraba con buenos ojos que no fuese capaz de apoyar a su novio ni siquiera en los partidos más cruciales, pero no valía la pena entrometerse.

Era curioso que decidiera aparecer justo cuando su relación flaqueaba, y no podía interpretarlo sino como una necesidad de marcar territorio.

—Algo apesta aquí —musité.

El partido comenzó y rápidamente los jugadores se largaron a correr detrás del balón, como si sus vidas dependieran de ello.

—Apuesto a que podrías acertar una flecha a cualquiera de los jugadores desde aquí —le dije a Agnes, en un intento de hacerla sentir más cómoda.

—Es probable —asintió. No había orgullo en su voz, sino más bien hablaba como si fuera un hecho científicamente comprobable.

—¿No crees que esta cancha es muy similar a tu campo de tiro?

—En el campo de tiro nadie me empuja mientras trato de apuntar.

Mi comentario la hizo mirar el juego con otros ojos, su expresión se tornó seria, cautelosa, calculando cada una de las maniobras. Hasta que Nick intentó lucirse lanzando el balón desde mitad de cancha.

—No va a entrar —afirmó, mientras la pelota recorría la pronunciada parábola.

Y efectivamente, no lo hizo.

—Tienes buen ojo —comentó Fran.

—Calculo que la pelota pesa más que una flecha —explicó—. Él solo lanzó sin fijar una

trayectoria, no consideró todos los factores que podían influir. Aunque entiendo que con tanta presión encima es difícil hacer un cálculo tan preciso.

De pronto me di cuenta que Nick y Agnes sí podían tener un tema en común.

—Nunca lo había visto así —admití.

—En realidad, tú me diste la pista —respondió—. No me había dado cuenta, pero éste juego consiste solo en tiros desde distintos ángulos. Es bastante interesante.

Me gustaba cuando su típica timidez desaparecía, y hablaba con confianza.

El partido terminó en empate, un resultado que, si mis conocimientos no fallaban, nos dejaba dentro de la competición.



Me desperté sintiendo como si un martillo me estuviera golpeando la cabeza. Aunque solo era el sonido de mi despertador, obligándome a salir de la cama.

No recordaba qué había sucedido anoche, pero las latas de cerveza esparcidas en el suelo me daban una señal. Había caído otra vez. Un rápido vistazo al espejo bastó para reconocer mi propia resaca. No me sentía bien, y el sonido de mi teléfono fue como fuertes campanadas repiqueteando en mis oídos.

—¡Liz! ¿Dónde estás? —exigió Fran desde el otro lado de la línea.

—En mi casa, ¿dónde sino? —respondí.

—Pues apúrate, porque las actividades de aniversario van a comenzar.

Mi mirada reparó en el calendario, buscando la fecha. Era viernes, el día en que debía dar la cara por mi alianza. El reloj anunciaba que la tarde estaba comenzando. Pronto sería la hora de presentar a nuestros reyes y yo no estaba ni medianamente cerca de la universidad.

Colgué, dispuesta a vestirme a toda velocidad, cuando un detalle en el registro de llamadas captó mi atención. La última llamada de anoche había sido a mi madre.

Me estrujé la mente intentando recordar qué pudo haberme llevado a hablar con ella. La respuesta fue obvia, desde mi mensualidad sin pagar hasta la necesidad de hablar con Jane.

Debía admitir que había tenido una semana tranquila. Eros no había aparecido para fastidiar, así que había concentrado mis energías en preparar mi acto y también en mis prácticas con el arco. Aunque eso último me había provocado un terrible dolor de brazos y espalda. Algo que, sumado al malestar de la resaca, hacían de levantarse una tarea titánica.

A decir verdad, cualquiera que me hubiera visto los últimos días, me habría tomado por una universitaria común y corriente, disfrutando de las actividades e invirtiendo su tiempo en un pasatiempo extraño, aunque en absoluto cuestionable. Pero mis fantasmas seguían ahí, siempre atormentándome, incluso cuando yo no lo demostraba.

Aunque eso tampoco era anormal, las sombras que me perseguían día a día solían ser invisibles para el resto del mundo, y cuando me vencían, solía estar a solas.

Me metí a la ducha, también conocida como el peor lugar para estar cuando divagas con tus tormentos, pues los pensamientos tienden a fluir con la misma facilidad que el agua, solo que en vez de limpiarte, intentan ahogarte.

Cuando acabé, sentía que mi mente estaba al borde del colapso.

Me vestí sin ánimo, y un rápido vistazo al espejo me hizo recordar que no había tenido tiempo para teñirme. Sin embargo, por ahora, el dorado parecía un buen color para una joven griega.

Guardé mi disfraz en la mochila junto al resto de la indumentaria, y salí a toda prisa para encontrar el coche de Agustín aparcado frente al edificio.

—¿Para qué tienes teléfono si luego no contestas a las llamadas? —alegó. No había mirado mi teléfono desde que descubrí que había estado llamando a mi madre anoche.

—Lo siento, estaba apurada —contesté, subiéndome en el asiento del copiloto—. Gracias por venir, voy tarde.

—Sí, me pidieron que fuera a buscar algunas cosas que faltaban, y te incluyeron en la lista —señaló, encendiendo el motor.

No pude evitar reparar en la manta blanca que había en el asiento de atrás.

—¿Y eso?

—Mi disfraz para la fiesta —respondió con orgullo—. La sábana nunca falla.

Contuve una carcajada.

—¿Fantasma? —pregunté. Agustín puso los ojos en blanco.

—Griego —corrigió.

El aniversario culminaba con una fiesta de disfraces, por lo que muchos estudiantes habían pasado la semana buscando el atuendo perfecto. Yo había optado por utilizar el regalo de Artemisa dos veces.

—La versatilidad de las sábanas es increíble —comenté.

Llegamos al campus y ayudé a bajar los materiales que faltaban para que nuestro equipo continuara participando. Luego, pasé de largo al vestuario.

Quedaban pocos minutos para la presentación de los reyes y aunque Agnes no había tenido la suerte de conseguir un traje de Artemisa, Ann había la ayudado. Su madre era costurera, de modo que en menos de una semana logró preparar un traje digno de una diosa.

En realidad, no había necesidad de que nuestra reina se vistiera de griega, pero era un requisito esencial para nuestro espectáculo.

Salimos del vestuario a tiempo para ver a la primera participante, una chica de primer año que era una gran bailarina de ballet. Lamentablemente, su compañero no sabía seguirle el ritmo.

—Hablando del rey de Roma... —se burló Fran.

Nick hizo su aparición, con una esponjosa cola y una cabeza de conejo incrustada en la frente.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —suspiró.

—Porque eres un rey sin talento y tenemos que ganar —expliqué.

—Pude haberme vestido de Apolo y Agus ser la presa —reclamó Nick.

—Yo no corro tan rápido como tú, amigo —se defendió el aludido—. Además, eres nuestro representante y debes dar la cara por todos nosotros.

—¡Nicolas! —La odiosa voz de Ada retumbó en mis oídos—. ¿Qué estás haciendo? ¡No puedes salir así en público!

¿Ya ven porque a nadie le agrada?

—Estoy intentando convencerlos de que es una mala idea, pero no me hacen caso —repuso su novio.

—Por favor, ya tienes veinte años, no seas infantil. Quitate esa cosa y vámonos —exigió.

En mi opinión, la única inmadura era ella.

—Pero mi alianza me necesita —alegó.

—¿Y a mí qué me importa? No me dejaron participar.

—Cálmate, Ada. Todos podemos participar, tú te enfadaste porque no pudiste ser reina —replicó Agustín.

—¿Y no te parece que yo debí haber sido reina si mi novio era el rey? —interrogó, obviando el hecho de que ni siquiera él había votado por ella.

—Es bastante subjetivo —intervino Ann—. Karina es la reina de primer año y su novio, en

lugar de hacerle una escena de celos, está en el público haciéndole fotos. Si amas a alguien no vas a engañarlo por una estúpida competición. Madura, Ada. Tu inseguridad es lo que está echando por tierra tu relación.

—Nick, dile algo —los ojos de Ada comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Ada, solo saldré un momento y volveré, no pasa nada —dijo nuestro rey.

—Ni siquiera eres capaz de defenderme. Eres un pésimo novio —lloró.

La reina del drama dio media vuelta, y se alejó entre sollozos. Llevaba tanta prisa que por poco tropieza con uno de nuestros compañeros.

—Oye Nick, vi a tu novia marcharse llorando, deberías ir a ver que le ocurre —comentó el recién llegado.

—Se puso a llorar porque no supo aceptar que su novio le dijera que no —espeté.

—Pues aún peor, no deberías hacer llorar a tu chica así, se supone que la amas —repuso Elías, quien poco o nada entendía.

En ese momento, los primeros participantes terminaron de mostrar su talento, y llegó nuestro turno.

—¿Qué harás? —preguntó Agustín.

La decisión era sencilla, cumplir su deber con la alianza o ir a hablar con la fastidiosa de turno.

Nick se quitó el sombrero de conejo y se lo entregó a su amigo.

—No puedo dejar que Ada se marche llorando. ¿Podrías ocupar mi lugar? —preguntó.

Agustín lo miró contrariado, y en el fondo pude entender su disyuntiva. Quería ayudarlo, sin embargo, tampoco le parecía bien dejarlo ir.

—Eres un cobarde —acusé, dando un paso al frente—. Todos nosotros confiamos en ti para que nos representaras, Ada te manipula con sus lágrimas y tú siempre caes. No puedes dejar que interfiera con lo que tienes que hacer.

—Liz, ¿eres consciente de que, si dejo que mi novia se vaya llorando, voy a quedar mal? —interrogó él.

—Y quedarás aún peor si nos abandonas a todos —acusé.

—Por eso le estoy pidiendo a Agustín que me reemplace —se defendió.

—Hombre, yo sé que estamos en las buenas y en las malas, pero no puedo participar por ti, se supone que tú eres nuestro rey —intervino Agustín. En ese momento, nuestra reina dio un paso adelante.

—Los reyes a veces deben tomar decisiones difíciles por su pueblo —aseguró Agnes, tomando sus manos suavemente. Ese pequeño contacto trascendió más allá de todos los presentes. En ese momento, dejamos de existir para ellos, y cuando Nick volvió a ponerse el casco de conejo, supe que no lo hacía por nosotros, sino por ella.

La escena me partía el corazón y me llenaba de esperanza al mismo tiempo.

—En serio, odio este disfraz —refunfuñó su alteza.

Nuestra pareja real subió al escenario justo cuando el animador hacía la última llamada antes de descalificarnos.

La presentación fue todo un éxito, Agnes se hizo pasar por la diosa Artemisa, y con su arco, apuntó al conejo que corría de un lado a otro. Las flechas estaban hechas de goma, de modo que realmente no podría haberle hecho daño si llegaba a cometer un error de cálculo, cosa que parecía imposible en ella.

El público se estremeció, ahogándose en sus propias carcajadas, mientras su majestad, vestido de conejo, corría por todo el gimnasio, ocultándose de la mujer que pretendía cazarlo.

Luego, llegó el momento de la verdad, cuando Fran y yo instalamos las dianas para que Agnes pudiese usar sus verdaderas flechas y demostrar todo su talento. Disparó tantas veces tan cerca del centro, que dejó a todos con la boca abierta, ganándose fuertes aplausos y vítores de los asistentes.

Una simple mirada de reojo bastó para encontrar a Ada observando la escena con cizaña. Nick ni siquiera notó la presencia de su novia, él también estaba sorprendido por la increíble habilidad de su reina. Sin embargo, en cuanto abandonó el escenario, tuvo que enfrentarse a un mar de falsas lágrimas.

Con la arquera al frente, no nos costó trabajo ganar el desafío, sin embargo, no podía apostar por que nuestra racha ganadora se mantuviera, en especial teniendo en cuenta que el siguiente reto estaba en mis manos.

Fran no tenía idea de lo que tenía planeado, pues tenía la intención de sorprenderla.

Ya que no tenía idea de cómo complacer al público, y mucho menos al jurado, decidí que lo mejor era usar el espacio para vengarme de mi amiga por haberme metido en todo este embrollo.

Salí usando el uniforme de repartidor que Henry me había prestado para la ocasión. Y en lugar de flores, había optado por una caja de pizza. En cuanto pisé el escenario, escuché algunas carcajadas producto de mi peculiar atuendo.

Sostuve el micrófono como si se tratara de un peligroso dispositivo de autodestrucción. Cualquier discurso que pudiera haber ensayado desapareció de mi registro mental y me enfrenté a un cuantioso público, con la mente totalmente en blanco.

—Liz, di algo —susurró Fran, al notar que seguía congelada en mi sitio.

Busqué desesperadamente algo que decir y mi atención sólo fue capaz de distinguir el logotipo de las pizzas de Poseidón impreso en mi pecho.

—No vengo a hacer publicidad, por si acaso —dije, ganándome algunas risas. Sabía que en algún lugar de mi cerebro tenía guardadas las palabras exactas que había pensado para este momento, sin embargo, éstas se negaban a salir, de modo que tendría que improvisar para salvar la situación—. Es difícil ponerse frente a tantas personas para hablar de amor, porque en realidad soy un asco para esas cosas. A mí me pasó como a todas, Disney me prometió un príncipe azul y la vida solo me entregó idiotas que con suerte sabían de mi existencia, aunque estuviera respirando el mismo aire en una habitación con solo tres personas. Lamentablemente, a mí siempre me tocaba ser la tercera, ya saben, esa que sobra. La última canción que le dediqué a alguien fue “*Rata de Dos Patas*” y les aseguro que la canté con más sentimiento que cualquier otra.

»En serio, ese día estaba tan enfadada que incluso le reclamé al dios del amor por su mala puntería, ya saben de quién les hablo. Y cuando lo conocí entendí por qué tiene que usar pañales. —No pude contener una sonrisa al pensar en el estúpido de Eros, entonces mi discurso tomó un rumbo que jamás habría esperado—. Pero, ¿saben qué? Es un dios necesario. El amor (correspondido o no) nos hace sentir vivos, aún cuando estamos al borde del abismo. Es la única emoción capaz de llevarnos al cielo o hundirnos en el más profundo dolor. El amor nos vuelve humanos, e incluso nos convierte en mucho más que eso: nos hace vulnerables. Pero no importa, porque también nos hace fuertes, nos quita el miedo, nos reconstruye, nos libera, y nos vuelve adictos. Y está bien que no existan los príncipes azules, porque la vida nos regaló muchísimos más colores.

Guardé silencio y me pregunté a quién le estaba hablando realmente. En realidad, ni siquiera podía creer que hubiera sido capaz de pronunciar un discurso tan intenso. Me sentía como si fuera otra persona, pese a que cada sílaba provenía de lo más profundo de mi pecho. Pude haber pensado que era alguien más y a la vez, estaba la posibilidad de que éste fuera mi verdadero yo

saliendo a la superficie. Solo quedaba preguntarse a quién le estaba hablando realmente.

—Así que, en resumen... Fran, te traje pizza porque sé que la amas.

Le entregué la caja a mi amiga, y esta vez quien perdió la voz fue ella.

El público rio al tiempo que aplaudía vigorosamente, y al ver a tanta gente reunida, extrañamente me encontré preguntándome dónde estaba Eros y si había escuchado mi improvisado sermón. ¿Se estaría riendo, lo habría conmovido? ¿O quizás mi chiste sobre los pañales le habría herido su orgullo?

VEINTITRES



Así, llegó el momento de la competición del vestido. Gracias a algunos tutoriales que encontramos en Internet, Fran me ayudó a colocarme la larga tela blanca. El lino caía delicadamente hasta el suelo, siendo atravesado por un bello cinturón que remarcaba mi cintura. Acomodamos los mantos de tela y lana con pequeños broches en los hombros, y en otros sitios estratégicos. Los bordes dorados ondeaban con cada paso que daba, y la textura era tan suave que parecía acariciar mi piel.

Me puse las joyas, las sandalias y recogí mi cabello en un elegante moño que Fran me ayudó a sujetar con pinzas doradas, para hacerlo parecer más natural. El toque final fue la corona de laureles que Apolo me regaló.

Di varias vueltas frente al espejo, sintiéndome como una verdadera dama de la antigua Grecia. No solía sentirme bella, pero por esta vez, debía reconocerlo: me veía increíble.

Intenté ayudar a Fran a ponerse su traje, pero mis manos se enredaban con la túnica y llegué a la conclusión de que no estaba hecha para tratar con vestidos tan sueltos y ligeros. Por fortuna, Ann y Agnes llegaron al rescate. Sandra solo se quedó mirando, pues aseguró no tener manos para ropa tan delicada.

Nos hicimos algunas fotos en la entrada del gimnasio, ambas vestidas como perfectas diosas, a plena luz del día.

—Creí que las confesiones no eran lo tuyo —comentó casualmente.

Todavía no lográbamos recuperar el aplomo tras mi número estelar. Sin embargo, mi golpe de inspiración nos había hecho ganar el primer lugar, así que nadie se había atrevido a cuestionarme.

—No son lo mío, solo estaba divagando —contesté.

—Tanto andar con griegos te está sentando mal.

Le envié una mirada poco amigable antes de seguir dando vueltas, luciendo mi vestido cien por ciento original. ¡Por Dios! ¡Si mi disfraz me lo había traído la mismísima Artemisa! Si los jueces no me declaraban ganadora, debían tener algún problema mental, de modo que tendría que reclamar el veredicto.

Volvimos a entrar antes que fuera mi turno de participar. Estaba tan feliz que me sentía capaz de saltar y bailar. Hacía mucho tiempo que no sentía la dicha de vivir.

Me situé junto al resto de las participantes: un caballero medieval, una bailarina del antiguo Egipto y un indígena americano. Fui la última en ser llamada al escenario, y avancé con tanta seguridad y soltura que me sorprendí a mí misma. Ya había hecho el mayor ridículo de la historia al dar una charla sobre el amor a todos los presentes. Así que, tras eso, me sentía capaz de todo. Además, la música de pasarela aumentaba mi confianza, me sentía como una modelo luciendo ropa de temporada.

Cuando me giré, para regresar por el camino que había recorrido, me permití una mirada en dirección al público. Me enorgulleció descubrir varias caras de asombro, y entre ellos, un rostro en particular.

Después de tantos días desaparecido, Eros estaba en el público, observando mi momento de fama, aunque no fui capaz de descifrar su expresión desde tan lejos.

Regresé a mi lugar entre aplausos. Fran y Agnes me recibieron con un fuerte abrazo que tuve que detener para evitar que mi peinado no se desajustara.

—Todavía tengo que subir a recibir mi premio —dije, con desmedido orgullo.

—Quién diría que vestirse de diosa te volvería tan aburrida —bufó Fran. Se me escapó una carcajada, y esta vez fui yo quien abrazó a ambas.

Por segunda vez, volví a conseguir el primer premio. Sin embargo, cuando miré las gradas, Eros ya no estaba presente. La decepción me golpeó tan fuerte que trastabillé y por poco caigo de bruces frente a toda la facultad.

Me escondí entre bastidores tan rápido que cualquiera habría pensado que huía, aunque en realidad solo quería buscar a alguien. Lamentablemente, tenía demasiada atención puesta sobre mí y pronto me vi rodeada de entusiastas compañeros deseosos de felicitarme.

Ya solo quedaba hacer el recuento de las puntuaciones para hacer el anuncio oficial de los ganadores. Sin embargo, mi cerebro se había desconectado de la realidad, concentrándose en un único objetivo.

Fue difícil pasar por encima de la horda de estudiantes, sobre todo considerando el delicado atuendo que llevaba puesto. Apenas logré llegar a la galería, cuando el animador declaró a mi generación como la ganadora. Entonces, el caos se desató y se me hizo imposible continuar con mi búsqueda.

Algunos estudiantes aprovecharon el intermedio para ir a cambiarse, de modo que el lugar fue vaciándose lentamente. En mi caso, llevaba bastante tiempo preparada para el último evento del día, así que no tenía prisa por irme. Sin mencionar que todavía me faltaba el saludo de alguien.

Me quedé viendo cómo desmontaban el escenario, convirtiendo el gimnasio en una pista de baile, con la mesa de mezcla a un lado, los juegos de luces y una improvisada barra al otro extremo, atendida por los mismos alumnos.

Me resistí a ayudar, salvo tareas menores que acababa dejando a medio terminar, por andar buscando a Cupido.

—Si no fuera inmortal, pensaría que está muerto —refunfuñé para mí misma.

Tampoco pude moverme demasiado, ya que me encontré con un montón de chicos deseosos de hablar conmigo. El atuendo de griega era un verdadero imán para las conquistas y lamentaba no haberlo descubierto antes.

Pasadas las ocho, Fran me insistió que pasáramos a dejar nuestras cosas a mi apartamento. A decir verdad, no quedaba lejos, pero la idea de andar con una túnica por la calle no me agradaba del todo, así que pedimos un taxi.

—Creo que también es hora de que regrese a casa —anunció Agnes.

—Pero, ¿qué dices?! —chilló Fran.

—Tienes que quedarte a la fiesta —exigí.

—Pero no tengo con quién ir —contestó.

—¿Y nosotras qué? —reclamó Sandra.

—Tampoco tengo cómo volver a casa —repuso nuestra reina.

—Mi madre vendrá por mí y Lizzie, puedes venir con nosotras —garantizó la descendiente de Apolo.

Una sonrisa cruzó el rostro de Agnes, y llamó a su casa para avisar que no llegaría temprano.

Para cuando volvimos, el gimnasio había sido completamente remodelado y sus ocupantes también estaban completamente cambiados.

Había todo tipo de disfraces. Algunos muy trabajados, y otros simplemente creativos. Reconocí una tropa de guerreros romanos, un par de mimos, una princesa, una chica hippie, un chico vestido de la muerte, dos amigos llegaron vestidos de un preso y el otro de policía. También había algunas alusiones al anime, como un chiquillo que llegó disfrazado de *Naruto*, y otro que

apareció vestido de *Joseph Joestar*.

Sandra se vistió de *Iron Man*, aunque con la máscara nadie reconoció que se trataba de una chica. Victor también se presentó, vestido de *Goofy*. Una elección original.

Por supuesto, también llegó Agustín, quien se envolvió su sábana, se puso un par de alas, y trajo un arco colgado al hombro.

—¿Eres un ángel? —inquirió Fran.

—No, Fran. Soy Cupido, el dios griego —contestó. Puse los ojos en blanco.

—Cupido es la contraparte romana —suspiré.

—Lo que sea.

Nick también se había quitado su rabo y sombrero de conejo para envolverse completamente en papel higiénico.

—Reza porque no se acabe el papel en los baños —comentó Agus. Una broma que nos sentó bien a todos menos al aludido.

La música comenzó a subir cada vez más, y pronto algunos valientes decidieron inaugurar la pista.

—Vamos a bailar —propuso Fran.

—Debo pasar por la barra primero —anuncié. No podía moverme sin ataduras mientras no tuviera alcohol en la sangre.

Mi amiga ignoró mis palabras y nos empujó al centro del gimnasio. Ya que no me quedó otra alternativa, me entregué a la danza, primero con timidez, pero al ver que cada vez más personas se nos unían, perdí las ataduras y continué moviéndome como si nadie estuviera mirando.

Sabía que era una de las más llamativas del lugar, ya que muchos chicos se me acercaban, pero no estaba en busca de una aventura de una noche, por lo que prefería permanecer acompañada para alejar a los indeseables. Fran tampoco lo tenía fácil, ya que tras flechar a un montón de gente al azar con ella, muchos vieron en esta fiesta la oportunidad de conquistarla.

Al cabo de un rato, la sed nos venció, y por fin me dejaron ir a la barra. Nuestra buena delegada también estaba ahí, atendiendo al público. Usaba una capa negra con una conocida insignia bordada y una bufanda dorada y roja rodeando su cuello.

—¿Hermione? —pregunté.

—Así es —sonrió.

—¿Dónde está Draco? —cuestionó Fran, mirando de un lado a otro.

—Creí que Hermione se quedaba con Ron —comentó Agustín.

—Tú no te enteras de nada —suspiró.

—Yo también la prefiero con Weasley —murmuré a mi amigo, aunque tampoco podía entender de qué estaba hablando.

Ann recibió el dinero, y nos entregó los tickets para retirar nuestro pedido.

—No había visto tu disfraz, Agus —dijo—. ¿Eres un ángel?

—He dicho que soy un dios. ¡Un dios! —exclamó—. ¡El dios romano del amor!

—Espera, ¿hablas de Eros o de Cupido? —interrogué—. Porque Eros es el griego, y Cupido es el romano.

—¿Y eso qué importa? —preguntó mi amigo, cansado de tener que explicar en qué consistía su disfraz.

—Hay una diferencia y es importante —alegué.

—¿Cuál? —inquirió, con genuina curiosidad.

—Yo... No lo sé, la verdad, pero te aseguro que la hay —afirmé. Entonces, contra todo pronóstico, escuché la voz que llevaba días sin oír.

—Eros es el original, Cupido es una copia barata —explicó.

Me giré y por poco se me salen los ojos de sus cuencas al encontrar al dios del amor luciendo una de las túnicas típicas de su tiempo.

—Hace mucho tiempo que no recibo clases de historia —respondió Agustín, y me obligué a recordar que, para él, Eros era un estudiante como cualquier otro.

—Bonito disfraz —bromeó Fran—. ¿De dónde lo sacaste?

—¿Éste? Creo que lo compré en Atenas.

Sí, claro. En Atenas, unos cuantos milenios atrás.



Antes de poder interceptarlo, Eros volvió a desaparecer de mi vista. Salí detrás de él en un impulso idiota. Lo busqué por todo el gimnasio, pero el gran número de personas bailando en la oscuridad no ayudaba. En realidad no había nada que quisiera decirle, pero mi relación con él se basaba en la absurda contradicción de quererlo cerca, y a la vez lejos.

Frustrada, abandoné la improvisada discoteca, y regresé al campus, donde me dediqué a patear el césped con mis sandalias.

¿Era lógico pasar semanas extrañando a alguien, y al verlo, solo sentir deseos de golpearlo? Quizás no, pero así era exactamente como me sentía.

—Estúpido, estúpido, estúpido Eros —insulté. Y entonces, apareció frente a mí, usando esa túnica griega que remarcaba sus músculos, y me hacía perder el sentido—. Oh, cierto. Olvidé que tú solo apareces cuando te ofenden —escupí.

—No es verdad, también vengo cuando me necesitas.

—Entonces vete, no te necesito —espeté.

—Pero me ofendiste.

Ninguno de los dos rio. Me acerqué a él con los puños levantados e intenté golpearlo, pero él sostuvo mis muñecas en el aire, impidiendo que lo tocara.

Había tomado un vaso de cerveza en la barra, y era suficiente para volverme un poco violenta y errática.

—Entiendo, desapareces durante dos semanas sin dar explicaciones, y luego regresas, porque repentinamente te acuerdas de que todavía tienes a una humana atada a un absurdo pacto contigo —le acusé.

—No, Liz. Tenía cosas que hacer, asuntos de dioses —explicó.

—Oh, bueno —gruñí, cruzándome de brazos—. Una mortal como yo jamás entendería de trámites divinos.

De pronto, Eros me abrazó, ahogando todas mis quejas.

—Yo también te echaba de menos —murmuró. Guardé silencio, sorprendida por el repentino gesto, y cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me zafé violentamente.

—Yo no te echaba de menos —repuse—. Solo que no me gusta que me dejes sola, por tu culpa lo estoy pasando bastante mal.

—Me di cuenta, hoy lucías bastante desdichada cuando ganaste el primer puesto —señaló.

—Gané el primer puesto porque el vestido es increíble, no porque mi vida sea feliz —repliqué. Los ojos de Eros descendieron por la delicada tela que me cubría, su mirada era tan potente que por un momento me sentí desnuda frente a él, y retrocedí. Eso pareció hacerlo razonar.

—Tienes razón. Hace siglos que no veía a una mujer que luciera tan bien con un *himación*.

—¿Un qué? —pregunté.

—La túnica que llevas puesta.

Una parte de mí, que podíamos llamar ego, se encendió al escucharlo admitir que me quedaba bien.

—Por supuesto, fue un regalo de Artemisa —dije con orgullo. Esta vez mi confesión no tuvo el efecto deseado, abrió los ojos con preocupación y dio un paso hacia adelante, tomándome por los hombros. Nunca lo había visto tan serio.

—¿Hablaste con Artemisa? —preguntó.

—Yo sí. Apolo la invocó, necesitaba un vestido griego y tú no estabas... —respondí dubitativa.

—¿Por qué...? —dudó—¿Qué te dijo? ¿Te hizo daño?

Nunca lo había visto tan nervioso. Usualmente solía mostrarse tranquilo, y negligente al extremo, pero esta vez realmente parecía preocupado. Ni siquiera cuando Apolo me visitó lo vi tan alterado. Quizás un poco aprensivo, pero dentro de su típica actitud juguetona. Esto estaba fuera de su rango.

—No, solo me examinó un poco, y luego decidió ayudarnos —expliqué.

—¿Quién más estaba?

—Apolo, Fran, y yo.

Lentamente su postura se fue relajando, pero su mirada continuó siendo fiera.

—Elizabeth, no te acerques a ella, no es buena —dijo. Me sorprendió escucharlo usar mi nombre. La última vez, había sido para cerrar un trato, y temí que estuviese sellando un acuerdo sin darme cuenta, por lo que me separé de él.

—A mí no me pareció mala —comenté—. Fue un poco ruda, solamente.

No iba a decirle que me había echado en cara mi virginidad, y solo por eso había decidido ser medianamente amable. Sin considerar que, Apolo le recordó que yo le había entregado una flecha.

No obstante, Eros todavía se encontraba intranquilo.

—Generalmente cuando hago un trato con un humano, no lo persigo día y noche preocupándome por su seguridad ni me aseguro de que tenga suficientes flechas, y que todo vaya bien en su vida —expresó Eros—. No soy una niñera: soy un dios, y me volvería loco persiguiendo a todos los que desean tener mis poderes a su disposición.

Asentí, comprensiva. Tenía razón de una dolorosa manera: no estaba obligado a cuidarme, solo debía entregarme mi flecha al final del trato.

—Incluso fui contra mis propios principios, modificando el contrato a tu conveniencia, y liberé tus sentimientos antes de tiempo, para permitirte amar sin ataduras, aunque aún no terminas de cumplir tu parte —continuó. Entonces agregó en un tono más juguetón—. Deberías preocuparte, tienes una deuda pendiente con un dios.

Sin embargo, me había quedado bloqueada en la primera parte y era incapaz de ocultar mi expresión de asombro.

—¿Cuándo hiciste eso?

—El día en que te llevé al hotel de Nicté —respondió—. Ella también se sorprendió al escuchar que había pedido una habitación para una humana. Tuve que explicarle por qué lo había hecho.

—¿Y qué le dijiste? —interrogué.

—La verdad —suspiró.

—¿Que soy una humana con muy mala suerte o qué?

—Que estoy enamorado de una mortal —contestó con determinación. Su repentina confesión me hizo dar un paso atrás, al presentir a dónde podía ir a parar esta conversación. Sin embargo, él

avanzó en mi dirección, y pronto mi espalda fue a golpear uno de los árboles del campus. Maldije a los jardineros internamente.

Eros apoyó su mano sobre el tronco, por encima de mi cabeza, y se acercó peligrosamente.

—Estoy enamorado de ti —declaró—. Por eso no puedo dejarte a tu suerte. Me preocupo por ti y hago cosas estúpidas, como ponerme mi ropa vieja. Y, por más que intento alejarme, siempre acabo volviendo.

Estaba a punto de hablar, pero mi cerebro no encontró las palabras adecuadas, mi parte racional se había desconectado, y en el momento en que sus labios se encontraron con los míos, fui absolutamente incapaz de pensar en nada más.

Mi corazón amenazó con salirse de mi pecho cuando sus brazos me rodearon, obligándome a acercarme más a él. Pasé mis manos detrás de cuello, y profundicé aún más el beso. La tela de nuestras túnicas era demasiado delgada, pero en este caso fue una ventaja, permitiéndome sentir cada parte de su cuerpo.

Un repentino calor subió hasta mi cabeza, nublando aún más mis pensamientos, hasta que toda la magia del momento fue interrumpida por una furiosa voz.

—Aléjate de ella —exigió Artemisa.

Eros separó sus labios de los míos, pero se negó a soltarme, atrayéndome mientras rodeaba mi cintura.

—No voy a dejar que le hagas daño —amenazó.

—¿Lastimarla? ¿Yo? Pude sentir tu lujuria a kilómetros de distancia. Tú eres el que la está embaucando, ¿crees que no sé cómo son los dioses? Todos se aprovechan de la pureza de niñas como ella.

—Creo que estás describiendo a tu hermano. Yo nunca he sacado partido de una humana indefensa.

—Pero sí te has burlado de cuántos has podido, y por ese motivo jamás te dejaré sentir lo que es el amor —sentenció la diosa. Eros me estrechó con más fuerza.

—Apolo fue egoísta con Dafne. Él no la merecía, no puedes buscar venganza por un amor lujurioso y enfermo como ese. Él jamás la habría respetado si no hubiera sentido el dolor de perderla, y fue ella quien buscó la manera de alejarse eternamente —expuso.

—Jamás habría sucedido si tú no hubieras intervenido —demandó Artemisa—. Y si realmente valoras la vida de esa humana, te alejarás de ella.

Quise preguntar qué sucedía, pero él ambiente se sentía tan tenso que temí que una palabra inoportuna pudiese quebrantar los ánimos, desatando una batalla entre dioses.



Mientras Eros y Artemisa intercambiaban miradas que echaban chispas, un par de estridentes risas rompieron con la tensión. Dando traspiés, una chica con un pesado traje de *Iron Man*, y un muchacho con una sábana envuelta aparecieron en escena.

Sandra se acercó a Artemisa soltando fuertes carcajadas.

—¡Qué buen disfraz, hermana! —exclamó. Las frías pupilas de la diosa me hicieron temblar, pero no parecieron tener efecto en la débil humana.

—Apártate —ordenó la gemela de Apolo. Su tono me provocó escalofríos, y a Sandra, le provocó una carcajada.

—Parece que no lo estás pasando muy bien —comentó juguetona. ¿En algún momento mencioné que mi compañera era lesbiana? Pues lo era, y al parecer, quería flirtear con Artemisa,

lo cual era una mala idea. Pésima, de hecho.

—Eros, haz algo —le rogué. Él me devolvió una mirada confusa—. ¿No eres el dios del amor, la atracción y todas esas porquerías?

Pero antes que cualquiera pudiese reaccionar, Agustín pasó sus brazos a través de nuestros hombros, en un incómodo abrazo grupal.

—¡Lizzie! Adivina qué nos trajo tu cuñado —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja. Giró la cabeza, y su atención se detuvo en Eros—. ¿Quién eres? No recuerdo haberte visto antes.

—Agus, él es Eros. Lo conociste hace menos de una hora —suspiré. Mi compañero se tambaleó, y de pronto, la comprensión llegó a su rostro.

—¡Eros, colega! ¿Dónde te habías metido? —exclamó, como si fuesen amigos de toda la vida.

¿Es que acaso Victor les había traído droga en mal estado?

Puse los ojos en blanco y encontré a Sandra abrazando cariñosamente a Artemisa, mientras ella intentaba sacársela de encima. En otras circunstancias está escena me habría resultado increíblemente divertida. Dos dioses siendo superados por un par de humanos drogados en exceso. Aun así, no pude contener una risita nerviosa.

De pronto, una mano apretó la mía, devolviéndome la templanza.

—Liz, necesito que te los lleves antes que Artemisa los convierta en liebres —pidió Eros.

Agustín ríe estruendosamente contra mí oído.

—¡Vaya, Eros! ¿Qué fumaste? —interrogó. Sí, definitivamente en otras circunstancias me habría parecido divertido.

—Agus... —Intenté pensar en una excusa que los obligara a volver a la fiesta sin dudar—. Vamos a por unas cervezas.

Mi amigo negó con la cabeza.

—No quiero más cerveza, quiero polvo estelar —espetó. Ni siquiera quise pensar a qué se refería.

—Entonces, ¿vamos? —pregunté insegura.

—Sí, *Campanilla*, vamos —respondió sonriente. Soltó a Eros y aproveché el momento para tirar de su brazo, alejándolo del peligro—. ¡*Stark!* Vamos por los placeres de *Asgard*.

Sandra se olvidó de Artemisa y nos siguió. Me pregunté si hacía bien dejando a ambos dioses solos, pero también comprendía que lo mejor era no entrometernos en sus asuntos. Si se mataban entre sí, o lo que fuera, lo mejor era estar lejos. No obstante, no pude evitar echarles una mirada sobre mi hombro. Ellos seguían frente a frente, como si nuestra interrupción hubiera sido insignificante. Temblé.

En cuanto llegué al gimnasio, me dirigí a la barra y pedí la primera copa que vi en la tabla de precios. El griego de imitación y el *Iron Man* femenino trajeron a Victor. Mi cuñado tenía la misma sonrisa boba que ellos y los ojos enrojecidos.

Tenía tanto en que pensar, pero prefería evadirlo, como siempre. Mis pensamientos siempre me llevaban a lugares oscuros, a ideas que no quería tener, y a sentimientos contradictorios.

Me subí al coche con la cabeza dándome vueltas. Por un lado, tenía mi enorme lista de preocupaciones, la constante presencia de los dioses griegos rondando mi vida, mi misión de completar las tres o cuatro parejas, y por supuesto, la declaración de Eros. Por el otro lado, estaban mis problemas familiares, mi deuda con la universidad, la necesidad de encontrar un modo de salir adelante, y el deber de hablar con Jane cuando tuviese valor suficiente. Yo estaba en medio, y sentía que estaba siendo aplastada por ambos frentes. Nada quedaba de la grandiosa noche que pude haber vivido.

—¿Qué tal estuvo la noche? —preguntó el padre de Fran casualmente.

Agradecí que tanto su hija como nuestra invitada, Agnes, estuviesen de humor para responder. Yo necesitaba pensar.

Me despedí en la puerta del edificio y activé mi piloto automático, directo a mi piso, y directo a mi cama. Ni siquiera me preocupé de avisar a Jane que había llegado.

Una vez que estuve en la soledad de mi cuarto, mi primer impulso fue llamar a Eros para aclarar las cosas. El segundo, acostarme y dormir.

Tenía demasiadas ideas en la cabeza, e iba a tomar tiempo ponerlas en orden. Mis manos comenzaron a temblar, y recordé el sabor amargo del alcohol que había tomado en la fiesta. Y entonces me entregué a lo único que sabía hacer en momentos de desesperación.

Al día siguiente, descubrí que me había dormido con el vestido de Artemisa puesto, aunque las mangas caídas anunciaban que en algún momento de la noche intenté quitármelo. Pese a las quejas de mi cuerpo, deshice los nudos en mi cabeza, y suaves ondas cayeron por mis hombros. A mi lado, mi teléfono todavía descansaba sobre la almohada, tuve que conectarlo al cargador para descubrir que había vuelto a llamar a mi madre.

Decidí ponerle un alto a esto, y haciendo caso omiso a la resaca, marqué su número.

—¿Liz? ¿Te sientes mejor? —preguntó mi madre desde el otro lado de la línea.

Claro, su hija la llama dos noches seguidas, al borde del abismo, y eso es lo mejor que podía decir. Aunque mi madre tenía la costumbre de ignorar lo que provocaban los efectos del alcohol en las personas.

—¿Qué te dije? —pregunté. No tenía sentido ocultarle lo que había estado haciendo, seguramente lo había leído en mi voz.

Pude sentir el nerviosismo de mi madre aún a través de la línea.

—Ya sé que Karlos fue a verlas, que no ha pagado tu universidad, y que tienes un amigo que se preocupa mucho por ti, pero no has dicho su nombre, solo me hablas del «señor Flechitas». Me di un golpe mental.

¿«Señor Flechitas»? ¿De qué parte de mi retorcida mente de borracha había sacado eso?

—¿Qué hago? —gemí.

—No te preocupes, hija. Podemos pedir un préstamo para que termines de pagar tus estudios.

—Voy a terminar asquerosamente endeudada —repliqué. Un suspiro atravesó la línea.

—Al negocio le va bien, no lo suficiente para pagar una carrera universitaria, pero sí para cubrir lo más básico. Ya pensaremos como pagar lo demás.

Mi madre sonaba bastante abnegada, supuse que la noche anterior había lanzado una gran cantidad de gritos y maldiciones. Ya podía imaginar nuestra conversación —si es que podía llamarse así—: ella sugiriendo que hablara con mi padre, yo negándome con fervor; ella proponiendo nuevas soluciones, y yo descartándolo todo, por mi estúpida fascinación por hacer de mi vida más miserable de lo que era. Ni siquiera quería pensar en la reacción de Jane al escuchar los gritos e improperios. Probablemente entró a mi cuarto para recordarme que estaba hablando con mi madre y a defender a Karlos, por ese absurdo sentido fraternalista suyo. Seguramente así acabó la discusión, por el esmerado esfuerzo de Amaya Maceda por ocultarle la verdad a su hija mayor.

Exhalé frustrada. Aún me dolía la cabeza, y no quería repetir un escándalo que ni siquiera recordaba.

—Está bien. Gracias, mamá —dije, antes de colgar. Caí en la cama, y el mundo se sintió un poco más pesado que de costumbre. Lo bueno es que aún quedaba algo de alcohol debajo de mi cama.

VEINTICUATRO



Anuncio oficial: mi vida es un desastre.

Me enamoré de un amigo que me rompió el corazón cuando comenzó a salir con mi hermana. Me indigné, ofendí a Eros, el dios del amor y sin querer, cerré un trato con él. Y al final, el idiota confesó sus sentimientos hacia mí. Y por si fuera poco, aún no tenía ninguna pareja formada. ¿Pero cuál era el problema? Si él había liberado mis sentimientos, no tenía de qué preocuparme, ¿o sí?

Sin embargo, esa solo era una parte de mis múltiples problemas. También estaba mi padre abusivo, de quien no valía la pena hablar. Por ahora, debía concentrarme en encontrar un medio para pagar mis estudios o volverme una vagabunda sin profesión. Tras revisar mi cuenta bancaria, para descubrir que estaba tan vacía como mi estómago, decidí que tenía que ponerme en movimiento, aunque no estaba segura de qué rumbo tomar.

De lo único que estaba segura era de mis enormes ganas de recibir un abrazo.

—¿Qué haces? —preguntó Jane. Mi hermana y yo habíamos vuelto a hablarnos, aunque la tensión seguía en el ambiente.

—Buscar empleo —respondí, hojeando las páginas del periódico.

—¿Y por qué? —inquirió.

«*Porque papá no ha pagado mi mensualidad*». A mi mente regresaron los ojos llorosos de mi madre, suplicándome que no le dijera nada a Jane.

—Un poco de dinero extra nunca está de más —aseguré. Mi hermana me miró con sospecha. Ella me conocía, no era precisamente muy trabajadora, se me daba mejor gastar el dinero que ganarlo. Y no hay que olvidar el escándalo de la noche anterior, del cual ella se había enterado, aunque se resistía a darme detalles.

—Sí tienes problemas con papá, lo mejor sería hablar con él para solucionarlos. ¿No crees?

Antes muerta.

—Jane, no todo lo que hago tiene que ver con papá, a veces quiero esforzarme por mi cuenta —repliqué. Mi hermana guardó silencio, intentando tragarse mi mentira.

—El próximo semestre tendrás prácticas pagadas, ¿no? —comentó. Si es que llego al semestre siguiente.

—Sí, algo así —confirmé—. Pero falta mucho para eso.

—¿Por qué no hablas con papá? Podrías pedirle que te suba la paga.

Mi paga que, por cierto, este mes no llegó. Su comentario me puso de los nervios.

—Quiero ganarme mi propio dinero, Jane. ¿Te parece bien o debo pedirle permiso a papá también? —reclamé. Mi hermana hizo una mueca de disgusto, pero no insistió con el tema.

—Como quieras. Iré a hacer las compras de la semana, ¿quieres que compre algo en especial? —preguntó, buscando su abrigo.

Kilos de helado.

—No, estoy bien —respondí.

—Creí que nos quedaba más dinero para las compras del mes —comentó contrariada.

Me encogí en mi asiento y una punzada de culpa se clavó en mi pecho. Desde que estaba sin dinero era más difícil mantenerme, así que había utilizado parte del dinero que teníamos guardado, para comprar alcohol. Sentí asco de mí misma, ni siquiera apuntes o fotocopias, solo me había preocupado de alimentar mi vicio.

Guardé silencio, esperando no ser descubierta.

Respiré con tranquilidad cuando escuché la puerta cerrarse a mis espaldas. Me encontré a gusto con la soledad. Al menos hasta que mi teléfono comenzó a vibrar. Era un número desconocido, pero aun así contesté.

—Liz, ¿dónde estás? —interrogó una voz conocida.

—¿Cómo conseguiste mi número? —cuestioné.

—Por ahí, eso no importa —respondió Adrian—. Hoy regresa mi padre, y mi madre está en casa. Prepárate.

Mis ojos se detuvieron en el reloj colgado en la pared.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Una hora, quizás menos.

Pese a que su voz sonó tranquila, sus palabras cayeron como un balde de agua fría. Era un margen demasiado pequeño para llegar, considerando que vivíamos en extremos totalmente opuestos de la ciudad.

Suspiré, sabiendo que tenía que cumplir esta misión a como diera lugar.

—Estaré ahí —aseguré.

Colgué y corrí a mi habitación en busca del arco y las flechas. Sabía que mi aspecto era horrible, pero en honor al tiempo, me puse una capucha y me até el cabello, que volvía a ser rojo, en un improvisado moño.

Estuve lista en menos de cinco minutos, todo un récord. Sin embargo, apenas abrí la puerta, me congelé.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. El visitante también se sobresaltó, seguramente no esperaba verme salir justo en el momento en el que llegó.

—A eso le llamo sincronización —comentó despreocupado, pese a que estaba incluso más nervioso que yo.

—Sí, lo que sea. Tengo mucha prisa —apunté. Intenté pasar por su lado, pero él me tomó por el brazo, reteniéndome. Mi piel cosquilleó justo en el lugar donde puso su mano.

Desde el aniversario, entre nosotros se había instaurado un ambiente de incomodidad.

—Espera, solo necesito unos minutos —pidió—. Esa noche nada salió como esperaba y...

Pensé en Adrian, quien me esperaba, con toda su confianza puesta en mí. Me había fallado a mí misma muchas veces, pero no quería fallarle a otros, y menos a alguien a quien le debía tanto.

—En serio, mi mente no es precisamente un mar en calma en estos momentos, tengo demasiadas preocupaciones, incluyendo solucionar los problemas en los que tú mismo me metiste —dije—. Solo, déjame poner orden en mi cabeza, y haz algo con los deseos asesinos de Artemisa.

Eros me soltó con tristeza, y apuntó al arco que llevaba a cuestas.

—Tienes algo importante que hacer —supuso.

—Tengo que unir a los padres de Adrian —expuse. Su expresión cambió totalmente, pero no podía adivinar por qué.

—Espero que tengas suerte —dijo, al cabo de unos minutos—. ¿Quieres que te lleve?

—No, estaré bien.

Sin decir nada más, me di la vuelta y corrí tan rápido como pude. Y colmo el ascensor tardaba demasiado en llegar, tuve que usar las escaleras. Para cuando llegué al primer piso, comenzaba a sentir los efectos de una crisis asmática. Mi pecho subía y bajaba en un agotador espasmo, pero no tenía tiempo que perder.

Alcancé la parada justo cuando el autobús estaba recogiendo a los pasajeros. Lamentablemente, el ingrato chófer decidió avanzar antes que pudiese subir, y tuve que

perseguirlo antes de que se fuera.

Al menos, el recorrido del autobús me ayudó a tranquilizar mi acelerada respiración, y preparar mis músculos para otra carrera.

Que Adrian viviera en un conjunto de casas era bastante desafortunado, sobretodo porque tuve que sortear las calles como obstáculos en una competición. Aun así, alcancé a llegar a tiempo para ver a su padre aparecer en la puerta.

Me escondí detrás de una de las viviendas, en una posición en la que cualquiera me habría confundido con un ladrón preparándose para delinquir. Desde ahí, observé a Adrian abrir la puerta. Una sonrisa iluminó su rostro al recibir a su padre, creo que era la primera vez que lo veía alegre, sin embargo, tan pronto como le dio la espalda, echó un vistazo alrededor, seguramente, buscándome.

Su madre recibió a su esposo con un frío beso de bienvenida, que hasta a mí me congeló.

Esperé a que ambos se dieran la vuelta, preparé mi arco, y apunté. Tuve que secarme las manos en los pantalones para quitar el sudor, mientras mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho. No podía fallar.

No iba a fallar.

Contuve el aliento, y en un arrebato de confianza, disparé.

Los segundos que el proyectil tardó en atravesar la corta distancia que me separaba de la casa se me hicieron eternos. Conté los segundos por medio de mis propios latidos. Adrian vio la flecha pasar junto a él, y como si todo transcurriera a cámara lenta, ésta se enterró en la espalda de su madre, y se esfumó en el aire.

Si hubiera podido, habría llorado de felicidad.

El descendiente de Hefesto dio la vuelta, y me agradeció con la mirada. Mi misión estaba cumplida.

VEINTICINCO



Caminé por las angostas calles dando saltos y bailando de felicidad. Tuve que contener mis gritos de euforia para no asustar a los residentes, pese a que mi cuerpo era incapaz de contener tanta emoción.

Intenté llamar a Fran, sabiendo que era la única persona capaz de entender mi dicha, pero no contestó. Recordé que era domingo y seguramente había acompañado a sus padres a la Iglesia.

—Se lo contaré más tarde —suspiré.

No tenía prisa por llegar al apartamento, así que caminar fue la mejor opción. La ciudad era grande, pero podía recorrerse a pie si se tenía tiempo. Solo eran un par de horas de camino, en el campo las distancias eran mucho más grandes.

Continué saltando como una niña de tres años, cuando un pequeño cachorro comenzó a seguirme, saltando junto a mí.

Debo decir que hasta la compañía me parecía perfecta.

La leal criatura me siguió varias calles, hasta que decidí que merecía un premio por su fidelidad. Me detuve en un humilde almacén y le compré un paquete de galletas para perros. Él movió su cola con vigor al verme regresar.

Llegamos a un pequeño parque, y me senté en uno de los bancos para alimentarlo. Su pelaje era completamente negro, y sus ojos también eran oscuros. Deduje que no tenía más de un año, y aunque no tenía collar, parecía tener dueño, por su pelaje bien cuidado. Sin embargo, a juzgar por la conjuntivitis en sus ojos, se había contagiado una enfermedad tras tantos días a la intemperie.

—¿Dónde está tu dueño? —le pregunté, mientras mordía las galletas con forma de hueso—. Él debe estar muy preocupado. ¿No recuerdas dónde vives?

Lo siguiente que sucedió fue casi tan raro, como el día en que Eros apareció en mi cuarto. El animal tosió, esa típica tos que se contagia en las perreras ¡Y le creció una cabeza! Más bien, le brotó junto a la que ya tenía, como un parásito. Luego, volvió a forzar su garganta, y le apareció una tercera.

No podía creer lo que veían mis ojos, pero él no parecía nada incómodo. Mi cuerpo entero se congeló, y la primera cabeza comenzó a ladrar, exigiendo más comida.

Observé a mi alrededor y me di cuenta que nadie más parecía notar el cambio en la criatura. Me temblaron las manos cuando le acerqué otra galleta, y ésta vez, la segunda cabeza la recibió. Pronto, las tres comenzaron a pelearse por el alimento.

—Tú no eres normal —murmuré. Y solo se me ocurría una criatura comparable.

De pronto había perdido las ganas de llevarlo a casa. Las galletas se acabaron, y el canino saltó de un lado a otro, exigiendo más.

—Ya no hay —balbuceé.

Mis argumentos no parecieron convencerlo. No sabía qué hacer con sus ladridos, y tampoco con él.

De pronto, una sombra negra se apareció a mi lado. Más bien, parecía un extraño portal, completamente oscuro, y el perro me invitó a entrar.

—Oh, no, amigo. No iré.

Me puse de pie, dispuesta a continuar mi ruta, cuando me di cuenta que mis pasos no me estaban llevando a ningún lado. Era como un mimo, caminando en su sitio.

Eché una mirada sobre mi hombro, suponiendo que era un efecto del extraño portal. Ese leve movimiento bastó para que todo a mi alrededor fuera rápidamente succionado por las sombras, incluyéndome.

Seguramente, así se sintió Alicia en el País de las Maravillas, sólo que esta vez el título era “Elizabeth en el Inframundo”.

Aparecí en una cámara oscura, iluminada por antorchas. Las paredes de piedra carecían de decoración, y solo eran interrumpidos por oscuros pasillos que convergían en este punto. A mi lado, el perro que me había encontrado en la calle continuaba revoloteando, como si nos hubiésemos transportado a una sala de juegos, en lugar de al mismísimo infierno griego.

Me puse en pie. La caída realmente no me había dolido, pero me aterraba la idea de no encontrar una salida. En realidad, no me fiaba de ninguno de los pasadizos.

—¿Por qué me trajiste a este lugar? —pregunté furiosa.

Entonces unos pasos me hicieron temblar. De la penumbra emergió la figura de un joven pálido y delgado, con un aire peligrosamente atractivo. No necesitaba preguntar para saber de quién se trataba.

La criatura traidora corrió al lado de su dueño, saludándolo alegremente. Él lo ignoró, y se acercó a mí tanto como le fue posible, es decir, hasta que sus ojos azules estuvieron casi pegados a los míos.

—Gracias por traer a Hambre, lo estábamos buscando —dijo. Su voz me estremeció.

—No fue na-nada —tartamudeé, desviando la mirada, pero él colocó su mano bajo mi barbilla, obligándome a mirarlo.

—A Hambre siempre le han gustado las chicas bonitas —comentó, analizándome.

No me gustó cómo sonó esa frase.

—No tengas miedo, no estás muerta —aseguró—. Sin embargo, parece agradarle a mi mascota, y veo que estás familiarizada con los tratos con otros dioses.

La mirada azulada apuntó al arco y flecha que descansaban en el suelo.

No me atreví a hablar.

—Te parecerá ridículo, pero como verás, una de sus cabezas enfermó, y no tengo la menor idea de lo que tiene...

—Tiene TIC —respondí al instante.

En alguna parte de mí supuse que Hades quería que usara esos conocimientos que nunca aplicaba, pero al ver el interés en su mirada, me di cuenta que en realidad no tenía idea de que yo era una estudiante de veterinaria.

—Explícate —exigió, con su aliento rozando mi rostro.

Ya sabía cómo iba a acabar esta historia, pero no tenía las agallas para apartarme.

—La Traqueobronquitis es como la gripe para los humanos. Seguramente anduvo por lugares contaminados, como perreras, o algo así —expuse—. Es muy común.

—Cúralo y te dejaré ir —ordenó, acercando su rostro al mío.

Y la historia terminó exactamente como supuse que lo haría.



Entré en la farmacia con la sensación de que me perseguía un ejército. Unas esposas rodeaban mis muñecas, y pese a ser invisibles a los ojos humanos, yo podía verlas. Y no sólo eso: no estaban unidas por ninguna cadena, de modo que me permitían moverme con facilidad. Sin embargo su destello púrpura era un horrible y tétrico recordatorio.

Necesitaba medicamentos que se vendían solo con receta, y no tenía modo de conseguir una. Solo me quedaba el tráfico ilegal.

Por fortuna conocía a una familia que vivía junto a su farmacia.

Agustín caminó tranquilamente hasta el estante donde sus padres guardaban los antibióticos y me entregó los que necesitaba. La noche había caído, de modo que el negocio se encontraba cerrado. Así que, a menos que revisaran las cámaras de seguridad, nadie nos descubriría.

—Aún no entiendo por qué no puedes esperar hasta mañana —suspiró.

—Mi amigo es... muy sensible, y necesita que su mascota mejore, ya sabes cómo son los dueños —expliqué.

Él mantuvo su expresión impávida, debido al sueño.

—Lo que sea. Solo dile a tu amigo que lo vacune el próximo año. No te olvides de que me debes una hamburguesa doble, con patatas fritas —dijo.

—No lo olvidaré, tranquilo —respondí, era bastante fácil hacer tratos con él, ya que todo se resumía a comida.

—Y quiero que convenzas a Agnes para que salga conmigo —añadió.

—¿Qué?!

—¡Shh...! Despertarás a mi madre —contestó.

—¿Pero cómo esperas que convenza a Agnes para salir contigo? —pregunté.

—Es lo mínimo que puedes hacer después de pedirme que asalte el negocio familiar.

—¡Te dije que te pagaría!

—Y ese es mi precio —declaró—. Anda, solo una cita, de lo demás me encargo yo.

Las esposas que aprisionaban mis muñecas comenzaron a apretar. Hades me estaba recordando nuestro trato.

—De acuerdo —suspiré. Agustín me dio un fraternal abrazo.

—Sabía que podía contar contigo.

Salí de la farmacia maldiciendo al cielo y al infierno, o mejor dicho, al Olimpo y al Inframundo, cuando alguien se atravesó en mi camino. Rápidamente, escondí la bolsa y mis muñecas detrás de mi espalda.

—Ho-hola Eros —saludé nerviosa. Su mirada no era amigable, aun bajo la luz de la luna podía ver su expresión seria.

—¿Dónde estabas? —exigió.

—¿Yo?

—¡Dejé de sentir tu presencia durante más de una hora! ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba? Era como si... como si hubieses muerto. Estuve a punto de bajar al Inframundo.

Abrí los ojos de par en par.

—Oh, el Inframundo... dicen que es bastante feo —comenté, intentando sonar casual. El gesto no pasó inadvertido. Era una pésima agente secreta. La peor.

—¿Qué estás escondiendo? —interrogó, señalando detrás de mi espalda.

—Ah...

—Lizzie, muéstrame lo que tienes—ordenó.

—No te va a gustar —señalé.

—Imagino que no, si es lo que estoy pensando —respondió con rudeza.

¿Había dicho alguna vez que Eros luce horriblemente atractivo cuando se enfada? Pues sí, así es. Y yo, estaba metida en un lío. No tenía sentido ocultarle algo que de todos modos iba a averiguar por sus medios, así que lentamente descubrí mis manos, enseñándole las esposas.

Él se quedó quieto, observándolas con odio.

—Voy a matar a Hades —declaró, dándose la vuelta.

—¿Qué? ¡No! ¡Espera!

Extendí las manos, intentado detenerlo, pero su cuerpo me repelió antes de que pudiese tocarlo, como si hubiésemos hecho cortocircuito. Salté hacia atrás, y caí al suelo.

Eros dio la vuelta e hizo el ademán de levantarme, pero se detuvo a medio camino.

—Ten cuidado —se limitó a decir.

—Estoy bien —aseguré.

—Sí, ya veo —repuso con sarcasmo. No podía dejar esto así.

—Hades fue... —¿Seductor? ¿Peligroso? ¿Escalofriante?— amable.

—¿Amable? —repitió Eros—. Hades no es amable, lo conozco, y sé cómo le gusta sellar sus acuerdos.

Había una mezcla de cizaña y dolor en su voz, que me hizo sentir culpable.

—Lo siento, fui una tonta —respondí—. Me encontré con uno de sus perros por el camino, era muy tierno, y un malnacido también. Me empujó al Inframundo y entonces apareció Hades, y me dio miedo, pero no hice nada, solo me quedé ahí, porque él era... era...

—Atrayente —dijo, completando mi oración.

—Exacto —murmuré.

—Lo sé, lo he visto. —Su tono sonaba herido, extendió su mano, como intentando acariciarme, pero volvió a bajarla sabiendo lo que sucedería—. Todavía quiero matarlo.

Contuve una sonrisa.

—Solo tengo que administrarle la medicación a Hambre, y luego seré libre. No tienes de qué preocuparte —aseguré.

—Tengo todo de qué preocuparme. Hades es traicionero, un embustero y va a intentar engañarte.

—No voy a caer en su trampa —aseveré.

—Sí, ya veo que sabes manejarlo muy bien —contestó—. ¿Qué usó? ¿Sus bonitos ojos azules o esa sonrisa de niño malo?

Eso me dolió, pero tenía razón.

—¿Puedo no responder?

Sabía que guardar silencio era peor, pero no quería entrar en detalles. Eros se levantó y se cubrió el rostro con las manos en un gesto exasperado.

—¿Por Zeus, Lizzie! Vas a hacerme enloquecer, y eso sería bastante malo para la humanidad, ¿te das cuenta? El dios del amor loco por amor —Se mofó—. Es un título horrible.

Me puse de pie y quise acercarme, pero retrocedí al recordar lo que pasaría.

—Ya te dije que lo sentía.

—¿Y crees que eso basta? —interrogó—. He estado todo este tiempo cuidándote, y ahora ni siquiera te puedo tocar, porque los tratos del Inframundo repelen a los vivos. No te imaginas lo frustrado que me siento.

¿Qué podía decir? ¿Que no fue su culpa? Es obvio que no lo fue. ¿Podía cuidarme sola? Era obvio que no.

De pronto, mis muñecas empezaron a doler, y gotas de sangre se deslizaron suavemente por mi piel. Tuve que morderme el labio para evitar gritar. Las luces de la calle comenzaron a parpadear y supe que se trataba de Eros, conteniendo su ira.

Cuando el dolor cesó, pude hablar.

—Estaré bien —aseguré, con los ojos llorosos producto de la agonía de segundos atrás. No debí sonar muy convincente—. Bajaré, le daré los medicamentos a Hambre, y volveré aquí.

Eros suspiró pesadamente, y se pasó la mano por su cabello dorado. Estaba enfadado, y mientras mis muñecas no fuesen libres, no iba a calmarse.

—Tienes veinte minutos para ir y volver. Si no regresas, bajaré a por ti —advirtió—. Y te traeré, aunque tenga que quedarme abajo.



Administré los antibióticos bajo la atenta mirada de Hades. Me temblaban las manos, y Hambre podía percibir mi nerviosismo con su sexto sentido animal.

—Debería mejorar en unos días —anuncié—. Su apetito está bien, y no se ve decaído. No debes dejar que se moje, ni que realice ejercicio.

El señor del Inframundo asintió.

—¿Pu-uedo irme ya? —No quería que mi voz sonará temblorosa, pero fallé.

—Así es, eres libre.

El atractivo dios se acercó a mí e intentó tocarme. Retrocedí al instante, sabiendo que cualquier contacto podía hacerme cerrar otro trato.

—Tranquila, no hay trampa —aseveró—. Las amigas de mis mascotas son mis amigas. Y por cierto, Artemisa te quiere muerta, así que tal vez no pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos. —Se detuvo a considerarlo—. Aunque también está agradecida porque ayudaste a su hermano, así que no sé en qué terminará todo esto. De todos modos, no tienes de qué preocuparte, prepararé una habitación donde puedas quedarte y jugar con Hambre.

No había nada alentador en su discurso.

—No voy a darte las gracias por eso —afirmé.

—Lo sé. Soy yo quien agradece lo que hiciste por mi cachorro, es el más pequeño de la camada —contestó. Levantó el dedo y apuntó hacia el techo—. ¿Lo escuchaste? Vienen a por ti. Será mejor que regreses. Permíteme.

Colocó su pálida mano sobre mis ojos, y aunque no pude ver, sentí que el suelo se movía bajo mis pies.

—Nos vemos —murmuró la aterciopelada voz de Hades.

La oscuridad se esfumó, y de pronto, me encontré de pie en mi habitación. Estaba tan mareada que tuve que sentarme en el borde de la cama para evitar caerme. Me sentía extraña, como si necesitara tiempo para acostumbrarme a mi cuerpo nuevamente.

Descubrí una bandeja llena de comida junto a mí, que no tardé en devorar, sin preguntarme siquiera de dónde había salido. Una parte de mi subconsciente lo intuía de antemano.

El cielo no me daba pista alguna de la hora, pero por su tono, podía deducir que el amanecer aún estaba lejos. Era una buena señal. Después de tantas emociones en una sola noche, sólo tenía ganas de descansar.

Pero todavía me quedaba un asunto por resolver, y ese asunto estaba de pie, con los brazos cruzados, y una mirada de pocos amigos que en nada se parecía a la divertida expresión a la que estaba acostumbrada.

—Eros —dije, a modo de saludo. Los grilletes ya no oprimían mis manos, lo que podía considerarse un avance.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Cansada —respondí.

—Viajaste dos veces al Inframundo en menos de un día, debes estarlo.

Su voz era tan fría que dolió.

—No bajé al Inframundo por voluntad propia, Hambre me engañó, pero asumo la responsabilidad de todo lo demás —dije con solemnidad.

Quería decir algo más, pero estaba tan agotada que apenas lograba conectar las ideas. Aun así luché contra el cansancio y mis ojos pidiendo cerrarse, porque no soportaba la severa expresión en su rostro. Me puse en pie e intenté llegar a él, sin embargo, mis piernas fallaron tan pronto di el primer paso. Eros me sostuvo justo antes de estrellarme contra el suelo.

Sin decir nada, me recogió como si fuese una niña, y se sentó en la cama conmigo en brazos. Me dejé consentir, apoyando mi cabeza en su hombro, disfrutando de su calor y de su aroma.

—Soy tan ridícula —suspiré—. Todo lo que hago me sale mal, siempre encuentro una manera de arruinarlo todo.

Incluso en ese momento, mis instintos más básicos pedían alcohol. Cerré los ojos e inspiré profundamente.

—Y de algún modo acabas consolándome.

—Shh... —susurró, mientras acariciaba mi cabeza—. No te martirices, descansa y mañana te sentirás mejor.

—La vida apesta —murmuré. Cálidas lágrimas brotaron de mis ojos. Pero ya no lloraba solo porque caí al Inframundo, sino por todos los problemas que pesaban sobre mis hombros. Era un efecto secundario de la tristeza: cuando una cosa me aplastaba, todas las demás caían sobre mí, haciendo insoportable la presión.

Por lo general, la idea de que otra persona viera mis debilidades me resultaba insoportable, pero esta vez no me importó. Quizá, porque por primera vez en mucho tiempo me sentí protegida. Había alguien sosteniendo el frágil pedestal que me mantenía en pie.

Me quedé dormida entre sollozos, lanzando todo tipo de maldiciones al mundo, y sintiéndome horriblemente torpe por mezclar todas mis emociones. Lo último que recuerdo haber balbuceado fue una disculpa, y una frase de despedida llegó a mis oídos antes de ceder al sueño.

¿Qué es el amor si no está contigo en tus peores momentos?



Las quejas de mi hermana me sacaron de la cama temprano a la mañana siguiente.

—¡Elizabeth! ¡Despierta de una vez!

—Déjame dormir —supliqué, cubriendo mi rostro con la almohada.

—No es mi culpa que tengas resaca por beber toda la noche —acusó.

—Anoche no bebí.

Aunque la sensación de agotamiento era bastante similar.

—¿Y esperas que te crea? Sé que escondes las botellas y para bebértelas sin que nadie te vea —repuso—. Ahora despierta, tenemos que ir a clase.

—Anoche no bebí —repetí.

—Sí, claro.

Jane retiró las sábanas violentamente, dejándome al descubierto. Extrañaba los días en que mi hermana mayor estaba enfadada y no se preocupaba por mí.

Resignada, salí de la cama y me preparé para ir a la universidad. Victor nos recogió en la entrada e hizo algunas insoportables bromas sobre nuestra reconciliación. No le presté atención, y pasé de largo a mi salón mientras los novios se despedían.

¿Cómo podían ser tan empalagosos? Jamás lo entendería.

Me encontré con Fran en la entrada y me alivió estar con alguien que no me recordara mi

terrible noche en el Inframundo, aunque esa persona fuera la descendiente de un dios griego.

—Ayer me llamaste, y luego no volviste a dar señales de vida —comentó. Podría decirse que en ese momento miré al cielo por inspiración.

—¡Ay, Fran! Ni siquiera sé por dónde comenzar —suspiré.

Tenía un problema. O más bien, tenía muchos problemas, pero podía intentar resolverlos uno a uno, antes que me sobrepasaran.

Después de clase intenté resumirle mis aventuras con Hades y su mascota, usando la mayor cantidad de descripciones posibles, de modo que Fran pudiese visualizar cada uno de los acontecimientos en su cabeza. Ella se limitó a asentir en silencio y sus ojos se iluminaban cada vez que salía a la luz algún detalle interesante.

—Anda, no llores. Si el dios estaba bueno, no es pecado —dijo Fran.

—Y eso no es todo —gemí. Proseguí a contarle lo que había sucedido en la fiesta de aniversario, le detallé la confesión de Eros, la aparición de Artemisa, e incluso le dije que nos habíamos besado en el campus.

Cuando terminé, mi amiga estaba pálida.

—Bien, Liz... sé que suelo ser muy comprensiva, pero mi capacidad para digerir información tiene un límite, sobre todo si se trata de algo tan impactante —contestó.

No respondí, y hundí la cabeza en mi escritorio.

—Anda, no te pongas así —dijo Fran—. En teoría, Eros y tú solo compartieron un beso. Igual que con Hades. Bueno, en realidad llevan tres, pero no es como que lo hayas engañado ni nada. Ustedes solo... firmaron un contrato. ¡Eso es! Igual que en una relación de trabajo donde uno se enamora del otro, pero mientras no le des una respuesta, sigues siendo libre de besar a quien quieras.

—Eso ya lo sé, sino me sentiría mucho peor —respondí—. Es solo que cuando pasan estas cosas me siento muy tonta.

Fran acarició mi cabeza delicadamente.

—No, no eres tonta. Solo tienes mala suerte en estos asuntos, o quizás mucha suerte, dependiendo desde donde se mire.

—¿Desde cuándo esto es suerte?

—Desde que ya has besado a dos dioses griegos, y uno está aquí mirando como preparan las pizzas.

Su comentario logró hacerme reír.

Sí, aquí estoy yo, la persona más afortunada del mundo hundiéndose en una miseria sin sentido.

—Tú también tienes muchos admiradores —señalé.

—¿Y cómo no? Tengo la sangre de Apolo en mis venas —respondió—, y mi mejor amiga decidió flechar a todo el mundo conmigo semanas atrás.

El problema con Fran era ese. Ella era muy bonita, demasiado. Tanto que le costaba trabajo hacer amigas, ya que siempre le jugaban malas pasadas por envidia. Mientras que yo, lejos de sentirme mal, su belleza despertaba mi admiración. Además, desde que descubrí el motivo, me había resignado a la idea de que había algo sobrenatural en su perfecto rostro y su cuerpo bien formado, de modo que sería inútil buscarle defectos físicos.

Estábamos en edad de madurar, pero seguíamos siendo infantiles en muchos aspectos. Por eso, en nuestro selecto grupo solo estábamos ella, Ann, quien era demasiado correcta como para hacerle una broma pesada; Sandra, a quien jamás le ha interesado hacerle zancadillas a otra mujer; Agnes, nuestra profesora de arquería, quien era demasiado tímida y honesta para esas cosas y yo.

Victor, Nick y Agus terminaron formando parte del grupo por mero añadido. Mientras yo divagaba, Fran arrugó la nariz, como si algo realmente apestara dentro del salón. Sin embargo, para mí todo olía normal.

—¿Qué sucede? —inquirí.

—Me pregunto qué pasó con Psique.

—¿Y esa quién es?

Estaba en un punto donde ya no soportaba más dioses metidos en mi vida.

—Nunca leíste nada sobre mitología griega, ¿verdad?

—Nunca me interesó —me lamenté, probablemente ya era hora de que adquiriera nuevos intereses.

—Anda, Liz. Apuesto a que el nombre te suena familiar.

Busqué en los rincones más olvidados de mi cerebro, pero no hallé ni una sola referencia a Psique.

—¿Me das una pista? —pregunté.

—Es griega.

Bufé.

—Gracias por el dato —respondí con ironía. Psique. Diosa griega. Probablemente con unos miles de años de edad. No muchas personas caían dentro de aquella descripción.

De pronto sentí un clic en mi cerebro.

—¡La novia de Eros! —exclamé.

—No era tan difícil —comentó Fran—. Siguiendo pregunta: ¿qué le pasó?

Me cubrí la boca con ambas manos, intentando mantener a raya mis propias emociones, pero era imposible contenerme.

—¡Oh, Dios! No lo sé.

—Deberías...

—¡Ya lo sé! —grité—. Ese maldito infeliz. Lo voy a ahorcar en cuanto lo vea. ¡¿Cómo pudo ocultarme algo tan importante?!

—No lo sé, tampoco es como si los dioses griegos fueran muy fieles en sus relaciones. ¿Has escuchado hablar de Zeus?

Mala comparación.

—¿Quieres callarte? —exigí furiosa.

Zeus era el típico magnate todopoderoso que se acostaba con cualquier mujer que se le pasara por delante, o al menos así me lo imaginaba. Y su esposa no hacía nada por impedirlo.

¡Maldición! ¡Su esposa era su hermana!

No podía imaginar algo más asqueroso.

—¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio! —repetí incansablemente.

—Espera, Liz. Vas a provocar su ira, igual que la última vez, y te obligará a formar clichés para entretenerlo —replicó Fran.

Un pensamiento racional se cruzó en medio de mi ira.

—¡Eso es! —exclamé, sintiéndome estúpida por no haberlo pensado antes—. Necesitamos un lugar privado.

—Estamos en la universidad, aquí eso no existe.

—Exactamente ese es el motivo por el que necesitamos privacidad.



El baño.

Sí, ese era el mejor sitio en el que pudimos pensar. Por lo menos cumplía con la definición de privacidad a la perfección. Fran me miraba como si estuviera frente a una loca, pero yo entendía mi plan.

Tomé aire y junté toda a la rabia que tenía contenida, la cual no se había disipado ni un poco en el camino.

—¡Estúpido dios mentiroso! Ven ahora mismo, donde quiera que estés —esperé a que algo sucediera, pero todo continuó igual—. ¡Escúchame bien, malnacido! Mueve tu celestial trasero y aparece en este mismo instante o vas a sentir lo que es recibir una de tus flechas justo donde no te llega la luz.

—Liz, no está funcionando —dijo Fran. En ese momento, una chica entró al baño, arruinando mi perfecto plan.

—De acuerdo, vámonos —contesté—, parece que hoy está muy ocupado para responder a mis gritos. Ojalá hubiera estado igual de ocupado el día en que decidí conocerme.

Abrí la puerta, y me callé instantáneamente al reconocer a la persona que se encontraba apoyada contra la pared opuesta del pasillo.

—¿Qué estás haciendo aquí?!

—Funcionó —musitó Fran, sorprendida.

—Tú me llamaste —respondió—. Aunque un simple “oye Eros, ven aquí” habría bastado. No tenías que esforzarte tanto.

—¡No me jodas! Estuve veinte minutos gritando dentro del baño.

—¿En serio esperabas que apareciera en el baño de chicas?

Odiaba que me dejara sin respuesta, pero su argumento tenía sentido.

—Creo que mejor los dejo solos —dijo Fran, despidiéndonos con la mano—. Un placer verte, Eros. Luego hablamos, Liz, no grites para buscarme, solo llámame... al móvil.

Mi amiga se alejó hasta desaparecer del solitario pasillo. A esas horas, la mayoría de los estudiantes estaban almorzando.

—¿Quieres hacer algo suicida e irresponsable? —preguntó Eros, repentinamente.

—¿De qué estás...?

No alcancé a terminar la frase cuando él agarró mi mano y me empujó hasta la escalera de emergencia, que descendía por las paredes exteriores del edificio.

Cabe mencionar que estábamos en un cuarto piso.

Entendí sus intenciones demasiado tarde. Ni siquiera me di cuenta en qué momento me tomó y saltó conmigo sobre la baranda, dejándonos caer al vacío.

Cerré los ojos con fuerza y un horrible grito salió de mi garganta. Mis manos se aferraron a su ropa y acerqué mi cuerpo al suyo, sintiendo el viento golpear mi rostro, sin un suelo firme que me sostuviera. Sólo una caída que se extendió más de lo necesario.

Cuando volví a abrir los ojos, no había ni rastro de la fachada blanquecina de mi facultad, sino que me encontré en un colorido prado.

Eros me bajó, dándome la oportunidad de apreciar el lugar con detenimiento. Al posar mis pies sobre la hierba, primero tuve miedo de que éstos atravesaran el suelo como si se tratara de un sueño surrealista. Mis miedos se esfumaron tan pronto como di un par de pasos, comprobando que estaba sobre tierra firme.

Escudriñé el paisaje detenidamente, buscando orientarme. Las flores silvestres crecían aleatoriamente entre el pasto, los frondosos arbustos nos rodeaban con sus hojas, y el cielo se extendía sobre nuestras cabezas, sin una sola nube que lo decorara. Por alguna razón, todo me

parecía extrañamente familiar, pero la idea que tenía en mente resultaba demasiado abrumadora como aceptarla sin más.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En teoría, en tu casa —respondió, confirmando mis sospechas. Conocía cada tramo de mi campo, podía reconocerlo incluso en una fotografía.

—¿Por qué me trajiste hasta aquí? ¿Cómo se supone que vamos a volver?

—Necesitaba un poco de privacidad y me pareció un buen lugar.

Privacidad.

Esa palabra daba vergüenza.

—¿Y cómo le explico a mi madre que aparecí de la nada? —pregunté.

—Tu madre ni siquiera va a enterarse, volveremos antes que se dé cuenta.

Comprendí que íbamos a utilizar el mismo mecanismo suicida e irresponsable para volver. Mi estómago se contrajo solo de pensarlo. Pero a la vez, éste era el momento perfecto para aclarar ciertos puntos, así que me crucé de brazos y me paré frente a él, demostrando una actitud segura.

VEINTISEIS



—¿Quién es Psique? —interrogué.

Quería ir directa al grano, pero tan pronto escupí la pregunta me di cuenta de lo mal formulada que estaba.

—¿No lo sabes? —preguntó Eros, levantando una ceja, incrédulo.

—Bueno, sí lo sé. Pero no entiendo nada.

No sabía qué más agregar. No entendía nada, por lo que cualquier información de su paradero sería bien recibida. ¿Acaso rompieron? ¿Se habían divorciado? No quería preguntar, prefería que él mismo hablara, sin necesidad de insistir el tema.

Eros miró al cielo, permitiéndome un momento para apreciar su figura sin culpas. Era tan guapo que parecía irreal, y me recordé a mí misma que ni siquiera era humano. Me resultaba difícil asimilar su parte divina cuando insistía en comportarse como un chiquillo la mayor parte del tiempo.

Lo que sí resultaba bastante fácil era darse cuenta que los griegos no exageraban cuando describían a sus dioses como poseedores de una gran belleza.

Cuando Eros volvió a centrar su atención en mí, la seriedad que había en su expresión me sorprendió. Parecía otra persona.

—Psique murió —confesó al fin.

Todas mis palabras de consuelo murieron en ese momento. Estaba lista para que me dijera que su novia lo había traicionado, que se había ido con otro, o que habían tenido diferencias irreconciliables. Incluso estaba preparada para escuchar que Zeus la había maldecido, que se la había tragado un río, o que se convirtió en un cangrejo. Todo era posible para mí, después de enterarme que la chica de Apolo se había transformado en un árbol.

Todo, salvo una cosa. Jamás esperé escuchar que había fallecido.

—Creía que los dioses no podían morir —musité. Era lo peor que podía decir en un momento así, pero fue todo lo que logré hilar de un modo coherente en mi cabeza.

—Y así es, pero Psique recibió su inmortalidad como un regalo de Zeus, solo bastó que renunciara a ella un día para que otra persona tomara partido.

Todavía me negaba a aceptarlo.

—Pero... no tiene sentido. No soy una experta, pero no recuerdo haber leído algo así.

—Nuestra historia dejó de escribirse hace mucho tiempo —explicó—. Los humanos ya no son conscientes de lo que hacemos. Podemos lanzar maldiciones sin que nadie se entere, casarnos o ser infieles, nuestra vida ya no forma parte de la farándula griega. Y aun cuando lo fuese, no esperarías que se enteraran de todo.

Eros dio un paso hacia adelante para alcanzarme, pero yo retrocedí, incapaz de asimilar la noticia.

Quería preguntar qué le había sucedido, pero no encontraba las palabras. Me sentí un poco estúpida por quedarme boquiabierta en un momento tan crítico, pero creo que hasta me había olvidado de respirar. Las ondas eléctricas que corrían por mi cerebro se habían congelado, deteniendo mi capacidad de razonar.

Hasta que un pequeño circuito volvió a la vida. Sentí como si una bomba nuclear estallara dentro de mi cabeza y finalmente, fui capaz de encajar las piezas.

—Fue Artemisa —susurré.

—Ella nunca antes había intercedido por su hermano, pero esta vez fue él mismo quien solicitó su ayuda. No quería que yo tuviera lo que le había arrebatado.

—¡Pero Dafne no lo amaba! —exclamé.

—Y Artemisa no tiene poder sobre la pasión y el amor, pero actuaron de todos modos —respondió.

Definitivamente, Eros estaba en guerra con los mellizos.

—Ella es la diosa de la caza —recordé.

—Y de la fertilidad y los partos —agregó Eros—. Por eso no pude impedirlo. Psique estaba embarazada —guardó silencio y se armó de valor antes de continuar—. Esperaron décadas para poder llevar a cabo su propia venganza. En aquellos tiempos su culto estaba mucho más extendido que el de Psique, así que tenía más fuerza, y su jurisdicción era mayor. Era un castigo que Artemisa solía imponer en sus tiempos, mataba a las mujeres al momento de dar a luz. Pero ni sus poderes combinados eran superiores a los de su padre, por lo que no podían arrebatarle la inmortalidad.

»La atormentaron durante todo el embarazo. Apolo se encargó de deteriorar su salud lo suficiente, como el encargado de la medicina y las plagas y su hermana le lanzó una maldición: su alma inmortal jamás podría dar vida a otra. Desesperada, Psique le pidió a Zeus que la volviera mortal la noche del alumbramiento, y cuando se le concedió su deseo, Artemisa cayó sobre ella.

Mi corazón se quebró en ese momento.

No podía dar crédito a lo que acababa de oír, me habría gustado que hubiese una manera de arrancar la información de mi cerebro tal como había entrado, pero era imposible. Y la verdad calaba directamente en mi corazón.

Extrañé la botella de vodka que tenía bajo mi cama.

Era pésima consolando a la gente. En realidad, ni siquiera podía lidiar con mis propias emociones, mucho menos con la del resto. Para eso estaba el alcohol, la estúpida bebida depresora.

Sin embargo, al ver a Eros tan destrozado, tan vulnerable, exponiendo su pasado, con sus penas al descubierto, no quise permanecer de pie al igual que una idiota, a tantos pasos de distancia, como si quisiera mantenerme al margen de sus heridas. Porque me importaba, aunque no quisiera admitirlo en voz alta.

Me importaba su dolor, y me habría gustado ser un poco más poderosa para poder hacer algo al respecto.

Me costaba asimilar que una venganza sin sentido hubiera acabado con la vida de una persona —diosa o no—, Artemisa había destruido una familia, separó eternamente a dos personas que se amaban, y le había arrebatado a un niño el derecho de tener una madre a causa de su resentimiento. Era imperdonable.

—Eros... —dije, sin embargo, fui incapaz de continuar, porque no encontraba las palabras adecuadas.

—Han pasado siglos, pero todavía aguardo que Psique se reincarne entre los humanos —comentó Eros—. Nuestra hija también la espera, es una joven muy hermosa.

Trataba de sonar despreocupado, pero el dolor era evidente en su mirada. Ya lo conocía, éste no era el dios divertido e imprudente que había aparecido para darme el dolor de cabeza más grande de mi vida.

Crucé el espacio que nos separaba, dando pasos lentos y temblorosos. Mis piernas dudaban sobre acercarse, no porque tuviera miedo, ni porque fuera indiferente a su verdad, sino porque no

sabía qué hacer con esta confesión.

Mientras recorría los metros que nos separaban, las palabras se escaparon de mi boca antes siquiera de pensarlas.

—No fue tu culpa, tú amabas a tu familia. No me cabe duda que hiciste todo lo posible por salvarla pero, al parecer, hasta los dioses tienen limitaciones.

Hice una pausa para preguntarme qué estaba diciendo, pero continué hablando sin pensar

—Me cuesta imaginar lo que estás sintiendo ahora mismo, y aunque paso la mayor parte del tiempo quejándome de tu existencia, eres responsable de la mayoría de las cosas divertidas que me han pasado últimamente, así que si necesitas dejar salir todo lo que has estado conteniendo durante siglos, puedes apoyarte a mí, aunque solo sea una simple humana.

Me quedé frente a él, y sin dudar, dejé que mis brazos rodearan su cintura. Él también me abrazó, apoyando su cabeza en mi hombro y apretándome con fuerza, como si fuera a desvanecerme.

—No eres una simple humana, Lizzie —respondió.

Quería decirle que no iba a irme, que me quedaría a su lado. Más allá del hecho de que no tenía opción, ya que no podía volver a casa sola. Sin embargo, guardé silencio, escuchando el ritmo irregular de su respiración y sintiendo la protección que me brindaban sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Me reconfortaba, lo que es estúpido, porque se suponía que yo lo estaba consolando a él. Pero también era cierto que necesitaba algo que me sostuviera tras escuchar semejante revelación.

Solo había tres palabras merodeando en mi cabeza. Psique. Bebé. Muerte. Y la conjunción de las tres resultaba en una verdad tan abrumadora que me costaba trabajo digerirla. Ni siquiera podía imaginar lo mucho que debió haber sufrido Eros, todos estos años en soledad. ¿Cómo lo hacía para seguir sonriendo? Repasé mentalmente todos mis encuentros con él y la mayoría del tiempo lo recordaba feliz, con una sonrisa juguetona atravesando su rostro, mientras gustaba alguna que otra broma de mal gusto.

Ciertamente, había sonrisas sinceras que ocultaban historias terribles.

—Por eso vagas entre los humanos —concluí—, buscas a alguien que pueda ver las almas gemelas al igual que ella, es la única manera de cumplir el trato —aunque no habló, bastó ver su expresión para llevarme una respuesta afirmativa—. ¿Pero cuál es la probabilidad de que vuelva a nacer humana? Hasta donde sé, puede reencarnar como un hombre, o incluso un animal.

—No para nosotros —contestó—. Y aún si fuera hombre, no me molestaría. La homosexualidad en Grecia no era vista como en estos tiempos.

—Pero... —me detuve para acallar los latidos de mi corazón antes de formular la pregunta que me torturaba—. ¿Qué hay de lo que me dijiste ese día, en la fiesta de aniversario, antes que apareciera Artemisa?

—¿Cuándo te dije que estaba enamorado de ti? —preguntó con una naturalidad pasmosa, pese a que mis mejillas se encendieron solo con escucharlo—. No me arrepiento de una sola palabra.

—¿Y Psique?

—Ni siquiera has hecho un esfuerzo. Hace unas semanas ni siquiera podías acertar una flecha —repuso.

Eso explicaba el acuerdo, solo alguien con los poderes de Psique podría unir a los enamorados sin causar un desequilibrio. Ese era el motivo que había impulsado a Eros a ofrecerme el trato, a mí y a todos los que habían caído en su trampa. Nos estaba probando.

—Eso no cambia nada, sigo siendo el peor Cupido que la humanidad ha conocido. No voy a ilusionarme otra vez para que luego aparezca la verdadera y me hagas a un lado —repliqué.

Quizás no era el mejor momento, pero con él era fácil manifestar mis miedos, y la idea de acabar con el corazón roto otra vez me aterraba.

Eros se separó ligeramente, lo suficiente como para tomar mi rostro entre sus manos y mirarme con los ojos húmedos.

—Aunque no creas en ti, yo sí creo en lo que siento —declaró—. Cuando estuve en el Olimpo busqué a Hera, ya que ella podría ayudarnos. Podemos convencer a Zeus para que te dé la inmortalidad.

Esa última palabra me golpeó con tanta fuerza que retrocedí, como si la propuesta me hubiera ofendido.

—¿Es una broma? Me paso la mayor parte del tiempo deseando desaparecer. Ni siquiera soy capaz de encontrarle sentido a mi propia vida, y me dices que quieres volverme inmortal. No, no quiero la inmortalidad.

Guardé silencio, esperando no haberlo herido, pero ya era tarde. Decir que deseaba morir era ser demasiado dramática, pero la verdad era que no podría soportar la eternidad, si cada día me convencía aún más de que mi vidaapestaba.

Me sentí estúpida. Segundos atrás había intentado consolarlo, pero ahora no hacía más que apartarme. Lamentablemente me resultaba inevitable, pues no podía ir en contra de mis propios sentimientos. Estaba demasiado sumida en la tristeza como para apreciar la vida en plenitud.

El dolor en su expresión me golpeó con fuerza, y me di cuenta que no quería seguir haciéndole daño. Por primera vez entendí cuál era el problema conmigo y por qué siempre que intentaba mantener una relación con alguien, ésta fracasaba.

Una persona que no se ama a sí misma es incapaz de dar amor a los demás. Yo estaba demasiado destrozada, ya no me quedaban fuerzas para luchar. Y así, solo podía causar dolor a quien intentara quedarse a mi lado.

Por eso tampoco podía formar las dichosas parejas que el dios del amor me había encargado. Mis manos no podían transmitir un sentimiento que ni siquiera reservaba para mí misma. Mi corazón era como un niño desnutrido, maltratado, carente de afecto. Cual mendigo, suplicaba por cariño. Cual náufrago, sediento y hambriento, soñaba con el día en que alguien extendiera su mano para sacarlo de una isla de desdicha. Pero el problema con quienes vamos a la deriva en la vida, es que no podremos ser salvados hasta estar listos.

Y yo no lo estaba.

No quería ser un peso muerto para Eros, quien aún derramaba lágrimas sobre la tumba de su esposa.

Y sobre todo, no quería entregarme sabiendo que mi corazón era frágil, y podía quebrarse al más mínimo roce. Si Psique regresaba, iba a quedar a un lado en toda esta historia, como un triste interludio en medio de una hermosa melodía. No sería nada más.

—Creo que es mejor que nos separemos —murmuré. El dios del amor me miró con incredulidad.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó con tristeza. Sentí como si unas cadenas oprimieran mi pecho al ver la intensidad con la que sus ojos me miraban. Estuvieron a punto de dejarme sin voz. Y fue ese “casi” el que marcó nuestros destinos.

—Sí —respondí tajante—. Quiero que te vayas, y me dejes. Nos volveremos a ver cuando complete mi parte del trato.



Era curioso que uno de los deseos más oscuros de la humanidad sea obtener la vida eterna. A mí me la acababan de ofrecer en bandeja, y estaba aquí, sentada en la acera, a unas calles de mi edificio, emborrachándome. Había comprado la cerveza en una licorería cercana, y ni siquiera fui capaz de llegar a mi casa antes de abrirla.

Era tan patética.

Me resultaba absurdo que una persona tan inútil como yo estuviera reviviendo una vieja discordia entre dioses.

Di un largo sorbo a mi cerveza y cerré los ojos para no tener que ver la luna sobre mi cabeza. Era tarde y no tenía deseos de volver a mi casa, necesitaba la fría brisa golpeando mis mejillas para sentirme un poco más viva.

En el fondo, tenía ganas de ir y decirle a Eros que podríamos intentarlo. Pero inmediatamente venía la siguiente pregunta, ¿realmente teníamos un futuro juntos? Entendía que todas las parejas puedan cuestionarse su futuro en algún momento, pero lo mío era un poco más complejo. Para empezar, uno de los dos era inmortal y el otro no. Sí, era cierto que Eros había encontrado una solución a ese problema, pero seguía sin ser fácil. Tenía miedo de lo que sucedería después, cuando la verdadera Psique regresara a este mundo. ¿Entonces qué? ¿Me haría a un lado sin pensar en mis sentimientos? Mi corazón acabaría roto, quizás, para toda la eternidad. Y no podría soportarlo.

Aunque él creía que yo era la reencarnación de su esposa, estaba segura que no era así. Es decir, una diosa no volvería a nacer como una chica tan patética. Si yo fuera una diosa, buscaría algo mejor para mi segunda vida. Y tendría un mejor ojo para formar parejas, considerando que regía sobre las almas gemelas. Lo único que era capaz de unir era un pan y una rebanada de queso. Iban de maravilla juntos.

Sin mencionar que Artemisa me acechaba. No iba a dejarme ir tan fácilmente. No, mientras Eros albergara esa confusión en su corazón. Lo único que me mantenía a salvo era la incertidumbre. No había garantía de que fuera Psique y tampoco había hecho un intento por ocupar su lugar en el panteón griego. De lo contrario, mi débil humanidad no sería rival para ella. Su venganza debía ser completa y absoluta. Por otro lado, los deseos asesinos de Apolo parecían más tranquilos, quizás porque le había entregado la flecha de la redención.

Aunque también existía una alta probabilidad de que estuviera volviéndome loca, o que el alcohol me estuviera causando delirios. En realidad, necesitaba algo más fuerte para conseguir alucinaciones, pero no quería añadir otro vicio a la lista.

Me puse en pie y arrojé con fuerza la botella. El cristal chocó contra un muro y se quebró en cientos de pequeños pedazos que se esparcieron por el asfalto, dejando una insignificante mancha en la pared de cemento.

Contuve un grito, sujetándome la cabeza entre las manos y volví a dejarme caer, escondiendo el rostro entre mis piernas. No sé cuántos minutos pasé en la misma posición, hasta que el sonido de una patrulla me obligó a levantar la cabeza.

La figura menos esperada apareció frente a mí.

—Uno de los vecinos llamó diciendo que había un delincuente fuera de su casa —explicó el padre adoptivo de Fran.

—No soy una delincuente —espeté de vuelta.

—Lo sé, Lizzie —suspiró, dándome a entender que había tenido una larga jornada—. ¿Por qué no te subes y te llevo en la patrulla? Puedes pasar la noche en mi casa si lo necesitas.

Negué con la cabeza, lo último que quería era fastidiar a una familia entera con mis arrebatos infantiles y mi carencia de autocontrol.

—¿Le molestaría llevarme a mi apartamento? —pregunté. El policía asintió comprensivamente.

¿Por qué en el mundo había personas tan buenas y otras tantas que daban asco? Ese señor ni siquiera era el padre biológico de Fran y la había criado como a una verdadera hija. Pero su bondad no se quedaba ahí, sino que también se preocupaba de sus amigas, y del resto de la gente que requería ayuda. Y luego estaba mi padre, Karlos, que era un asco de ser humano.

Subí al coche del policía y me puse el cinturón, él confiscó mis botellas, y no me opuse. Sabía que lo hacía por mi bien, pero no podía evitar pensar que ahí se iban mis últimos ahorros.

—Eres muy joven para perder tu vida en el alcohol —comentó mientras conducía—, conozco instituciones interesadas en ayudar a adolescentes vulnerables, podría darte el número de contacto si quieres. Lo más importante es que reconozcas el problema y te esfuerces en superarlo.

—Admito que tengo un problema con el alcohol. —Me estaba convirtiendo en lo que más odiaba.

—En ese caso, ya tienes la mitad del camino recorrido —respondió—. A la mayoría le cuesta aceptar que sufren alcoholismo, y mientras no lo hagan es muy difícil comenzar el tratamiento. Tú ya eres capaz de enfrentarlo si te lo propones.

Guardé silencio.

Era cierto que no estaba haciendo ningún esfuerzo por sanar, pero tampoco tenía deseos de hacerlo. Mi vida estaba a la deriva, y me conformaba con eso, no quería cambiarlo. Me sentía cómoda dejando que todo se fuera al carajo.

Nos detuvimos frente a mi edificio y me bajé en silencio.

—Lizzie, piensa en lo que te he dicho, tienes gente que te quiere, Fran te adora, y eres muy joven para perderte en una droga. Es muy triste para un policía detener siempre a los mismos muchachos, que son incapaces de dominar su adicción, los mismos rostros con un futuro lleno de posibilidades. No quiero que llegue el día en que seas tú —dijo el papá de Fran, a modo de despedida.

—Lo haré —aseguré, antes de cerrar la puerta de la patrulla y entrar en mi edificio.

Cuando llegué a mi apartamento, lo encontré vacío y concluí de inmediato que Jane estaba en casa de Victor. Los padres de su novio estaban de viaje, no necesitaba más explicaciones.

Me tendí en la cama mirando el cielo, y pensando en lo miserable que me sentía. Entonces llegué a una conclusión desalentadora. Intentaría dejarlo si tan solo sintiera que mi vida valía la pena, pero en ese preciso momento, no podía pensar en un motivo que me hiciera sentir que realmente lo merecía. Todo era oscuridad, y por más que intentaba levantarme el ánimo, el sol jamás parecía brillar para mí, y eso provocaba que me hundiera aún más en la penumbra.

Y solo había un modo de salvarme.

Busqué mi móvil y marqué el número de mi casa en el campo.

—Mamá, no quiero seguir ocultándole a Jane el tipo de persona que es su padre. Ella merece saber lo que realmente sucedió —expuse, tan pronto contestó.

—¡Lizzie! —exclamó sorprendida, pero se recompuso con rapidez—. No, eso la haría sufrir demasiado. Es mejor que no lo sepa.

—La haría sufrir demasiado —repetí—. ¿Y qué hay de mí?

Ella dudó.

—Nadie nos creería, y lo sabes —suspiró—. Si el padre de Henry no hubiese puesto la primera denuncia, jamás nos habrían tomado en cuenta. Ya viste que cuando la policía descubrió que no había cargos anteriores, le restaron importancia, dijeron que solo fue una discusión de pareja que se había salido de control.

Resoplé frustrada. Mi figura paterna era una mierda.

—¿Por qué dejas que mi hermana viva un cuento de hadas que no existe y me dejas a mí soportando la mentira? ¿Crees que Jane no se daba cuenta de los golpes que te propinaba cada vez que se enfadaba? ¡No es tan estúpida! Ella lo sabía tan bien como yo —repliqué—. No podemos seguir así.

Amaya aún quería conservar las apariencias. Quería que Jane y yo tuviésemos una imagen paterna, y sobre todo, seguía demasiado asustada como para hablar. Usar mi reputación no era más que una tonta excusa para seguir escondida. Ni siquiera su hermano, le había creído en las dos oportunidades en que trató de decírselo. ¿Por qué la gente estaba tan ciega?

Todavía recordaba las palabras de mi tío el día en que me pasé por la cocina solo para escuchar la discusión que estaban teniendo. «Es normal que los hombres beban cerveza, no tienes que hacer un drama por eso», le dijo.

¿Desde cuándo normalizar un problema era parte de la solución? Era cierto: el sistema era un asco y no protegía a las víctimas, pero Jane nos creería, porque ella también lo vivió, solo que se fue antes que todo empeorara. Estuve a punto de recordarle que yo había sido quien defendió su vida, a costa de mi propia cordura, pero preferí omitirlo y fue ella quien se encargó de traerlo a colación.

—Hija, soporté a tu padre durante años, porque quería que ustedes tuvieran una figura paterna en casa, y ahora voy a guardar el secreto para que nadie crea que eres una asesina.

—No lo soy —repliqué de inmediato.

—Es tu padre, los hijos no amenazan a sus padres.

Sí, y los hombres tampoco amenazan a sus mujeres. Lamentablemente, por más que tratara de esconderlo, todo había sido real. El maldito rifle había sido real, el disparo, los gritos. Todo era tan dolorosamente cierto. En ese momento, sólo quería pedirle a mi madre que me protegiera. No obstante, fui cobarde, y ni siquiera tenía el valor de decirlo. Aunque de haberlo hecho, quizás tampoco habría importado.

—Tal vez deberías ir a ver a un profesional, para que te ayude. No es bueno que bebas tanto, Jane me ha dicho...

—No necesito a nadie —corté, colgando la llamada.

Llámenme mal educada o irrespetuosa, pero no confiaba en lo que podría llegar a decir, y no quería llegar a un punto donde ambas nos hiciéramos daño.

La pantalla de mi teléfono se tornó oscura, y cálidas lágrimas humedecieron mis mejillas. Contuve mis sollozos, dirigiendo una mirada al cielo, y preguntándome si había un poco de felicidad para mí en esta tierra.

Como si mis manos tuvieran vida propia, busqué la botella de ron que tenía escondida bajo la cama y caminé hasta la cocina, en busca de la coca cola para crear la mezcla.

Me eché a reír sin causa aparente, pero era agradable. Era exactamente lo que buscaba. Una sonrisa, un gesto de alegría, por más ridículo o forzado que fuese. Puse música en mi teléfono y comencé a cantar, mientras me movía por todo el apartamento, con el vaso en mi mano, sintiéndome como una auténtica cantante.

Este nivel euforia solo podía sentirlo cuando adormecía mis sentidos.

La bebida se acabó antes que el alcohol, de modo que tuve que beberme el ron sin ningún acompañamiento. El calor subió a mis mejillas, y no fui consciente del temblor en mis manos, hasta que la botella de vidrio se estrelló contra el suelo.

Cualquiera a mi lado habría escuchado el característico sonido del cristal rompiéndose, pero para mí fue idéntico a un disparo.

—No, no, no —gemí, aturdida. Necesitaba callarlo. No quería recordar ese acontecimiento de mi historia, no cuando me sentía tan frágil.

En la alacena, detrás de un montón de cereales y leche, había otra botella. Mi garganta se secó, lo que me hizo beber aún más, buscando hidratarme en vano. Un sabor ácido subió por mi garganta, y de pronto me encontré apoyada sobre el fregadero, vomitando lo que ni siquiera sabía que había ingerido.

Me sentía tan asquerosa. ¿Realmente valía la pena luchar por una chica como yo? Era una pobre niña de campo a la que se le ocurrió venir a la ciudad, una ciudad donde ni siquiera se sentía cómoda. Mi padre era la persona que más odiaba en el mundo. Me había enamorado del novio de mi hermana y sin querer, me metí en un lío de romances y venganzas entre dioses griegos. Mi vida no podía ser más absurda, cualquiera me habría tachado de loca sin pensarlo.

¿Valía el tiempo de un psicólogo o de quien sea que escuchara mis penas?

Y la primera respuesta a la que llegué fue negativa. Volví a cantar, mientras daba vueltas por la cocina, buscando en el resto de mis escondites. Hasta que lo único que encontré fue el dinero para las compras del supermercado.

Fui consciente de lo mucho que me costaba mantenerme en pie, pero mis sentidos estaban demasiado adormilados como para pensar en el peligro. Ni siquiera sabía si había algo ocupando mi cabeza en ese momento. Reí por lo absurdo de la situación.

Abrí la puerta, y se me cayeron las llaves del apartamento.

—La recogeré a la vuelta —anuncié, arrastrando las palabras. No había un trecho demasiado largo entre la tienda y el edificio donde vivía, la puerta podía esperar a que regresara.

Toqué los botones del ascensor y al ver que no subía, golpeé las compuestas metálicas, hasta que recordé que estaba en mantenimiento. No me quedó de otra más que dirigirme a la escalera de emergencia.

—Como fastidian —suspiré—. Voy a golpear al idiota que arruinó el ascensor. No, peor aún, voy a enterrarle una flecha.

Mi venganza sería dulce.

Llegué hasta los empinados escalones y en cuanto los vi, una sensación de malestar me invadió. ¿En qué piso se supone que vivía? Bueno, tendría que averiguarlo de camino. Tambaleándome, apoyé mis manos en la baranda e hice un esfuerzo por bajar.

De pronto, el suelo se vino contra mi rostro, y todo se volvió negro. Sólo sentí dolor, y en un intento por apaciguar mi agonía, me entregué a la oscuridad.

VEINTISIETE



Cuando abrí los ojos, me encontré en una habitación oscura. Era incapaz ver más allá de mi propia nariz y no estaba segura de lo que las sombras ocultaban. No podía recordar lo último que había estado haciendo, y la cabeza me daba suficientes vueltas como para bloquear mis recuerdos.

Intenté incorporarme, pero me resultó imposible. Mi cerebro desconocía mi cuerpo. Entonces, una voz familiar llegó a mis oídos, y me preparé para lo peor.

—Sabía que vendrías tarde o temprano, pero nunca esperé que fueses tú quién se arrojara voluntariamente —dijo Hades—. Mis apuestas estaban puestas en Artemisa.

Me concentré en reconectar mi sentido motor con los respectivos músculos y me sorprendí de su ligereza, en contraste con la pesadez de mi cabeza.

—¿Cómo bajé esta vez? —pregunté. Sentí mi voz extraña, como si hiciera eco en las paredes.

—Te dio un coma etílico y creo que te caíste de la escalera —explicó—. Lo siento, no estaba ahí, así que no puedo decirte cómo fue.

Intenté recordar, y la única imagen que logré recuperar fue mi rostro chocando contra los escalones.

Solo quedaba una pregunta por hacer, y era tan aterradora, que se quedó atrapada en mi garganta. A pesar de que, a juzgar por la expresión de Hades, él estaba esperando oírla.

—¿Estoy muerta?

Una sonrisa maliciosa se formó en sus labios. Se acercó lentamente, y acarició algunos mechones que caían sobre mis hombros. Habían vuelto a ser rubios. La última vez que me miré al espejo, eran rojos.

—No, cariño, lamentablemente aún no has muerto —expresó—. Pero puedes hacerlo, si quieres. Tu espíritu es tan ligero que fue muy sencillo arrastrarlo hasta aquí, no tienes demasiados deseos de aferrarte a la vida por lo que veo.

La verdad era que, si lo pensaba bien, mi lista de razones para desaparecer de la faz de la tierra era considerablemente larga, y ni siquiera podía pensar en ese pequeño motivo que todavía me mantenía con vida.

—¿Y por qué me trajiste? —interrogué. Se encogió de hombros.

—Hambre te echa de menos.

—Así que le debo la hospitalidad del Inframundo a un perro —concluí, casi sin poder creerlo.

Ni siquiera me di cuenta que había manifestado mis pensamientos en voz alta, pero a Hades no pareció importante, más bien, diría que le hizo gracia.

—A Cancerbero, en realidad —corrigió—. Pero sí, puedes verlo así. Siéntete cómo en casa, todavía recuerdo que te prometí una habitación aquí, lamento que hayas decidido apresurarte tanto en venir, ya que aún no está lista. Sin embargo, puedes pasear por donde te plazca, tal vez así la transición no se hace tan difícil.

Miré las sombras que nos rodeaban.

—¿Y a dónde puedo ir? —enfaticé.

—Oh, donde quieras. Ilumínate con tu luz —contestó.

—¿Qué luz?

—La luz de tu vida, por supuesto.

No comprendí a que se refería hasta que se dio la vuelta, y se fue, dejándome sumida en la

completa oscuridad, salvo por un pequeño resplandor que emanaba de mi propio cuerpo. Era tan tenue que apenas se extendía más allá de mi propia piel.

Éste era mi deseo de vivir.

Caí al suelo y dejé que suaves lágrimas rodaran por mis mejillas. Me sentí tan inestable, tan torpe e inútil, que en lo único que podía refugiarme era entre mis lágrimas.

No podía decir que no lo había intentado. Me levantaba todos los días con la esperanza de que fuera un poco mejor, y no perdía la fe, aunque por la noche me fuese a dormir decepcionada. Cuidé a las personas que quise, aunque no tuviese la fuerza suficiente para cuidarme a mí misma. Siempre hubo un poco de tristeza incluso en los momentos que podía llamar felices, y luché para que no me hiciera caer, no demasiado.

Pero aquí estaba, en el fondo de todo, y no tenía deseos de ponerme en pie. Solo quería acurrucarme en el diminuto espacio que mi espíritu alcanzaba a iluminar, y llorar.

Unos ladridos me alcanzaron, pero no fui capaz de ver al canino sino una vez que lo tuve al lado. Su cuerpo resplandecía con mucha más fuerza que el mío. Realmente los animales eran increíbles: él vivía allí, rodeado de muerte, y aun así estaba lleno de vida.

Extendí mis manos y él se dejó acariciar en silencio. Su consuelo me hizo sentir un poco mejor.

—Debo parecerme muy patética ahora —murmuré, una vez que mis sollozos cesaron. El cachorro me miró como si no me hubiese desvanecido entre lágrimas hace unos minutos. Su rostro me decía que todo estaba bien, y el mío no sabía cómo responder.

—Eres demasiado optimista, amigo.

Me dormí en la penumbra, y desperté envuelta en la misma oscuridad. Debo decir que todo era tan deprimente que, de algún modo, combinaba con mi ánimo. Pese a todo, a mi lado Hambre no se había movido ni un centímetro.

La rutina se repitió tantas veces que perdí la cuenta. Ni siquiera era capaz de distinguir entre el día o la noche. Hubo momentos en que me pregunté si realmente valía la pena seguir en este limbo, quizá solo debía morirme y terminar con todo. Pero pasaba el tiempo, y todavía seguía atada a ese algo desconocido.

En uno de mis despertares, descubrí a alguien más haciéndonos compañía. Se trataba de una bella joven, de cabellos claros, y mirada severa. Su expresión la hacía aparentar más edad, pero un análisis de sus rasgos revelaba que probablemente era menor que yo.

—¿Perséfone? —pregunté.

—¿Hasta cuándo piensas seguir tirada en esa esquina? —interrogó de vuelta. Supongo que no era un placer conocerme.

Me incorporé, intentando parecer un poco más digna, aunque en el fondo no le veía sentido a mi existencia.

—¿Tienes algún problema?

—Detesto a las lloricas —contestó. Supuse que eso era un sí.

—Pues lamento tener una vida de mierda, o haberla tenido. No lo sé.

—Oh, ya veo. Pues discúlpame, pero besaste a mi esposo mientras yo visitaba a mi madre. Supongo que cualquiera se molestaría un poco.

De acuerdo, mensaje recibido. Perséfone tenía un carácter endemoniado, como toda señora del Inframundo y, por supuesto, me odiaba.

Volví a sentarme en el suelo, sin ganas de hacerme la fuerte. No tenía ganas de pelear, y si ella quería quedarse de pie todo el día o toda la noche, pues podía hacerlo. No lograba ver su expresión, pero seguramente era de fastidio.

Recogió las capas de su vestido blanco y se sentó junto a mí.

—Hades a veces se aburre y reparte besos cuando no estoy. No te sientas especial —espetó.

—¿En serio luzco como alguien que se siente especial? Creía que estaba revolcándome en la miseria —respondí. Perséfone siseó, pero al parecer aquel comentario le causó un poco más de gracia.

—Hambre es nuestro Cancerbero más joven —dijo, apuntando a la criatura que no se despegaba de mi lado—. Ellos son animales muy recelosos, se supone que cuidan la entrada al Inframundo. Sin embargo, él se ve muy cómodo a tu lado. Solo hay dos opciones: o será un mal guardián o tú eres muy especial.

—¿Qué tal si nos quedamos con la primera opción? —suspiré. La señora del Inframundo puso los ojos en blanco.

—Supongo que es eso. Ni siquiera sé por qué intenté ser comprensiva contigo —espetó. Iba a levantarse, pero la detuve a último minuto.

—Estoy cómoda aquí —dije—, puedo llorar en paz, y nadie viene a molestarte. Es oscuro, y no soy capaz de ver más allá de mi propia nariz, pero en realidad, allá arriba tampoco podía iluminar mi propio camino. Todo lo que hacía siempre salía mal, odio a mi padre, no soy capaz de enfrentar a mi hermana y mi madre vive asustada. No puedo quererme, así que dudo que alguna vez sea capaz de amar honestamente, y sinceramente, no creo que nadie lllore en mi funeral. He meditado como nunca antes, y todavía no le encuentro sentido a mi vida, pero me siento más tranquila que nunca. ¿Quién sabe? Tal vez en unos días más alcance la iluminación y me convierta en *Buda*. Entonces no tendrás que soportarme más.

No esperaba hacer un discurso tan largo, pero creo que nunca había expresado tan bien mis propios sentimientos.

—No encontrarás paz en este lugar —respondió sencillamente—. No perteneces aquí. Llevo milenios escuchando lamentos de las almas más desdichadas y sé cuándo estoy frente a una persona con toda una vida por delante. Tu mundo está allá arriba, no aquí abajo.

—No eres una señora del Inframundo muy feliz, ¿verdad? —preguté, mi nuevo estado espiritual me hacía más perceptiva a ciertos detalles.

—En realidad, me gustaría que mi madre aceptara de una buena vez mi matrimonio con Hades. Tuvimos que inventarnos un secuestro para que me dejara en paz y aun así, exige mi presencia cada año. Es horrible, porque durante ese tiempo no me deja siquiera enviarle una carta, es el confinamiento absoluto.

Suspiré y apoyé la cabeza en mis rodillas encogidas.

—Yo tampoco entiendo a mi madre —contesté—. Prefiere proteger la imagen de un ex marido abusivo sobre la integridad de su hija menor. Ella dice que lo hace por mi bien, pero no es así, solo me está destruyendo.

Perséfone asintió. Pese a ser incapaz de comprender mi punto, no iba a contradecir una experiencia que no había experimentado. Me agradaba, aunque yo a ella no.

—Creo que la razón por la cual no le encuentras sentido a tu existencia es porque has estado meditando sobre la muerte, deberías pensar en la vida, te dará otra perspectiva —comentó.

—Mi vida es un asco —repliqué.

—Pues piensa en la parte de tu vida que no es un asco.

Grandes consejos de la Reina del Inframundo.

—Gracias, no lo había pensado —espeté. Puso mala cara y materializó un fruto rojizo en su mano.

—¿Has escuchado del matrimonio por raptó? —preguntó. Moví la cabeza en una negativa—. Tonta e ignorante —suspiró—. Es un antiguo ritual para contraer matrimonio: el novio debía

secuestrar a la novia de la casa de su familia, tal como Hades hizo conmigo. Obviamente, todo estaba concertado previamente.

—¿Y cuál es el punto? —inquirí.

—Es una costumbre absurda, con muchas variantes a lo largo del tiempo —continuó—. A veces no era un rapto para casarse, muchas veces los enemigos de un pueblo se llevaban a las mujeres como trofeos, para convertirlas en esclavas o concubinas. O también un secuestro podía ser la única solución para que dos amantes pudieran casarse, huyendo de sus destinos, aunque la sociedad no lo viera así. Como sea, es un acto de violencia que demuestra cuán débiles éramos vistas las mujeres en el pasado, como simples objetos intercambiables. Ahora te vas de esta casa, a esta otra. Pese a todo, los griegos fueron capaces de crear diosas poderosas y fuertes, como Artemisa, Atenea o Afrodita, lo que comprueba que nuestro valor ha existido desde el inicio de los tiempos.

—¿Y ese discurso a qué se debe? —preguté.

—Yo sé lo que pasó con Psique incluso después de su muerte. Ella dejó su divinidad en los Campos Elíseos antes de renacer. Renunció a su inmortalidad para poder salvar a su hija, y se desprendió de sus poderes para volver como humana. Si quieres llegar ahí, debes morir de verdad. —Me entregó la fruta que sostenía—. ¿Quieres saber si realmente eres su reencarnación? La respuesta jamás la encontrarás mientras vivas. Sin embargo, tu lugar no está entre los muertos. Te ofrezco esta granada, al igual que la serpiente le ofreció la manzana a Eva. Dejo la decisión en tus manos.



Jugué con el apetitoso fruto que se deslizaba entre mis dedos. Realmente no tenía hambre, pero su brillo era llamativo, y yo era buena para caer en las tentaciones. Me preguntaba a qué estaba jugando Perséfone, pero si comparábamos, sabía que la manzana no había traído buenas consecuencias a Eva.

Tenía la sensación de que si la mordía acabaría muerta, ya que ese era el único modo de entrar en los Campos Elíseos, según la señora del Inframundo.

¿Y para qué quería entrar ahí? De todos modos no sabría cómo encontrar la divinidad de Psique. Y aún siendo ese el caso, no me serviría de nada. ¿O sí? Quizás solo estaba en etapa de negación.

¿Y qué clase de acertijo era ese de que pertenecía a los vivos? ¿Entonces por qué intentaba matarme? No tenía sentido. Aunque para ser justas, Perséfone no estaba buscando asesinarme, en estricto rigor solo estaba facilitándome el camino hacia el suicidio.

No entendía nada. Partiendo por ese asunto sobre la parte de mi vida que no era un asco. ¿Acaso era un acertijo?

La verdad era que había entendido perfectamente a qué se refería con aquello, el problema era buscar una respuesta convincente, especialmente en el estado en que me encontraba. Pero, por algún motivo tomé el desafío. Así que permanecí mucho tiempo meditando en medio de la oscuridad, y cada vez que un pensamiento alegre cruzaba mi cabeza era inmediatamente opacado por otro.

Me quedé dormida varias veces, y desperté con la misma interrogante. Hasta que decidí que la mejor manera de resolver la ecuación era haciendo a un lado las cosas que dolían, al menos por un momento, el suficiente para poder concentrarme realmente en el recuerdo feliz, y no en su parte triste. Curiosamente, lo primero que ocupó mi cabeza fue la fotografía con la cual mi madre había

tapado el horrible agujero que quedó la noche en que le disparé a mi padre.

Negué con la cabeza, deshaciéndome de la parte más oscura. Solo era una fotografía, una imagen donde estábamos mi madre, Jane y yo, sonriendo a la cámara, el día en que me fui de casa para iniciar mi vida universitaria. Ese había sido un paso inmenso en mi vida, fue como saltar un enorme muro que me bloqueaba el camino. Hasta que descubrí que mi anualidad estaba sin pagar. Volví a rebuscar entre mis pensamientos, nada de ideas fatalistas por ahora.

Mi padre había accedido a pagar mis estudios. Él tenía un buen sueldo, gracias a su cargo en la administración de una compañía. Otro motivo por el cual nadie hacía caso a su problema con el alcohol, un hombre con una vida laboral tan equilibrada no podía tener un defecto semejante.

Nuevamente me obligué a recordar que ese día todo resplandecía.

Así llegó la mañana en que conocí a Fran. Ella llegó tarde y escogió el asiento que quedaba disponible a mi lado, en la última fila del salón. Al principio no nos dirigimos la palabra, pero al día siguiente escogimos los mismos asientos, como por costumbre y entonces, sí nos saludamos y no dejamos de hablar en toda la clase.

Inmediatamente, los rostros de todos mis amigos buscaron su lugar en mis recuerdos. Nicolas, el niño que hablaba con todos en el salón; Agustín quien se vio obligado a hacer un trabajo de investigación con nosotros; la siempre correcta Ann, que fue elegida representante de nuestra clase, y Sandra, cuya taquilla se encontraba junto a la mía.

También estaba Henry, mi fiel amigo, el niño que acepté para rechazarle al día siguiente, el primero que me brindó su apoyo en el momento más difícil de mi vida; el que guardó el secreto más importante de toda mi historia; el que llegó junto a su padre esa misma noche y nos abrió las puertas de su casa. Seguramente, su amabilidad en parte se debía al intenso amor que me profesaba, pero a la vez, sabía que él era de esas personas que me ayudarían a esconder un cadáver si fuese necesario.

Llegué a Victor, el idiota que me enamoró con su buen humor, y su torpeza. A quien no valía dedicarle más que una corta mención. Aunque, en realidad, agradecía todo lo que hacía por mi hermana.

Cerré los ojos, saltándome a la persona que venía a continuación. Inevitablemente mi mente recorrió los nogales del campo, las estrechas calles de un población que conocía muy bien, la multitud reunida en torno a un concurso de supermercado, mi vestido de mujer griega, el arco y las flechas especialmente diseñados para mí.

Recordé las clases con Agnes, una chica insegura a la hora de enfrentarse al mundo, pero capaz de disparar flechas con una precisión aterradora, y enseñar con una paciencia de oro.

Hilé más fino en mis pensamientos y me pregunté cómo se tomaría la noticia de mi muerte el siempre frío e indiferente Adrian. Era la persona que más me había ayudado con todo este asunto de los dioses pues, aunque él dijera que era una forma de pagar mi ayuda, en el fondo sabía que no era solo eso. Habíamos formado una amistad, al punto de que fue capaz de confiarme sus secretos. Le debía mucho, y jamás sería capaz de compensarle si me moría.

Suspiré, mientras un fantasma todavía rondaba mis pensamientos. La imagen de una gata blanca llegó a mi cabeza. La conocí años atrás, en la carretera que daba a mi casa, un día en que iba a tomar el bus de regreso a la ciudad. La habían atropellado, tenía tanta sangre encima que creí que moriría, pero en cuanto me acerqué hizo un esfuerzo por mover sus delicadas patas, como si me estuviera suplicando que la rescatara.

La recogí y corrí de regreso a mi casa, tiñendo mi ropa de rojo. En ese momento siquiera me importaba que la tela se arruinara, solo quería salvarla. Limpié sus heridas con cuidado, y utilicé todos mis conocimientos para ayudarla. Incluso le puse un nombre, Malteada.

Cuando estuve más o menos segura de que resistiría un viaje de cinco horas, me cambié y llamé a Henry, con la esperanza de que estuviera en casa. En efecto, él también había aprovechado el fin de semana para visitar a sus padres y estuvo en mi puerta en cuanto recorrió los kilómetros que separaban nuestras fincas. Nunca había estado tan feliz de verlo.

Subí con Malteada recostada en un cojín, pasé casi veinticuatro horas despierta, pero la llevé conmigo a la universidad y la profesora Delaney aceptó dejarla en sus manos. Un estudiante de un curso superior la curó como parte de su práctica.

Era una criatura tan pequeña... y aún así, aguantó horas en medio de la carretera esperando que alguien la viera, y se aferró a la vida tanto como pudo. Fui su heroína, y estaba dejándome morir.

La idea llegó a decepcionarme.

Apoyé la cabeza en mis piernas, haciendo a un lado mis recuerdos y concentrándome únicamente en mi apacible respiración, cuando una voz alcanzó mis oídos. Desde mi posición vi a Hambre. Él seguía observándome como si fuese la persona más brillante del lugar.

Estábamos solos.

Entonces reconocí a la dueña de aquella voz. «También estamos haciendo un trabajo en Fisiopatología Animal, pero no preocupes, si no despiertas pondremos tu nombre en él. Nadie tiene que enterarse que no hiciste nada por estar en el hospital».

Busqué a Fran, pero no podía ver nada. Desesperada, luché contra mi escasa luz, que era lo único que tenía para alumbrar la habitación.

«Espero que despiertes a tiempo para ver el último partido del torneo». Esta vez era Agustín quien hablaba. «Vamos primeros en la tabla de posiciones, Nick ha mejorado sus lanzamientos».

«Le he estado enseñando a disparar un balón» agregó Agnes, con orgullo.

«Tú no sabes nada de baloncesto», reclamó Nick.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro, y una solitaria lágrima rodó por mi mejilla. Ellos no estaban aquí, solo eran voces en mi cabeza. Tal vez me estaba volviendo loca, pero era agradable sentirse querida.

«Miren quien salió de su cueva» comentó Fran. Mi ansiedad creció al preguntarme qué voz iba a escuchar ahora, y mi corazón dio un salto al oírla.

«¿Todavía no despierta?» cuestionó Adrian.

«Ni siquiera da señales de vida» repuso Agustín.

«¡No es gracioso!» chilló mi mejor amiga. Mi sonrisa se expandió mucho más, y deseé poder comunicarme con ellos, tan solo una vez. Decirles lo mucho que los amaba. Pedir perdón por ser tan débil. Dar las gracias por su desinteresada amistad.

Solo una vez bastaría.

Lo siguiente que escuché fueron gritos de emoción.

«¡Se movió! ¡Movié el dedo! ¡Lo he visto!» aseguró la hija de Apolo.

«Yo no vi nada» señaló Nick.

«Te digo que lo vi, estoy segura».

Miré mis manos y me di cuenta que su brillo ya no era tan tenue. Me pregunté si tal vez estaba recuperando mis deseos de vivir o solo había encontrado una nueva fuente de combustible para mi luz interior.

Como fuera, de una cosa estaba segura, y era que no quería seguir atrapada en el Inframundo.

—Estúpido dios inútil —murmuré—, ven a buscarme o cuando salga te golpearé.

Las voces en mi cabeza se detuvieron en ese instante. En su lugar, descubrí la presencia de alguien más en las sombras. Todo a mi alrededor se congeló en cuando lo reconocí, aunque solo había tinieblas a mi lado.

—¡Liz, al fin! —exclamó Eros, agachándose para poder abrazarme—. No podía encontrarte.

Recibí su abrazo, aferrándome a las telas de su ropa y apoyando mi cabeza en su pecho. No creí que quedaran lágrimas en mis ojos, pero al parecer me equivoque.

—Eros sácame de aquí —supliqué—, ya no quiero seguir en las sombras.

Él me estrechó con tanta fuerza, que al principio creí que quería consolarme, pero luego me di cuenta que temía que en cualquier momento fuese a desaparecer otra vez.

—Tranquila, nos iremos, te sacaré de aquí —aseguró—. Voy a hablar con Hades para que te deje ir.

—Lamento decirlo, pero sus deseos de vivir todavía no son suficientes. Mira su luz, está a punto de extinguirse, y hace unas horas estaba peor —afirmó el señor del Inframundo, saliendo de la nada.

Eros me soltó, solo para enfrentarse con el recién llegado.

—Hades, ella quiere irse. Si no está muerta no puedes retenerla. He estado en el hospital, y Tánatos ni siquiera se ha acercado a su habitación.

—Oh, por supuesto. La dejaré ir inmediatamente —respondió el dios.

—¿En se-serio? —balbuceé.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Hades—. Tú no quieres vivir, y nadie se va del Inframundo deseando la muerte. Es contradictorio, mi reputación se iría al traste. Así que será mejor que la esperes arriba, Eros, porque esto podría tomar tiempo.

—No voy a irme sin Lizzie —repuso el aludido. Hades suspiró.

—Entonces ponte cómodo, no es la chiquilla más suicida que he visto, pero sí es muy autodestructiva.

Di un paso adelante, Eros intentó detenerme, pero lo hice a un lado.

—¡Escucha! Por muy dios del Inframundo que seas, he dicho que quiero irme, y no puedes detenerme. No estoy muerta, puedo vivir, ¿entiendes? Mi alma no te pertenece —acusé. Él me observó con esa sonrisa de lado que me derretía y me hacía dudar de mí misma.

—¿Y si hacemos un acuerdo? —preguntó. Ni siquiera me di cuenta del instante en que Eros llegó a mi lado y me empujó hacia atrás, evitando cualquier contacto con Hades.

—Ella no hará más tratos contigo —espetó el dios del amor.

—No, no lo haré —secundé, cruzándome de brazos. A mi lado, Hambre ladró a su dueño, apoyándose.

Hades hizo un exagerado gesto de exasperación.

—Eres tan sensible, Eros —suspiró—. De acuerdo, voy a ceder esta vez, para que vean que no soy tan malo como dicen, pero te recomiendo que hables pronto con Zeus. Si Artemisa o quién tú sabes intentan algo, no la dejaré ir por tercera vez. Ya conoces las reglas, nadie vuelve del Inframundo gratis.

Los hombros de Eros se tensaron y quise preguntar de quién hablaban, pero la atmósfera cargada me indicó que no era el momento adecuado.

—Podemos saldar deudas más tarde —respondió la divinidad del amor. El señor del Inframundo asintió complacido.

—Ya conoces el camino de regreso. Llévatela.

VEINTIOCHO



La luz de la habitación golpeó mis ojos. Mis pupilas apenas fueron capaces de enfocar la instancia. Después de tanto tiempo encerrada en la oscuridad, había olvidado cómo lucían las paredes pintadas de blanco. O en realidad, cualquier otro color.

Un fuerte grito resonó en mis oídos, y una silueta pasó a toda velocidad por mi lado.

—¡Doctor! ¡Enfermera! ¡Que venga alguien!

De pronto, una chica de rubios cabellos estuvo frente a mí.

—¡Lizzie! ¿Estás ahí? ¿Puedes escucharme?

Quise responder, pero no fui capaz de hablar. Todo lo que logré emitir fue un leve gemido.

La visión de la joven fue reemplazada por la de un montón de desconocidos. No pude entender lo que decían, las voces me sonaban como ecos confusos, y siquiera fui capaz de mantener la conciencia mucho tiempo. Volví a caer en la oscuridad más pronto de lo que habría deseado.

Los días que siguieron me debatí entre la conciencia y la inconsciencia. Vi muchos rostros ir y venir a visitarme. Aunque me costaba trabajo reconocerlos, todos me producían sensaciones diferentes. No podía hablar, ni comunicarme con nadie, la mayoría de las veces siquiera entendía lo que los demás trataban de decirme. Tampoco me movía, o más bien mis impulsos eran lentos y retardados, pese a que podía percibir todo mi cuerpo.

Lo peor era la estúpida mascarilla que me ayudaba a respirar, la cual me imposibilitaba hablar con la gente.

Lentamente, mi cerebro logró poner nombre a las diferentes caras que se paseaban por la habitación. La chica rubia del primer día era Jane, mi hermana, y cada vez que venía a verme, una ansiedad me recorría de pies a cabeza, aunque no entendía por qué. También había una mujer que lloraba mucho, la cual al cabo de unos días reconocí. Era mi madre, y su presencia me traía tristeza.

La siguiente fue Fran. Una visita agradable, ya que solo con verla me sentía feliz. Ella hablaba un montón, era de las pocas personas que no se quedaba al lado de mi cama mirándome con lástima, sino que se paseaba de un lado a otro, diciendo quién sabe qué cosas. A veces me miraba buscando algún gesto de reconocimiento, ahí era cuando yo movía mis dedos en una débil respuesta, ella sonreía, y continuaba hablando.

Otra visita grata era la de una chica de cabellos castaños, aunque tardé un poco en recordar su nombre, finalmente escuché a alguien llamarla Agnes, refrescando mi memoria. Ella solía aparecer con un montón de imágenes que acercaba a mi rostro, mientras hablaba sin parar. Finalmente comprendí que eran libros de cuentos infantiles que me narraba y explicaba con paciencia. Las historias empezaron a gustarme cuando logré entenderlas. Por un momento podía salir de esa horrible habitación de hospital, de la cárcel de mi mente, y viajar a otros lugares.

Cuando Sandra y Ann venían, solían usar una táctica similar, mostrándome videos y canciones a través de sus teléfonos, y esperando ver mi reacción. Movía la mano derecha para sí, y mano izquierda para no. Así podíamos pasar toda la tarde cambiando de canal.

El dúo estrella de la clase solía traer un tablero con una cancha de baloncesto dibujada para explicarme sus últimas jugadas. Me habría gustado poder decirles que apenas podía entender sus palabras, pues mi cerebro no estaba en condiciones de comprender una estrategia. Pero suplía mi incapacidad con una sonrisa comprensiva.

Henry también daba vueltas por el hospital, generalmente traía puesto su uniforme de chico de las pizzas. Lo que me gustaba de sus visitas era que me hablaba de muchas cosas: de mi niñez, mi vida escolar, me contaba anécdotas divertidas y otras vergonzosas. En sus palabras volvía a conocerme, a recordar quién era, y eso me aliviaba. Había otra persona que solía hablar de las experiencias que él omitía, su nombre era Victor, y era como la segunda parte del libro que relataba Henry. Me contaba anécdotas sobre mi vida universitaria, lo que hice en fiestas pasadas, las veces que llegaba tarde a clase, mi manía de quedarme dormida después de una evaluación, mi lucha con los estudios, entre otros detalles, pero por algún motivo, su presencia también me hacía sentir mucha tristeza, así que solía escucharlo en silencio, sin hacer ningún movimiento más que con mis ojos.

Adrian era la visita más inusual que recibía, podía ver su expresión nerviosa aún con mi parálisis. Él tampoco parecía saber qué hacer, por lo que guardaba silencio durante largas horas. En realidad, no me importaba, por algún motivo entre nosotros eso era suficiente. Sabía que no era una persona de muchas palabras, e intuía que la mayor parte de las veces era yo quien llenaba aquellos espacios. Siempre se despedía usando la misma frase: «Recupérate pronto», aunque con el tiempo agregó otras a su repertorio. «Hoy parece estar un poco mejor»; «terminé una espada asombrosa ayer» o «¿entiendes lo que te digo?». A veces negaba ante esa última pregunta, y otras, asentía, usando mis pupilas. Veía la satisfacción atravesar su frío rostro cuando la respuesta era afirmativa.

Y finalmente, el huésped que más me intrigaba era el que llegaba cuando la noche caía. Su horario me parecía llamativo, pues suponía que a esas horas ya no se recibían visitas. No entendía cómo burlaba la seguridad del hospital, aunque algo en mi interior sugería que no debía sorprenderme. Mi subconsciente solía hablarme de todos mis visitantes. Pero en su caso, me decía que debía odiarlo o al menos enfadarme, pero por algún motivo no podía. Su presencia me traía alivio, paz, y la grata sensación de que todo iba a estar bien.

Las primeras veces aguardaba lejos de la camilla, observándome desde la distancia. Yo lo analizaba postrada en mi cama, en cualquier otro caso la presencia de un extraño me habría asustado, estando yo en una posición tan indefensa. Sin embargo, lo que sucedía era todo lo contrario: su presencia me hacía sentir protegida, como si se tratara de un caballero nocturno que aparecía cuando nadie más podía cuidarme.

Él era tan hermoso que fácilmente pude haberlo confundido con mi ángel guardián.

Con el tiempo recordé su nombre: Eros. Aunque por algún motivo, mis pensamientos lo pronunciaban con reproche. Comenzó a acercarse conforme pasaban los días, hasta que finalmente se atrevió a tomar mi mano. Podía ver la tristeza dibujada en cada uno de sus rasgos, así que decidí consolarlo, con un ligero apretón. Ese acto bastó para que sus ojos se abrieran, y acariciara suavemente mi mejilla. Cerré los ojos, consintiendo el gesto y disfrutando de su tacto. Sabía que tenía muchas palabras atoradas en su garganta, lo leía en su expresión, pero siempre se iba sin decir nada, dedicándome una ligera sonrisa que me acompañaba en mis sueños.

Hasta el día en que al fin me sacaron la mascarilla y optaron por un respirador nasal, permitiéndome hablar con mayor facilidad.

Entonces pude detenerlo.

«Vuelve aquí, idiota». Fue la primera frase que pensé, pero no recordaba bien qué significaba.

De pronto, un nuevo concepto se apareció en mi mente.

—Olimpo —dije con dificultad. Me sentía como una niña de cinco años aprendiendo sobre el mundo, sentí lastima de mí misma.

Busqué encontrarme con la misma expresión en el rostro de Eros, pero él lejos de parecer

triste, era incapaz de contener su alegría.

—Así es, Liz. ¿Puedes recordarme? —preguntó, dando un cauteloso paso hacia adelante. Por favor, no podía salir corriendo, así que de nada le valía tener cuidado. De todos modos, agradecía la consideración.

—Un po-poco —respondí—. Tu... nombre... Eros.

Finalmente se atrevió a cruzar la distancia que nos separaba, y acercó su rostro al mío, deteniéndose a escasos centímetros. Nos quedamos quietos, intentando descifrar lo que escondían las pupilas del otro. La mitad de su cara estaba escondida en las sombras, pero podía notar que sus ojos eran de un dulce color dorado, y me observaban con intensidad.

—Lo siento —carraspeó, echándose hacia atrás. Iba a preguntar qué sucedía, pero no encontré mi voz, por suerte, leyó la pregunta en mis ojos—. No voy a aprovecharme de ti si no puedes moverte. Al menos, tengo que esperar a que puedas negarte como corresponde. Se dio la vuelta y supe que se iba.

—¡No! —El grito desgarró mi garganta—. No... no, no, no...

Eros regresó y sus ojos recorrieron los cables que me mantenían con vida.

—¿Estás bien? ¿Llamo al doctor? —preguntó preocupado.

—Idio... ta —dije, con esfuerzo. Me dedicó una sonrisa torcida, una que mezclaba de diversión y confusión.

—Ya estás mejor —acusó.

Antes de poder agregar otra cosa, sentí sus labios acariciando los míos, con una suavidad que me habría hecho desmayar, si no hubiera estado unida a cientos de máquinas con la única misión de mantenerme estable. Me besó con tanto cuidado, como si mi boca fuese de delicada porcelana. Yo insistí, para demostrarle que no iba a quebrarme. Él captó la señal e intensificó sus caricias, con anhelo, con hambre, y con deseo.

Una parte racional de mi cerebro se preguntó cómo había llegado a esto, pero rápidamente una serie de recuerdos empujaron fuera la pregunta.

«—¿Quién eres?

—Soy Eros, el dios griego del amor».

Era una revelación tan potente que no me sentía capaz de digerirla por completo. Era como si en cualquier momento fuese a despertar, y su presencia cada noche no fuese más que un sueño repitiéndose innumerables veces. Pero no era así, lo sabía, porque ese alguien que descansaba en mi interior me lo decía, y me ayudaba a mantener la calma.

Se separó ligeramente, y nos miramos en silencio por unos segundos, hasta que unos acelerados pasos se escucharon en el corredor. Eros desapareció, y la enfermera revisó cada una de los monitores que tenía conectados. Colocó una mascarilla en mi boca y me ordenó respirar. Contuve una carcajada al darme cuenta que había estado conteniendo la respiración demasiado tiempo.



Aunque mi cerebro logró volver a funcionar y recuperar la mayor parte de los recuerdos —ya que el doctor dijo que todavía podía haber memorias suprimidas en mi subconsciente—, tuve que permanecer en el hospital para que trataran el traumatismo que dejó el golpe en mi cabeza.

Regresé al apartamento con un sinfín de indicaciones que apenas podía memorizar.

Aunque el verdadero impacto vino cuando Jane abrió la puerta y reconocí la sala de estar, fue como salir de un universo blanco e inmaculado para regresar al caos que podía llamar vida. Como

todavía tenía problemas para mantener el equilibrio, casi me caigo al entrar.

El doctor me prohibió el consumo de alcohol durante un tiempo, y me recetó vitaminas del grupo B. Por otro lado, mi madre se quedó unos días con nosotras para ayudar en mi recuperación. Mientras ellas iban y venían por toda la casa, haciendo los deberes, cocinando, limpiando los platos sucios, barriendo el suelo, y lavando la ropa, yo pasaba gran parte del día tendida en la cama, mirando el techo, sin nada en particular pasando por mi mente.

Ellas eran las hormigas trabajadoras, y yo era algo similar a un zombi. De vez en cuando mi madre me echaba de la habitación, a lo que yo trasladaba mi inútil trasero al sofá, y me quedaba ahí durante horas, sin hacer nada especial.

Me sentía ajena al mundo, vacía, extraña, y sin motivaciones, como si hubiera dejado parte de mi existencia en esa fría habitación de hospital. Ir a clase era una rutina, solo asentía a aquellos que se acercaban a hablarme y a veces hablaba para aparentar interés.

Las manos me sudaban todas las noches y a primera hora del día, ansiando el elixir que me llevaba a la perdición, sabía que parte de mí desánimo se debía a la abstinencia. Mis uñas habían desaparecido producto de la ansiedad y a veces me tiraba del pelo, buscando calmar mis impulsos.

Tenía la impresión que mis recuerdos no estaban completos aún, pero por más que forzara mi mente a ir más allá, siempre me encontraba con una pared difícil de derribar.

Un día sin nada de especial, Agnes hizo el favor de levantar su mirada del libro que leía en su teléfono y me miró con esa agudeza típica de ella, antes de lanzarme su mordaz conclusión.

—Creo que si tu vida fuera una novela, serías tu propia antagonista.

Al principio, me pareció que su comentario no tenía sentido. Pero luego, Nick decidió intervenir.

—Eso es estúpido, no puedes ser protagonista y antagonista a la vez —espetó.

—El antagonista es el que se opone al objetivo del protagonista, pero en este caso, es ella misma la que se limita —explicó ella.

—¿Me estás diciendo que Lizzie es mala?

—No es lo mismo que el villano o el enemigo, que son los malos del cuento, creo que estas confundiendo ambos términos.

El muchacho murmuró algo que sonó como una queja hacia las complicadas observaciones de Agnes, y se apartó sin mostrar más interés. Desde mi lugar, pude apreciar la expresión decepcionada de la lectora.

—¿Qué pasa? —preguntó Fran, sentada a mi lado. Al sentirse descubierta, volvió a lucir su impenetrable máscara de indiferencia.

—No es nada, solo creo que a veces hablo de más —respondió.

—A mí me pareció interesante, no había reparado en la diferencia —comentó Agustín. El resto de la conversación fueron trivialidades en las que tampoco intervine. No tenía deseos de hablar.

Mi madre se fue al cabo de dos semanas, no podía dejar más tiempo solo al campo o su pequeño emprendimiento se iría a pique. Mi realidad no cambió con su partida, ya que continué siendo un estropajo inservible.

El verdadero quiebre se produjo una tarde, mientras Jane estudiaba en el apartamento, y yo fermentaba a pocos metros de distancia. Unos golpes en la puerta interrumpieron nuestra monotonía.

—Liz, ¿puedes abrir? —preguntó mi hermana, sin despegar la vista de sus apuntes.

¿Para qué? No esperábamos visitas y si fuera importante, nos llamarían. Al ver que no me movía de mi sitio, ella misma se levantó.

—¿Papá?

Escuchar esas dos sílabas me produjo escalofríos, salí de mi estupor, y presté atención al recién llegado, sin saber cómo debía comportarme.

—Me enteré de que tu hermana tuvo un accidente —dijo Karlos.

—Sí, hace casi un mes —respondió Jane. La hostilidad en su tono nos sorprendió a ambos—. ¿Vienes a ver cómo está?

Mi padre posó su mirada en mí.

—Ya la conozco, no iba a morirse por un golpe en la cabeza —repuso. Su comentario no me ofendió, a estas alturas podía esperar cualquier cosa de él. Aunque reconozco que su indiferencia clavó en un lugar donde las cosas suelen doler mucho.

—¿Cómo puedes decir eso de tu hija? —espetó Jane—. Si vas a venir un mes más tarde sólo para insultarla, mejor no vengas. Lizzie está muy delicada todavía.

—No me digas qué hacer, Jane. Soy vuestro padre por algo, y por lo menos me gustaría que una de mis hijas me respetara.

El rostro de mi hermana adquirió un tono rojizo que fácilmente podría competir con mi desteñido cabello. Tardó unos minutos en hablar, pero cuando lo hizo, en su voz no sólo había furia y fuego, como un volcán que durante años estuvo conteniéndose y que ahora hacía erupción.

—¿Nuestro padre? ¿En serio? Pues no recuerdo la última vez que actuaste como tal. ¿O has olvidado todas las veces en que Liz y yo teníamos que volver caminando solas del colegio porque tú no llegabas? ¿O todas las noches que cenamos sin ti? Jamás nos ayudaste con la tarea y desaparecías incluso en nuestros cumpleaños. ¡Tuve que cuidar de mi hermana cada vez que tu inmadurez te impedía comportarte como un adulto! —gritó.

En un acto reflejo, me puse de pie, preparándome para lo peor. Era el temor que había acumulado a lo largo de los años, el miedo que me impulsaba a huir antes que llegaran los golpes, a protegerme, a buscar refugio. Mi cuerpo entero tembló de anticipación.

—Jane...

—¡No! —exclamó mi hermana, impidiéndole hablar—. Tú solo llegas, y pides respeto, pero jamás valoraste a mamá, solo la hacías sufrir y la golpeabas cada vez que estabas de mal humor. No sabes lo feliz que fui cuando al fin abandoné esa casa. No más gritos. No más golpes. No más violencia. Y tú tenías que regresar un día para arruinar mi paz otra vez, ¿verdad? Pero te di una oportunidad, ¿y sabes por qué? Porque toda mi vida pensé que si era una niña buena, responsable y educada, tarde o temprano ibas a recapacitar, incluso muchas veces me culpé a mí misma por lo que pasaba. Cada vez que hacía una travesura, cada vez que jugaba, y me comportaba como una niña, tú te impacientabas, así que creí que si me estaba quieta, no volverías a maltratar a mamá. Pero no fue así, porque el verdadero problema siempre ha estado en ti y en tu horrible forma de ser.

El discurso de Jane me dejó perpleja. Había pasado toda la vida tan sumida en mi propio dolor que jamás me interesé por su perspectiva. Siempre me molestó un poco verla como la hermana madura, racional, que rayaba en la perfección, pero en realidad solo se estaba guardando su dolor. Mientras ella evitaba exteriorizarlo, yo lo demostraba en cada uno de mis arrebatos.

—No me hables así. —Fue la corta e inútil respuesta de mi padre.

—No, papá. Ya no quiero ser la hija buena y comprensiva, prefiero velar por la salud mental de Lizzie —contestó Jane. Y entonces, en lugar de desquitarse con su hija mayor, mi padre se dirigió a mí.

—¡Estuviste metiéndole ideas estúpidas en la cabeza! —exclamó—. Le dije a Amaya que una niña era suficiente pero nunca me hizo caso, insistió en tener otra, por su absurda obsesión con

esos libros...

—Puedo pensar por mí misma, papá —espetó Jane—. Y también puedo sacar mis propias conclusiones.

La rabia destelló en sus ojos castaños, tan idénticos a los míos, y me sentí aturdida por mi propia mirada.

—Es mejor que te vayas —hablé con una inusitada calma—. Has perdido a tu mujer y a tus dos hijas por tu actitud.

«Espero que el alcohol sea suficiente consuelo, porque es lo único que te queda». Ni siquiera tuve la valentía de concluir mi despedida. Jane cerró la puerta y por un momento me sentí tentada a decirle la verdad, suponiendo que Amaya había subestimado su fuerza. Sin embargo, cuando se giró hacia mí, cristalinas lágrimas cubrían sus ojos.

Entonces, no supe qué hacer.

Esa tarde llegué a una conclusión. No quería llegar al día en que mi único consuelo fuera el alcohol, no quería perder a mi familia, ni a las personas que me importaban.

No quería seguir siendo mi propia antagonista.

VEINTINUEVE



Aquel día comenzó con buen pie cuando la profesora Delaney me entregó un sobresaliente en mi último examen.

Antes de caerme de la escalera, mis calificaciones habían ido en declive, debido a lo abrumada que me sentía. Mi padre, el alcohol, los dioses griegos, las *flechitas*, y mi severa bajada de autoestima estaban causando estragos en mi rendimiento académico. Pero había vuelto de la muerte, en el sentido más literal posible, y luego de cambiar mis evaluaciones debido a que el traumatismo en mi cabeza me impedía mantener la concentración mucho tiempo, estaba experimentando un alza que me llenaba de energía y motivación. La universidad ya no se sentía como una insoportable rutina, me había reencontrado con mi carrera y con los motivos que me impulsaron a seguir ese camino. Y aunque me costara admitirlo, el traidor de Hambre estaba dentro de las causas.

Salí de la facultad hablando de trivialidades hasta que, de pronto, me quedé sin palabras al pasar por fuera del aparcamiento.

Junto a la acera había una moto que conocía de antemano. Su piloto estaba apoyado en ella mirando su teléfono móvil en una actitud desinteresada.

—¿Adrian? —pregunté, aunque era obvio que era él.

—¿Quién más? —contestó, guardando el móvil en su bolsillo. Por supuesto, ignoró completamente a Fran, quien se encontraba a mi lado—. ¿Te gusta el café?

Asentí con la cabeza y acepté el casco que me ofreció dirigiéndole a mi amiga una mirada de disculpa. Ella simplemente se encogió de hombros.

—No se preocupen por mí, iré a contar las palomas de la plaza mientras ustedes se divierten —comentó con humor.

Me despedí y monté en el terrible vehículo de dos ruedas que Adrian utilizaba para moverse. Creo que nunca iba a acostumbrarme a la sensación de vértigo que me producía correr a tan alta velocidad en un transporte sumamente inestable. Por lo menos, mis esporádicos chillidos eran aplacados por el viento que soplaba en mi contra y el pesado casco sobre mi cabeza.

Aparcamos frente a un popular café local, y mis pies agradecieron volver a tocar el suelo.

—¿Cómo supiste dónde estudiaba? —pregunté, mientras Adrian le colocaba el seguro a la moto.

—A veces presto atención a lo que dices —respondió con naturalidad.

Recordé que días atrás había conseguido mi número de teléfono, y ahora se presentaba en mi facultad como si no fuera la gran cosa. La teoría de que el descendiente de Hefesto tenía tendencias psicópatas empezó a tomar fuerza.

Entramos al café, pedí un *latte* que llené de azúcar y Adrian se inclinó por un americano sin nada de edulcorante. En lo único que coincidimos fue a la hora de escoger la mesa, la más alejada del resto de la gente.

Él comenzó a beber sin prestar atención a nada especial, así que decidí motivarlo un poco.

—¿A qué debo el placer de tu visita? —pregunté, sin rodeos.

—Mis padres se divorcian —contestó, con una honestidad que me dejó sin aliento.

—¿Qué? No es posible... Acerté el tiro —musité.

—Así es, mi madre no quiere darle el divorcio, pero él se cansó de esperar muestras de afecto de una mujer que solo se casó por interés —respondió. Bajé la mirada hasta mi taza, donde el líquido humeaba y llenaba mis fosas nasales—. Preferí decírtelo personalmente, con café.

—¿Por qué?

—Porque es amargo, como la noticia.

Casi me sentí culpable por sonreír en un momento así.

—Debe haber alguna manera —dije luego de pensarlo un rato—. Si tu padre tan solo le diera la oportunidad ahora que tu madre está enamorada...

—Mi padre se hartó de las oportunidades, Lizzie —respondió tajante—. Fui un iluso al pensar que podría romper la maldición.

Esa última palabra capturó por completo mi atención.

—¿Qué maldición?

Adrian miró su vaso con desdén.

—El chisme del siglo pasado —repuso—. Cuando Hefesto tuvo la genial idea de engañar a su novia, Afrodita, con una humana. Ella se indignó, como si nunca le hubiese puesto los cuernos a mi bisabuelo. Cuando se enteró que nacería una criatura de aquel encuentro, maldijo a toda su descendencia, negándoles la posibilidad de ser amados.

Fui incapaz de borrar la expresión de asombro de mi rostro.

—Eso es horrible —murmuré consternada.

—Es lo que es —suspiró Adrian.

—Pero creí que los dioses podían ser promiscuos entre ellos y no importaba.

—Da la casualidad que esta humana se atrevió a desafiar a Afrodita. Quizás la maldición no va tanto hacia Hefesto como hacia ella. —Todavía no podía recuperar el habla—. En serio, ya no importa. Creí que si rompía la maldición con mi padre, mi vida tendría esperanza, pero es imposible ir en contra de los designios de una diosa caprichosa.

Lo primero que sentí fue una enorme decepción. Había fracasado de forma monumental. Él me había prestado su ayuda y a cambio solo había pedido aquel pequeño favor, y no pude completarlo. Consideré que el no poder romper la maldición se debía más a mi mala suerte que a la maña de una diosa.

La inigualable capacidad de echarlo todo a perder.

Luego recordé que la autocompasión y los pensamientos negativos solo me habían llevado a una adicción sin sentido, así que hice el esfuerzo por ver el lado positivo de las cosas. Ese que siempre me costaba trabajo ver.

Así, llegué a una curiosa conclusión.

De todos mis tiros, de mis innumerables errores y escasos aciertos, éste era uno que no quería fallar. En serio tenía deseos de ayudarlo, y no podía quedarme sentada viendo cómo su vida se iba por el vacío, si podía hacer algo.

—No, esto no se quedará así —dije con determinación.

—Liz, mis ancestros han hecho de todo para romper la maldición, no creo que...

—Voy a intentarlo —interrumpí, con una confianza que jamás creí que podía provenir de mí.

—¿Y qué harás? ¿Invocar a Afrodita y pedirle que revoque la desgracia? —preguntó tan inexpresivo como siempre.

Dudé.

—Puede ser...

Adrian suspiró pesadamente.

—Afrodita no es tan fácil de invocar. Llamaste la atención de Eros porque él siempre anda

rondando entre los humanos, pero ella es diferente, no pierde su tiempo con simples mortales, ni mucho menos escucha sus súplicas —explicó.

Era increíble la facilidad con que podía desvanecerse la poca confianza que tenía en mí, solo bastaba un par de palabras que echaran abajo mis ánimos.

—¿Podrías, por favor, no arruinar el momento? —espeté—. Estoy intentando ser positiva y buscar un modo de ayudarte, no puedo hacerlo si te pones en ese plan. ¡Por lo menos déjame intentarlo antes de decir que es una idea horrible!

Adrian se tomó con calma mi histérico comentario.

—Como quieras —contestó, encogiéndose de hombros.

Me rendí, sabiendo que esa era la respuesta más entusiasta que podría obtener de su parte.

Esa tarde llegué al apartamento y rápidamente me encerré en mi cuarto. Tenía mucho de lo que pensar y un cerebro que todavía tenía algunas lagunas en blanco.

Di vueltas como un perro enjaulado hasta que mi equilibrio volvió a fallar y tuve que sentarme para reponerme.

Necesitaba contactar a Afrodita, pero no sabía cómo.

Me puse de pie y miré el techo.

—¡Hola, Afrodita! —grité—. ¿Puedes venir un momento?

«Solo quiero pedirte que reviertas una maldición», pensé. Pero, pese a mis súplicas, la habitación siguió tan vacía como siempre.

De acuerdo, estaba intentando invocar a una diosa de la belleza. ¿Cómo podía captar su atención?

Me miré al espejo y descubrí que si yo fuera la divinidad de la belleza, jamás me presentaría ante semejante estropajo.

Aunque me sentí muy ridícula, fui al baño a peinarme la maraña rubia que tenía en la cabeza, desde el accidente no había podido teñirme sin que los mareos me atacaran. Tomé uno de los vestidos de Jane, pues seguramente su gusto por la moda era más acorde con Afrodita que el mío. Me maquillé un poco y cuando por fin me vi presentable, tomé el ramo de rosas que Víctor le había regalado a mi hermana hace unos días, y lo dejé frente a mi espejo, junto a todos los cosméticos que encontré y una caja de bombones, de la cual me comí los últimos que quedaban mientras hacía los preparativos. Agregué al final, la corona de laureles que Apolo me regaló y el vestido de Artemisa.

No sabía si sería suficiente, pero si lograba llamar la atención de la diosa sería suficiente.

—¡Afrodita! ¡Te invoco! —exclamé. El silencio fue mi única respuesta—. ¡Oh, hermosa diosa! Por favor, manifiéstate ante mí... ¡Divinidad de la belleza! Imploro tu presencia... ¡Estúpida diosa, deja de esconderte y ven a dar la cara, maldita!

En ese momento la puerta de mi habitación se abrió de golpe, causándome un sobresalto.

Por una brevísima fracción de segundo creí que mi plan había funcionado, hasta que reconocí a mi hermana, entrando acompañada de Víctor.

—Liz, ¿te sientes bien? —preguntó—. Tus gritos llegan hasta el pasillo.

Parpadeé perpleja, buscando una explicación en mi acotado repertorio de mentiras.

—Quizás todavía sufre efectos secundarios del golpe en la cabeza —sugirió Víctor en voz baja, como si yo no pudiera escucharlo.

Resoplé indignada.

—Estoy bien —espeté.

Aunque era evidente que no.

Cualquiera habría pensado que estaba invocando al diablo, pese a que no había mucha

diferencia.

TREINTA



Hacer las cosas bien.

Esa idea fue lo único que ocupó mis pensamientos los días que siguieron.

No quería seguir siendo la niña frágil y débil que se lanzaba a una botella ante la primera dificultad. Por lo tanto, aquella debía ser la primera parte del cambio.

Comenzar con el pie derecho era más difícil de lo que parecía: no bastaba sólo con querer, también era necesario entrar en acción y no meter la pata en el proceso. Y en eso último, era una experta.

Sin embargo, tenía un punto de partida, o algo por el estilo. Recordando el ofrecimiento de su padre adoptivo, hablé con Fran, así fue como acabé inscrita en una de las terapias grupales que daba su madre a jóvenes con problemas de adicción y escasos recursos.

Había algo en ese matrimonio que resultaba agradable. Aunque su hija se mostrara reticente a sus creencias, eran de esos cristianos que no se quedaban en simples palabras. Iban a misa todos los domingos, velaban a sus muertos y ayudaban al prójimo. Ella como psicóloga, él como policía. Ni siquiera la infertilidad de la mujer fue impedimento para formar una familia: optaron por la adopción, y así fue cómo llegó a sus vidas la pequeña hija de Apolo.

Comenzamos la reunión con una corta oración que me hizo sentir un poco contrariada. No pude evitar preguntarme si debí haber traído mi Biblia o, más importante aún, saber a quién le estaba rezando realmente. Después de los últimos acontecimientos en mi vida, era normal tener una crisis de fe.

—Hoy le damos la bienvenida a una nueva integrante de nuestro grupo —anunció Elsa Sanz, la madre adoptiva de Fran, al terminar nuestro rezo—. Cariño, ¿por qué no te presentas?

Supongo que la instancia era exactamente lo que podía esperar de una sesión de alcohólicos en rehabilitación. Una sala con un montón de sillas formando un círculo en torno a un punto vacío, ocupadas por un número considerable de adolescentes. Mi lugar se encontraba justo al lado de la psicóloga. De modo que, en cuanto hizo una señal en mi dirección para otorgarme la palabra, todas las miradas pasaron de ella a mí, en un salto apenas perceptible.

Mis ojos hacía un rato habían examinado a cada uno de los asistentes, algunos tenían expresiones desafiantes, otros me observaron con recelo, y solo un porcentaje residual parecía amistoso. Aun así, el protocolo me obligaba a presentarme.

—Hola, soy Elizabeth. Tengo veintiún años, y supongo que todos saben por qué estoy aquí, así que me ahorraré los detalles —expuse.

Una sensación de alivio me recorrió cuando no escuché un «*hola Elizabeth*», cantado a coro, como suelen mostrar en las películas.

Creí que el resto de la sesión iba a enfrascarse en mi vida privada y el resto de mis desgracias, pero por fortuna no fue así. Elsa cedió la palabra a unos pocos voluntarios y le pidió al resto que nos hablara de sus avances y experiencias. Yo me limité a escuchar en silencio, conforme con mi calidad de mera oyente. También agradecí que no le diéramos más vueltas al tema de la religión, pues mi relación con la mitología griega me mantenía escéptica.

Era difícil imaginarme contando una historia de superación, o alguna anécdota positiva como las que escuché esa tarde. No pude evitar cuestionar el poder del círculo sanador, sobre todo debido a la palpable reticencia de algunos participantes.

Al finalizar la hora, la psicóloga me instó a compartir mis primeras impresiones y mi escueto discurso giró en torno a la sorpresa de que nada resultó como esperaba. Agradecí que nadie me llenara de preguntas y se mantuvieran indiferentes respecto a mi vida personal. Quizás otra persona se habría ofendido por la falta de interés, pero para mí fue como una bendición.

—Cuando tengas más confianza con el grupo te será más fácil compartir tus experiencias con nosotros —dijo.

La seriedad de algunos de mis contertulios no decía lo mismo, pero no iba a desistir sin darle una oportunidad. Ésta era mi mejor oportunidad para erradicar el problema.

Para celebrar mi primer paso hacia una vida libre de adicciones, acompañé a Fran a su base de operaciones —o más bien, de in-operaciones—, ya que por más pizzas que comiésemos, no había avances visibles.

Y considerando que no podía hacer esfuerzo físico debido al traumatismo, mis posibilidades de adelgazar se acercaban al cero. Por lo menos, antes del accidente, entrenar con Agnes me ayudó a mantener la línea, e incluso había superado la etapa del dolor de hombros y los callos en las manos. No quería ni imaginar mi retroceso cuando retomara las prácticas.

Por lo demás, el nombre de la pizzería seguía pareciéndome horrible. Ni que fuera restaurante de mariscos, como para andar invocando al dios del mar. Sin mencionar que ese día había una fila de espera tan larga que rozaba la indecencia.

Todo cobró sentido cuando me topé con Eros en la caja registradora.

—¿Qué van a pedir? —preguntó, luciendo una sonrisa de comercial. Seguramente el gerente estaba orgulloso.

—¿Qué haces aquí? —espeté en respuesta.

—Cubro un turno —contestó como si nada.

Fran miró hacia atrás, contando al menos quince personas esperando.

—Ya veo por qué está tan lleno —comentó con resignación.

—Efectos colaterales —repuso el dios, encogiéndose de hombros.

—En serio, ¿qué haces aquí? —insistí.

Eros levantó ambas manos en señal de rendición.

—Solo quería preguntarte cómo te fue en tu primer día de terapia —respondió.

—¿Y no pudiste buscar un modo más sutil? —inquirí.

Fingió considerarlo un momento.

—No, ese no es mi estilo. —De pronto, algo pareció captar su atención en la entrada—. Llegó la hora de irnos.

Sin demora, Eros saltó sobre el mostrador como si estuviera practicando *parkour*.

—¿Vas a irte así, sin más? —cuestioné asombrada. Él respondió con un gesto despreocupado—. ¿Y el trabajo?

—Es verdad —dijo pensativo, antes de darse media vuelta en dirección al mostrador—. ¡Jefe, renuncio! —gritó.

Tuve que contener mis ganas de agarrarlo del cuello y estampar su rostro contra la caja registradora.

Sin mostrar el menor remordimiento, pasó su brazo por sobre mis hombros y me guio a través de un montón de clientes molestos. Fran nos siguió de cerca.

Llegamos a la salida, y mi mente quedó en blanco tan pronto reconocí la vieja camioneta de Henry aparcada en el aparcamiento. Eros tramaba algo.

—Lo que sea que tengas en la cabeza, es una mala idea —dije.

—Hace siglos que no tengo una mala idea —murmuró.

Se me ocurrían un par de situaciones que echaban abajo su cuenta perfecta, pero decidí callar.

Henry ni siquiera nos sintió llegar. Estaba en el asiento del conductor, absorto en la lectura de un libro, así que el dios golpeó la ventanilla para llamar su atención.

—¡Señor Casamentero! —exclamó al reconocerlo, inmediatamente su mirada se trasladó a mí —. No creí que cuando dijiste que hoy vería a la mujer de mis sueños, ibas a tomártelo tan en serio... —Tan pronto notó que estaba hablando de más, se corrigió—. Es decir, ¿se conocen?

—Hola, chico-pizza. ¿Hay espacio para dos más? —preguntó Eros.

Los ojos de Henry mostraron confusión, solo entonces nos dimos cuenta que faltaba la tercera integrante de esta comedia.

Distinguí a Fran mal escondida detrás de un poste de luz, y no me quedó de otra, más que ir por ella.

—¿Qué haces? —inquirí.

—No sé —respondió, mirando el lugar donde nos esperaban.

—Vamos, por lo menos deberías acercarte a saludar —propuse.

—No sé lo que está pasando, pero si Eros tiene algo que ver, no debe ser nada bueno.

Tenía que concederle la razón, ni siquiera yo misma me fiaba de lo que sucedía.

Cupido aprovechó el momento para llegar a nosotras.

—Vengan, chicas, le prometí al enamorado de allá que hoy sería el mejor día de su vida — anunció, empujándonos a la vieja camioneta.

—Yo no confío en ti —alegó Fran.

—Yo tampoco —confirmé.



Eros guardó celosamente cuál sería nuestro destino, argumentando que no quería arruinar la sorpresa. El hermetismo sólo aumentaba mi ansiedad, pues a estas alturas ya era bien consciente que cualquier idea que proviniera de esa cabeza loca acababa en caos.

Cuando al fin llegamos, me costó dar crédito a lo que veía.—¿Un parque de atracciones? ¿En serio? —pregunté— Está en mi ranking de los mejores lugares para los enamorados —suspiró Eros, como si estuviéramos frente a las puertas del paraíso—. Niños corriendo por todos lados, parejas felices y unos cuantos clichés.

—Y la mejor compañía —agregué con sarcasmo—. Henry, no creí que tú caerías en algo así.

Durante el viaje me había enterado que ambos se conocieron durante el corto período que Eros trabajó en la pizzería como sustituto.

—Perdí una apuesta —respondió mi amigo de toda la vida, apagando el motor.

—¿Qué clase de apuesta? —inquirí.

—Bueno, había dos chicos en el trabajo que siempre peleaban, al punto que se estaba volviendo insoportable. Así que le dije a Eros que no entendía cómo podían odiarse tanto dos personas y él supuso que solo era tensión sexual. No lo creí posible, y me propuso una apuesta: si perdía debía acompañarlo a este parque de diversiones. A los dos días los encontré besándose detrás de los hornos —explicó.

—Hiciste trampa —acusé.

—¿Qué insinúas, Lizzie? Era un típico cliché, se veía a leguas —se defendió—. Mi nombre no me da poderes sobrenaturales.

Elevé mi mirada al cielo y bajé del coche sin darle la oportunidad de abrirme la puerta. Era

difícil morderse la lengua. Dejamos el aparcamiento y pagamos nuestras entradas para internarnos en el mundo de los juegos y el algodón de azúcar.

—Por cierto, creo que no nos hemos presentado formalmente. Soy Henry Banzo —dijo mi amigo, acercándose amablemente a Fran. Las mejillas de mi amiga se encendieron cual caldera a punto de explotar.

—Fran —titubeó—. En realidad, me llamó Francisca, pero me dicen Fran, porque si no queda muy largo. —Una sonrisa nerviosa afloró en sus labios.

—Es cierto —respondió el chico con tranquilidad.

La hija de Apolo buscó apoyo en mi mirada, y yo le hice un gesto motivándola a continuar la conversación.

—Y... ¿te gusta la pizza? —interrogó.

Tuve que contenerme para no golpearme la frente. Siendo tan locuaz, ¿cómo podía quedarse sin tema de conversación frente a un chico? ¿Qué seguía?; «¿Te gusta comer? ¿Qué desayunaste hoy?»

—Sí, pero pierde el encanto cuando la preparas todos los días —contestó Henry.

Al quedarse sin respuesta, volvió a pedirme ayuda con la mirada. La insté a seguir, pero ella se encogió de hombros, argumentando que no sabía qué más decir, así que moví mis brazos indicándole que continuara hablando a como diera lugar, aunque acabara preguntándole si le gustaba el queso.

Mi gesto no pasó desapercibido.

—¿Pasa algo, Lizzie? —preguntó mi amigo Henry.

—Yo... —Mi mente buscó una salida—. Eros, ¿no te gustaría probar un tiro al blanco?

—¿Me estas desafiando? —preguntó el dios, mostrándose entusiasmado con la propuesta.

—Eh... ¿sí?

Y así fue como acabé sosteniendo un rifle lleno de dardos negros, frente a un círculo de líneas rojas y blancas. Por supuesto, solo uno de mis tiros dio en el blanco, mientras que los cinco intentos de Eros dieron justo en el centro.

—Mira eso, perdiste —comentó Eros—. Ahora tendrás que subirte a la montaña rusa conmigo.

Mi estómago se encogió presa del pánico.

—¿No prefieres otro juego? —pregunté—. Los enamorados prefieren las ruletas de la fortuna.

—Sí, bueno, a mí me gusta más la montaña rusa. Además, disparar a esa velocidad es adrenalina pura.

Suspiré frustrada.

—Por tu culpa el mundo está como está —acusé—. Vamos. Prefiero acabar abrazada a un bote de basura que deberte una penitencia.

En ese momento llegaron a mis oídos los desesperados gritos de la gente que había optado por aquella particular atracción, como si fueran una advertencia de mi inminente muerte.

Pese a todo, me subí al terrorífico juego.

—En el primer asiento tendremos mejor vista —sugirió Eros.

—Ni en broma —espeté, sentándome en la tercera fila.

Hice mis oraciones y la máquina echó a andar. Temblé en anticipación, sintiendo el ligero temblor del vagón sobre los rieles, y cuando el vagón se echó a correr con todas sus ganas, grité con tanta fuerza que me pregunté si se podía dejar sordo a un dios. El viento me azotó con violencia, y fui incapaz de mantener mis párpados abiertos todo el camino. Cuando el horrible recorrido terminó, me aferré al brazo de Eros para poder caminar. El mareo era insoportable, mi estómago se había vuelto de gelatina, y apenas podía sentir mis piernas. Por su parte, él se bajó de

muy buen humor, y es que lo había visto disparar mientras la máquina se precipitaba a través del carril. Definitivamente quería ver el mundo arder.

—Subamos a otro —pidió el desgraciado. Su vista apuntó a una de las atracciones más terroríficas, esa que hacía subir a los pasajeros para luego hacerlos descender brutalmente en línea recta.

—No, gracias, un intento suicida por día es suficiente —musité.

Curiosamente, en lugar de insistir, me dejó sentarme en uno de los bancos para que recuperara el aplomo.

Cuando mi cabeza dejó de girar, vi que en el banco de enfrente se había sentado una mujer acompañada de su hijo. El niño no debía tener más de ocho años e iba de un lado a otro, desplegando toda su energía. De vez en cuando regresaba donde su madre, quien se negaba a entregarle su vaso lleno de refresco. Desde mi posición era capaz de escuchar sus argumentos.

—Lo vas a derramar y no tengo dinero para comprar otro —explicó la señora.

Sin embargo, el infante continuó exigiendo su bebida, hasta que por cansancio, logró convencerla. Ni siquiera pasaron dos minutos cuando se le cayó de las manos mientras corría. Rápidamente, las lágrimas llegaron a sus ojos.

Una niña de su edad que pasaba junto a su padres se acercó a él y le entregó la suya sin siquiera dudar.

—Eso es lo que me gusta de los humanos —comentó Eros—. A los niños ni siquiera tengo que clavarles una flecha, sus actos siempre nacen desde el corazón.

Inmediatamente, la solidaria pequeña se acercó a su familia para pedir otro refresco.

—¿Y el tuyo? —preguntó su mamá, quien obviamente había observado la escena.

Su hija se balanceó en su sitio, intentando parecer inocente, y se encogió de hombros, fingiendo ignorancia.

—Esa niña será grande —afirmé.

Sin embargo, rápidamente su padre comenzó a regañarla por andar regalando sus cosas, cuando era evidente que, a juzgar por sus ropas, no era una pareja con problemas económicos.

Los vi alejarse, sintiendo que la impotencia crecía dentro de mí.

—Es triste lo que los adultos hacen a sus niños —observó Eros.

Estuve de acuerdo. Ni siquiera me había dado cuenta, pero nuestra sociedad confundía los actos espontáneos de solidaridad con la estupidez. Los niños tenían tanto que instruirnos sobre cómo ser más humanos y los grandes no hacían más que pasar por alto sus enseñanzas. Al final los obligábamos a volverse unos amargados y creábamos un círculo vicioso.

—¿Dónde están Fran y Henry? —pregunté, buscando cambiar el tema.

—Los perdí de vista. ¿Quieres? —No sé en qué momento apareció un paquete de palomitas en sus manos. Me negué, pues mi estómago no estaba preparado todavía—. Aun no me dices cómo te fue en tu primer día de terapia.

—Si querías hablar conmigo, podías haber buscado un método más convencional. Ya sabes, tocar la puerta, llamar por teléfono —mascullé.

—Solo era una excusa. No hay nada que quiera conversar contigo, sé aceptar un rechazo. Nunca me había pasado, pero trato con ellos todo el tiempo en el trabajo —contestó desinteresadamente—. Pero tú sí tienes algo que decirme.

Abrí la boca, sorprendida.

—¿Cómo lo supiste? —interrogué.

—Es un don que venía junto a la inmortalidad. Ahora, dime para qué soy bueno.

Inevitablemente, una pregunta apareció dentro de mi cabeza.

—¿A quién le rezamos? —inquirí—. Hoy hicimos una oración antes de partir la sesión y...

—Entraste en crisis. —Completó el dios, recibiendo un asentimiento de mi parte. Sin embargo, su respuesta solo me hizo sentir más confundida—. Solo tú sabes a quién le rezas.

—¿A qué te refieres? —Insistí.

Eros continuó comiendo. Tan relajado, que cualquiera habría pensado que le había preguntado por el clima.

—Hay una regla en nuestro panteón. Mientras más culto nos rindan, más poderosos somos. Por eso me ves así, tan imponente y hermoso —expuso. Le faltó agregar vanidoso a su lista de atributos, pero lo pasé por alto—. Sin embargo, la fe es un asunto personal, los humanos nunca le oran al mismo dios, sino que va mutando de acuerdo a sus creencias, su experiencia de vida y otra serie de factores.

—¿Quieres decir que eres una suerte de mutante? —cuestioné. Él se tomó la pregunta con humor.

—No, Liz. Solo digo que si le preguntas a tu madre quién es Dios, probablemente dé una respuesta distinta a la que te puede dar el vagabundo que duerme en las calles, aunque en los hechos le recen a la misma entidad —explicó.

—¿Y entonces tú que eres?

—Soy Eros, el dios griego del amor —contestó con simpleza.

Por suerte no era profesor, porque sus explicaciones no se entendían en absoluto.

—Siquiera te da miedo decirlo en público —comenté.

—Aunque alguien escuchara, jamás va a pensar que realmente lo soy. Seguramente se imaginaría que es una broma —contestó—. Como cuando invocaste a Afrodita en tu casa, ni a tu hermana ni a Víctor se les pasó por la mente que estuvieras invocando a esa Afrodita.

Instintivamente, abrí la boca de pura impresión.

—¿Cómo lo supiste? —cuestioné sorprendida.

—Ya te dije, el don venía junto con la inmortalidad —dijo con suficiencia—. Además, tus gritos casi me dejan sordo. ¿Para qué quieres hablar con ella?

De inmediato comprendí que esta podía ser la oportunidad perfecta para conseguir una cita con la diosa de la belleza. Podía rechazar a una simple humana, pero seguramente escucharía a uno de sus congéneres divinos.

—¿Podrías invocar a Afrodita por mí? —Interrogué sin anestesia—. Estuve hablando con Adrian y me explicó la maldición que ella lanzó sobre su familia, y no creo que sea justo.

El rostro de Eros adoptó una seriedad extraña en él. No parecía enojado, quizás sí conmovido, aunque no podía decirlo a ciencia cierta.

—¿Por qué supones que Afrodita te hará caso? No serías más que una insignificante mortal pidiéndole que revoque una de sus mejores maldiciones. No es tan fácil.

—Pero debe haber algún modo. Tú eres el dios de la pasión, ¿verdad? ¿No puedes hacer nada?

Mi acompañante negó con la cabeza.

—Quizás podría hacer que alguien se enamorara de él, o viceversa, pero no cambiaría nada, ya que solo sería atracción. No serían almas gemelas, mis poderes encuentran su límite en ese punto. Podrían pasar una linda temporada, buenos meses de sexo, pero luego el amor moriría con el paso del tiempo, porque no hay nadie destinado a estar con él. Nació sin otra mitad, o dicho de otro modo, su hilo rojo no está conectado a nada —explicó—. Ya lo he intentado, créeme. Por mi culpa esa familia sigue teniendo descendientes.

Cerré los ojos, intentando asimilar lo que decía.

—Debe haber un modo —hablé, negándome a darme por vencida—. ¿No hay un dios capaz de

hacer frente a los poderes de Afrodita?

—En este ámbito al menos, había alguien, pero ya no existe —respondió con pesar.

—Psique —murmuré. Aunque me costara reconocerlo, había estado investigando por Internet—. La diosa de las almas gemelas.

Eros asintió lentamente.

—¿No hay un modo de traer de vuelta sus poderes? —pregunté—. Perséfone dijo que su divinidad se encontraba en los Campos Elíseos.

De pronto su mirada se ensombreció.

—Ni se te ocurra ir a buscarla.

—No estarás sugiriendo que me rinda, ¿o sí? —pregunté.

—Claro que no, pero seguramente encuentras un camino alternativo, que no implique otra visita al Inframundo. Soy un fiel convencido de que el amor es la fuerza más poderosa de este mundo. —Señaló hacia uno de los juegos del parque, donde Fran estaba mostrando a Henry su celestial puntería en un juego de tiro al blanco. Esta mujer sino tenía igual—. El problema es que las relaciones se hacen de a dos y, a veces, falta voluntad.

Acto seguido, Fran golpeó el sensor con un poderoso mazo de madera, al tiempo que Eros disparaba una flecha que fue a acertar justo en el corazón de Henry. Se había enamorado al ver su talento natural.

TREINTA Y UNO



Las facturas del hospital habían acabado con los ahorros de mi madre, y el apoyo monetario que mi padre nos brindaba era escaso, por no mencionar que disminuyó considerablemente después de nuestros últimos encuentros. Debido a mi recuperación, tuve que posponer la idea de buscar un trabajo. Sin embargo, ahora que mi mente volvía a la normalidad, podía retomar el asunto.

Fran y yo caminamos hasta una enorme casa comercial que buscaba comerciales. En realidad, no era exactamente el trabajo de mis sueños, pero a estas alturas estaba dispuesta a aceptar cualquier puesto que me ofrecieran. O sería más apropiado decir que tomaría cualquier puesto donde me aceptaran.

Una mujer joven nos recibió en la entrada con una sonrisa más falsa que la del anuncio publicitario que tenía colgado detrás. Pude imaginarme a mí misma repitiendo robóticamente el anuncio. «Pide tu tarjeta hoy, y obtén un 15% de descuento en tu próxima compra». Mi mandíbula se bloqueó solo de pensarlo. Sin embargo, no estaba en condiciones de ponerme quisquillosa.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó la joven.

—Vengo por la oferta de trabajo —contesté.

Su sonrisa estática desapareció inmediatamente.

—Oh, bueno. Sígueme —ordenó con voz monótona. Ahora que sabía que yo no era una potencial clienta no tenía sentido tratarme con fingido afecto.

Subí las escaleras hasta llegar a una puerta oculta entre las cajas de pago, donde se escondían las oficinas. La chica se retiró tan pronto me dejó frente a la placa de recursos humanos. Por su parte, Fran me dedicó una sonrisa de ánimo y esperó afuera.

Una mujer, casi tan rubia como yo al natural, se encontraba sentada detrás de un escritorio repleto de papeles. El teléfono reclamó su atención tan pronto cerré la puerta a mis espaldas, y por supuesto, optó por atender la llamada antes que a mí. Por suerte, fue un recado rápido.

—¿Y tú eres? —preguntó al colgar.

—Elizabeth Sagarra Maceda, vengo por el puesto de comercial —expliqué.

La mujer miró uno de los papeles que tenía sobre la mesa.

—Ah, sí. Aquí estás —reconoció, luego observó su reloj—, tu entrevista empezó hace cinco minutos según mi agenda.

Un mal comienzo, para variar.

—Yo...

—Hagamos esto rápido, me necesitan en el segundo piso —ordenó. Asentí y tomé asiento de inmediato—. ¿Por qué quieres trabajar con nosotros?

Esa pregunta me la habían hecho tantas veces, y había dado tantas malas respuestas, que esta vez opté por la verdad.

—Mi padre es la peor persona que conozco, y por algún motivo dejó de pagarme los estudios, así que necesito un empleo si no quiero volverme una vagabunda en el futuro —expliqué rápidamente.

La mujer me miró con severidad.

—¿Y usted cree que somos una fundación de caridad? Si le diéramos trabajo a cada persona necesitada, nos iríamos a la ruina con tanto sueldo que pagar —espetó.

Bien, de pronto ya no la quería como jefa.

—Pero toda la gente que busca trabajo lo hace porque lo necesita —respondí, como si no fuera una obviedad.

—Sí. Por lo mismo, yo también debo conservar el mío. Terminamos, puede irse.

Quise arañar su bonita y bien maquillada cara, pero me abstuve cuando una idea mucho mejor se cruzó en mi mente. Por primera vez me alegraba de ser la esclava de Eros.

—Parece que no te fue bien —comentó Fran, tan pronto me vio salir dando largas y enfurecidas zancadas.

—No volveré a comprar en este sitio —afirmé.

—De acuerdo, yo tampoco —apoyó.

No pude evitar sonreír.

—Por eso es que te amo —dije—. Ahora acompáñame al segundo piso, tengo algo que hacer.

—Creí que no ibas a volver a comprar —repuso Fran.

—Ya verás —respondí con malicia.

Me siguió a través las escaleras con la confusión enmarcando su rostro. Dimos un par de vueltas entre la gente, hasta que al fin reparé en la horrible jefa de recursos humanos. Quien, para variar, estaba retando a sus empleados. No me sorprendió, estaba segura que era de esas mujeres insoportables que disfrutaban haciendo sentir miserables a los demás.

Me escondí detrás de un mostrador de carteras, descolgué el arco que traía en mi hombro y preparé una flecha.

Sabía que traer mis herramientas podía ser útil. Fran me había dicho que no, que sería solo peso muerto sobre mi hombro, pero yo insistí, consciente que de todos modos nadie lo vería.

—Eres maléfica —señaló mi amiga, leyendo mis intenciones.

—La venganza es dulce —contesté sin culpa.

Solté la flecha y contuve un chillido de felicidad al ver que golpeaba el hombro de mi víctima. Los efectos fueron inmediatos, la mujer guardó silencio, y una expresión incomoda atravesó su rostro. Sin añadir nada más, dio la vuelta y se largó, con la vista pegada al suelo y mordiéndose los nudillos.

Entonces pude apreciar el rostro del trabajador y solté una carcajada al darme cuenta tenía diez años menos que ella. Alguien estaba a punto de tener un serio problema laboral. Mi venganza había resultado mejor de lo que esperé.

Mi acompañante también rio satisfecha, no se había perdido detalle, ya que sus ojos podían distinguir la flecha con facilidad gracias a la sangre de Apolo. Aun así los nervios la superaron, y me tomó del brazo antes de echarse a correr, como si alguien pudiese darse cuenta de nuestra travesura.

Nuestro éxtasis llevó a un guardia a pedir que nos fuéramos, por tener una actitud sospechosa. No sé a lo que ellos llaman "sospecha", pues la maldad ya estaba realizada, pero era mejor no discutir.

—Ya nos íbamos, no venden nada bueno aquí —escupió Fran, sin disimular una sonrisa burlona.

El encargado de seguridad nos siguió hasta la salida, con lo que ganamos varias miradas curiosas por parte de los compradores. Ni que fuésemos ladronas. De todos modos, podía tolerarlo, por primera vez tener los poderes de Eros era divertido.

En cuanto llegamos a la salida, la heredera de Apolo deslizó una mano por mis hombros y sacó una flecha invisible de mi aljaba. Tan pronto el guardia se dio vuelta, la arrojó como una jabalina, acertando en su pecho.

Estúpida sangre olímpica. Yo jamás sería tan precisa.

Justo en ese momento, una anciana de unos ochenta años pasó por su lado. Fran y yo intercambiamos una mirada nerviosa y luego nos echamos a reír con un par de locas desquiciadas.

—No le veo lo gracioso —dijo una voz tosca, a nuestras espaldas.

Sin parar de reír, me di la vuelta y tuve que sujetarme del hombro de Eros para no caer.

—¿Por qué siempre llegas cuando no te llaman y cuando te necesito nunca estas? —pregunté entre carcajadas.

—¿Viste eso? Es la pareja más bizarra del mundo —exclamó Fran.

—Sí, lo vi. Pero le di mis poderes a Lizzie, no a ti —expuso.

En ese momento, mi risa se detuvo.

—¿O sea que no pasó nada? —cuestioné incrédula.

Eros negó con la cabeza.

—Afortunadamente no, o habría tenido que anularlo —suspiró.

—¿Cómo te anulas a ti mismo? —inquirió Fran.

Eros chasqueó los dedos y una flecha apareció en su mano, era idéntica a las que me había dado, salvo por el color. Las mías eran doradas, y esta era completamente gris. Acerqué mi mano con la intención de tocarla, pero Eros la deshizo entre sus dedos.

—Tendrás la tuya cuando completes el trato —dijo—. Aunque ya no tiene mucho sentido.

—Solo quería verla —repliqué.

—Tengo una con tu nombre grabado en mi casa, para cuando cumplas tu parte. Recuerda que no es bueno deberle favores a un dios.

Me crucé de brazos molesta, aunque mi enfado duró muy poco, pues fue súbitamente reemplazado por la curiosidad.

Era obvio que Eros tenía una casa, aunque jamás me había preguntado dónde vivía. Siempre había dado por hecho que debía subir al Olimpo, aunque la última vez me había dado a entender que el viaje hasta el hogar de los dioses era largo. De lo contrario, no habría desaparecido durante una semana la última vez.



Tomé la cuerda entre mis dedos, abrí mi pecho, y extendí mis hombros, formando el ángulo adecuado. Centré mi atención en el punto rojo pintado a unos cuantos metros de distancia. Ese infernal y escurridizo objetivo, que siempre me traía dolores de cabeza. Todo estaba en perfecta sincronía, incluso los planetas se habían alineado para que éste fuera un gran tiro.

O por lo menos así era hasta que Júpiter decidió moverse un poquito.

—¡Trajimos las bebidas! —La estruendosa voz de Nick me sobresaltó a último minuto. Perdí la dirección y la flecha fue a chocar contra una rejilla más allá de la diana. Era una suerte que el club de tiro contara con todas las medidas de seguridad adecuadas, o podría haber lastimado a alguien—. ¡Vaya, Liz! Realmente tienes mala puntería. ¿Cómo pudiste aprobar?

—Te odio —refunfuñé entre dientes.

Los chicos dejaron las botellas en un rincón y tomaron sus implementos para unirse a la práctica.

En algún momento de mi convalecencia, Agustín se entusiasmó con la idea de aprender arquería, y su inseparable amigo no quiso quedarse atrás. Yo no había podido volver a integrarme hasta esta semana, ya que el doctor me había prohibido hacer fuerza hasta recuperarme del traumatismo, y sostener el arco requería un esfuerzo que fácilmente podía llevarme a un nuevo

colapso. La buena noticia es que tuve la consideración de aprobar mis clases antes de caerme escaleras abajo, así que ahora tenía un bonito diploma colgado en mi pared.

Sí. Yo, Elizabeth Sagarra había aprobado un curso de arquería. Creí que jamás podría jactarme de una hazaña así. ¿Qué más daba que fuera de nivel principiante?

—Ya llegaré al nivel avanzado —suspiré.

—Sí, en unos ocho o nueve años, calculo yo. —Volvió a reírse Nick. Fue más de lo que pude soportar, sostuve mi arco como si fuera un palo y lo perseguí por toda la cancha, golpeándole la espalda con él—. ¡Tranquila, Liz! ¡Ay! Recuerda, lento pero seguro. ¡No me pegues! ¡Ay! Eso dolió.

A pesar de sus quejidos, su rostro seguía luciendo una sonrisa juguetona, que delataba lo mucho que le gustaba burlarse de los demás.

—Vas a romper tu arco —intervino Agnes, para apaciguar mis ánimos.

—Sí, Liz, cuida tus cosas. —La secundó el idiota de turno.

—Lo decía porque tu cabeza es muy dura —repuso la chica—. Tú ni siquiera llegas al nivel básico.

—¡Eso! —exclamé, aprobando las palabras de la pequeña maestra.

Regresé a mi sitio con la frente en alto y continué entrenando. Mi primer intentó acabó a escasos centímetros del centro, pero el segundo dio justo en el blanco. Nadie podía negar que estuviera mejorando.

A mi lado, ninguno de los dos deportistas era capaz de acertar un solo tiro dentro de la diana.

—¡Mira eso, Nick! Llevo tres flechas dentro del objetivo, ¿cuántas llevas tú? —inquirí, solo para mofarme—. Qué pena, cero.

Aunque estaba muy orgullosa de mis avances, tuve que detenerme unos minutos para soltar los hombros y la espalda, que comenzaban a dolerme producto del ejercicio.

Después de un par de aciertos y unos cuantos errores, llegó la hora de irnos. Ahí empezó la discusión respecto a la idoneidad de los refrescos para hidratar después de realizar actividad física. Era obvio que no era lo más óptimo, pero aun así fue necesario argumentar, por esa necesidad de pelear sobre cosas sin sentido con los amigos. En lo que todos coincidimos fue en que tanto ejercicio nos había abierto el apetito.

—¡Pizza! —exclamó Fran.

—Siempre quieres pizza —reclamó Nick—. Si no te conociera, pensaría que estás obsesionada con el cajero.

—Casi, pero no —repuso ella, tan bajo que apenas se entendió lo que decía.

—Yo recuerdo que Lizzie me debe una hamburguesa —apuntó Agus.

Me quedé de piedra al evocar el favor que todavía no pagaba. Sobre todo porque la segunda parte parecía casi imposible de cumplir.

—Creo que lo olvidé —contesté, señalando mi sien—. Golpe en la cabeza, ya sabes.

—Te refresco la memoria —replicó él, pasando su brazo sobre mis hombros, como lo haría cualquier mafioso en su posición—. Nos prometiste una hamburguesa a todos.

—¡Claro que no! Solo fue a ti —exclamé, sin darme cuenta. Inmediatamente una sonrisa se extendió por el rostro del capo de la mafia—. ¡Maldición! Olvidé ponerle el filtro a mi boca.

—¡Te acordaste! —acusó él, orgulloso.

Luego de aquello, el menú quedó definido. Me subí al coche a regañadientes y conté mis ahorros mentalmente. Mi economía se estaba cayendo a pedazos, pero todavía podía permitirme ciertos gastos. Sin embargo, la necesidad de encontrar trabajo continuaba latente.

Nos detuvimos en un local de comida rápida y buscamos una mesa con suficiente espacio para

todos.

—Ya era hora de dejar las pizzas —comentó Nick, ganándose una mirada asesina por parte Fran.

Pagué por mi hamburguesa y la de Agustín, quien no se abstuvo de murmurar a mi oído:

—Recuerda el otro favor que te pedí.

Resoplé resignada.

—Sí, claro. ¿No te gustaría que sacara a pasear a tu perro también? —repliqué.

Me detuve en un pequeño anuncio pegado en la pared. Estaban buscando ayudante de cocina. Una ligera sonrisa se asomó en mi rostro, esfumando mi mal humor. Si Henry podía hacerlo, ¿por qué yo no?

—¿Buscas trabajo? —inquirió Nick a mis espaldas, haciéndome saltar de la impresión.

—Sí, tengo que aumentar mis ingresos —expuse.

—¿Y en serio piensas encerrarte en un local de comida rápida?

—No tengo nada mejor —repuse, encogiéndome de hombros.

—Puedo ayudarte —propuso—. Mis padres administran el zoológico en las afueras de la ciudad, y necesitan personal para tareas menores.

Pude sentir cómo mi mirada se iluminaba.

—¿Harías eso por mí? —pregunté entusiasmada.

—Haría muchas cosas por ti —bromeó—. Además, estás mejor calificada que todos esos niños que creen que poner «*me gustan los animales*» es suficiente para postular al empleo.

Asentí entusiasmada, viendo luces en mi futuro.

Era curioso cómo cambiaba la vida de alguien tras verle la cara a la muerte. Aunque en mi caso, había conocido directamente a los señores del Inframundo. Ahora, tenía la imperiosa necesidad de arreglar mi vida, de validarme, y reparar mis errores pasados. Después de pasar semanas siendo un estropajo inútil, necesitaba algo con que demostrar mi valor. Era un anhelo extraño, que no sabía a quién iba dirigido, si a mí misma o al resto del mundo, pero ahí estaba y no podía ignorarlo.

Tras tantos años de encierro y desesperación, por fin veía la realidad a color. Mis risas eran más sinceras, le encontraba valor a la luz, a los sabores, o al simple hecho de respirar.

Y todo pudo haber permanecido así de perfecto, hasta que la vida volvió a golpearme con lo mismo.

Fue al salir del local. Fran comenzó a buscar un lugar donde comprar chicle y dimos con un humilde quiosco instalado a media manzana. Tenía varios periódicos y revistas colgadas a los costados, así que dejé mi vista vagar por los titulares hasta que uno en particular captó mi atención. «*Hombre asesina a su esposa a golpes. Altas cifras de femicidios preocupan a las autoridades*».

Inmediatamente, un temblor me recorrió de pies a cabeza. Los recuerdos me asaltaron en cadena, uno tras otro, en una horripilante secuencia de imágenes que no podía controlar. El sonido de la vajilla rompiéndose, los gritos, y los golpes invadieron mi cabeza. La sensación de impotencia, el miedo y la incertidumbre me atacaron. Volví a ser una niña temerosa.

No necesitaba un recordatorio para saber que mi infancia había sido difícil debido a la incompetencia de mi padre. Era inolvidable. Hacía falta más que un simple golpe en la cabeza para dejar atrás todo ese dolor, y habría preferido quedarme únicamente con la sensación de que la vida había sido dura, pero conservar la esperanza de que el futuro sería próspero.

Sin embargo, no pude. Había una voz interna que me advertía que no había acabado. Que me gritaba que tuviera cuidado, y yo no la podía acallar. Una laguna, eso era. Un vacío oscuro y

turbio, que me causaba una tremenda preocupación, pero que era incapaz de descifrar, porque mi propio cerebro me lo negaba. Era un baúl que se resistía a abrir.

—Yo no entiendo por qué las mujeres no denuncian antes que las maten. —Una voz me sacó de mis pensamientos.

Miré a Nick, quien se había detenido en el mismo titular.

—Quizás el problema no es la denuncia, sino el sistema —supuso Agustín—. Escuché que no reciben mucha ayuda.

—O tal vez es la sociedad —agregó Agnes.

Busqué en los comentarios de mis amigos la verdad que necesitaba desentrañar, pero por más que lo intenté, no la encontré.



—Es importante —me dije, buscando comprender lo que mi memoria ocultaba.

—¿Qué cosa? —preguntó Jane al escuchar mis desvaríos.

Me levanté del sofá y le dirigí una mirada inquisitiva.

—Olvidé algo —expliqué.

—Es normal, el doctor dijo que algunos recuerdos tardarían en volver —contestó con tranquilidad.

—Pero necesito recordar este en particular —repliqué.

—No te preocupes, tarde o temprano podrás hacerlo.

Forcé mi mente al máximo, obligándome a recuperar aquellos escurridizos retazos de mi memoria, en busca de cualquier pista que me fuera útil.

Y la encontré.

—¿Por qué nuestro padre se fue de casa? —inquirí.

Mi hermana ni siquiera disimuló el desagrado que le producía hablar del tema.

—Me dijo que ya no podía seguir viviendo con mamá, que la convivencia le hacía daño y quería entrar a rehabilitación para dejar las drogas y ser una mejor persona —expuso—. Aunque no veo muchos avances.

Escudriñé el rostro de Jane, consciente que su capacidad para mentir era cercana a cero. La idea de que me estuviera ocultando información me resultaba absurda. Confiaba en ella, pero no podía evitar el presentimiento de que una pieza faltaba en este rompecabezas.

Su respuesta quedó dando vueltas en mi cabeza todo el día, al punto que me fue insoportable. Resultaba frustrante no encontrar una respuesta a la incógnita que me perseguía. Y ni siquiera podía convencerme a mí misma de que no merecía la atención que le estaba dando. Intentaba decirme que no era tan relevante y tarde o temprano lo recordaría, al igual que todo lo demás. Sin embargo, la sensación de ansiedad que envolvía aquella carta en blanco me desesperaba. Era como caminar sobre un acantilado, sin saber en qué momento iba a perder el equilibrio y caer. Porque yo era ese tipo de personas que se tambaleaban con facilidad.

Ignorando el terrible dolor de cabeza que me provocó indagar en cada rincón de mi cerebro, salí de casa con la intención de hacer algo por mi presente.

Era sábado, de modo que las calles estaban un poco más vacías que de costumbre. Tuve que tomar el autobús para llegar al zoológico a tiempo. Aun así, la cita estaba prevista para las tres de la tarde y llegué diez minutos antes, lo que interpreté como un buen augurio. De hecho, fui yo quien tuvo que esperar para ser atendida.

Acabé siendo contratada por a media jornada, lo que me permitía asistir a clases sin mayores

complicaciones. Solo tenía que presentarme los viernes y fines de semana, cuando las visitas aumentaban. Luego de sufrir tantos desvaríos para obtener un empleo, la posibilidad parecía caída del cielo. Aunque los chistes que tenían que ver con divinidades y fuerzas *kármicas* ya no me hacían gracia.

Una vez que recibí mi uniforme, estuve lista para iniciar mis labores. Básicamente, mi trabajo consistía en cortar las benditas entradas de quienes llegaban de visita, la mayoría padres con sus hijos o parejas sin nada mejor que hacer. Lo que incluía contar dinero y resolver las preguntas que la gente solía hacer, como si los cajeros fuésemos expertos conocedores de la vida animal y el manejo del zoológico. Aunque en lo primero llevaba una ligera ventaja. Sin mencionar, que debía lucir una radiante sonrisa, aunque claro, no era obligatorio. Era un crimen pedirle a un ser humano que mostrara su mejor cara mientras atendía público sin descanso. Aun así, la amabilidad estaba fuera de discusión, o sea que no podía arrojar a los mocosos insoportables a la jaula de los leones.

Supongo que podía resistir la tentación. A menos que el insoportable fuese un dios conocido por arrojar flechas a los humanos. Esa era harina de otro costal, y lamentablemente, Cupido no aguantó las ganas de venir a fastidiar en mi primer día de trabajo.

—¿Qué haces aquí? —interrogué.

—Vine al Zoo —contestó con simpleza, sacando de su cartera el valor de la entrada.

Entrecerré los ojos, preguntándome dónde estaba la trampa.

—Compórtate —dije con reticencia.

Él se me limitó a responderme con una sonrisa que habría derretido a cualquier otra. No a mí, que conocía su verdadera naturaleza.

Las siguientes horas fueron una tortura. Desde mi asiento tuve una vista privilegiada sus hazañas, enamorando a cualquier persona que se cruzara en su camino.

Apreté la mandíbula y me esforcé en mantener mi atención centrada en la contabilidad.

—¡Hey! —Mi compañero de la caja vecina me sacó de mis cavilaciones— ¿Tienes cambio?

Miré caja y le cambié el billete para que pudiera entregarle el cambio a sus clientes.

El resto del día, continué apretando la mandíbula cada vez que veía una flecha impactar la espalda de un despreocupado visitante, que inmediatamente cambiaba su actitud.

En cuanto acabé mi turno salí disparada en busca de Eros, pero él aprovechó el momento para esconderse entre los animales.

Bufé frustrada y me dirigí a mi casilla para reemplazar la fea camiseta con el logo de un tigre bordado en el costado, por una blusa negra sin ningún diseño, y quitarme la gorra con el mismo emblema. Debo decir, que el uniforme apestaba, y ojalá nunca nadie conocido me viera con él o mi dignidad se iría al suelo.

Salí del vestuario de los empleados y me detuve unos momentos a observar el panorama. Los guardias comenzaban a acercarse a los visitantes para anunciar que el zoológico cerraba sus puertas y ellos tardaban un momento en ponerse en marcha. Los niños corrían de un lado a otro como si estuvieran en una auténtica expedición, algunos impacientes todavía esperaban que un animal concreto despertara o hiciera alguna gracia, aunque a estas horas solo los reptiles y algún que otro depredador nocturno estaban despiertos.

Era curioso llegar a la conclusión de que todos éramos animales, unos en libertad y otros recluidos en celdas.

Sin darme cuenta, estaba caminando por el pavimento. Una de las ventajas de ser empleada era no tener que pagar la entrada, así que podía recorrer la estancia libremente después de mi turno.

Nunca había visitado un zoológico, solo los había visto fotos o en la televisión. Había

aprendido a amar la naturaleza en libertad, corriendo entre los prados, reconociendo los perros, los caballos, las ovejas y las vacas, siendo perseguida por jaurías hambrientas y enjambres furiosos, limpiando crines y acariciando pelajes con parásitos. Si eso no era amor, nada lo era.

Todo parecía normal, hasta que una voz infantil encendió mis señales de alerta.

—¡Mira, mamá! Ese tigre se está subiendo arriba del otro.

Digan lo que quieran, pero esa afirmación era, por lo menos, extraña.

Me detuve frente a la jaula de los tigres, y de inmediato distinguí al dios del amor de pie junto a los felinos apareándose.

—¿Pero qué haces? —grité.

—Ayudo a la conservación animal, ¿sabías que el tigre de bengala está en peligro de extinción? —contestó.

La lógica de su respuesta se sintió como un duro puñetazo en mi cara.

Claro que sabía que los tigres se encontraban bajo amenaza, incluso era consciente que una de las subespecies había desaparecido producto de la caza masiva. Este zoológico contaba con certificación internacional para mantener a estas criaturas y ayudar a su reproducción en cautiverio, para lo cual seguía rigurosas pautas que Nick no había escatimado en explicar. Como, por ejemplo, replicar su ambiente natural y separar las jaulas para una mayor diversificación genética.

Seguramente los dueños no habían considerado que un bondadoso dios ayudaría con el programa.

—Estuviste todo el día lanzando flechas a la gente —le acusé, recurriendo al único recurso que me quedaba.

Eros ni siquiera se avergonzó.

—Tranquila, Liz. Nadie se volvió zoofílico, si eso es lo que te preocupa. —Iba a replicar cuando una mujer avisó por los altavoces que los clientes debían irse—. Es hora de irme, nos vemos después.

Y así, el dios del amor me dejó a solas tras haber causado estragos en el zoológico.

Pateé el suelo y dejé escapar un chillido de frustración, que fue opacado por el rugido de uno de los felinos.

—Ya verás, dios de segunda —grité, con el puño levantado hacia el cielo.

—Parece que la vida no te ha tratado muy bien —comentó alguien a mis espaldas.

Me di la vuelta y me encontré un chico de cabello color turquesa, luciendo una camiseta con la del tigre estampado, usando auriculares y gafas de sol. Por algún motivo su rostro se me hacía extrañamente familiar y temí que fuera uno de esos recuerdos que mi cabeza todavía mantuviera bloqueados.

—Hay un dios allá arriba que tiene algo en mi contra —resoplé.

—Te entiendo —contestó—. Deduzco que tu primer día ha ido fatal.

Entonces lo reconocí, se trataba de mi compañero de trabajo, quien atendía la caja continúa a la mía. Solo que sin uniforme.—Solo un poco —admití, recordando las escenas que Eros me hizo presenciar—. Lindo color. —Señalé su pelo.

—El tuyo también lo es —respondió, apuntando mi cabellera roja, y luego me indicó la jaula donde hace un rato los animales habían terminado de satisfacer sus deseos—. Si te gustan los tigres, podemos ser amigos.

—¿Qué clase de condición es esa? —interrogué.

—Es mi animal favorito —admitió, encogiéndose de hombros—. Mi sueño es que alguna vez me dejen entrar a su jaula, tirarles un trozo de carne y salir corriendo. O salvar a un niño que se

caiga dentro, al estilo Tarzán, y volverme viral.

De acuerdo, me caía bien.

—Me gustan los animales en general —expuse—, crecí rodeada de ellos y por eso quise ser veterinaria.—Suena estupendo. Yo también tengo una historia, ¿sabes? Siempre quise teñirme el pelo, pero cuando lo hice, le provoqué un infarto tan grave a mi padre que desde entonces me cubro cada vez que estoy en casa. —Y para corroborar sus palabras, me enseñó un gorro de lana tejida que tenía colgando de su mochila.—Eres interesante, será divertido tenerte en la caja de al lado. Soy Lizzie —dije dándole la mano.

—Peter. —Se presentó, estrechándola levemente—. Bueno, en realidad me llamo Pedro, pero dilo en inglés. Suena más *cool*.

TREINTA Y DOS



—Así que Henry me dijo que fuéramos al cine —concluyó Fran desde la otra línea del teléfono, tras explicarme con todo lujo de detalles toda la conversación que había mantenido con el chico de las pizzas.

—¡Genial! Están avanzando —exclamé entusiasmada.

—Sí, quedamos en la entrada, a las siete y media —explicó—. ¿Te dará tiempo de llegar?

Casi me atraganto con mis cereales.

—¿Yo? ¿qué pinto yo en tu cita? —interrogué.

—Por favor, Liz, no puedes dejarme sola —suplicó.

—Fran, vas a ir al cine con el chico que te gusta y quieres meterme en la ecuación, a pesar que sabes que estuvo años enganchado de mí. Debes estar loca.

—¡Lo sé! Pero me dijiste que Eros lo había flechado conmigo, así que no tengo nada que temer. ¿Verdad? Y me preocupa ir sola.

—No tienes quince años, estarás bien.

—No, tengo veinte, y unos padres adoptivos extremadamente religiosos. Sin mencionar que mi verdadero progenitor es un dios griego. ¡Todo va a estar bien! Sobre todo cuando le diga a mi padre, quien por cierto, tiene permiso para portar armas, que voy a ir a encerrarme en una sala oscura con un chico. ¡Por favor, Liz! ¿Por qué crees que sigo virgen?

—Puedo cubrirte desde mi casa —señalé.

—¡No es lo mismo! Estoy segura que voy a meter la pata en algo, y tú tienes los poderes de Eros.

—¿Y eso qué tiene que ver? —exigí exasperada.

—¡No sé! Pero de algo deben servir.

Exhalé con resignación. Sinceramente Fran sonaba tan desesperada que cualquiera habría pensado que corría riesgo de regresar embarazada a casa, o algo parecido. Costaba creer que una chica a su edad continuara comportándose como una niña inmadura. Aunque revisando su historial, ella siempre había sido escurridiza a los hombres que solían lanzarse por docena cada vez que abría un poco las puertas, debido a su admirable belleza.

De este modo, acabé parada en la entrada del cine, sintiéndome ridícula.

—¡Gracias por venir! —exclamó la descendiente de Apolo.

—Hola, Liz —saludó Henry, notablemente incómodo.

—Tranquilo, solo vine a poner a prueba mis clases de violín —dije.

No perdimos el tiempo y nos ubicamos al final de una extensa fila para comprar las entradas. Todo parecía transcurrir con normalidad, solo éramos tres jóvenes con ganas de ver una película, nada de otro mundo. Sin embargo, la calma no era más que una bella apariencia, que se esfumó tan pronto fue nuestro turno de ser atendidos.

—¿Eros? —preguntó mi amigo de la infancia, sorprendido de reconocer al cajero.

—¿Qué tal? —respondió el aludido con una radiante sonrisa.

—Por favor, mátenme —musité.

¿Se podían poner denuncias por acoso en el Olimpo? Tenía severas quejas respecto a un dios en particular.

Saqué mi billetera y pagué la entrada con recelo. Escogimos los asientos en la pantalla y nos

ordenamos del mejor modo posible, es decir: Henry, Fran y yo, de derecha a izquierda.

El tiempo de espera antes de poder ingresar a la sala se me hizo eterno. En las películas siempre parecía muy fácil, solo comprabas tu entrada y de inmediato te ibas a ver la película. En la realidad no era tan rápido, sino que hay que esperar unos minutos, o incluso horas dependiendo de la función. Y el presentimiento de que Eros podía gastarme una nueva broma mientras esperaba me estaba volviendo paranoica.

Por fortuna, entré a la sala sin contratiempos. Aun así, engullí las palomitas durante los anuncios previos a la película, en parte porque estaba tan nerviosa que tragué como una desquiciada. Y también porque los comerciales eran demasiado largos.

Cuando por fin distinguí los créditos que daban comienzo a la película, me relajé, creyendo que estaba a salvo.

Mi seguridad duró apenas unos veinte segundos.

—Con permiso —murmuró una conocida voz, demasiado cerca de mi asiento como para ser psicológicamente saludable.

Giré la cabeza y descubrí a Eros, pasando frente la gente, con un paquete de palomitas en sus manos.

Por favor, que no... Y así fue como el dios del amor se sentó en el espacio disponible a mi lado.

—Siento la demora —susurró—. Estaba presentando mi carta de renuncia, el jefe no podía creer que solo hubiera trabajado dos horas.

—Dime que no compraste el asiento que está justo a mi lado —pedí.

Sacó de su bolsillo su entrada y verificó el número escrito en ella antes de mostrármelo.

—Éste es mi sitio —dijo.

Alguien a nuestras espaldas nos exigió guardar silencio. Con la mirada, busqué apoyo en mis dos amigos, quienes tampoco podían dar crédito a la repentina aparición. Sin embargo, dadas las circunstancias, no había mucho que hacer, salvo aceptar a un cuarto invitado.

Debo decir, que no pude concentrarme durante las malditas dos horas de función, y mi incomodidad se la debía a una persona en específico, quien se encontraba sentado a mi lado, absolutamente relajado y disfrutando del filme.

Una parte de mí deseaba golpearlo, ponerme de pie y marcharme. La otra, por más que me avergonzara admitirlo, todavía estaba feliz de verlo. Al darme cuenta de eso último, me regañé mentalmente, y me concentré en las imágenes que corrían por la pantalla.

Inconscientemente, volví a girarme en dirección a Eros.

—¿Quieres? —preguntó, ofreciéndome la bolsa de palomitas.

—No —contesté a secas, antes de volverme a la película. Sólo duré unos pocos minutos antes que mi ansiedad ganara la partida—. Bueno, sí.

Tomé un puñado y me lo eché a la boca, intentando distraer mi atención con la comida.

Entonces me di cuenta que Fran y Henry estaban compartiendo saliva a mi lado. Me eché hacia atrás, asqueada. ¿En serio, ésta era mi virginal amiga, que me había arrastrado al cine porque no quería estar a solas con un chico?

—Qué bello es el amor —murmuró Eros—. Pronto estarán revolcándose.

Lo miré horrorizada, incapaz de tragarme su descaro.

—¿Y a ti quién te dio permiso para decir esas cosas? —inquirí.

—Puedo sentir la atracción sexual entre ambos —contestó.

Volví a echar un vistazo a la pareja, quienes empezaban a necesitar un hotel.

—Eso es fácil, cualquiera se daría cuenta que se están comiendo como animales —repuse.

—Es cierto, pero yo puedo sentir incluso la atracción que tú sientes por mí.

Mis mejillas se prendieron en llamas y, en un arranque de nerviosismo, le arrojé las palomitas que tenía en la mano.

—Ridículo. Yo no siento nada por ti, y me acabas de hacer desperdiciar comida —espeté, cruzándome de brazos.

Nuevamente, algún espectador siseó para hacernos callar.

Me esforcé en guardar silencio el resto de la película, lo cual resultó más difícil de lo que cualquiera habría pensado. Mis ojos vagaban desde la proyección hasta el dios que tenía sentado a mi lado, en un histérico vaivén, y mi ansiedad no hacía más que aumentar con el paso de los minutos. Además, obligarme a mantener la boca cerrada provocaba que mis deseos de lanzar un comentario mordaz aumentaran.

Sobre todo cuando sacaba palomitas y nuestras manos se rozaban. Generalmente esos son los momentos donde una agradable corriente eléctrica recorre a la protagonista, pero para mí, fue como si me pinchara un erizo.

Cuando la función por fin acabó, salí a toda prisa de la sala, mucho antes de que el resto del público tuviese tiempo de ponerse en pie.

Abrí las pesadas puertas y hui, como si el diablo me persiguiera, para chocar contra un amplio pecho en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —chillé—. ¿Cómo se te ocurre teletransportarte? ¡Alguien puede verte!

—Nadie me vio —respondió Eros—. El pasillo está vacío y la gente en la sala todavía no... Oh, ahora están saliendo. Si no gritas, nadie se va a enterar.

El corredor desierto comenzó a llenarse del público que abandonaba las salas de cine.

—¿Y eso qué? —repuse—. ¡Quizás Henry lo notó y ahora piense que eres un demonio chupasangre que quiere robar su alma!

—Eso ni siquiera tiene sentido. Además, si el humano quiere salir con una semidiosa, será mejor que se acostumbre.

—No me digas que Fran también puede teletransportarse.

—No estoy seguro, nadie le ha enseñado a usar sus poderes, así que...

Antes que pudiera terminar la frase, nuestros dos amigos nos alcanzaron.

—¡Wow! ¿Cómo salieron tan rápido? —interrogó Henry.

Estuve a punto de sufrir un paro cardíaco.

—La sala estaba muy llena, yo también me estaba asfixiando dentro —comentó Fran, intentando desviar la atención.

—Si te sentías mal podías haberlo dicho —respondió el chico.

—No hay problema, había aire acondicionado.

Quizás debíamos añadir a la lista de habilidades divinas su tremenda capacidad para mentir. Su excusa era tan sólida que Henry no insistió en el tema.

El camino de regreso lo hice como un autómata, en lo que puede considerarse el peor intento de actuar con normalidad de la historia. O sea, acababa de ir al cine con un dios griego y una semidiosa, en el sentido más literal de la expresión, y ahora me iba a casa, muy casual.

—¿Todo bien? —murmuró Fran, acercándose a mí.

—Todo mal —repliqué.

Y lo peor estaba por venir.

—Vaya, Eros. ¿En serio renunciaste para poder pasar la tarde con Lizzie? —preguntó Henry cuando volvimos a pasar por las cajas—. Tú sí que haces lo que sea por tu chica.

Tuve la sensación de que volvería a sufrir un paro cardíaco.

—¡La película estuvo genial! —exclamó Fran—. ¿No les gusta esto? Es como una cita doble.

Quise reclamar que esto podía ser una cita para ella y mi amigo de la infancia, pero para mí no era más que la entrada al manicomio. Sin embargo lo mejor era guardar silencio para no levantar más sospechas, aunque no era yo, sino el mismísimo Eros quien tenía más problemas para comprender el significado de la palabra discreción.

Nos separamos poco después. La hija de Apolo y el chico de las pizzas por un lado, y el dios de los pañales y yo por el otro.

La noche había caído y apenas pasaban buses a estas horas. Mi apartamento quedaba suficientemente lejos como para que la idea de llegar caminando fuera una locura, pero aun así avancé calle abajo, con una sombra siguiendo mis pasos.

—¿Estás segura que no quieres que te lleve a casa? —inquirió Eros, a unos metros de distancia.

—¿En coche o vamos a teletransportarnos?

No era una pregunta muy agradable, pero era inevitable hacerla dado el caso.

—Como quieras.

Me detuve a mirarlo.

—¿Cuánto más tengo que alejarme para que entiendas? —cuestioné.

Eliminó la corta distancia que nos separaba, hasta quedar a mi altura.

—El problema es que no quiero que te alejes, aún si no quieres estar conmigo, tengo miedo de que vuelva a pasarte algo malo y no estar ahí para cuidarte.

Me quedé sin respuesta, no solo por sus palabras, sino también por ternura que había en su mirada al pronunciarlas.

Cuando encontré mi voz, salió de un lugar tan profundo que resonó con fuerza en mi pecho.

—¡Eres un maldito acosador! —grité—. El peor de tu calaña, tengo miedo de salir a la calle y encontrarme con tu rostro al cruzar en la esquina, porque no puedo deshacerme de ti... Y lo peor, es que cuando no estás, te extraño como no te imaginas.

Y entonces, aprovechando la euforia que me invadía, di un paso hacia adelante y lo besé.

Estúpidas contradicciones.



Los días siguientes me los pasé negando el beso con Eros, estudiando para los parciales, asistiendo a las sesiones de rehabilitación del alcoholismo, y trabajando en el zoológico. Por primera vez, sentía que mi vida no avanzaba por un túnel oscuro y sin salida, sino que veía luz en mi destino, en contraste a las sombras que residían en mi pasado.

Todo había quedado atrás.

Podía acostumbrarme a este bienestar.

Lamentablemente, mi apacible tarde de sábado fue interrumpida por una estampida de estudiantes universitarios sin nada mejor que hacer con su tiempo.

—¿Qué hacen aquí? —interrogué.

—Solo quería tener el placer de comprarte una entrada —respondió Fran con una radiante sonrisa.

—Yo vine a acompañarla —agregó Henry.

—¡Hay un show de focas! —exclamó Agustín.

—Me agradan las focas —convino Agnes.

—Yo no pago, mis padres mandan —repuso Nick.

—Y aun así no eres capaz de hacernos entrar gratis —reclamó Sandra.

—Los negocios son los negocios —dijo el hijo del jefe, encogiéndose de hombros.

Tras escuchar a cada uno, me permití suspirar, admitiendo la derrota.

—De acuerdo, todos quieren verme sufrir —concluí.

—Y las focas, no olvides las focas —repuso Agus.

Negué con la cabeza, abatida, pese a la cómica situación. Mis compañeros de clase y mi amigo de toda la infancia reunidos para verme trabajar como si fuera un espectáculo más del zoológico.

Me preparé para cortar los boletos cuando una voz irrumpió mi calma.

—¡Nick!

No podía ver debido a las paredes de la caseta, pero la recién llegada no tardó en hacer su aparición dentro de mi campo visual. Venía corriendo a toda velocidad y tan pronto llegó, se abalanzó en los brazos de su novio, quien la recibió en un rígido gesto.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —interrogó nervioso.

—Creí que era una salida en parejas —respondió ella—. Fran con su repartidor de pizzas, Agnes con Agustín, las dos lesbianas, tú y yo. Es una pena que Elizabeth siga sola.

Hizo un puchero para demostrar la enorme tristeza que le producía mi inevitable soledad.

—Si supieras —mascullé entre dientes.

—Yo no soy lesbiana —alegó nuestra delegada.

—Y yo no estoy saliendo con Agustín —reclamó la arquera.

Inmediatamente se desató una discusión sobre lo equivocada que se encontraba Ada, a la que tuve que poner fin, en consideración al gran número de visitantes esperando.

Corté los tickets de entrada, que ese día tenían una foca impresa con motivo del estelar, y se los entregué a cada uno. Excepto a la impasible novia, que se negaba a pagar porque estaba saliendo con el hijo de los dueños.

—Ada, si te dejas entrar gratis mi padre se va a enfadar —dijo Nick.

—Y nosotros también vamos a querer nuestro pase gratuito —agregó Agus.

—Eres el peor amigo que existe.

—Y lo dices tú, que me haces pagar.

Mientras ellos discutían, más personas se formaban en la fila, y una expresión de descontento se creaba en los rostros de quienes llevaban tiempo esperando.

¿Cuál era la necesidad de ponerse a pelear justo en frente de la caja? Que mi trabajo fuera monótono no significaba que quisiera que vinieran a ponerle emoción, sobretodo porque me interesaba conservarlo y no perderlo por haberle gritado a un cliente, o algo por el estilo.

Cuando al fin se fueron, exhalé todo el aire que había estado conteniendo y me armé de valor para seguir atendiendo a todos los que estaban en lista de espera.

—Tus amigos son divertidos —comentó alguien a mi lado.

—¿Desde cuándo divertido es sinónimo de exasperante? —cuestioné.

—Les gustan las focas, así que deben ser buena gente —repuso.

—Creí que lo tuyo eran los tigres.

—La personalidad de las personas puede saberse dependiendo de sus animales favoritos —explicó Peter.

—¿Así es como mides a la gente? —cuestioné.

—Hay gente que usa los horóscopos —dijo, encogiéndose de hombros.

Tuve que darle la razón en eso último, antes de volver a centrarme en mis funciones, ya que contar billetes no era sencillo si tu mente está enfrascada en una conversación. Es cierto que éste no era mi trabajo soñado, pero era lo mejor a que podía aspirar considerando mi estado de salud.

El horario era bueno, y el sueldo decente. Además, tenía la compañía de Peter, cuyas excentricidades lo hacían más llevadero.

Ese día, cuando nos fuimos a cambiar el uniforme, lo vi regresar con una camiseta con el meme de una foca estampado.

—¿Y eso? —pregunté.

—Hoy es día de focas —contestó con simpleza.

A decir verdad, tenía razón. El show de aquellas criaturas había acaparado toda la atención del público. Bastaba con echar un ligero vistazo para darse cuenta. Incluso habían mandado a hacer productos promocionales, tales como globos, viseras o chapas, entre otros.

—Iré a despedirme de los tigres —anunció.

Y ya que no tenía nada mejor que hacer, lo seguí.

Las feroces criaturas se encontraban despiertas y se paseaban como... bueno, como animales enjaulados. Su pelaje relucía con cada uno de sus pasos, mientras sus rayas negras ondulaban en un llamativo baile. Tenían la mandíbula abierta, enseñando sus feroces dientes. Había algo exótico en sus movimientos, que te incitaba a acercarte, pero a la vez era imposible ignorar la categórica amenaza que se mantenía implícita: si me tocas, te arranco el brazo.

—¿Cuál es tu animal favorito, Liz? —preguntó de pronto Peter, sin despegar la vista de los felinos.

Curiosamente, la imagen de un canino de tres cabezas apareció en mi mente.

—No lo sé —respondí a secas, porque lógicamente no podía decirle la verdad sin que me tomara por loca.

—No creo que no tengas uno —insistió, posando sus ansiosos ojos en mí—. Debe ser algo como un perro... ¡Espera! Algo un poco más siniestro, como un perro con grandes colmillos. Bueno, eso sería un lobo, pero no pareces amante de los lobos... Quizás...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —le interrumpí—. Amo a los perros

—¿Estás segura? Creo que a les falta algo para adecuarse a ti.

—Los tigres no se adecuan a ti y tu pelo turquesa, pero no digo nada —reclamé. De pronto, su mirada se amplió, y por un momento temí haberlo ofendido—. Es decir, me encanta el color, pero...

Guardé silencio al darme cuenta que no me estaba prestando atención. Su mirada estaba perdida, más allá de mí, viendo algo que sólo él podía ver.

—A mí me gustan los camaleones —habló al fin—. Pero él es un tigre. ¿No te parece la pareja más horrorosa que has escuchado? ¡Por Dios! Hasta en *Crepúsculo* hablaban de una oveja y un león.

Por primera vez en mucho tiempo me quedé sin respuesta. Su expresión me decía que debía utilizar las palabras con cuidado, no había lugar para bromas o afirmaciones insensibles. Estaba confiándome un secreto muy preciado y profundo, que comprendí incluso antes de escuchar la historia completa. Tenía que ayudar a este chico, por los poderes de Cupido que corrían por mis venas.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté finalmente. Al instante, quise golpearme, o por lo menos arrojarme a la jaula de los peligrosos gatitos.

—Hay muchos problemas, la verdad —contestó—. Él empezó a estudiar medicina este año, y quiere centrar toda su atención en eso. Su familia está haciendo un gran esfuerzo para que pueda estudiar y no quiere estropearlo. Por otro lado, mi padre ni siquiera me dejó postular, porque cree que la carrera que quiero estudiar es una vergüenza para la familia, dijo que tenía que tomarme el año para recapacitar, y a ver si de paso se me destiñe el pelo lo suficiente como para que pueda

entrar en casa sin causarle un dolor de cabeza. Estoy seguro que si le digo que soy gay me deshereda y me echa a la calle.

Agaché la cabeza, un poco avergonzada por mi actitud, pero mayormente triste, por no saber cómo solucionar un caso así.

—Así que ese es el problema —musité, más para mí misma que para él, aunque seguramente me escuchó.

TREINTA Y TRES



El problema con Eros era que siempre que él quería fastidiar, solo aparecía, pero cada vez que yo necesitaba hablar con él, tenía que gritarle al techo, confiando en que tal vez me escuchara.

Lamentablemente ese día no me escuchó.

Resoplé frustrada y me dejé caer en mi cama.

—Deberías tener un teléfono —grité al cielo, tomando mi móvil y agitándolo en el aire—. De todos modos, ni me escuchas.

De inmediato, el teléfono comenzó a vibrar en mi mano. La pura impresión me hizo soltarlo y acabó golpeándome de lleno en el rostro.

Contesté, sobándome la frente y buscando una posición más cómoda.

—Te estoy esperando —dijo Fran alegremente.

Miré la hora y casi me caigo de la cama al darme cuenta que había malgastado toda mi tarde ofendiendo a un dios que no tenía la menor intención de aparecer.

—Estoy a un par de calles.

—Mentirosa, ni siquiera has salido —repuso ella.

—Bueno, pero ya salgo —admití.

Corté la llamada y salí del apartamento rumbo a la parada de autobús. A medida que iba de camino, la ansiedad comenzó a invadirme. El plan de esta noche era tan sencillo que me hacía dudar. La experiencia me había enseñado en este último tiempo que detrás de lo más simple podía esconderse una auténtica odisea.

Llegué a casa de mi amiga y pasé de largo a su cuarto, manifestando mis temores apenas estuvimos a solas.

—Deja de llorar. Ya sabes, no es necesario el alcohol para pasarlo bien—dijo Fran—. Solo mantén el control de tus impulsos y verás que no pasa nada.

Una salida entre amigos, nada más. Era una idea de lo más común y ordinaria, nada de otro mundo. Claro que había dejado de salir de noche desde que un accidente me llevó a conocer el Inframundo. Definitivamente, no necesitaba otro golpe en la cabeza, y menos ahora que había iniciado un tratamiento contra las drogas. Por desgracia esta era una de esas oportunidades donde no podía decir que no, por un simple motivo: era el cumpleaños de Nick.

Había optado por una fiesta en su casa, nada de pistas de baile ni barra libre, poco bullicio y unos cuantos invitados. Y, por más que se esforzara en negarlo, sabía que estaba dentro de los motivos que lo habían llevado a realizar una humilde celebración.

—No te hagas la importante, Liz —contestó tan pronto le hice saber mis sospechas—. Si no me lo recuerdas, habría olvidado que estuviste en el hospital.

Y así, con sus sarcásticas y sus múltiples evasiones, llegó el día.

—Solo recuerda que yo debo levantarme temprano para ir a trabajar —respondí.

Aún era viernes, y el fin de semana se presentaba bastante ajetreado, por lo que no quería empezar con el pie izquierdo.

—Sí, sí... —contestó, quitándole importancia.

Quizás, lo más irónico fue que mi terapeuta me llevara en su coche a la casa de Nick ya que, curiosamente, también era la madre de mi mejor amiga.

—Recuerda Lizzie, tú tienes el control, nadie más —advirtió antes de dejarme ir—. Pásenlo

bien.

La casa de Nick quedaba en un barrio acomodado lejos del centro de la ciudad, a unas cuantas calles del zoológico. Era tan grande que podría haber metido mi apartamento dentro y todavía sobraría espacio. Tenía un amplio recibidor, donde abundaban fotos de él y sus hermanos, junto a distintos animales, desde leones hasta mantarrayas, algunos sillones, una mesa de centro, y una enorme caja transparente con luces infrarrojas para mantener a una iguana verde de un metro y medio aproximadamente. Casi me caigo de bruces cuando la vi.

—Tenemos un mini zoológico en casa —explicó el cumpleañosero, aunque su tono no parecía el de una disculpa.

Nos dirigimos al patio trasero, el cual para la ocasión se había transformado en un improvisado camping bajo el cielo nocturno. Bajo el techo del garaje había una mesa repleta de comida y bebidas. Los fluorescentes habían sido reemplazados por otras luces de distintos colores para otorgar un toque discotequero al ambiente, y un enorme altavoz conectado al ordenador bastaba para llenar el lugar de música. Más allá, Victor, Agustín y otros miembros del equipo encendían la parrilla, agitando enérgicamente un pedazo de cartón, de un modo que me hacía dudar de si estaban invocando a alguna divinidad o intentaban encender un fuego.

Inevitablemente, mi atención recayó en la diversidad de botellas y envases que descansaban sobre el mantel, sintiendo la atracción de lo prohibido. Sin embargo, tuve la fuerza necesaria para pasar de largo y enfocarme en las golosinas.

—Me cuesta creer que Nick haya ideado todo esto —comentó Fran.

—En realidad, yo ayudé —respondió Ann, admirando su trabajo.

Los invitados llegaban en manadas, y rápidamente se integraban a la celebración. Conversamos, reímos, nos hicimos fotos, y devoramos la comida. Sin embargo, el ambiente de diversión se vio interrumpido por la llegada de una visita poco deseada.

En cuanto Ada llegó, rodeó a Nick con sus brazos y lo besó con un posesivo gesto que no pasó desapercibido para nadie. Mi mirada se desvió a Agnes, quien miraba la escena con la mandíbula apretada, pero se esforzó en disimular. No sucedió así con el resto de nosotros.

—¿Por qué la invitaste? —murmuró Fran al cumpleañosero, apenas estuvo a su alcance.

—Es mi novia —se defendió él.

—Pero ella solo fastidia —repuso.

Iban a continuar discutiendo, pero a alguien se le ocurrió subir el volumen de la música y pronto todo el mundo estuvo revuelto, bailando y cantando, o más bien, gritando como morsas dando a luz.

La bulla fue en aumento y, antes de lo esperado, mi prueba de fuego comenzó.

En cuanto el olor a alcohol inundó mis fosas nasales, una insoportable sensación de ansiedad me invadió, mi cuerpo tembló de pies a cabeza y tuve que secarme el sudor de las manos frotándolas contra la tela de mi pantalón. Nunca esperé que la necesidad fuera tan grande y se manifestara con apenas el primer contacto, sin ninguna consideración.

Me repetí mentalmente que yo era más fuerte, recordando los discursos de la psicóloga durante las sesiones de terapia.

Yo tenía el control.

Busqué distraer mi atención con la música, moviéndome robóticamente entre la gente. Hasta que una invitación me desequilibró.

—Sírrete, Liz —dijo Ada, tendiéndome un vaso relleno con un líquido negro que apestaba a gaseosa con licor. Me quedé viéndolo en una suerte de trance, que fue interrumpido por la estruendosa voz de otra persona.

—¡No! —gritó la hija de Apolo, empujándome lejos.

Me dejé llevar cual zombi, sintiendo los deseos aumentar dentro de mí. Estaba perdiendo el control.

Bailé más tiesa que un roble moviendo sus ramas al viento, demasiado abrumada como para disfrutar realmente. No podía evadirlo, mi mente era un planeta en órbita y la botella era el centro del sistema.

Entonces, como si el destino tuviera algún tipo de resentimiento contra mí, los chicos comenzaron a hacer mezclas con la música y escogieron un efecto especial que me erizó la piel.

El sonido de un disparo.

Fue más de lo que mi cabeza pudo soportar. Mi perdición llegó primero como un insoportable dolor de cabeza, me sentí vacía y extrañamente culpable. Mi cuerpo se movió por sí solo hasta la mesa donde se encontraban las botellas, había algo que necesitaba ahogar con alcohol, al igual que con un insecto insoportable. No sabía qué, no podía encontrarlo y la amnesia me hacía sentir perdida, sin rumbo.

El sabor amargo recorrió mi garganta causándome un entrañable bienestar.

Tuve el impulso de gritar, pero no sabía bien qué era lo que quería comunicar, así que solo dejé que mi voz escapara de mis labios, hasta que encontrara las palabras que tanto ansiaba decir. Solo sabía que tenía algo atascado, que se rehusaba a salir.

—¿Pero qué estás haciendo? —interrogó Fran, arrebatándome el vaso.

—No pasa nada —respondí con fastidio, intentando recuperar mi bebida—, solo es un sorbo, no me hará nada.

—Sé que después no puedes parar —Me regañó.

—Suenas como mi hermana —reclamé—. Por eso no la aguanto.

—Ella se preocupa por ti, igual que yo.

—No arruines la fiesta, Fran —intervino Ada, notablemente pasada de copas—. ¿Te confieso algo, Liz? De todos los amigos de Nick eres quien mejor me cae, tú sí sabes pasarlo bien.

Y de este modo, la fiesta se convirtió en una burda excusa para regresar al vicio que me arruinaba la vida.



Al día siguiente apenas pude levantarme, fue mi hermana quien entró a mi cuarto y me sacó a rastras de la cama para que fuera a trabajar. Después del escándalo que había montado en su casa, me avergonzaba ver a mis jefes a la cara, pero mientras no llegara mi carta de despido, tenía que ir y vender entradas como si nada hubiera pasado.

Curiosamente, no perdí el empleo, lo cual era una buena señal. Aun así recibí una amonestación por presentarme tarde y con lo que el padre de Nick denominó "heridas de batalla" en el cuerpo. Creo que solo se lo tomaron con humor en consideración a que era el cumpleaños de su hijo, pero era evidente que no tendría la misma suerte dos veces.

Por otro lado, Peter me llamó mapache todo el día, debido a mis ojeras, que por más que me esforcé en ocultar, seguramente hasta las jirafas podían verlas.

Dejando a un lado mi desastroso fin de semana, ese lunes llegué a clase con intención de recuperar la reputación que me había tardado meses en construir y que bastó una noche para destruir. A veces estos desequilibrios me parecían de lo más injustos, pues no importaba cuántas veces intentara limpiar mi imagen, siempre bastaba una fiesta para que el título de borracha

volviera a encajar conmigo.

Los saludos que me dirigían mis compañeros no mentían, esas sonrisas dibujadas en su rostros hablaban por si solas. Había batido mis récords y ni siquiera podía recordarlo.

Sin embargo, la vida me tenía preparada una sorpresa mucho más grande para comenzar la semana.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Ada durante el descanso.

Miré en todas las direcciones posibles, asegurándome de que realmente me hablaba a mí, pero en vista de que el pasillo se encontraba vacío, no se me ocurría otra posibilidad.

—¿Sí? —Sonó más bien como una pregunta.

—Quiero pedirte disculpas —admitió, tan repentinamente que pareció escupir las palabras—. Yo sabía que si te ofrecía un poco de alcohol ibas a caer de inmediato en la tentación. No sé por qué lo hice, creo que solo quería que alguien diera más pena en la fiesta, para que nadie centrara su atención en mí.

Enarqué una ceja, sorprendida. Jamás me habría esperado una disculpa de su parte y menos por ese motivo.

—De todos modos, lo conseguiste —contesté. No con rencor, sino constatando un hecho. Había vomitado hasta el desayuno y estaba segura que muchos todavía se reían de mi notable actuación. El bullicio en los pasillos nunca mentía.

—Pero, borracha y todo, dijiste algo que me hizo sentir mejor —admitió—. Seguramente no lo recuerdas, pero me confesaste que todos tus problemas se debían a que amaste a la persona equivocada, porque lo demás lo habías olvidado.

Estuve a punto de ahogarme con mi propia saliva.

—¿Te dije quién? —Ella asintió en respuesta— ¿Victor lo escuchó?

—No, solo me lo dijiste a mí —contestó.

Medité sus palabras un minuto, buscando en mis fragmentados recuerdos alguna pista de lo ocurrido, fallando en el acto, pero llegando a otra conclusión.

—¿Y eso te hizo sentir mejor? —interrogué.

—Sí, es gracioso —respondió—. Siempre creí que no había nada peor que tener a la persona que amas a tu lado y a la vez, no tenerla. Pensaba que yo encajaba con esa descripción, estando atrapada en una relación que va y viene, sin ningún destino. Pero tú estás en una situación mucho peor. En tus zapatos, a mí no me habría importado que hubiese sido mi hermana o la presidenta del país, me habría puesto en medio a como dé lugar, pero aun estando completamente borracha me diste la conclusión a la que yo no había llegado.

»Sé que Nick no me ama. El problema es que no quiere estar solo y yo solo soy su mejor opción. Estaba segura de que con el tiempo podía hacerlo cambiar de parecer, pero tienes razón.

Parpadeé, confusa. Ada describía a una persona tan sabia y entera, que me costaba pensar que se trataba de mí misma, completamente borracha y probablemente cantando canciones de despecho a todo pulmón.

—¿Qué te dije? —pregunté, sin creérmelo.

La chica dudó, evidenciando que había enredado mi lengua más de una vez.

—Quizás lo importante no son las palabras exactas, sino la conclusión —reconoció—. No puedo forzar al corazón, el amor solo nace y ya. No hay más trucos. Y si amas algo, hay que dejarlo ir, en todo el rigor de la expresión, y aceptar que tal vez jamás vuelva.

Fruncí el ceño.

—¿Estás segura que hablabas conmigo anoche? Puede que te hayas confundido de persona.

Ella negó con la cabeza y no extendió la conversación más allá. Sólo quería disculparse y

agradecerme por abrirle los ojos, dejándome una sensación amarga al partir.

Todo este tiempo la había acusado de ser la mala de la historia, caracterizándola como la típica novia insoportable y manipuladora, dejando a Nick como la pobre víctima de sus embustes. Pero detrás de ella había una niña que sufría día a día, porque el chico que quería solo la tenía en cuenta cuando estaba aburrido. Y después de escucharla, podía entenderla, a pesar que no fuera precisamente un ángel.

Este era el problema con las perspectivas, siempre había más de una y era imposible verlas todas, sin embargo, ya que las parejas se hacen de a dos, siempre sería ese el mínimo de versiones. Y ahora que conocía ambas podía afirmar que no siempre hay una víctima y un villano, sino que ambos pueden hacerse daño mutuamente.

Viéndolo de esa forma, hasta podía sentir pena por Ada. Y ese sentimiento fue el que me impulsó a tomar mi arco al día siguiente, para presentarme en la facultad con él a cuestas.

—¿Por qué trajiste el arco? —questionó Fran.

—Estoy en modo Cupido —contesté.

No fue difícil encontrar a mi objetivo, estaba revoloteando cerca de Nick, pero sin acercarse demasiado. Si quería mantener las distancias ésta seguramente no era la forma, pero comprendía que le resultara difícil.

Si quería ayudarla solo debía disparar una flecha en su dirección y enamorarla de alguien más, un muchacho que la valorara, con quien pudiera ser feliz. Nada complejo, como ven.

Sin embargo, por más vueltas que le di, no pude encontrar al candidato ideal y nadie puede decir que no me esforcé. La seguí toda la mañana, e incluso toda la tarde. No la perdí de vista ni siquiera para ir a clase o al baño. Su rutina era tan sosa, que me cuestioné en más de una ocasión si estaba haciendo lo correcto. Recorría los mismos pasillos, se relacionaba con las mismas personas y sus temas de conversación solían girar en torno a un único dilema: ¿buscar o no buscar a su exnovio? Porque sí, después de la fiesta habían vuelto a romper.

Derrotada, me resigné a irme con las manos vacías. No podía perder un tiro y, mientras no encontrara el blanco adecuado, arrojar una flecha era demasiado arriesgado.

Contra todo pronóstico, la solución a mi problema llegó después de las clases, durante mi sesión grupal.

—He descubierto que muchas veces aceptamos envolvernos en una relación tóxica porque no nos amamos lo suficiente como para salir de ahí —habló una chica de mi grupo de alcoholicos—. Tuve un novio que se bebía hasta el agua de las flores y, buscando su aceptación, me volví igual que él. Creo que no me amé lo suficiente como para darme cuenta que me hacía daño. Las personas que nos quieren no nos cambian, sino que nos aceptan con todos nuestros defectos y virtudes, aunque suene repetitivo.

La psicóloga buscó las opiniones del resto, otorgándole la palabra a un muchacho sentado a mi izquierda.

—Es curioso que el alcohol nos dé una suerte de estatus frente a los demás, nos da aprobación social cuando en realidad nos estamos destruyendo. Y lo peor es que nadie es capaz de tendernos una mano, los amigos que hacemos en esas condiciones no son realmente amigos, porque los amigos de verdad nos cuidan —dijo—. O bueno, en tu caso, tu novio.

La charla me tocó el corazón por dos motivos importantes. El primero fue descubrir que, contrario a lo que parece, yo sí tenía gente que me amaba lo suficiente como para decirme «alto» cada vez que se me pasaba la mano. Empezando por mi hermana, siguiendo con Fran, e incluso, mi madre. Y la mayoría de las veces despreciaba su apoyo.

Odiaba los momentos en que mi conflictiva personalidad me convertía en la peor persona que

conocía.

Pero la segunda razón, y la que más me interesaba para mi plan, fue darme cuenta que Ada se había encerrado en un chico que solo la utilizaba porque no tenía suficiente amor propio.

Así que, al día siguiente volví a intentarlo, pero esta vez poniendo en práctica una idea que tenía tantas posibilidades de resultar brillante como absurda. Sin embargo, de funcionar, podría arreglar la vida de muchas personas.

Esperé pacientemente a que Ada fuera al baño, el único lugar con un espejo lo suficientemente grande como para que mi plan funcionara. Me escondí en uno de los compartimentos y, como buena psicópata, esperé a que mi víctima se mirara al espejo.

A esas alturas no sabía qué me aterraba más: si la probabilidad de que todo saliera mal o darme cuenta que los poderes de Eros me estaban convirtiendo en una acosadora igual que él.

No quise darle demasiadas vueltas al asunto y tan pronto mi objetivo estuvo en posición, disparé, flechándola con su propio reflejo.

Salí de mi facultad dando saltos de alegría y haciendo rondas como una niña pequeña.

—¿Viste eso, Cupido? —pregunté al cielo, emocionada—. Mientras tú te cambias el pañal, yo doy lecciones de amor.

Y entonces, en uno de mis tantos giros, choqué con alguien que iba de paso. Si el desconocido no hubiese tenido la precaución de sujetarme, me habría caído de cabeza al césped.

Me quedé de pie, a la espera de que mi cabeza dejara de dar vueltas y balbuceando un torpe agradecimiento, cuando una voz inconfundible me devolvió la entereza, de la sola impresión que me provocó reconocerla.

—¿Qué decías sobre mí?

Lentamente levanté la mirada para toparme con la severa expresión del dios.

—Eros, no te vi —dije tontamente—. ¿Quieres ir a tomar un café?

TREINTA Y CUATRO



—¿Qué hiciste qué? —interrogó Eros, después de escuchar mi más reciente aventura.

—Yo la fleché con su propio reflejo —expliqué otra vez, esta vez convencida de que había sido una horrible idea—. Yo creí que podría ayudarla a mejorar su autoestima así, pero creo que lo arruiné, ¿verdad?

El dios lo meditó en silencio, antes de responder.

—Más o menos, ¿conoces la historia de Narciso? —preguntó.

—Solo conozco la flor —contesté, sabiendo que dejaba de manifiesto mi ignorancia. A pesar de eso, Eros asintió conforme.

—Justamente de ahí procede —expuso—. Resumiendo: él era un idiota que rechazaba a todas sus pretendientes, así que Némesis se encargó de él, lo enamoró de su propia imagen y al verse en un arroyo, se arrojó al agua y se ahogó. Su cadáver dio origen a la flor que lleva su nombre.

Parpadeé perpleja, y me bebí todo el café de un solo sorbo, buscando algo con que calmar mis nervios, sin embargo, la cafeína tuvo el efecto exactamente contrario.

—¿Cuál es el problema de los griegos con la naturaleza? —inquirí—. Primero Dafne, y ahora Narciso.

—Si no mal recuerdo primero fue Narciso...

—¡No importa! —exclamé. Luego, inspiré profundamente, para relajarme—. Quiero decir, ¿por mi culpa va a nacer una nueva especie de flora?

No me imaginaba a los enamorados regalándose Adas para su aniversario, mucho menos ir caminando por la acera y encontrarme con un ramo recién elaborado en una florería o topármela en forma silvestre. ¡Santo cielo! ¿Cómo sería? No podía imaginarme a la acosadora de Nick como una delicada planta, y aunque lo fuera, yo ni siquiera se la llevaría a mis difuntos.

Y en medio del caos, una risa irrumpió en mis pensamientos.

—Tranquila, Liz. Quizás sea divertido ver en qué acaba todo esto —sugirió Eros, de buen humor.

—¿Y si termina en desastre? —cuestioné.

—Tendrás que buscar el modo de arreglarlo —contestó con simpleza. Y luego se giró en dirección a la mesera—. Señorita, ¿puede traerme más café? Sí, para los dos, ella también lo necesita.

Me quedé boquiabierta, incapaz de tragarme su descaro.

—¿Por qué yo? —inquirí.

—Porque tú lo provocaste —dijo, haciendo hincapié en lo obvio—, pero no te preocupes, si quieres te puedo ayudar.

En ese momento, la camarera regresó con nuestros cafés. El expedito servicio me resultó sospechoso, por más que a los dioses no les gustara esperar, ella no lo sabía.

Fuera como fuese, rápidamente tomé el azucarero y lo sacudí sobre el líquido caliente, buscando que el dulce relajara mis nervios.

—¿En qué estaba pensando? —suspiré—. He creado un monstruo, o una potencial nueva especie de flor, y no sé qué es peor. Los botánicos estarían orgullosos.

—Solo querías ayudar, no tiene nada de malo —me consoló Eros.

Dejé escapar todo el aire que contenía en mis pulmones y me prometí a mi misma que

solucionaría el lío que había creado y no volvería a cometer otro error igual.

Para eso, debía proceder con cuidado en mi nueva misión.

—Necesito que me des tu consejo de dios del amor —expuse. De inmediato, los ojos de mi acompañante chispearon de curiosidad.

—¿Oíste eso Zeus? —preguntó mirando el cielo—. Lizzie me ha pedido un consejo. —Luego, volvió a centrar su atención en mí—. Repítelo, por si no escuchó bien.

—No seas idiota —reliqué.

—¡Hey! No hagas enfadar al Grande. Si te conviertes en cabra no podré hacer nada —dijo, levantando sus manos en una fingida señal de inocencia.

—Entonces deja de hacer el ridículo antes que te tomen por loco —espeté.

—Sabes que en mis tiempos se consideraba a la locura como un castigo divino, ¿verdad? No era un problema mental —contestó.

—Bueno, han pasado varios siglos desde entonces y ahora existe algo llamado manicomio.

—Escapar no es problema cuando puedes teletransportarte.

Apoyé mi cabeza en la mano, resignada.

—Olvidaba que un mortal no le puede ganar a un dios —bufé, rindiéndome a la evidencia.

Como no tenía sentido seguir discutiendo, proseguí a explicarle el problema de Peter, con todo lujo de detalles, con la esperanza de que, que dentro de su jurisdicción, el dios del amor pudiera darme una solución razonable. Sin embargo, cuando acabé mi relato me llevé una enorme decepción.

—¿Y qué dices que quiere estudiar el muchacho? —preguntó.

—¡Eso no viene al caso! —exclamé. Acababa de contarle un auténtico drama de la vida real y él solo se preocupaba de detalles insignificantes—. Dime, ¿cómo puedo solucionar esto?

—En serio, quiero saber qué quiere estudiar —Insistió el dios caprichoso.

Puse los ojos en blanco, recordándome que no tenía sentido pelear con él. Debía tener más de dos mil años, pero se había quedado bloqueado en la infancia.

—Periodismo, ¿ok?

Eros estuvo a punto de escupir su café.

—Ahora entiendo por qué su padre está enfadado —se burló.

—Eros, hablo en serio.

—¡Yo también! Ya lo veo cuando su jefe le diga «¡Hey, Parker! Ve a tomarle fotos a las arañas».

¿En qué momento se me pasó por la cabeza que este ser divino con severos problemas de madurez podía tener la solución a un dilema grave y serio?

—Estas situaciones no estaban contempladas en el manual de cómo ser Cupido —suspiré cansada.

—¿Desde cuándo hay un manual? La vida es más sencilla que eso. Sólo observa —dijo. Acto seguido, disparó sus flechas a un chico que estaba sentado leyendo y a la camarera que traía su té —. ¿Ves? Muy fácil.

Ambos intercambiaron una mirada de complicidad, como si hubiera un secreto en el universo que solo ellos conocían. Cualquiera habría sentido envidia, a mí me exasperaba saber el motivo.

—¿Hay un modo de ayudarlo? —pregunté con pesar.

La expresión feliz de Eros se tornó seria, y por un momento, esperé que usara su magia para hacer desaparecer todas las dificultades en un abrir y cerrar de ojos.

—Hay barreras que solo pueden ser derribadas por la fuerza del amor —contestó en modo zen.

—¿Y ese consejo en qué me ayuda?

—En que el amor solo es el primer capítulo, la base para todo lo que vendrá después —explicó—. No necesariamente tiene que ser fácil. Las mejores historias siempre tienen alguna dificultad, un obstáculo que parece imposible de derribar, pero que los protagonistas están dispuestos a enfrentar por permanecer juntos.

—Sigo sin comprender —dije—. Me parece que estás hablando de una película y yo quiero saber qué pasa en la vida real.

—Está bien. Te lo pongo en otras palabras: el amor es hermoso, pero con unas reglas que parecen sacadas del baúl de Hades. Por ejemplo, mírame a mí, soy el dios de la pasión y la atracción, pero mi esposa murió y me pasé siglos esperándola para que ahora la chica que me gusta no quiera aceptar que es su reencarnación. Y tras insistirle todos los días obtuve una suerte de confesión, que todavía no es suficiente para que me acepte. ¿Te parece bien? ¿No? Pues así funciona. Las parejas se hacen de a dos, y si solo una de las partes se esfuerza, nunca llegarán a nada.

Me tiré del pelo e intenté asimilar la idea, sin embargo lejos de centrarme en la moraleja, que era justamente lo que necesitaba, mi atención tomó un desvío.

—¿Cómo estás tan seguro de que puedo ser la reencarnación de Psique?

—Porque mis sentimientos no mienten —respondió—. La mitología griega dice que en un principio los hombres tenían dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas, pero Zeus los dividió, dejándolos incompletos, y desde entonces están destinados a pasar su vida buscando su otra mitad. Y yo estoy seguro que tú eres la mía.

—Los primeros humanos debieron ser horribles.

—Y no es la única cultura que cree que las personas están destinadas a otras.

Negué con la cabeza, en rechazo a una discusión sin sentido. Mientras no tuviera una prueba fehaciente, no iba a caer en su juego. Es decir, no podía ser tan difícil, cualquier cosa era válida. Desde un rayo de luz, o el despertar de una marmota, lo que fuera, considerando la extraña lógica con que se regía el mundo de los dioses. Todo lo que necesitaba era una garantía de que mis sentimientos no iban a irse a la basura después.

—Quiero que me quieras por lo que soy, no por el fantasma de tu esposa muerta —declaré víctima de la frustración.

La confesión me dejó de piedra incluso a mí. No me había dado cuenta, pero sí, eso era exactamente lo que necesitaba.

Y decirlo se sentía sorprendentemente bien.

Lucha por mí, no por otra.

Entonces, entendí una serie de cosas que no había logrado explicar antes.



Llegué al trabajo con energías renovadas, como si mi vida sentimental no fuera un desastre ni fuera la responsable de la posible creación de una nueva familia de flores para entretener a los jardineros.

No. Había metido todos esos dramas en el maletero para poder centrar mi atención en el único objetivo, que llevaba por nombre Peter.

—¿Has pensado en rebelarte? —pregunté.

El muchacho me miró confundido, en total contraste con la expresión endurecida del animal de turno, un águila con casco militar.

—¿De qué hablas? —inquirió.

—Ya sabes, decirle a tu padre que amas a un hombre y que vas a estudiar lo que quieras, sin importar su opinión —expliqué, como si fuera lo más natural del mundo.

—Espera, ya tengo el titular: apuesto chico de cabello turquesa muere a manos de su enfurecido padre, ¿una expresión más de homofobia o una muestra de violencia intrafamiliar?

—Yo digo que es mitad y mitad —señalé—. Anda, ¿nunca has hecho algo que realmente quieres hacer, a pesar que sabes que tus padres van a enfadarse?

—¿Es que no ves el color de mi pelo? Todavía pienso que mi padre va a vomitar cada vez que me ve.

—Pero esto es más que un simple peinado. Se trata de tu vida y, al final del camino serás tú quien verá hacia atrás para arrepentirse o sentirte satisfecho, no tu padre. Él no va a vivir por ti.

—Eso suena bien como discurso, pero no es tan fácil en la práctica.

Lo tomé por los hombros y clavé mis ojos en los suyos.

—No, es difícil, y eso es lo más importante —dije, no podía tomar las palabras de Eros y reproducirlas a la perfección, pero sí era capaz de expresar lo mismo, sin que sonara como una película romántica—. Es una batalla más de las muchas que tendrás que librar en la vida, quizás la más relevante, porque este es el momento donde tomas tu destino en tus manos y decides lo que quieres para tu futuro. No todos tenemos la suerte de tener una familia que nos apoye, no como tu tigre. Sin embargo, eso no significa que quienes no contemos con apoyo externo debamos sentarnos para que otros dirijan nuestras vidas.

Peter torció el gesto.

—¿Y qué sugieres?

—Que luches por lo que sientes, por lo que quieres. ¿No has pensado que tal vez tu chico está esperando que tomes las riendas? ¿Que quiere verte luchando por él? ¿Por su amor? Sé que suena cursi, pero yo también tendría miedo de abrirle la puerta a una persona que tarde o temprano puede dejarme porque no es capaz de hacerle frente a los demás. Seguramente él espera a alguien que se aferre a su mano, y no lo deje ir jamás, aun con dificultades.

Lo vi cerrar sus párpados e inspirar con profundidad, sopesando lo que le decía.

—¿Y si no funciona? —preguntó, sin mirarme.

—Aquí estaré para darte otro mal consejo —contesté—. Pero me han dicho que nuestro corazón suele llevarnos por buenos caminos.



Cabía pensar que la vida tenía una riña conmigo, porque si no, no me explicaba por qué cada uno de mis planes estaba destinado al fracaso desde el principio. Pues sí, sabía que las posibilidades de fracaso eran altas desde incluso antes de intentarlo, así que más me habría sorprendido el éxito. De todos modos, prefería verlo como que había tomado el camino largo y difícil, en lugar del fácil y sin sentido, en un intento de animarme y sentir que a la larga obtendría una recompensa.

Aunque en este caso, no se trataba directamente de mí, sino de alguien más, pero que se dejó influenciar por un consejo salido de mi boca.

La tarde en que todo comenzó, me encontraba estudiando para los parciales, empeñada en obtener buenos resultados y prolongar el alza en mi promedio. Estaba tan concentrada en mis libros que los desesperados golpes que se escucharon repentinamente me causaron un gran sobresalto.

—¡Jane! —llamé.

—Estás más cerca —respondió mi hermana desde su habitación.

—Estoy estudiando.

—Mis uñas están recién pintadas.

—Abrir la puerta no te matará.

—Mejor no me arriesgo.

Bufé molesta.

—La que estuvo en el hospital fui yo —reclamé.

Con ese argumento gané la discusión. Sabía bien que usar el traumatismo a mi favor era una bajeza, pero nunca fallaba. Desde mi cuarto, escuché cómo se levantaba y partía en dirección al recibidor.

—¡Es para ti! —gritó, al cabo de unos minutos.

Por más que traté de evitarlo, al final tuve que levantarme. Sin disimular mi fastidio me encaminé a la entrada, quedándome en blanco tan pronto reconocí al visitante.

—¿Peter? ¿Qué te pasó? —pregunté sorprendida.

Su colorido cabello estaba desordenado, tenía los ojos desorbitados y el rostro enrojecido, aunque no pude diferenciar si el motivo era la rabia o si eran señales de llanto.

—Mi padre me echó de casa, y probablemente me desherede —contestó desesperado.

—¿Pero qué...?

—¡Se lo conté, Liz! —gritó abruptamente—. Le dije que soy gay, que me gustan los hombres, que estoy enamorado de Germán y que iba a estar con él le gustara la idea o no. Y que postularía a periodismo este año. Se enfureció tanto que me echó de casa.

—¿Y qué hay de tu madre? —inquirió mi hermana, buscando entender el drama envuelto en todo este asunto.

—Mi madre dijo que solo era una etapa, que la rebeldía era normal a mi edad, lo que le dio pie a mi padre para decir que me fuera hasta que la superara.

Ambas guardamos silencio, incapaz de asimilar tanta información.

—¿Puedo quedarme en tu casa, Liz? Solo esta noche, no tengo donde ir. Me fui solo con lo puesto, pero con lo que gano quizás pueda encontrar una habitación económica o...

—Espera, espera. Vamos un poco más despacio. ¿Tú quién eres? —interrogó Jane.

—Es un compañero del trabajo —expliqué—. Se llama Peter. Bueno, Pedro, pero le gusta más en inglés. Tiene dieciocho años, su padre lo echó de la casa. ¿Puede quedarse?

Sentí como si hubiera encontrado un gatito herido en la calle y estuviera intentando convencer a mi madre para que me permitiera quedármelo. Pero no, era una persona con complejo de camaleón, lo cual hacía la decisión mucho más difícil.

Jane se mantuvo impasible durante unos segundos que me parecieron eternos, antes de dar su veredicto.

—Está bien, podemos dejarle el sillón —resolvió—, pero tiene que ayudar a llenar la despensa, y si mamá se entera, le decimos que es tu amigo gay y que yo nunca acepté que se quedara.

—¿Cómo piensas hacerle creer que metí a un chico en el apartamento sin que estuvieras de acuerdo? —interrogué.

—No lo sé. Tú tienes que convencerla, no yo —dijo, levantando las manos en señal de inocencia.

A decir verdad, era mucho más agradable cuando Jane dejaba su rol de madre y se comportaba más como la hermana mayor que era. Sabía que era inevitable, por todas las responsabilidades

que tuvo que asumir siendo niña, pero nos llevábamos mucho mejor desde que se puso en su lugar y le plantó cara a nuestro padre. Era como si se hubiera liberado de unas cadenas que le impedían mostrar su verdadera personalidad. Ahora era mucho más auténtica, y no tenía miedo de mostrarse tal cual era. Una adolescente madura, pero que a veces necesitaba momentos de descontrol para mantener la cordura.

Prueba de aquello era que ya no me regañaba tanto por mis impertinencias, incluyendo mi manía de dejar el lavabo sucio cada vez que me cambiaba el color de cabello. Aunque claro, había cosas que nunca cambiaban, como su colorido gusto por la moda y su estresante puntualidad.

Aun así, a Peter no pareció incomodarle su manera de ser y rápidamente se acostumbró a vivir con dos hermanas tan distintas como nosotras.

De este modo, fuimos dejando los días pasar; continué asistiendo a mis sesiones de terapia, me presenté en el trabajo, estudié para mis evaluaciones y asistí a clase, siguiendo mi jornada con una extraña normalidad, pese al incidente. Curiosamente fue mi hermana quien le pidió ayuda a Víctor para mantener a nuestro huésped; consiguiendo ropa, y algunos artículos de higiene, como desodorante y champú masculino. Y aunque me resultaba extraño que hubiera tres personas en el apartamento, nos arreglamos bien. Además, Peter acabó siendo una buena incorporación, ya que usó sus ahorros para comprar comida, limpió el apartamento, y en más de una ocasión cocinó para todos, demostrando una sorprendente habilidad culinaria.

No molestaba sino que por el contrario, cooperaba. Sobre todo en este periodo, cuando tanto Jane como yo necesitábamos centrarnos en nuestros estudios para aprobar la ronda de evaluaciones.

—¿Crees que a mamá le moleste si alquilamos un apartamento de tres habitaciones y le cobramos a Peter por la tercera? —cuestionó mi hermana, durante el almuerzo.

Me sorprendió que la idea viniera de ella, pero a la vez me animó.

—¿De verdad harían eso por mí? —preguntó el chico, sin dar crédito a lo que oía.

—Claro. Nos llevamos bien, y tú no tienes dónde ir. Puedes trabajar para pagar tu cuota, y el próximo año estudiar simultáneamente. No seríamos las primeras en alquilar una habitación a un universitario sin hogar —concluyó.

—Me encanta la idea. Además, entre los tres podríamos ahorrarnos mucho dinero —agregué. Podría jurar que vi las lágrimas asomarse en los ojos de Peter, pero las contuvo, y para disimular, levantó los platos y se dispuso a fregarlos. Por mi parte, me puse de pie y le quité el jabón lavaplatos de las manos.

—Está bien —asegué.

Y entonces, empezó a llorar.

—No se imaginan lo feliz que soy de haberlas conocido —confesó, abrazándonos a ambas.

Así que, con la decisión tomada, llegó el momento de convocar a nuestra madre y conseguir su aprobación, antes de buscar alternativas inmobiliarias.

Ese mismo fin de semana viajamos al campo en compañía de Víctor. La presencia de mi cuñado parecía indispensable en todas las reuniones familiares, y por algún motivo, lo habíamos vuelto a incluir en esta ocasión. De este modo, nuestra madre pudo conocer al nuevo inquilino y nos dio la oportunidad de explicar lo que era mejor decir en persona, que por teléfono.

Había algo fascinante en todo lo que estaba sucediendo. No podía encontrar el adjetivo adecuado para describirlo. Por un lado, la idea de que mi madre rechazara a Peter me mantuvo nerviosa durante todo el viaje. No obstante, una agradable sensación llenaba mi pecho, parecía absurdo mirar atrás y encontrar tantas sombras si mi presente parecía tan lleno de luz.

Amaya Maceda siempre había sido una mujer muy materna. Su sueño era tener una casa llena

de niños jugando en la vasta parcela que tenía inscrita a su nombre. Lamentablemente, mi padre hizo imposible que se volviera realidad.

Después de escuchar la historia de Peter y conocerlo un poco, accedió a acogerlo de buena gana.

—Habrà alguien en casa para cuidar a mis niñas —comentó—. Pero tienes que portarte bien, ¿eh?

Además, el chico obsesionado con los animales, se comprometió a buscar un segundo trabajo que lo ayudara a solventar sus gastos.

Pasamos un buen rato caminando por las praderas, y recolectando zarzas para ayudar con el pequeño experimento casero que mi madre estaba llevando a cabo. La ayudamos a hacer pasteles y mermeladas para que pudiera venderlos a sus clientes. Y ella también aprovechó la visita para darnos una buena noticia: pronto firmaría contrato con un supermercado, lo que la ayudaría a distribuir sus productos a muchos más lugares y de paso, aumentaría sus ganancias.

—Voy a contratar ayuda para montar la empresa. Henry termina el próximo año su carrera y está interesado en impulsar una industria pastelera desde aquí —expuso con alegría.

—¡No puede ser! No me ha dicho nada —exclamé.

—Es solo un proyecto —dijo mi madre—, seguramente quiere hacerlo oficial cuando tengamos mayor seguridad, pero no puedo contener la emoción.

—Cuando sea periodista haré un reportaje de sus pasteles. Ya verá cómo le llueven los clientes —afirmó Peter, probando un bocado de tarta de nuez—. Esto está exquisito, es un delito mantenerlo alejado del mundo.

Continuamos charlando hasta que la noche cayó, y solo nos fuimos a dormir porque al día siguiente debíamos salir temprano para poner rumbo a la ciudad.

Aun así, decidí desvelarme un par de horas por un buen motivo. De modo que esperé a que todos se fueran a dormir para abandonar mi habitación y tomar dos trozos de pastel de la cocina.

Confiado en que mi plan resultara y guiado por un impulso irracional, pero que me llenaba de felicidad, salí de la casa para encontrarme con la persona que buscaba, sentado en el garaje, en compañía de Sonrisa, el perro de mamá.

—¿Cómo supiste que iba a invocarte? —pregunté.

—Tú lo dijiste. Cuando no estoy, me echas de menos —contestó con simpleza.

Le tendí uno de los trozos y me senté a comer con él, mientras lo ponía al día de todo lo que había sucedido. Había guardado espacio en mi estómago especialmente para poder compartir este momento, y vaya que me costó trabajo no comer hasta reventar tan pronto el olor a nuez invadió mis fosas nasales.

—¿Puedes creerlo? Jamás creí que vivir podía hacerme sentir tan bien —comenté.

Definitivamente, tenía que hacer algo con estos repentinos cambios de humor.

Él pasó su brazo por mi espalda, abrazándome por detrás. Apoyé mi cabeza en su hombro y observé las estrellas apaciblemente. Estaba tan emocionada que creí que no podría dormir. Sin embargo, la calma y la armonía que colmaban el paisaje lentamente me fueron arrullando, hasta que el sueño comenzó a vencerme.

—Tienes razón en que he sido un poco errático —dijo Eros. Desde mi posición, y pese a la poca iluminación, era perfectamente capaz de ver su manzana de Adán subir y bajar mientras buscaba las palabras adecuadas, un rasgo que me resultó increíblemente tierno y cautivador—. No voy a presionarte más. Vamos a ir más lento, para que puedas sentirte segura.

Comencé a cabecear, pero me resistí a la idea de quedarme dormida. Era tonto, pero temía que la magia de este día se desvaneciera si lo dejaba ir sin más, así que me paseé de la conciencia a la

inconsciencia de manera intermitente, hasta que en uno de mis tantos lapsus, me encontré en mi cama, antes de caer definitivamente dormida.



Todavía quedaba una tarea pendiente —quizás la más importante, ya que marcaría el antes y después definitivo—, así que me ofrecí en calidad de apoyo moral y ese día, acompañé a Peter en búsqueda de su amado.

El plan era emboscarlo al salir de clase. Sin embargo, al llegar nos encontramos con el primer obstáculo, pues ninguno tenía ni la menor idea de a qué hora terminaba su jornada.

Sabíamos que estudiaba el primer año de medicina. Ambos tenían la misma edad, pese a que pertenecían a estratos económicos diferentes. Había tenido tiempo de conocer la historia más a fondo en los últimos días y podía hacer un detallado resumen de la vida de ambos.

Peter era el hijo de un afamado empresario que solo quería que su hijo estudiara derecho para que pudiera heredar sus negocios más tarde. Recibió una educación pagada en los mejores colegios de la zona y hablaba tres idiomas con fluidez, pese a su apariencia desgarrada y relajada. Era irónico, pues por más dinero que le metieron a su educación, jamás pudieron cambiar su esencia. Él siempre sería un chico excéntrico y alegre.

Por otra parte, Germán provenía de una familia esforzada y humilde. Siempre fue muy inteligente, de modo que había obtenido una beca para continuar sus estudios universitarios. Quería aprovechar la oportunidad para sacar a su familia de la pobreza, y nunca más pasar hambre.

Ambos se habían conocido en una fiesta. Peter se había escapado de casa, deseoso de salirse del esquema que le habían impuesto. Desde entonces habían seguido hablando y viéndose de vez en cuando. En más de alguna ocasión había utilizado su paga para comprarle algún libro de texto al futuro médico o había buscado otras formas de ayudarlo.

Lamentablemente, desde que tomó la decisión de no estudiar la carrera que su padre quería para él, sus ingresos habían disminuido, y fue el propio Peter quien decidió buscar un trabajo, cansado de valerse del dinero ajeno para subsistir. Pueden llamarlo orgullo, pero yo prefiero la palabra honor. Aunque la ley obligue a los padres a mantenernos, hay veces en que es más digno ganarse el pan uno mismo, y me refiero a casos similares al mío o como el que les comento, pues no hay nada más bajo que la manipulación económica.

Era curioso que la intolerancia de una persona llegara a tal punto que no pudiese soportar que su hijo estudiara la carrera que quería, que anduviera en la calle luciendo pintas que iban en contra de su código de conducta y que trabajara en un lugar que podría calificarse como poco apropiado para su estándar de vida, y que su paciencia se agotara cuando éste reconociera su homosexualidad. Que fuera suficiente para expulsarlo de su propia casa, como si no compartieran un lazo de sangre, me resultaba despreciable.

Gracias a mi experiencia como universitaria, sabía que los horarios solían estar colgados en algún panel dentro de la facultad. El problema era encontrar el dichoso panel.

Recorrimos los pasillos sin éxito, hasta que un auxiliar se nos acercó, atraído por la curiosidad que le producían nuestros constantes vaivenes.

Opté por la verdad, aunque sonara a teleserie.

—Quiere confesar su amor, pero no sabe a qué hora sale su enamorado —expliqué.

El hombre adulto nos miró tan sorprendido que, por un momento, temí que fuera otro homófobo que añadir a mi lista de indeseables, hasta que señaló un tablero de anuncios que había al otro

lado del pasillo.

—Buena suerte, muchacho —dijo.

Le devolvimos una sonrisa agradecida y corrimos a revisar los horarios. Entonces nos topamos con otra dificultad, había dos secciones.

—¿No sabes en cuál está? —interrogué.

Peter se encogió de hombros, analizando con detenimiento los cuadrados que detallaban las clases, como si buscara una pista oculta en ellos.

Entonces, escuché una voz a mis espaldas.

—¿Parker? ¿Eres tú?

Me di la vuelta y encontré a un joven alto, vestido con una cazadora de cuero y unos vaqueros rotos. No era para nada la imagen que esperaba encontrar de un futuro médico. Pero en efecto, calzaba con un tigre.

—Germán, te presento a Lizzie —dijo Peter. Me limité a saludar con un gesto nervioso—. Liz, él es quien ya sabes. —Con las presentaciones hechas, fue al grano— ¿Podemos hablar?

—Sí, claro —contestó el recién llegado.

Hizo un ademán a los chicos que lo acompañaban para que se fueran sin él, y yo también me di por aludida.

—Los dejo solos, para que hablen. Estaré afuera, por si necesitan algo —dije, aunque ninguno parecía estar prestándome atención—. Bueno, no molesto más.

Regresé por el mismo camino y me topé nuevamente con el auxiliar que nos dio las indicaciones. El hombre me miró con la pregunta dibujada en su rostro y yo levanté mi pulgar para responderla.

Salí de la facultad junto a un montón de estudiantes, que hablaban de sus clases y de las cosas que harían el fin de semana.

Me sentí aliviada y feliz, como si fuese yo quien confesara sus sentimientos aquel día, con la certeza de ser correspondida. Pero a la vez, estaba la satisfacción de haber ayudado a un amigo, y eso me llenaba el alma.

Inspiré profundamente, dejando que el aire invadiera mis pulmones a su máxima capacidad. Siempre había dicho que nada se compara a los vientos que soplan en los campos, con el frescor de los árboles, y su pureza. Mientras que el peor era el que soplaba en la ciudad, tan lleno de contaminación que temía contagiarme de alguna enfermedad con solo abrir la ventana. Sin embargo, en esa ocasión tenía que tragarme mis palabras, pues había algo tan único en el ambiente que lo hacía distinto.

No, yo era distinta, y me gustaba como era. Estaba a gusto con la nueva persona que ocupaba mi cuerpo, con los pensamientos positivos que asaltaban mi mente y mi recién adquirida capacidad de perseverar sin rendirme.

Exhalé. Relajé los hombros y mi andar se tornó ligero, mientras buscaba un asiento donde esperar las buenas noticias.

Apenas logré dar un par de pasos cuando me asaltó un insoportable mareo, totalmente opuesto a la sensación de bienestar de apenas unos segundos atrás. Me detuve, incapaz de dar un paso más. Mis piernas no respondían y no creía poder permanecer de pie mucho tiempo más. El mundo dio vueltas cada vez más amplias y rápidas, antes de volverse completamente negro.

Me desperté en una cama desconocida, en un cuarto que jamás había visto. Era una habitación amplia, de techo elevado y escasos muebles. Únicamente contaba con una gran cama y una modesta repisa, lo que dejaba mucho espacio disponible, en una sala que de por si era tan enorme que pude haber metido todo mi apartamento dentro y seguiría sobrando espacio. La luz entraba por

unas grandes ventanas situadas en la parte alta, de modo no lograba ver el exterior desde donde me encontraba. Las paredes eran de un blanco tan puro que me dolieron los ojos con solo verlas, mis escasos conocimientos no eran suficientes para reconocer el material de que estaban hechas. Los únicos colores en la estancia eran el pálido rosado que cubría el suelo hecho de mármol, las sábanas que me arropaban, las cuales tenían una tonalidad similar y las diáfanas cortinas que caían del dosel, teñidas de un celeste tan límpido que parecían evaporarse.

También me sorprendió la textura de las mantas, tan suaves y delicadas, que supuse que estaban fabricadas por tela de la más alta calidad. Sin mencionar que el colchón era tan insanamente cómodo, que me habría podido echar otra siestecita si tan solo supiera dónde había ido a parar después del repentino desmayo.

Me levanté con cuidado, mi cuerpo se resistió al movimiento, como si me hubieran metido en el maletero de un automóvil para traerme.

Descubrí que me encontraba descalza, pero tocar el suelo no me incomodó. No estaba frío.

Mis ropas tampoco eran las que recordaba haberme puesto la última vez que me miré al espejo. Un delicado lino me cubría de pies a cabeza, amarrado por un fino cinturón a la altura mi cintura. Al reconocer el modelo, supe dónde estaba, o bueno, tuve una idea.

—¿Eros? —llamé.

Inmediatamente, la perfecta figura del dios se materializó frente a mí.

—Lizzie, ¿qué haces levantada? —preguntó con evidente preocupación—. ¿Ya te sientes mejor?

En vista de que todavía sentía debilidad en las piernas, me senté en el borde la cama y me crucé de brazos.

—¿Dónde estoy? —Exigí saber.

—En mi casa —contestó.

Tragué saliva al dimensionar los alcances de su respuesta.

—¿Estoy en el Olimpo? —cuestioné.

—Oh no. Yo no vivo tan lejos, prefiero mantenerme cerca de los humanos.

—Entonces, ¿en Grecia?

—No exactamente.

Hice un recuento mental, en busca de una pista que me ayudara a entender lo que sucedía. De pronto recordé el extraño mareo que me invadió antes de desmayarme.

—Espera, no estoy muerta. ¿Verdad? —Dudé—. No veo a Hades por aquí.

Eros dejó escapar un suspiro antes de sentarse a mi lado, con tanta precaución, que me preparé para recibir una mala noticia.

—Artemisa intentó matarte —declaró.

Repentinamente mi estómago se revolvió, lo que no era buena señal, pues no recordaba haber almorzado. De modo que mi estómago se llenó de bilis.

—¿Y lo dices tan casual?! —exclamé, expulsando todo el temor que se había acumulado dentro de mí en menos de un minuto.

Inspiré profundamente, intentando mantener la calma. De alguna manera, este desenlace era predecible. No obstante, no evitaba que en los hechos fuera una revelación impactante.

—No te preocupes, Liz. Aquí estás a salvo, sus poderes no pueden alcanzarte —contestó.

—¡Pero no puedo quedarme aquí para siempre! —alegué—. Tengo una vida, una carrera, una familia, amigos... Asuntos que atender. ¡Santo cielo! Yo no le hice nada a Artemisa, ¿por qué me ataca?

—Completaste tu primera pareja.

Parpadeé perpleja.

—¿Lo hice? —Eros asintió en respuesta—. Pero... Ellos... El padre de Peter no está feliz con su decisión, creí que todo tenía que quedar en armonía.

—Siendo rigurosamente estrictos, la familia no siempre la conforman las personas que comparten tu misma sangre, sino quienes te apoyan en los momentos difíciles, celebran tus triunfos y están para sujetarte cada vez que lo necesitas —expuso el dios—. Para ese chico ahora tu hermana, tu madre, tú e incluso Victor, son su familia. Su corazón así lo siente, y has unido su destino a la persona que estaba predeterminada para él. Son almas gemelas, Liz. Lo hiciste, y ni siquiera necesitaste usar las flechas.

Me debatí entre la alegría de haber hecho algo bien y la desesperación de estar encerrada en la casa de Eros, escapando de una diosa furiosa.

A la vida le gustaba jugar con mis sentimientos.

—Pero, ¿cómo es que...? —Ni siquiera estaba segura de qué era lo que quería preguntar—. ¿Fue Apolo?

Eros negó.

—Más bien fue su hermana, furiosa al ver que una humana burlaba sus designios.

—Pero, ¿cómo?

—Artemisa tiene poder sobre ti, es el mismo que tuvo cuando se llevó a Psique —explicó—. Ella es la diosa de los partos y también de las vírgenes.

Entonces lo comprendí.—Oh, mierda.

TREINTA Y CINCO



Esto era una desgracia. Una tragedia griega, en el sentido más literal e inconveniente. Me paseé por la habitación cual gato enjaulado, con la paciente mirada de Eros puesta en mí.

—Espera, si ya no hay diosa de las almas gemelas, ¿cómo es que se unen? —pregunté, luego de andar tres metros en círculos.

—Pues justo como acaba de pasar —respondió el dueño de casa.

—No me refiero a eso, más bien quiero entender qué está pasando. No entiendo cómo pudo enterarse Artemisa y de dónde saca su convicción.

Era difícil plasmar mis preocupaciones en una frase coherente, estando tan nerviosa.

—Le hizo una visita a las Moiras hace unos días, y ellas dieron el vaticinio —contestó—. Ningún dios en la actualidad puede ver las almas gemelas, yo como deidad de la atracción puedo notar cuando dos personas se desean, mas no si están destinadas. Esa restricción no se aplica para las diosas del destino.

—¿Y tú cómo te enteraste? —repliqué.

—Nix me lo contó.

—¿Y por casualidad no te dijo en qué acabaría todo esto? Digo, las diosas del destino parecen conocer el futuro —Eros apretó la mandíbula, en una mala señal—. Dime, puedo soportarlo.

—Han profetizado que si la discordia no se soluciona antes del tercer día, se derramará sangre divina y humana.

—¿Y eso qué significa? —interrogué aterrada.

—Pues puede suceder tal cual suena, o quizás es un poco más metafórico. Las Moiras son aficionadas a los acertijos.

Me quedé boquiabierta, dudando de cómo debía interpretar aquella predicción. Sin darme cuenta, volví a dar vueltas por la habitación como si de una jaula se tratase. ¿Acaso era mucho pedir que me dieran un pronóstico un poco más objetivo? Algo así como en los horóscopos del periódico.

Cáncer: hoy su salud decaerá porque una diosa malvada buscará matarle, no salga de casa. Las finanzas no han sido buenas en los últimos meses, pero un nuevo trabajo le permitirá un poco de alivio. En el amor, siga participando.

Así cualquiera lo entendería.

—De acuerdo, ¿qué propones? ¿Que tengamos una noche loca de pasión aquí en tu casa para que luego pueda volver a mi mundo? —pregunté.

—No es que me oponga a la idea —respondió con descarada honestidad—, pero no me gustaría que tu primera vez fuera por obligación y no por decisión personal.

—Es decisión personal si mi vida está en juego.

Se puso de pie, provocando que me detuviera, y tomó mis manos con delicadeza en un intento por apaciguar mi explosivo ánimo.

—No te precipites. Tenemos tres días, puedo buscar una solución en ese tiempo, pero mientras tanto necesito que te quedes aquí, donde estarás segura —dijo—. Puedo decorar la habitación a tu gusto para que te sientas cómoda, tendrás comida, agua, y todo lo que quieras.

Sentí cómo mis labios temblaron.

—¿Cómo explico mi ausencia? Tengo una evaluación mañana —respondí.

Eros se apartó antes de invocar a una tercera persona.

—Hedoné —llamó al vacío.

Al instante la grácil figura de una joven se materializó en el espacioso cuarto. Era una chica que aparentaba ser un poco mayor que yo, de cabellera rubia ondulada, un par de zafiros azules por ojos, piel de porcelana y rasgos perfectos. Vestía con una falda de cuero, botas altas y una camiseta negra que destacaba todo su atractivo físico.

Era tan hermosa que se me aceleró el pulso.

—¿Qué pasa? —preguntó, cruzándose de brazos, luego su mirada reposó en mí—. ¿Esa es tu novia, papá?

—¡No! —repliqué, como si fuera una ofensa.

Esperen, ¿lo era?

—Lizzie, te presento a Hedoné, mi hija. Cariño, ella es Elizabeth, la humana que te mencioné el otro día —dijo Eros.

Me sentí extraña por el apelativo utilizado para referirse a mi persona, como si ellos fueran marcianos y yo una terrícola, pero no venía al caso reclamar por algo tan cierto, por más raro que fuese.

—Lo supuse —contestó la joven sin disimular lo mucho que le desagradaba la idea.

—Hija, necesito que te hagas pasar por ella unos días.

Los ojos de la chica se abrieron a tal punto que creí que se saldrían de sus cuencas.

—¡Papá! No puedes pedirme eso, también tengo cosas que hacer. ¿Qué le voy a decir a mis clientes?

Esta vez fui yo quien se sorprendió.

—¿Eres médico? —pregunté tontamente. Ella solo me observó con desdén.

—En mis tiempos libres soy sexóloga —repuso—. Una visita a la diosa del deseo sexual es suficiente para tener una noche de pasión asegurada. Aunque a veces no hago mi magia de inmediato para sacarle más dinero a esos pobres humanos.

Esta chica debía ser un amor. Me recordaba mucho a su padre.

—Hedoné, necesito que tomes el lugar de Lizzie. Solo serán tres días —repitió Eros.

—No quiero —contestó la diosa, aunque su tono fue el de una niña de cinco años.

—¿Quieres tener permiso para visitar el barrio rojo este fin de semana?

La boca de Hedoné se abrió en un perfecto círculo.

—Ya no soy una niña, tengo más de un milenio.

—Y yo seré tu padre toda la eternidad.

La joven dejó escapar un fuerte chillido que me recordó a una adolescente que no tenía permiso para irse de fiesta.

—Debe ser muy jodido que tu padre sea inmortal —comenté.

Ella me miró con un desprecio que me hizo desear haber tragado mis palabras. Entonces ocurrió algo sorprendente, la hermosa chica que se encontraba frente a mí, se transformó por completo. Su cabello rubio se tornó liso y rojo, sus rasgos se volvieron más jóvenes y un poco menos agraciados. Disminuyó su estatura y su ropa también cambió, volviéndose más casual.

Ni aunque me hubieran tomado una foto habría quedado tan bien. Éramos idénticas.

Miré a Eros, buscando alguna explicación, pero él continuó actuando como si esto fuera de lo más normal. Claro, olvidaba que un mundo donde las ninfas se convierten en laureles para escapar de Apolo, todo debe ser posible.

—Iré a dejar a Hedoné, ¿hay alguna indicación que quieras darle? —preguntó.

—No mates a mi hermana ni al chico que duerme en mi sofá —supliqué—. Trata bien a una

semidiosa llamada Francisca, y haz un esfuerzo por aprobar mañana.

La hija de Eros no me respondió, ni siquiera se molestó en hacer un gesto de asentimiento. Su padre, por otro lado, se acercó a mí y tomó mis manos entre las suyas, acercó las palmas a su boca y las besó con delicadeza.

—Ahora puedes decorar la habitación a tu antojo, solo imagina lo que quieres tener y dónde quieres ponerlo —explicó.

Y antes que pudiera preguntar, se desvaneció junto a su hija.



No es que yo fuera materialista, ni nada por el estilo. Pero, ¡vamos! Si iba a estar tres días encerrada y tenía el poder de ambientar la habitación a mi gusto, era imposible no dejarme llevar un poco. O bueno, más que un poco.

Sumergí una fresa en la cascada de chocolate, mientras veía videos en mi televisor de setenta pulgadas. Aunque todavía tenía la sensación de que pude haber traído uno más grande.

En realidad, me sentía un poco culpable por sentarme a disfrutar tan descaradamente de los lujos que me ofrecía esta suerte de hotel, cuando mi vida pendía de un hilo, pero también había un poco de justicia en todo aquello. Si iba a morir, por lo menos habría disfrutado mis últimas horas.

Recordar el peligro que se cernía sobre mí me provocó una desagradable amargura. Pensé en mi hogar y sentí un doloroso vacío al pensar que nunca más volvería a pisar las verdes praderas, a pasear por sus caminos de tierra, rodeados de árboles y flores silvestres. Un sinfín de rostros pasaron por mi cabeza, y me encontré imaginando sus expresiones de dolor al enterarse de la noticia.

Me di un golpe mental al caer en cuenta de la dirección que estaban tomando mis pensamientos. ¡No quería morir! Todavía tenía mucho que hacer en la vida, aunque ésta fuera un desastre. Por lo menos merecía la oportunidad de despedirme de mis seres queridos, es decir, todos los terminales tenían esa posibilidad cuando se les daba el diagnóstico. ¿Qué diferencia había? Yo también sabía cuántos días me quedaban. Eso, suponiendo que el designio de las Moiras hablara de mí cuando se refería a la sangre humana.

Aunque la segunda parte era un poco más confusa. No es que quisiera decirle a las Moiras cómo hacer su trabajo, pero seguramente un poco más de claridad en sus predicciones no le vendría mal a nadie. ¿A quién pertenecía la sangre divina? ¿Podía ser éste el prelude de un trágico desenlace? La imagen de Eros herido se pasó por mi cabeza, causándome escalofríos. No quería verlo lastimado por mi culpa y aún menos...

Ni siquiera quería pensar en la otra posibilidad, después de todo los dioses eran inmortales. Lo de Psique era solo un caso excepcional, pues ella misma había negado el regalo de Zeus, así que no tenía nada de qué preocuparme, ¿o sí?

Me estrujé los sesos, buscando la interpretación más adecuada. Sin embargo, todo siempre redundaba en lo mismo. Un presente dramático y un futuro confuso. Aunque una cosa era segura: si esto acababa mal, yo no tendría un cuarto día. El pensamiento me deprimió a tal punto que apagué el televisor y me acosté con el rostro escondido entre las sábanas

Comencé a pensar en todas las cosas que quería hacer y los momentos que anhelaba presenciar antes de morir. Me dolió la idea de no poder graduarme, no estar presente en la boda de mi hermana, no ver a mi madre resurgir de sus cenizas, no poder felicitar a Henry el día en que se convirtiera en chef, no saber qué pasó con Peter, no estar presente cuando Adrian venza su maldición, e incluso, no ser capaz de formar las otras benditas tres parejas y...

Me detuve en medio de la enumeración al darme cuenta de un hecho asombroso e irrepetible.

Estaba en casa de Eros. Eros era un dios.

Había una diosa desdeñosa con los mortales, pero que seguramente estaría dispuesta a escuchar las súplicas provenientes de la casa de uno de los suyos.

Sequé la ligera capa de humedad que se había formado bajo mis ojos e inspiré profundamente, antes de situarme en el centro de la habitación y proceder con la invocación.

—¿Afrodita? ¿Estás ahí? —No hubo respuesta—. ¡Oh, gran diosa de la belleza, yo te invoco! —Probé con un tono ceremonial mas el resultado fue el mismo. Así que me entregué a la única técnica que nunca me había fallado—. ¡Estúpida diosa con cara de lagartija! Deja de esconderte en tu cueva y ven a...

Ni siquiera logré terminar la frase cuando una divina figura se apareció frente a mí. Decir que era hermosa se quedaba corto. ¡Santo cielo! Si hasta yo me habría vuelto lesbiana por ella. Aunque, a juzgar por su expresión, venía preparada para arrancarme los ovarios sin anestesia.

—¿Qué dijiste sobre mi cara, fea humana? —preguntó con notable cabreo.

—Ah... Yo... Es que no te había visto en persona —balbuceé—. En realidad eres muy bonita, la mujer más hermosa que he visto, en serio.

«Y no lo digo porque quiera que rompas una maldición», pensé.

La diosa entrecerró los ojos y me observó con recelo.

—¿Y qué quieres? —interrogó a secas.

—Yo... ¿Por qué iba a...? De acuerdo sí. —¿Por qué otro motivo iba a invocar a una diosa?—. ¿Recuerdas la maldición que lanzaste sobre los descendientes de Hefesto?

Afrodita dejó escapar una carcajada colmada de orgullo.

—Ya me caes bien. ¿Quién te rompió el corazón? ¿Quieres que le lance una similar? Por cierto, ¿qué haces en la casa de Eros?

Mis nervios provocaron que empezara a sentir latidos en el ojo izquierdo. Sabía que no iba a ser tan sencillo, ella parecía demasiado conforme con su trabajo. Pero, ¿qué esperaba? Estaba hablando con una mujer que se había vengado de su marido por serle infiel. Aunque quizás habría sido más práctico que le cortara los testículos y en una de esas, dejar que se convirtieran en otra extraña muestra de botánica, de esas que abundaban en los mitos griegos. Pasó con Dafne, pasó con Narciso, ¿por qué no con Hefesto?

—Sí, bueno. Como llegué aquí, es una larga historia. Sobre la maldición, en realidad me gustaría saber si podrías revocarla.

Me encogí en mi sitio esperando la respuesta, mientras la ira se apoderaba del rostro de la diosa.

—¡No! —gritó, antes de desvanecerse en el aire.

—No, no, no... espera —supliqué, corriendo al sitio donde hace unos segundos estuvo de pie Afrodita—. ¡Vuelve aquí, cobarde! —Caí de rodillas y golpeé el piso con los puños cerrados, mientras gritaba al vacío—. Estúpida diosa, mal nacida. ¡Me costó mucho invocarte para que te vayas así! Que seas más bonita que yo no te da derecho a dejarme hablando sola. Eres una estúpida engreída, solo porque...

Continué pateando y despotricando con fervor, sin detenerme a meditar lo que dejaba salir de mi boca, mientras me desquitaba con el suelo. No detuve mi berrinche ni siquiera cuando unos brazos me rodearon y me levantaron del suelo, dejándome en la cama.

—Liz, Liz, cálmate —dijo Eros, buscando mis ojos.

—Esa diosa con cuerpo de morsa me dejó plantada —reclamé.

La sombra de una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Es mi madre —declaró.

Me quedé helada y cualquier otro insulto que hubiese tenido en mente desapareció por completo.

—¿Es broma? —Eros negó con la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Con razón había salido tan guapo.

—No pensé que fueras a invocarla en mi casa, pero creo que a veces te subestimo. No querrás ver lo cabreada que está en estos momentos.

—¡Esa vieja...!

—Liz, no quiero que mi madre te convierta en una iguana —interrumpió.

—Pero no puedes negar que es vieja.

Nuevamente, se abstuvo de reír. Sabía que se estaba conteniendo por respeto a Afrodita, pero a mí no me engañaba. Era obvio que yo estaba en lo cierto.

—Sé que puede ser aburrido estar aquí encerrada, pero pronto acabará. Mantente quieta mientras tanto, ¿de acuerdo? —habló, tan suave y calmado, que me sentí igual que una niña de cinco años incapaz de comportarse mientras sus padres hacían una diligencia.

Comprendía que debía irse, pero al echar un vistazo a la habitación, pese a que estaba llena lujos que yo misma había imaginado, una triste soledad me invadió.

—¿Cuándo volverás? —pregunté. De inmediato reconocí la indecisión en su rostro. Se estaba debatiendo entre darme una respuesta que me dejara tranquila o decirme la verdad—. No me gusta estar sola, suelo hacer estupideces.

Recordé todas esas veces en que me había aislado de los demás para emborracharme. Esas ocasiones en que la tristeza me golpeaba sin piedad, haciéndome imposible la tarea de dominar mis emociones sin la ayuda de las toxinas. Las necesitaba para ahogar mis pensamientos, mis recuerdos. Cuánto anhelaba llegar a ese punto de indiferencia, donde nada me importaba y por ende, no podían hacerme daño.

No quería tener tiempo de sentarme y volver a meditar sobre mi pasado. Sabía que había algo escondido en mi memoria, un recuerdo que mi cerebro había suprimido para mantenerme sana. Estaba segura, porque cada vez que intentaba llegar a ese punto, la pena me embargaba, y sin querer, mi subconsciente buscaba modos de alejarme.

Tenía miedo de encontrar la verdad.

Y que esa verdad me destrozara.

—Volveré cuando caiga la noche, te lo prometo —aseguró, apretando mis manos.

TREINTA Y SEIS



La indignación me colmó cuando descubrí que la puerta no era más que un vil engaño para los huéspedes. No era más que un simple tallado en la pared.

En conclusión, esto como prisión era muy efectivo.

Pero todavía quedaban las ventanas, así que me concentré en crear una escalera que permitiera alcanzarlas. Al instante se materializó una con escalones dorados. Seamos honestos, si podía traer lo que quisiera, por lo menos debía tener un mínimo de estilo.

Subí sin problemas hasta alcanzar la primera ventana, y en cuanto me asomé, quedé sin aliento.

La casa estaba construida en torno a un asombroso jardín. Las nubes flotaban alrededor de las macizas paredes, y de ellas emergían bellísimas flores, que jamás había visto antes, de todos los colores posibles. En el centro, sin una base que los sostuviera, pero tan erguidos como si estuvieran enterrados en tierra firme, se alzaban columnas griegas de blanco mármol. Era un paisaje idílico y surrealista, que inspiraba temor y admiración a la vez.

Con el corazón acelerado por la impresión, retrocedí por la escalera, y una vez abajo, me apoyé en la pared para controlar el temblor de mis piernas.

Entonces reparé en un hecho insólito pues, desde que había llegado, la luz no había disminuido ni un poco. Es más, el clima se había mantenido constante, como si el tiempo no corriera, deteniéndose en el amanecer.

De este modo, jamás llegaría la noche. La idea de que Eros me hubiese engañado cobró fuerza, y estuve a punto de ponerme a gritar a todo pulmón.

Estaba sola, abandonada con mis pensamientos, esos que fácilmente me traicionaban.

Ahí fue cuando lo escuché. El seco sonido de un disparo acalló mi voz interna. Levanté la cabeza, buscando su origen, pero me descubrí sola en la habitación.

¿Estaría volviéndome loca?

El terror me invadió, pero curiosamente no temía por mi vida, sino por algo más, indescifrable y confuso.

Busqué el adjetivo correcto para describir la mezcla de culpa, orgullo, miedo y dolor que me invadía. Pero no existía una palabra adecuada, porque cada emoción me golpeaba con la misma fuerza, sin darme el espacio para aclarar mi mente, para darle un sentido a lo que sucedía.

No podía encontrar una explicación razonable, pero una voz interior me gritaba que acababa de cometer un terrible error, uno que me iba a perseguir toda la vida, sin descanso. Rápidamente las lágrimas inundaron mis ojos. Se trataba de una emoción tan intensa que me carcomía por dentro, me ahogaba, como si las arterias que rodeaban mi corazón se rompieran, acabando con la existencia de aquel órgano vital. No importaba cuánto intentara contenerme, era más fuerte y no podía dominarlo.

Me dejé caer, abrumada, escondiendo mi cara entre las manos, entregándome al desconsuelo. Era tan estúpido sentirse mal por algo que ni siquiera podía recordar. Por lo menos merecía saber qué era.

Me limpié los ojos y apoyé la cabeza contra la pared que tenía detrás, concentrándome en los recuerdos que se negaban a ver la luz. El nudo en mi garganta apretó con más ganas, pero me empeñé en seguir indagando en las zonas más oscuras de mi mente, hasta que incluso la cabeza comenzó a dolerme.

Entonces mi atención recayó en la muralla opuesta, donde distinguí un diminuto agujero que no había visto antes. Me acerqué con cautela y lo toqué con la yema de mis dedos. Era un orificio pequeño y oscuro, como el que habría dejado el impacto de una bala, aunque parecía inverosímil que un fragmento de metal pudiera penetrar la solidez del material que había erguido este palacio.

Entonces encontré una nueva diferencia, aquella pared no estaba hecha del jaspe blanco que me había recibido al despertar, sino que se trataba de una madera vieja y agrietada, similar a...

—¿Lizzie? —La voz del dueño de casa me sacó de mis pensamientos—. ¿Está todo bien?

—¿Por qué...?

No terminé la pregunta, pues al parpadear, el muro volvió a ser el impenetrable dique immaculado que siempre fue. Nada de agujeros, ni madera apolillada.

Fruncí el ceño, confundida y con las manos temblorosas, temiendo lo peor. ¿Y si aquel terrible recuerdo era que yo había matado a alguien? La mera idea me hizo entrar en pánico, ¿qué giro pudo haber tomado mi vida para llevarme por ese camino? ¿Tenía algo que ver con mi convalecencia?

Rápidamente los argumentos en contra se aglomeraron. No recordaba tener suficientes motivos como para matar a alguien, y en caso de tenerlos, todavía no me explicaba de dónde había sacado un arma. Si bien, mi padre dejó su rifle de caza en el campo, estaba segura que mi madre jamás iba a dejar que me lo llevara por las buenas. Nada tenía sentido.

Mientras buscaba una explicación, sentí unos brazos rodearme en un cálido gesto, cuyo único fin era reconfortarme.

—Tranquila, Liz. Todo estará bien —susurró Eros, acariciándome la cabeza.

Aunque él probablemente creía que mi asustada expresión se debía a Artemisa, no quise sacarlo de su error, pues el acecho de la diosa también era motivo de preocupación y, principalmente, porque su reacción me había dado otra razón para guardar la calma. Una asesina jamás sería tratada con tanto aprecio.

Nos quedamos en silencio, esperando a que la angustia desapareciera. Inspiré su aroma, y lentamente, sus caricias me trajeron paz.

—Lo siento —musité.

—No pasa nada —contestó.

Hice aparecer un espejo para poder examinar mi rostro. Mis mejillas y mi nariz estaban enrojecidas, y me prometí no volver a llorar hasta que la tormenta acabara. Debía ser fuerte para sobrevivir.

—Regresaste —señalé, dándome la vuelta.

—Ya anocheció, aunque desde aquí no puedas verlo.

Recordé el hermoso paisaje que crecía en su jardín y me lo imaginé iluminado por la luz de la luna.

—La noche debe ser muy linda aquí —comenté.

Eros asintió, y de pronto, sentí que el suelo se movía. No de forma violenta, sino suave y pausado, como si se deslizara en el aire. De este modo, la oscuridad se cernió paulatinamente, y cuando la oscuridad estuvo a punto de consumir la habitación, ambos invocamos una lámpara al mismo tiempo, la de él tenía un estilo clásico, antiguo, replicando el gusto de los griegos, mientras que la mía era moderna y simplificada. Las dos reposaron una al lado de la otra, en un armonioso contraste, que me sacó una sonrisa.

De inmediato, corrí a la escalera para observar con nuevos ojos el mágico jardín. Era tal como lo había imaginado y mejor. Las coloridas nubes bailaban junto a las estrellas, sus tonos brillaban por encima del manto negro de la noche, resaltando aún más que en el día. Era la postal de una

aurora boreal hecha a partir de un cuento de hadas. Más fantástica y estrambótica.

—No veo la luna —comenté.

—Artemisa ha sido identificada con la luna creciente —señaló Eros.

De inmediato, me arrepentí de mi observación.

Regresé y me tendí en la cama. Pese a que no tenía sueño, debía reconocer que mi cuerpo se sentía cansado. Eros se recostó a mi lado y aproveché de acurrucarme junto a él, dejando que mi cabeza reposara sobre su pecho.

—Dime, ¿esta era la habitación de Psique? —pregunté.

—No —contestó al instante—, este cuarto es tuyo. No voy a obligarte a usar sus cosas, no es mi intención que la reemplaces. Vamos a conocernos los dos y ver qué nos ofrece el destino en esta vida.

—No soy la reencarnación de Psique —afirmé.

—Algún día vamos a ver quién tiene la razón —resolló.

Aunque no había un reloj para medir el tiempo y ni siquiera hice el esfuerzo de traer uno, permanecimos así durante un prolongado lapso, hasta que comencé a cabecear. Era increíble lo arrulladora que podía resultar la presencia de Eros, pero la paz que me traía solo duraba mientras estuviese consciente, pues durante mi sueño, los disparos se repitieron.



Desperté con el apetitoso olor de pan tostado y huevos revueltos. Perezosamente, abrí los ojos para descubrir a Eros preparando el desayuno en un hornillo que la noche anterior no estaba. Aunque, de todos modos, todavía había espacio para meter un comedor entero si fuera necesario, pese a todas las porquerías que yo misma había traído.

La luz que entraba por las ventanas anunciaba un esplendoroso amanecer, y por un momento extrañé el canto de las aves al despertar, hasta que ellas mismas respondieron a mi llamado psicológico entonando una alegre melodía.

—¿No tienes cocina? —pregunté.

—Sí, hay una en el primer piso, pero para qué ir hasta allá si puedo traer una aquí —contestó—. Buenos días.

Se dio la vuelta y llevó hasta mi cama la bandeja con el desayuno.

—¿Cómo es que puedes hacer aparecer tantas cosas? —inquirí.

—En teoría, no salen de la nada. Tú piensas algo porque lo has visto en otro lado, y lo único que hace tu mente es traerlo.

—¿Eso no es ilegal?

—Es tomar prestado —contestó—. Además, hay alguien limpiando el desastre.

—¿Cómo?

—Hermes, el mensajero de los dioses. Desde que hay centros comerciales, su nueva tarea es ir y pagar cada vez que sienta la magia de algún dios haciendo de las suyas. Luego, nos pasa la factura. —Casi me ahogo de solo pensar en cuánto dinero había gastado en montar la habitación—. No hay problema, nadie en el Olimpo o fuera de él está en bancarrota. Ni siquiera Dionisio, al que le encanta el derroche y pasa su tiempo armando fiestas y jolgorios.

Decidí no insistir con el tema al ver que él se lo tomaba con tal naturalidad. Comimos juntos, en la comodidad que el colchón nos ofrecía, pero mis inquietudes no menguaron ni un poco.

—¿Por qué no hay puerta? —interrogué.

La expresión de Eros me dio a entender que no había pensado en ese detalle.

—No hay necesidad cuando puedes transportarte de una habitación a otra —contestó, y luego me miró—. Pero tú no puedes.

—¿Por qué no? ¿Acaso te da miedo lo que pueda encontrar si recorro la casa? —pregunté juguetona.

—Al contrario. De hecho, me gustaría que alguna vez consideraras la idea de mudarte aquí.

Estaba a punto de responder cuando un poderoso estruendo me estremeció. La pared donde se dibujaba el enorme portón se hundió hasta abrirse de par en par.

—Asombroso —admití.

Remodelar tu casa nunca había sido tan fácil.

Eros se marchó poco después, prometiendo regresar tan pronto como le fuera posible y sin revelar detalles de su misterioso plan.

Nuevamente, me dejé llevar por mis caprichos e invoqué una enorme bañera para darme un relajante baño de espuma, junto al estéreo. Sin embargo, por más fuerte que estuviera la música, mis pensamientos fluyeron como el agua.

Tras meditar un poco, descubrí que tenía dos salidas simples a este problema: aceptar la propuesta de volverme inmortal o perder la virginidad. Ninguna de las dos acababa de convencerme, y sin embargo, tampoco me gustaba ignorar qué acuerdos estaba haciendo el dios del amor para mantenerme con vida.

Al menos su ausencia no me produjo el mismo efecto desolador de la última vez, puesto que dejaba una enorme mansión a mi entera disposición, lo que despertaba mis instintos aventureros. Así que me pasé la tarde vagando por los amplios pasillos que evocaban todo el esplendor de Grecia en cada rincón, con columnas y todo.

No me sentía como una intrusa curioseando, puesto que el mismo dueño de casa me había dado su autorización para recorrer el lugar. Sin embargo, pronto descubrí que no todas las habitaciones estaban abiertas al público, sino que la mayoría de las puertas eran meras decoraciones que no podía atravesar.

—Muy inteligente, Eros —farfullé.

Por supuesto que no iba a permitirme merodear con tanta libertad. ¡Qué ilusa!

Frustrada, decidí regresar a la habitación que se me había asignado, pero me encontré con otro problema: la casa era tan grande que me había perdido en sus corredores. Extrañamente, en lugar de preocuparme, la experiencia me resultó excitante. Es decir, me había extraviado en la casa de Eros, ni dios sabía qué clase de cosas podía encontrar, literalmente.

Así fue como conocí el precioso jardín que había visto desde mi habitación. El cielo todavía tenía los colores anaranjados del amanecer, en contraste con la vivacidad de las flores que crecían desde su seno, formando una escena tan pintoresca que me provocó una conmovedora alegría.

Definitivamente, era como estar frente una representación de la personalidad juguetona de Eros.

Toqué una nube que pasó volando sobre mi cabeza, atravesándola con la misma facilidad con la que se palpa el vapor. En su interior, las raíces de la planta se enredaron en mi mano y me sostuvieron mientras mi cuerpo se elevaba por los aires con una facilidad inverosímil.

Chillé asustada y pataleé un poco antes que me dejara caer en un cúmulo mucho mayor. Mis pies se enterraron como si estuviera caminando en sobre arena, y curiosamente no me hundí.

Sintiéndome como Alicia en el país de las Maravillas, emprendí mi aventura a través de las nubes. Algunas más pequeñas se me acercaban, como si los capullos que residían en ellas tuvieran curiosidad por conocerme, reafirmando mi creencia de que la Madre Tierra estaba viva. Aunque, admito que esto llevaba mis convicciones a otro nivel.

Me paseé por las colosales columnas griegas, que le daban un toque serio y magnificante al surrealista jardín. El aire que llenaba mis pulmones estaba colmado de esa típica humedad silvestre, que no resultaba molesta, sino que recordaba el olor de la lluvia en medio del bosque. Ese aroma que, gracias a los avances de la ciudad y la contaminación de las industrias, pocas veces podía percibirse.

Y al final de todo, me encontré con una divertida sorpresa. Una escultura de Eros, tallado en mármol, a gran escala. Probablemente era unas tres veces más grande que el auténtico y debo decir que habría puesto verde de envidia a Miguel Ángel.

Su ego no dejaba de sorprenderme.

Lo analicé de pies a cabeza y no pude evitar preguntarme si al desnudo, el real sería igual de...

Moví la cabeza deshaciéndome del vergonzoso pensamiento, tocando mis mejillas para comprobar su elevada temperatura. ¡Santo Cielo! Ponerme así por una escultura era enfermizo. Y aun así, me quedé mirando durante varios minutos, hasta que las nubes decidieron reacomodarse.

Levité sobre la masa esponjosa, igual que un buda en medio de su meditación. Pasé frente a las narices del falso Eros y me alejé sin que pudiera evitarlo. Así llegué a otro extremo del jardín, donde me encontré con otra estatua que me dejó sin aliento.

Era una mujer bellísima, tan hermosa que pudo haber competido con la mismísima Afrodita, a pesar que solo se trataba de una imagen sin color. Sus rasgos eran perfectos, armoniosos. Su expresión era dulce y serena. Su cabello caía revuelto sobre sus voluminosos pechos, y lejos de parecer avergonzada por estar posando desnuda, su postura era segura, sólida. Sin duda, este era el porte de una auténtica diosa.

Y es que no había adjetivos suficientes para describirla. Era cautivadora, monumental, imponente. Todo lo que yo no era, y la odié por despertarme tal fascinación, por más inevitable que fuera.

Quería invocar una lata de *spray* y destrozar su precioso rostro, pero sabía que sería una falta de respeto hacia Eros, así que me abstuve. Además, no quería parecer una delincuente.

Cerré los ojos, rehuendo a la solemnidad que destilaba su mera imagen, y me alejé a través de las pomposas nubes. No me di cuenta de lo fuerte que pisaba, hasta que mi pie se enterró en un nubarrón, enterrándome como si hubiera pisado un hoyo en la playa.

Dejé escapar un chillido frustrado, mientras intentaba salir del lío en el que me había metido por andar de malas. Ni siquiera logré sacar la mitad de mi pierna, cuando una misteriosa fuerza me succionó fuera.

Aparecí en la habitación que Eros me había asignado. Por un momento, creí que él había regresado, pero mi ánimo decayó cuando reconocí a su hija, con su típica expresión de pocos amigos, pese a la sensualidad que desbordaba su sola presencia.

—Esta cosa no ha dejado de sonar, es una mocosa que quiere hablar contigo —dijo, entregándome mi teléfono.

Revisé la pantalla y descubrí siete llamadas perdidas de mi mamá.

—Es el número de mi madre —alegué.

—Pues cuando yo contesto me habla una llorona de cinco años y no sé qué hacer —espetó.

Entonces, el teléfono volvió a vibrar.

—Lizzie, Lizzie. —Escuché la voz de mi pequeña prima, Vanessa, al borde del llanto.

—Vane —contesté—. ¿Qué pasa, pequeña?

Esperaba que me dijera que los perros se habían comido las patas de los pollitos otra vez o que Sonrisa se había lastimado corriendo por el campo, como en tantas otras ocasiones. No era primera vez que iba de visita y me llamaba para que fuera a ayudarla a curar a los animales. Sin

embargo, fui incapaz de entender las palabras que balbuceaba entre lágrimas desesperadas.

—A ver, Vane. Necesito que respires y me digas qué pasa. Mira, así —dije, inhalando profundamente para que ella siguiera mi ejemplo.

Cuando se calmó, dijo algo que me dejó helada.

—El tío malo está enojado.

Mi prima volvió a llorar y me enfoqué en los sonidos que podía escuchar por debajo de su voz. Golpes furiosos. No, más que eso, eran patadas. Mi padre iba a echar abajo la puerta si no le abrían.

—Vane, ¿dónde estás? —exigí saber—. ¿Dónde está mi madre?

Ella volvió a respirar con fuerza para calmar sus sollozos antes de responder.

—La tía subió al cerro a buscar frutas y todavía no ha bajado. Yo me escondí porque me dio miedo.

—No te preocupes, quédate ahí escondida, y no salgas por nada del mundo. ¿Me entiendes Vane? Escóndete y no salgas hasta que vaya a buscarte, ¿sí?

Mi prima contestó con una ahogada afirmación antes de colgar. Entonces, mi mirada recayó en Hedoné.

—Llévame a mi casa —exigí.

—¿Qué? Ni de broma, si Artemisa te mata, Eros me va a castigar por todo lo que resta de siglo y aún queda mucho —replicó.

Caminé hasta quedar de pie frente a ella, apenas le llegaba a la altura de los hombros, pero el tamaño no era impedimento para imponer una orden... O algo así.

—Por favor, te lo imploro —supliqué—. Tengo que ir, mi familia me necesita.

Estaba dispuesta a pedírselo de rodillas, pero antes que pudiera intentar cualquier cosa, la diosa se desvaneció en el aire, dejándome atrapada en una prisión en medio de las nubes.

Grité frustrada.

¿Por qué mi padre había vuelto a casa?

—¡Le dije que se fuera! —exclamé llena de ira.

Ni siquiera me di cuenta de la verdad que se escondía en mis palabras hasta que las pronuncié.

El eco de un disparo se reprodujo en mi cabeza y luego, una seguidilla de recuerdos estallaron en mi cabeza. La historia de una chica que vivió en el pasado. Una chica que quería ser fuerte, pero era débil, tan débil que no podía decir las verdades que la atormentaban todos los días.

Esa niña que fui alguna vez.

Por culpa de ese acontecimiento mi mente se había esforzado en olvidar, pero ahora que había vuelto, iba a continuar su trabajo.

TREINTA Y SIETE



La rabia me cegaba, no había espacio para ideas coherentes en mi cabeza. Lo veía todo de color rojo, estaba ardiendo de ira. El infierno se estaba desatando en mi cabeza y no era capaz de controlarlo. Así que movida por mis impulsos, tomé todo lo que tenía a mi alcance y lo arrojé sin una dirección determinada, armando un caos.

—¡Ya verás cuando salga de aquí, maldito infeliz! ¡Te odio, te odio, te odio! —repetí entre lágrimas.

Pero cuanto más gritaba, más dolía.

Estaba atrapada.

Cuando volví a caer en la inevitable verdad, sentí una presión en el pecho. Me asfixiaba. La realidad iba a matarme antes que cualquier otro dios.

Cerré los ojos e hice un esfuerzo por enfocarme. Tenía que hacer algo, aunque fuese lo último que hiciera en vida. Pero estaba encerrada. ¿Qué podía hacer desde aquí?

Entonces mi atención recayó en el teléfono tirado en el suelo. Por lanzarlo sin premeditación la pantalla se había quebrado a tal punto que apenas podía ver las letras, pero aun así pude marcar un número.

—Fran, soy Lizzie —dije en cuanto contestó.

—¿La real o la impostora fea? —preguntó.

—¿Cómo sabes que hay otra?

—Conozco a mi mejor amiga. Y también soy una semidiosa, percibo cosas raras —explicó con sencillez.

No tenía tiempo para discutir sus capacidades extrasensoriales, así que fui directo al grano.

—Fran, escúchame bien, es importante.

—Te creo. ¿Cómo se te ocurre desaparecer sin avisar y mandar una mala copia de ti para guardar las apariencias? ¿Qué tan tonta crees que soy? Tus trucos baratos no me engañan. Dime, ¿en qué lío estás metida y por qué no me invitaste? —reclamó.

En el fondo, quería contarle todo lo que me había pasado en las últimas veinticuatro horas, sobretodo, porque necesitaba a alguien con quien hablar de la horrible escultura de Psique que Eros guardaba en su patio. Pero mi familia me necesitaba antes.

—Fran, necesito tu ayuda. Estoy en algún submundo en el cielo y no puedo volver a la tierra en un tiempo, pero mi padre está en la casa de mi madre. Está bastante enfadado, mi prima está allí y está muy asustada. Necesito que...

—Mi padre está en la comisaría, le avisaré y te llamo —interrumpió.

—Sí, eso. ¡Gracias! —contesté anonadada. Había entendido la idea más rápido de lo que pensé.

—Por cierto, Liz. Sobre eso del submundo en el cielo, no te estás muriendo otra vez, ¿verdad?

—Eh... creo que no —musité no muy convencida.

—Quiero detalles después —dijo, antes de colgar.

Los minutos que siguieron antes de que mi teléfono volviera a sonar se me hicieron eternos, y lo peor era que la pantalla estaba tan destrozada que no me quiso dejar contestar por las buenas cuando al fin recibí la llamada.

—La patrulla ya va en camino, al parecer tu prima también llamó a su padre y él informó a la

policía —explicó mi amiga—. Mi padre no puede salir porque no se le asignó la tarea, pero yo sí voy.

—Pero ni siquiera sabes llegar —señalé.

—No, pero Henry sí, y vendrá a buscarme. Pero no se lo cuentes al oficial, en teoría no tengo permiso.

—Se lo contaste.

—Me contaste que su padre hizo la primera denuncia. Lo mejor es que todo el mundo se entere, así tu madre no podrá volver a desmentir lo que pasó, y para eso, ya sabes a quién tienes que llamar ahora desde tu casita en el cielo.

Me habría reído de la denominación que usó para referirse a lo que yo había llamado un "submundo", si tan solo la veracidad de su afirmación no me hubiera golpeado con tanta fuerza.

Jane.

Este era el momento de hablar con ella, de contarle la verdad y acabar con esta farsa sin sentido.

Decidida, marqué su número en mi destrozado teléfono y conté con los latidos de mi corazón los segundos que tardó en atender.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo. ¿Es que no leíste el nombre antes de contestar? —repose, dominada por los nervios.

—No sé quién seas, pero éste es el número de mi hermana y espero que esta llamada sea para devolverlo.

—Jane, pero de qué estás hablando. ¡Yo soy tu hermana!

—Déjate de juegos, mi hermana está conmigo y si la vieras, sabrías que está muy preocupada por recuperar su teléfono.

—¡Cuelga, Jane! No hables con los delincuentes —exclamó una persona con mi misma voz.

Me quedé de piedra.

¡Maldita sea, Hedoné! ¿Por qué tenías que estar en el apartamento justo cuando tengo un asunto importante que discutir con mi hermana?

Y mientras aún me quedaba un poco de dignidad, corté la llamada.

Esto, definitivamente no había salido como esperaba.

Quise arrojar el móvil contra la pared, pero me detuve en el último minuto, consciente que era mi único enlace con el mundo exterior y no quería estropearlo más de lo que ya estaba.

Lo que más anhelé en ese instante fue invocar una botella de licor, e hice un esfuerzo por recordarme que el alcohol no tenía la solución a mis problemas. Sin embargo, mis deseos eran tan fuertes, que ésta se materializó sin que tuviera que concentrarme.

Y así llegué a una inevitable conclusión. De todos modos, estaba atrapada en un lugar desconocido, y no había nada más que hacer desde aquí. No podía ayudar a mi madre. No podía volver a amenazar a mi padre, y arriesgarme a cometer una locura. No podía proteger a Vanessa. No podía advertir a Jane. Ni siquiera era capaz de cuidar de mí misma.

Tal vez el único modo de soportar la distancia era dejarme llevar y olvidar que el resto del mundo existía. A nadie iba a importarle y tampoco se darían cuenta. Sería una pequeña pausa en medio de mi terapia, que ni siquiera debería considerarse como tal, en vista que me encontraba tan lejos de la realidad.

El amargo líquido me llamó, y antes de darme cuenta, me había bebido la mitad de una botella.

Me sentí tan inútil. Cuando mi familia más me necesitaba, no podía hacer más que permanecer en un rincón, emborrachándome como la ridícula alcohólica que era.

Quizás, realmente mi camino estaba marcado por el fracaso.

Agarré mi cabello a tirones y miré al cielo.

—De acuerdo, Zeus, Destino, Karma, Moiras o quien sea que esté allá arriba burlándose de mí. Por favor, ¿no crees que es suficiente?

En ese momento, una presencia se manifestó en mi habitación. Al principio temblé, preguntándome a qué dios había invocado, hasta que reconocí a Eros, examinado la estancia.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó, refiriéndose al desastre que había causado en mi arranque de rabia, hasta su atención recayó en la botella que tenía en mi mano—. ¿Por qué trajiste esto? Sabes que te hace daño.

Me la quitó sin nada de delicadeza y la hizo desaparecer al instante.

—Hay demasiadas cosas en la vida que nos hacen daño —reclamé—. ¿Cómo quieres que las evite todas?

Me ayudó a ponerme de pie y me sentó en la cama, donde podía hablar más dignamente. No había comido nada desde el desayuno, y por lo tanto el alcohol había hecho efecto más rápido.

Continué balbuceando palabras ininteligibles, hasta que me di cuenta que Eros limpiaba mis manos. El dolor me hizo reconocer las heridas que no pude percibir bajo los efectos de la rabia y el alcohol.

—Quiero ir a casa —dije.

—Solo un día más —respondió.

—¿Por qué? ¿Cuál es la diferencia entre hoy y mañana? De todos modos no vamos a encontrar la solución, Artemisa no quiere dar marcha atrás y yo soy pésima para resolver conflictos.

El dios del amor no respondió de inmediato, sino que guardó un analítico silencio, sopesando lo que acababa de decirle.

—Mañana le entregaré a Apolo lo que más desea: Dafne. Y no tendrás que preocuparte por Artemisa nunca más —habló al fin.

Me sorprendí tanto que incluso creo que se pasó la embriaguez.

—¿Cómo? —pregunté.

—He convencido al padre de Dafne de que le daré un amante usando mis poderes. Él siempre quiso que su hija estuviera con un hombre al que amara, por eso al verla angustiada, la protegí volviéndola un laurel. Le he prometido que voy a deshacer mi maldición y Dafne tendrá una vida feliz.

—Espera, eso no es justo. Apolo solo se encaprichó con ella, ni siquiera será un amante fiel, solo la tendrá como trofeo mientras salta de cama en cama —reclamé.

—Pero estarás a salvo.

—¡No! —grité, y luego agregué en voz baja—: No así.

—¿Y qué otra cosa propones? —cuestionó.

Me quedé callada unos segundos, debatiéndome entre tomar el pacífico sendero de la cautela o poner a prueba la loca idea que tenía en mente.

Lamentablemente, Vanessa no tenía tanto tiempo.

—Tengo que volver a casa hoy —murmuré.

Me acerqué a Eros y sin pedir permiso, lo besé con frenesí.



Lo más sensato que Eros podría haber hecho en aquel momento habría sido apartarme, o por lo menos resistirse a mi inexistente encanto.

Pero no fue así.

Respondió al beso incluso con mayor pasión de la que yo había esgrimido, como si hubiera estado reprimiendo dicha necesidad durante años. Aunque era estúpido pensar que llevaba tanto tiempo de celibato. Al menos no siendo el dios del amor y la atracción. Y sobre todo, no teniendo el físico con el que el Olimpo lo había bendecido.

Me dejé llevar cuando empujó su peso sobre el mío, reposando mi espalda en el suave colchón, y dejándome atrapar entre su cuerpo y la cama. Enredé mis dedos en su cabello, exigiendo sus besos con desenfrenado ahínco, mientras los latidos de mi corazón perdían el control y el calor me consumía desde mi centro.

Eros se separó ligeramente para descender hasta mi cuello y dejar un rastro de besos que alcanzaron el lóbulo de mi oreja.

—¿Estás segura que prefieres esta solución? —susurró en mi oído.

El sonido de su voz fue tan excitante que me transmitió una corriente eléctrica de pies a cabeza.

—Dicen que duele un poco —musité—. ¿Es verdad?

—No conmigo. Mi jurisdicción incluye el amor erótico, la pasión, y el sexo —dijo, deslizándose por mi mano a través de mi cintura—. Yo me encargaré que solo sientas placer y nada de dolor.

Tragué saliva y asentí, acariciando su pecho por encima de la ropa.

—Bien, terminemos con esto —respondí con determinación, como si me estuviera arrojando al campo de batalla.

Eros enarcó una ceja y en lugar de proceder a la acción, me levantó con un inesperado movimiento, dejándome sentada en su regazo.

—Te recuerdo, Liz, que los dioses no somos conocidos precisamente por nuestra castidad. Y créeme que es muy difícil tenerte en mi casa, alejada del resto del mundo y no hacerte el amor como ningún mortal podría hacértelo. —Besó mi frente, luego mis párpados y al final mi nariz, en un gesto enternecedor—. Así que deja de jugar con mi fuerza de voluntad y dime qué te preocupa.

Pasé mis brazos alrededor de sus hombros y enterré mi rostro en su pecho, escondiéndome, pues no quería mirarlo a los ojos cuando confesara todo lo que sucedía.

—Sinceramente, no quiero que deshagas tu maldición, no es justo, Apolo no se lo merece —murmuré—. También aprecio todo lo que has hecho por mí, aunque a veces siento que no lo merezco, porque soy una humana con problemas de adicción y tendencias autodestructivas que no puedo controlar. Es bonito, porque me haces sentir querida, y no quiero que sea así. Tengo miedo que mi corazón vuelva a romperse y no sé si los pedazos puedan volver a unirse otra vez. Y es difícil soportarlo, pero ahora, hay algo más importante que todo lo que yo pueda querer o sentir. Mi padre está en casa, está enfadado y me asusta lo que pueda hacerle a mi madre y sobre todo, lo que pueda sucederle a Vanessa. Necesito ir. Y lamento mucho no haber hablado antes con Jane, porque si hubiera tenido el valor de decirle la verdad, sabría que en este momento cuento con ella, pero otra vez está quedando excluida del problema. ¿Qué puedo hacer?

Esperé en silencio una respuesta, y cuando no llegó, levanté mi cabeza para mirarlo.

Ahí estaba él, estoico, serio. Sin mover ni un solo músculo, y tan apuesto como siempre.

Bajó su cabeza y despacio, acercó su rostro al mío, sosteniendo mi espalda con una mano y acunando mi mejilla con la otra, para posteriormente reclamar mis labios con ternura.

Supuse que había decidido retomar mi petición inicial, y me preparé mentalmente para lo que estaba por venir.

Su boca se tornó más exigente, arrancándome un leve suspiro. Cerré los ojos, saboreando sus labios y su lengua, enrollándose con la mía. Aspiré su olor y disfruté de su tacto tanto como me fue posible.

Paulatinamente una cálida sensación creció en mi estómago y alcanzó la parte más íntima de mi

anatomía. Al principio no le di importancia, suponiendo que era parte del proceso natural. Sin embargo, pronto dejó de ser agradable. Sentí un dolor punzante en el vientre, seguido de un retorcijón que me obligó a hacerme a un lado y asegurarme que todo fuera bien. Me palpé frenéticamente las caderas, la cintura y el abdomen, pero no descubrí nada extraño. De hecho, la incomodidad desapareció con la misma velocidad con la que apareció.

Miré a Eros, quien me observaba con descarado detenimiento, como si estuviera esperando que se manifestaran los efectos secundarios de otro de sus trucos.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

Una preciosa flor roja apareció en sus manos.

—Te quité la virginidad.

Por suerte, la noticia me encontró sentada.

—¿Es una broma? No me digas que eso es... ¡me desfloraste! —nunca esperé que la expresión pudiera llegar a tomarse literalmente—. ¡Prometiste que no me dolería!

—No te dolió, solo fue un poco molesto.

Abracé mi vientre, sintiéndome vacía, metafóricamente.

—Ya no soy virgen y ni siquiera sé cómo se siente. Esto es, por mucho, lo más decepcionante que he vivido. ¿Qué sigue? No me dirás que también estoy embarazada —repuse.

Eros esbozó una sonrisa, para nada tranquilizadora, y dejó cuidadosamente la flor en una maceta que también se materializó de la nada.

—Te la puedo devolver más tarde —respondió—. Ahora tengo que llevarte a casa.

—¿Así, sin más? —exclamé—. Oh, cierto. Olvidé que estoy en el mundo donde las novias se convierten en laureles, ¿por qué la virginidad no va a poder convertirse en un...? —puse a prueba mis conocimientos en un intento de dar con la especie de la flor que tenía ante mis ojos—. ¿Eso es una orquídea?

Él asintió y me entregó la maceta con una naturalidad pasmosa.

—Es tuya —dijo. Eso era, por mucho, lo más bizarro que me había pasado en la vida.

—No me jodas —repliqué.

La tomé con cuidado, temiendo que se cayera por accidente. Es decir, no quería que nada le pasara a mi virginidad, aunque ya no la tuviera dentro.

—Si quieres, déjala aquí mientras tanto. Podrás venir a buscarla luego. —propuso.

—No hables de mi virginidad como si fuera una cosa —gemí. Aunque tenía razón, lo mejor era mantenerla a salvo

—Ahora, deberías ir a cambiarte antes de irnos —sugirió.

Miré el vestido que estaba usando y mi rostro palideció al descubrirlo cubierto por una mancha de sangre entre las piernas. Definitivamente, me había arrancado la virginidad.



Escogí unos vaqueros desgastados, una camiseta básica, y una camisa a cuadros abierta que recordaba tener en mi armario. Los invoqué junto a mis zapatillas, para poder cambiarme en la comodidad de la casa de Eros.

Una vez que estuve lista, convoqué al dios, llamándolo por su nombre.

De inmediato nos transportamos detrás de unos arbustos que rodeaban mi casa para que nadie nos viera aparecer de la nada, aunque con menudo desastre, dos jóvenes apareciendo por arte de magia, sería el menor de los problemas. Además, mis vecinos se encontraban a kilómetros de distancia.

No sabía bien qué esperaba encontrar. Creo que guardaba la esperanza de que la policía ya hubiese llegado, pero no fue así. Lo que realmente encontré me dejó pasmada.

Mi padre estaba fuera de la casa, completamente borracho, dando patadas a la puerta y gritando tal cantidad de improperios que recé por qué no llegarán a los oídos de Vanessa. A un costado, había una ventana que seguramente rompió él arrojando algunas piedras, algo que ya había hecho muchas veces antes, cuando llegaba en estas mismas condiciones. Por fortuna esta vez estaba tan mareado que ni siquiera podía entrar por aquella abertura.

Mi primer impulso fue correr a gritarle un par de verdades, pero Eros me detuvo.

—Espera, Atea está sobre su cabeza —advirtió.

—¿Quién? —inquirí.

—Es la diosa de la fatalidad, solo sabe crear discordia entre dioses y humanos. Fue desterrada del Olimpo y condenada a vagar sobre las cabezas de los hombres. Provoca el caos donde quiera que esté. Es mejor que esperemos a sus hermanas para que limpien este desastre.

—No tengo tiempo para eso —reclamé.

—No, Liz. Es peligroso que te acerques. Atea te puede llevar a cometer acciones impulsivas, engañarte y hacerte perder la razón, igual que tu padre en estos momentos —expuso.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué me quede aquí parada? ¡Eros, hay una niña ahí dentro!

Cupido apretó los puños, analizando la escena. Mi padre arrojó una piedra a otra ventana, que acabó por romperse, haciendo que mi rabia aumentara.

—Espérame aquí —ordenó Eros—. Iré a echar una mano para que la policía llegue más rápido, todavía están lejos y tardarán demasiado. También buscaré a las Litaí, las hermanas de Atea, para que traten con ella.

Era un buen plan, pero no confiaba con que pudiera contenerme mientras él iba y volvía.

—¿Puedo ayudar? —cuestioné.

Me tendió un teléfono unas treinta generaciones más moderno que el mío, que aún yacía con la pantalla destrozada en su casa.

—Habla con tu hermana, Hedoné ya no está con ella —dijo.

Miré el aparato como si se tratara de una granada a punto de explotar.

—¿Y qué le digo? —interrogué, como si no fuera obvio.

Él se encogió de hombros y depositó el teléfono en mi palma.

—Eso solo lo sabes tú. El número está en la lista de contactos —explicó, antes de desaparecer.

Me quedé sola, escondida detrás de los matorrales, con los feroces alaridos de un borracho a mis espaldas, y con cientos de palabras atoradas en mi garganta.

Así que hice lo único que podía hacer durante una crisis, es decir, actuar.

Mis temblorosos dedos se deslizaron por la pantalla, y me quedé en blanco cuando me exigió una contraseña de seis dígitos. Y para empeorarlo, el teclado no era numérico, sino que contemplaba todo el abecedario.

—Pudiste haberme dicho la clave —refunfuñé.

Resoplé y tecleé lo primero que se me vino a la mente: «Soy Eros, e...».

Mi asombrosa idea excedió el límite de caracteres.

¡Claro que excedía el límite! Ni siquiera sabía por qué había desperdiciado mi primer intento escribiendo semejante estupidez. Ahora solo me quedaban dos.

De acuerdo, era hora de probar algo más simple.

«Psique».

Me mordí el labio, dispuesta a matarlo si esa resultaba ser la clave.

Si mis celos no hubieran sido tan desorbitados, me habría decepcionado al concluir que solo me quedaba un intento antes de tener que esperar treinta segundos. Sin embargo, cuando el teléfono rechazó el nombre de su difunta esposa, me sentí extrañamente feliz.

Pero todavía tenía que pensar en una palabra de seis letras que Eros pudiera usar como contraseña. ¿Por qué, hasta en los momentos más dramáticos de mi vida, este dios tenía que fastidiar mi existencia?

Entonces tuve una idea, tan mala, que era imposible que estuviera equivocada.

«Cliché».

De inmediato, el teléfono se desbloqueó.

Pude haber gritado de la felicidad, pero mi voz se apagó en cuanto descubrí la imagen que tenía de fondo de pantalla.

Era yo.

Pero no se trataba cualquier día, reconocía muy bien la escena, y sabía que había sucedido mucho antes de conocernos. ¿Por qué? Pues estaba usando un suéter azul que no era mío, sino de Fran, ya que esa noche me había quedado a dormir en su casa, y por la mañana hacía tanto frío que había asaltado su armario en busca de algo más abrigado que la blusa sin mangas que tenía.

Iba saliendo de clase, y por algún motivo, la cámara había captado justo el momento en que sonreí. Me sentí extraña reconociendo esa mueca que rara vez aparecía en mi rostro.

Así, llegué a una segunda conclusión. Eros me había estado espiando mucho antes de conocernos. Y el muy descarado me había entregado su teléfono sin reparar en que iba a descubrirlo. No sabía si calificarlo como un desafortunado descuido o una muestra más de que la confianza que tenía en sí mismo era tan grande, que poco le importaba que supiera la verdad.

Negando en silencio, pasé por su lista de contactos, la cual no sólo era larguísima, sino que también tenía nombres bastante peculiares: «*El Padre de las Guerras*», «*Mensajero*», «*Gran Zeus*», «*Señora Hera*», «*La Muerte Buena*», «*La Muerte Mala*», «*Aquaman*», «*Hefesto Original*», «*Hefesto Hijo*», «*Hefesto Nieto*», «*Hefesto Bisnieto*», «*Hermano que me quiere*», «*Hermano que no me quiere*», «*Tía Cerebritito*», «*Mamá bonita*» y un largo etcétera.

Continué descendiendo por los números hasta que encontré el que debía ser el de Jane, identificado como «*Hermana de Liz*».

Sin dudar, marqué el número, y solo cuando escuché la voz del otro lado de la línea, me quedé estática, al caer en cuenta de lo que sucedía. Había estado tan concentrada en las excentricidades de Eros, que había olvidado el problema inicial que me había llevado a usar su teléfono.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Jane.

—Eh...¡Sí! —exclamé, antes que cortara la llamada.

—¿Lizzie?

—¡Jane!

Esta era la peor conversación de mi vida.

—¿Estás bien? Suenas nerviosa —interrogó.

—¿Yo? Claro que estoy bien —me di golpecitos en la frente por haber dicho tantas estupideces—. Es decir, no, no estoy bien. —Esta vez guardé silencio para poner en orden mis ideas y opté por una respuesta más sincera—. ¡Jane! ¡Todo está mal!

—De acuerdo, Liz. Respira, tranquila —respondió, usando ese tono de mujer madura que tanto me irritaba.

—¡No puedo, Jane! Es horrible. Papá está borracho, vino a la casa de mamá, y está dispuesto a derribar la puerta. ¿Es que no escuchas los gritos? ¡Tienes que venir! —repuse, al borde de la histeria.

—Espera, ¿estás allá? —interrogó confundida.

Mal jugado, Lizzie.

Me alejé un poco para que Jane no escuchara los gritos de mi padre, pero lo suficiente para que pudiera seguir al tanto de lo que sucedía.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Si hace un momento estaba en el apartamento. Voy de camino, con Fran y Henry —dije la primera mentira que se me ocurrió.

—¿Y por qué no me esperaste? ¿Avisaste a la policía?

Dudé.

—Yo... —En ese momento, la puerta de mi casa se rompió—. Lo siento, Jane. Debo irme. Ven rápido.

Busqué el botón de colgar, pero no lo encontré. Estaba tan desesperada, que no perdí más tiempo tratando de entender a la tecnología y me limité a meterlo en el bolsillo trasero de mi pantalón, mientras corría a casa.

Entré sin pensármelo dos veces, y encontré a mi padre tambaleándose en la entrada. No veía a Vanessa por ningún lado y esa era buena señal. Si lograba entretenerlo, al menos hasta que la policía llegara, todo estaría bien.

—¿Por qué volviste? Creí que te había quedado claro que ya no eras bienvenido en esta casa —espeté.

Mi padre se dio la vuelta y su ira pareció incrementarse al verme.

—Aquí te crees valiente, pero cuando te fui a ver al apartamento te escondiste como una niña detrás de tu hermana —acusó.

Era increíble cómo una persona podía confundir ciertas situaciones.

—Yo nunca me he escondido de ti.

—Sí, claro —Se burló—. Ahora dime dónde está la inútil de tu madre.

—Ella no está, así que puedes irte ahora —respondí.

—¡No me mientas, Elizabeth! —bramó—. Dime dónde está escondida esa cobarde.

—¡Te digo que salió! —grité en respuesta.

Mi padre tomó un plato que había sobre la mesa y lo arrojó al suelo, partiéndolo en mil pedazos.

— ¡Responde!

Entonces, la puerta de la despensa se abrió, revelando a una pequeña niña.

—Lizzie te dice la verdad, la tía Amaya salió —dijo Vanessa.

Y cuando la mirada de mi padre se posó en mi prima, supe que esto no iba a tener un final feliz.

—¿Y tú de dónde saliste, niña? —preguntó, antes de volver a dirigir su atención hacia mí—. ¡Lo sabía! ¡Siempre lo supe! Esa inútil se atrevió a engañarme frente a mis narices.

Golpeó la mesa, tirando todo lo que tenía encima, luego tomó las sillas y las arrojó en todas las direcciones posibles, descargando su rabia.

Por mi parte, corrí hasta alcanzar a mi prima, que estaba al borde de las lágrimas, incapaz de comprender el motivo de tanta violencia. Me arrodillé junto a ella y la cubrí con mi cuerpo, para evitar que algún objeto la golpeará por accidente.

—¡No seas ridículo! —exclamé—. Es mi prima, Vanessa. La conociste cuando nació, pero seguramente estabas demasiado borracho para recordarlo.

—¡No me faltes el respeto! —repuso, atestándome una patada, que no pude esquivar por proteger a la menor.

Ignorando el dolor, me puse de pie y la tomé en brazos, para sacarla de ese lugar. Lamentablemente, la entrada principal no era una opción, ya que el robusto cuerpo de mi padre la

tenía bloqueada y no me creí capaz de sobrepasarlo. De modo que no me quedó otra que correr en busca de la puerta trasera, que se encontraba en el extremo opuesto de la casa.

Llegar no sería fácil, sobre todo considerando que sostenía el peso de una criatura al borde del llanto. Iba a mitad de camino cuando descubrí que no lo lograría, así que busqué desesperadamente una salida alternativa. Entonces mi atención recayó en el vidrio roto de la sala.

—Escucha, Vane. Has sido muy valiente hoy —dije—. Te voy a sacar de la casa, porque es muy peligroso seguir aquí. ¿Recuerdas dónde jugábamos a las escondidas? Entre los nogales. — La niña asintió—. Bien, te esconderás ahí, y le diré a Henry que vaya a por ti.

—¿Y qué pasará contigo? —preguntó.

La verdad, ni yo misma lo sabía. Pero me esforcé por no demostrar mi temor y le dediqué una sonrisa colmada de confianza.

—Yo los esperaré aquí, para ayudar a los policías cuando lleguen.

Vanessa descubrió la mentira, ambas éramos conscientes que quien se quedara en la casa corría peligro, pero afortunadamente no me puso las cosas más difíciles y, sin rechistar, me abrazó en una sentida despedida que me partió el corazón. Obligándome a ser fuerte, la ayudé a atravesar la ventana rota, enterrándome algunos cristales en el proceso, pero soporté el dolor con valentía. No había tiempo para quejarse ni atender mis heridas, por más graves que fuesen.

Era hora de enfrentar mis temores por segunda vez.



El sabor metálico de la sangre inundó mi boca. Sabía que iba a terminar con unos bonitos moratones repartidos por toda la piel, con un poco de suerte, las heridas no serían tan graves.

—Estoy tan decepcionado de ti, Elizabeth. Me mientes, te rebelas, y por poco me matas el otro día. ¿Qué hice para tener una hija así?

Escupí la sangre en el suelo, y me apoyé en la mesa que tenía a mi lado para sostenerme en pie.

—Le habría hecho un favor a la humanidad librándola de ti —espeté.

Volvió a golpearme y esta vez caí. Me estrellé contra el duro y frío suelo, y continué recibiendo toda la fuerza de sus arremetidas. Sabía que se estaba desquitando conmigo, estaba saciando sus deseos de violencia, de ver al más débil sumido bajo su brío. Estaba convirtiendo a su hija en la víctima de sus fantasmas, como si hiriendo a otros pudiera tenerlos bajo control. No era así, ésta jamás sería la solución y eso solo aumentaba sus deseos de destruir, de pulverizar, derrengar, herir y lastimar a otro.

Y ese *otro* muchas veces fue mi madre, pero ese día no. Ese día era yo.

Me odié por entenderlo, incluso en ese momento. Aunque, obviamente, jamás lo justificaría.

Cuando los golpes al fin terminaron, me di la vuelta e hice un esfuerzo por ponerme de pie, pero mi cuerpo no tenía suficiente energía.

Me había golpeado hasta quitarme el aliento. Hasta llenar mi cuerpo de moratones. Hasta dejarme postrada, de rodillas, sosteniéndome sobre mis brazos y piernas para no desfallecer en medio de la habitación.

Pensé en mi madre. En todas las veces que había visto esta misma escena a la distancia, ajena al dolor físico que significaba, y sin darme cuenta del daño psicológico que le infringía. Comprendí que soportar este nivel de tortura día tras día había acabado por doblegar su carácter, la había vuelto frágil y débil. No sólo porque la persona que alguna vez amó la trataba de una forma inhumana, sino porque jamás encontró el consuelo en nadie a su alrededor. Cuando pidió

ayuda, su familia nunca le tendió una mano. Y eso, acabó por silenciarla.

Pero a mí no.

Mi espíritu seguía intacto, y no iba a decaer. Porque yo no quería esconder su abuso, había pasado toda la vida deseando poder confesarlo, gritarlo a los cuatro vientos y que todo el mundo se enterara, hasta que algún ente divino decidiera hacer justicia.

Y si al menos lograba hacerlo pasar una noche en prisión, sentiría que había ganado esta batalla.

—Eres un cobarde —murmuré en el suelo. Me llené de confianza y añadí en voz alta—: Un estúpido, un mal nacido, una mierda de persona. ¡Me da asco ser tu hija! ¡Me odio por llevar tu sangre en mis venas! ¡Te odio por haber arruinado mi vida, la de mi hermana y la de mi madre! Y si no te maté, fue porque mereces pudrirte en la cárcel antes de encontrar consuelo en la muerte.

Volví a recibir una patada en el costado que me arrojó al suelo, nuevamente.

—Yo jamás debí permitir que Amaya tuviera otra hija, eres un desastre. Ni siquiera de rodillas eres capaz de morderte la lengua —acusó.

—Mi madre jamás debió permitir que siguieras haciendo lo que quisieras. ¡Eres un monstruo!

Se dio media vuelta, y aproveché la oportunidad para recobrar el aplomo. Fueron solo unos minutos, ya que no tardó en regresar con el mismo rifle que yo había usado para correrlo de la casa.

Tragué saliva. Sabía que era un idiota sanguinario, pero jamás esperé que pudiera llegar a amenazarme con un arma. Esto se estaba saliendo de control.

Tomé uno de los platos de la mesa y se lo lancé, impactando en su frente. Mi puntería definitivamente había mejorado.

Mientras se tocaba la herida que le infringí, intenté escapar, pero él reaccionó, agarrándome del pelo y tirándome hacia atrás. Antes que pudiera darme cuenta, me golpeó con la culata del rifle. La sangre brotó de mi nariz a toda velocidad, recorriéndome el rostro.

Y aun así, tuve la valentía de mirarlo desafiante.

—¿Qué? ¿Acaso no te atreves a disparar? —exclamé, perdiendo el control sobre lo que decía. Mis pensamientos estaban teñidos de rojo, no había espacio para la lógica o el raciocinio. Mi cabeza ardía en llamas—. ¡Mátame de una vez, maldito infeliz! A ver si así, por fin te llevan preso.

Volvió a golpearme.

Una vez, dos veces, tres...

No había razón ni cordura. Solo sangre y violencia. Brutalidad y crueldad.

Me esforcé en no perder la conciencia, y continué recibiendo las arremetidas, odiando mi propia debilidad. La incapacidad de poder devolverle al menos un solo golpe.

Y de pronto se detuvo.

Parpadeé varias veces, para aclarar mi mente y entender qué sucedía.

Mi padre estaba de pie, contemplando a tres mujeres altísimas y delgadas, vestidas con largas capas grises, cada una sosteniendo un bastón de madera. Eran damas viejas, cuyos rostros estaban cubiertos de arrugas, pero con un porte magistral. Primero pensé que eran manifestaciones de la muerte, que venían a buscarnos, hasta que una de ellas habló.

—Atea, has hecho que un hombre atente contra la vida de su propia hija. Vete, antes que sus manos se manchen de sangre.

La minúscula parte de mi conciencia, que todavía funcionaba, comprendió que eran las Litaí.

Entonces, como si mi padre fuera capaz de comprender todo el asunto sobrenatural que implicaba, salió disparado por la puerta, huyendo de las recién llegadas.

Las tres damas lo vieron escapar y salieron detrás de él, revelando la notoria cojera que poseían.

¡Con razón no llegaban a tiempo! Si tardaban un día entero en dar un paso.

Intenté arrastrarme hasta ellas, pero descubrí que mi mallugado cuerpo era incluso más lento. Sencillamente increíble.

Les perdí el rastro y agotada, no me quedó de otra más que apoyarme contra la pared y descansar.

Ahí fue cuando vi el móvil de Eros, en el suelo y con la pantalla destrozada. Repté como una auténtica serpiente hasta alcanzarlo y descubrí que la línea con Jane seguía abierta.

Temerosa, lo acerqué a mi oído.

—¿Jane? —pregunté. Mi voz sonó ronca y ahogada luego de la paliza.

—¡Lizzie! —exclamó—. ¿Papá sigue contigo? Ya llamé a una ambulancia para que vaya a ayudarte, yo voy en camino. Tranquila, estarás bien.

—Lo escuchaste todo —dije.

—Sí, y también grabé la llamada. Tenemos pruebas de lo que te hizo, no tienes de qué preocuparte, nunca más volverás a verlo después de esto.

Tomé aire y mis pulmones dolieron al expandirse.

—Jane, tengo algo que decirte —hablé—. Mi padre te mintió, ese día que fue a tu apartamento. Es verdad, yo lo eché, pero fue porque trató de matar a nuestra madre, yo le quité el rifle y lo amenacé con él. Incluso disparé, pero fallé. Perdóname. No quería...

—Shh... —respondió mi hermana—. Después podemos hablar. Espérame, voy en el coche con Peter y Victor. Todo irá bien, ¿entiendes, Lizzie? No tienes que preocuparte de nada.

Escuché sus sollozos, su voz se fue apagando a medida que hablaba, debido a la urgencia de las lágrimas.

—¡Lizzie! —gritó alguien, cerca de mí.

Jane se despidió y cortó la llamada, entonces los brazos de Fran me rodearon.

—Me duele —gemí.

Me soltó con cuidado.

—Por Dios, mira lo que te hizo. —Se lamentó. Miró hacia atrás, como buscando a algo y luego se volteó nuevamente—. Artemisa tiene los caminos bloqueados para que la policía y las ambulancias no lleguen. Eros los está abriendo, apenas pudimos pasar con ayuda de Hedoné y...

Guardó silencio cuando Henry entró en la habitación y corrió a mi lado.

—Liz. Lo siento, el camino está... Bueno, no importa, te sacaremos de aquí y te llevaré al hospital en mi coche —dijo.

Negué con la cabeza.

—Vanessa —musité—. Tenemos que ir por ella.

—¿Dónde está? —preguntó Henry.

—Fue a los... —tosí—. Nogales.

El chico me miró con preocupación.

—Tenemos que llevarte a un hospital...

Comprendía que tenía que recibir ayuda médica, es más, yo era la que más deseaba llegar a una clínica. Sin embargo, mientras mi padre estuviera siendo controlado por una diosa loca, no podía fiarme de lo que pudiera suceder, y más sabiendo que las únicas personas capaces de controlarla eran unas ancianas apoyadas en un bastón. ¿Es que acaso no sabían que en estos tiempos existen las sillas de ruedas? Incluso hay algunas que se mueven solas.

—Vane... —gemí.

—Yo puedo ir por la niña mientras tú la llevas al hospital —sugirió Fran.

—No voy dejarte aquí mientras ese loco ande suelto —reclamó Henry, lo que hizo que se diera cuenta de otra cosa—. ¡Maldita sea! Tampoco puedo dejar a Vanessa sola con ese maniático, y Lizzie necesita ayuda pronto. ¿Y dónde está tu madre? Ella también corre peligro.

Mi amiga dejó escapar un suspiro cansado, antes de mirar al cielo.

—¡Hey, padre del año! Te necesito aquí —gritó.

Ni siquiera quise ver la expresión de Henry cuando un hombre semidesnudo apareció en mi casa.

TREINTA Y OCHO



—No soy ninguna niñera, no voy a ir a buscar a una mocosa perdida —reclamó Apolo.

—¡Entonces sana a mi amiga! —contestó su hija.

—¿Crees que soy un doctor? Si ellos cobran por cada consulta, pues yo también.

¿Quién dijo que convencer a un dios era tarea fácil? Ni siquiera mis heridas ni el desesperado relato de lo sucedido habrían bastado para conmovirlo.

Fran resopló furiosa y golpeó el pecho de su padre con su dedo índice, antes de cantarle un par de verdades.

—Escúchame, nunca te he pedido nada y ni siquiera te eché en cara los años de abandono, porque soy feliz con la familia que tengo, y sé que no me conviene cabrear a un dios —espetó—. ¡Pero como mi padre por lo menos deberías ayudarme con esto! Si no es por mí, al menos por Liz, que te dio la estúpida flecha dorada a costa de Eros.

—Por si no te das cuenta, es mi hermana quien ha maquinado todo este plan, y no estoy interesado en contradecirla. Es más, ustedes deberían agradecer que no hubiera tomado parte en todo esto. Soy el principal afectado, ¿recuerdan? ¡Mi novia se convirtió en un laurel! —replicó el dios.

—¡Pero yo soy tu hija!

—Y yo jamás me hago cargo de mis hijos —argumentó Apolo, cruzando sus brazos sobre su perfecto pecho desnudo.

—¿Me estás diciendo que no te importa? —alegó Fran.

Él fingió pensárselo un momento.

—No, la verdad es que no —contestó sin sentir un ápice de culpa. Entonces Henry entró en escena. Se puso de pie, agarrándose la frente, en un intento por asimilar lo que sucedía—. ¿Qué te pasa, humano? ¿Tú también quieres que te cure el dolor de cabeza?

La pregunta lo dejó perplejo, parpadeó un par de veces, sin poder deshacerse de la confusión que reflejaba su rostro.

—No, sólo quiero entender quién eres y por qué Fran dice que eres su padre —exigió el abrumado aspirante a chef.

—Soy Apolo, dios del sol, de la lírica y de las artes. Y alguna vez engendré a esta chica en el vientre de alguna mujer, aunque, para ser honesto, no recuerdo quién era —contestó con naturalidad.

Tuve que reconocer que con esa presentación, cualquiera lo habría comprendido. Tanto así, que por unos instantes temí que a Henry le diera un infarto allí mismo.

—Oh, ya veo. Qué casualidad —comentó, intentando comportarse con tanta naturalidad como le era posible—. Ahora no me van a decir que los socavones en el camino eran obra de Artemisa y que el padre de Lizzie también está trabajando con uno de ustedes. ¡Oh! Y Eros en realidad es... ¡Santo cielo! No me digan que de verdad es quién creo.

—Amigo, eres más listo de lo que crees —mascullé desde mi posición—. ¿A qué el manicomio no suena tan mal después de descubrir lo retorcida que es la realidad?

El chico pasó por alto mi broma y centró su atención en la joven semidiosa.

—Te juro que iba a explicártelo, algún día. —Se apresuró en decir ella.

Mi pobre amigo de la infancia tuvo que apoyarse en la mesa para no caer de bruces,

lamentablemente estaba tan destrozada que, en cuanto apoyó su peso en ella, la madera cedió con un crujido y Henry cayó de bruces al suelo.

—¡Argh! ¡Ya es suficiente! —gritó—. ¡No entiendo nada! Pero debe haber algún modo para convencerte de ayudar. Dime, ¿qué puede hacer este simple mortal para persuadirte?

Apolo lo examinó de pies a cabeza, y de pronto, la lujuria dominó su expresión.

—Hagamos un trato, yo le doy dos horas a la chica y tú me das la misma cantidad de tiempo en la cama —propuso.

Todos los mortales en la habitación palidecimos.

—¡Hey! Yo estoy saliendo con él —exclamó Fran.

—Y a mí también me gustó —alegó el dios.

Fran puso cara de desagrado al percatarse de que su padre tenía el mismo gusto que ella.

Con gran dificultad, logré ponerme en pie y utilicé todas las fuerzas que me quedaban para caminar. Sin embargo, me encontraba tan débil que la hija de Apolo tuvo que sujetarme a medio camino.

—¿Pero qué haces? —interrogó.

—Los dioses nos han abandonado —respondí—. Tengo que encontrar a Vanessa.

—Tú no puedes...

—Está bien. —Las quejas de Fran fueron detenidas por la asombrosa afirmación del otro mortal en la habitación.

—¿Pero qué estás haciendo?! —chilló mi amiga.

—No lo sé —contestó el muchacho—, pero él puede sanar a Lizzie y creo que eso es más importante ahora.

—¿Qué sabes tú de lo que es importante? —reclamó ella.

—¡Tampoco lo sé! Hace dos minutos era católico y ahora me entero que salía con una semidiosa, ¿te das cuenta? ¡No entiendo nada!

—¿Y para qué haces tratos que no comprendes?!

Apolo carraspeó, interrumpiendo la entretenida pelea de pareja.

—¿Vamos a sellar ese acuerdo o no? —inquirió el dios, tendiéndole su mano al chiquillo. Henry se acercó dubitativo y cuando al fin la tomó, me di cuenta que había algo raro en todo esto.

—¿En serio van a cerrar un pacto estrechándose las manos? Me siento timada —alegué.

Una sonrisa maliciosa se cruzó en los labios de la divinidad presente, y antes que pudiera adivinar sus verdaderas intenciones, tiró del brazo del muchacho y lo besó.

Fran gritó desesperada, mientras que yo... Bueno, debía reconocer que me sentí más tranquila. Definitivamente, tenían un trato.

De pronto, una insólita sensación de alivio me recorrió de pies a cabeza. Rápidamente el dolor desapareció de todo mi cuerpo, mis músculos se relajaron, y pude mantenerme en pie sin necesidad de un apoyo. Una vez sané, el dios apartó sus labios de los del joven mortal, quien todavía no salía del shock.

—En dos horas tus males volverán y yo volveré a cobrar la otra parte del trato. Utilicen bien su tiempo —advirtió Apolo, acariciando suavemente la mejilla del humano antes de desaparecer.

Ni siquiera logré incorporarme por completo, cuando Fran me tomó por el cuello de mi blusa y clavó sus ojos en los míos.

—Dime que hay un modo de romper los tratos —exigió.

—Si lo hubiera, no tendría mi virginidad en una maceta allá arriba, decorando el submundo de nubes de colores —respondí. La cara que mi amiga puso era digna de una fotografía. La aparté para poder caminar hasta Henry, o más bien, la estatua de Henry, ya que el chiquillo parecía

incapaz de moverse, incluso podía pensarse que había dejado de respirar—. Hey, amigos, tengo solos dos horas antes de volver a retorcerme de dolor en el suelo, ¿podemos darnos prisa, por favor?

—Tienes razón —replicó él, saliendo de su estupor.

Se acercó a su chica, pero ella lo rechazó de inmediato.

—Tú no vuelvas a tocarme hasta que te hayas bañado en cloro —espetó.

—Deberías estar feliz porque salvé el día a costa de mi dignidad —reclamó él en respuesta.

—Estoy segura que habían otras maneras de salvar el día. ¡Debí haber invocado a otro dios! Uno más razonable, como Atenea, o quizás Afrodita. ¿Será muy difícil tratar con ellas?

—Ni te lo imaginas —contesté sabiamente.



Para poder alcanzar los nogales más rápido, subimos al coche de Henry. Dos horas parecían suficientes para encontrar a Vanessa y advertir a mi madre del peligro. Además, seguramente la policía aparecía en ese lapso. Quiero decir, nadie puede ser tan lento, por más que una diosa desquiciada intente detenerlos.

No obstante, ya que habíamos encontrado un buen modo de economizar tiempo, Fran y Henry decidieron que sería bueno utilizar el que quedó para pelear entre nosotros.

¡Sí, claro! Solo son unos cuantos dioses griegos con intenciones de matarnos. Es el momento perfecto para tener una interminable discusión de pareja.

Hice un esfuerzo por quedar al margen y concentrarme al máximo en nuestro objetivo, sin embargo, todo se vino abajo cuando distinguí el primer gran obstáculo que debíamos enfrentar.

El camino que daba a los nogales se encontraba completamente bloqueado por las ramas de los árboles que habían crecido sin control hasta generar una rígida telaraña imposible de atravesar.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—No sé, pregúntale al señor “yo salvé el día” —repuso Fran, ardiendo de celos.

—Ya que todas mis ideas son malas, prefiero no opinar —replicó el aludido.

En vista que ninguno tenía intenciones de ayudar, salí del coche para analizar el intrincado ramaje. Quizás podría entrar, poniendo a prueba mi carente habilidad para jugar al *Twister*, pero aunque lograra hacerlo, estaba tan oscuro que no iba a llegar muy lejos a ciegas.

La solución a ese último problema llegó por sí sola, cuando un haz de luz iluminó el sendero. Me giré y encontré a Henry sosteniendo una linterna.

—Siempre guardo una en el coche —explicó.

—Así que al fin tuviste una idea que no implique vender tu cuerpo a los dioses —comentó Fran, sin intención de cooperar.

Hice caso omiso a la malintencionada observación y tomé el liderazgo de la operación. Los insté a entrar detrás de mí, pero no fueron capaces de guardar silencio ni un solo minuto. De modo, que me adentré escuchando las quejas de una semidiosa y las réplicas angustiadas de un mortal, mientras sentía todo el peso del reloj sobre mi espalda.

—¡Vanessa! ¡Vane! ¿Me escuchas? —comencé a gritar en cuanto estuvimos dentro—. ¡Vanessa, soy Lizzie! ¡Hey! Ayúdenme, ¿quieren?

Mis dos acompañantes dejaron de discutir para unirse a la búsqueda.

Era increíble apreciar la poderosa muestra de arquitectura que la propia naturaleza había creado. El paraje era una auténtica cueva, amurallada por los macizos troncos de los árboles y acorazada por sus brazos.

No podía deshacerme del presentimiento de que estaba cayendo directamente en la trampa del enemigo, pero no tenía suficiente tiempo para ponerme a meditar. Lo mejor era actuar y huir antes que la amabilidad de Apolo llegara a su límite.

Supe que habíamos descubierto el centro de la estructura, porque las ramas se alzaron, abriéndonos el paso. Las hojas rellenan el techo, a modo de improvisadas vidrieras, dejando pasar una luz verdosa, que otorgaba la apariencia de un pantano.

Mis ojos hicieron un rápido escaneo a la terrorífica imagen que se había formado ante mí, y tuve que mirar dos veces para creer lo que había.

Atrapadas en las redes de madera, se encontraban mi madre y Vanessa. Ambas inconscientes, totalmente ajenas al peligro que corrían sus vidas, y con las ramas afiladas, como si fueran estacas, amenazando con enterrarse en sus cuerpos ante la más mínima provocación.

Me obligué a salir de mi estupor y corrí hacia ellas, trepando para alcanzarlas. Primero, me concentré en mi prima pequeña. Me sostuve a duras penas e hice un esfuerzo por apartar los nocivos puñales, pero tan pronto logré alejar unos pocos, otros nuevos volvieron a crecer, deteniéndose aún más cerca de su piel.

Quise seguir luchando, pero mis piernas flaquearon al ver que las ramas afiladas se detenían a tan escasos centímetros de su cuello, y eso bastó para hacerme caer estrepitosamente, golpeando el suelo.

Rápidamente, Fran y Henry corrieron a socorrerme.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —pregunté.

—Ya pasó media hora —dijo el otro humano, revisando su reloj.

Me mordí labio con impotencia.

—¿Cómo es que hemos perdido tanto tiempo? —interrogué frustrada.

—El chófer es muy lento —contestó de inmediato Fran.

—Lo siento, gran semidiosa, quizás la próxima vez quiera conducir usted —dijo Henry, con marcado sarcasmo—. Seguramente con sus poderes llegamos más rápido.

—¡Es suficiente! —grité—. Hace menos de una hora ustedes dos se amaban, y ahora que mi familia corre peligro, deciden odiarse a muerte. ¿No les parece un poco egoísta? Escucha, Henry, puede que ella te haya ocultado que era hija de un dios, ¿pero crees que es algo fácil de decir? ¡Santo cielo! Cuando Eros apareció en mi casa yo misma pensé que había enloquecido, ¿cómo crees que es para Fran? Hace un año se creía una humana común y corriente, y de la nada aparece un personaje mitológico reconociéndola como hija, pero negándose a tomar la responsabilidad. No es sencillo, ¿entiendes?

Me giré hacia mi amiga, quien se había erguido con orgullo mientras le plantaba cara al juguete nuevo de Apolo.

—Y tú, no creas que es más fácil para él —continuó—. Ni siquiera ha tenido tiempo para asimilar la noticia y quién sabe lo que Apolo tiene aguardando en su retorcida mente. Yo opino que se lo ha tomado con bastante calma, dentro de lo que cabe esperar. Y sí, puede que tengan mucho de qué hablar mañana, pero tarde o temprano tendrán que enfrentar este problema, pero por ahora, ¿podrían recordar lo mucho que se quieren por ser quien son? ¿O al menos, tolerarse para ayudar a su amiga, aquí presente?

Ambos intercambiaron miradas arrepentidas, y segundos después, se estaban besando como si estuvieran solos en una agradable pradera.

Desvié la mirada, y esperé a que terminaran.

Y no lo hicieron.

Había que reconocer que las flechas de Eros sí que eran potentes, pues estos dos tenían su

atracción sexual al máximo. Sin embargo, un poco de discreción no le habría venido mal a nadie.

Carraspeé para llamar su atención, y lentamente separaron sus bocas, manteniendo sus manos unidas.

—Y, ¿pensaron en una solución mientras se besaban? —inquirí. Los dos negaron con la cabeza, e intercambiaron sonrisas al descubrir que reaccionaban igual ante la misma pregunta—. Menudo par de refuerzos que me tocó. Vuelvan a pelearse, eran más útiles así.

—¿Qué dios crees que sea el responsable? —preguntó Henry.

—¿No es obvio? Seguramente fue mi tía.

—¿Y no puedes hacer algo? Quiero decir... eres su sobrina —meditó.

La sorpresa me asaltó ante aquella teoría. Alguna vez le pregunté a Eros sobre los poderes de mi amiga, pero él jamás me dio una respuesta concreta. Sólo reconocía sus habilidades con el arco, como heredera de Apolo, pero no podía descartar que tuviera algún otro talento oculto.

Fran dudó unos instantes antes de concentrar su atención en las ramas que rodeaban a mi madre y prima.

—No sé cómo hacerlo —respondió, levantando sus manos—. Árboles, muévanse. —Y para nuestra sorpresa, ellos respondieron la orden, acercando sus ramas al cuello de sus víctimas—. ¡No! ¡Al otro lado, al otro lado!

La sobrina de Artemisa balanceó sus brazos, simulando retroceder y la naturaleza obedeció, salvando dos vidas.

Solo entonces me di cuenta que había estado conteniendo la respiración.

—¡Ten más cuidado! —chillé.

—¡Eh, soy una diosa en prácticas! —contestó, sin bajar los brazos—. No puedo hacerlo bien a la primera.

—¡Casi las matas! —exclamé histérica.

—Tranquila, Liz. Nadie ha muerto —dijo Henry.

—Claro, ahora los dos se unen en mi contra. ¿Olvidan quién resolvió su primera crisis de pareja? —refunfuñé.

—Basta, Lizzie. Esto es serio —habló Fran.

Me mordí la lengua para no replicar y conté hasta veinte mil para controlar mis nervios. Esto debería ser un momento dramático, donde los héroes se unen, pese a sus diferencias, para salvar a las víctimas de la malvada diosa, pero estábamos haciendo comedia a partir de una gran tragedia. Eso solo decía dos cosas de nuestra personalidad; o éramos grandes amigos, capaces de pensar con optimismo aun con todas las probabilidades en nuestra contra, o unos idiotas incapaces de sopesar la seriedad del asunto.

—Ojalá mi vida nunca esté en sus manos —bufé.

—¿Necesitan ayuda? —Una conocida voz retumbó por las paredes de madera.

Me giré, ansiosa por encontrarme con el recién llegado. Apenas lo vi, mis piernas cobraron vida por si solas, y corrí a abrazarlo. Por su parte, Eros respondió al impulso y me estrechó con fuerza, inspirándome confianza.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—He estado peor —contesté.

Me escudriñó y una sombra cubrió su rostro

—¿Por qué tienes la esencia de Apolo sobre ti? —interrogó.

—Resumiendo, en poco más de una hora estaré retorciéndome de dolor, así que es mejor que nos apresuremos. —Abrió la boca para replicar, pero yo cubrí sus labios con mi dedo índice, en un gesto para que guardara silencio—. Shh... Rápido.

No muy convencido, el dios asintió y se dirigió a Fran.

—La conexión con la naturaleza no es lo mío, así que voy a necesitar tu ayuda para contrarrestar a Artemisa —declaró.



Eros le mostró a Fran cómo reducir las ramas, y entre los dos lograron devolver a los árboles a su forma original, deshaciendo la casa de hojas y ramas que cubría el bosque. Los crujidos del ramaje eran ensordecedores, y lentamente la luz del sol golpeó mis pupilas, que tardaron unos minutos en acostumbrarse al resplandor.

Mi madre y Vanessa descendieron suavemente, hasta quedar tendidas en el suelo, sin recuperar la conciencia. Así era mejor, no me imaginaba explicándole a mi madre que Artemisa, la diosa griega, intentó secuestrarla para vengarse de Eros, quien creía que yo era la reencarnación de su esposa muerta.

Cuando fin creí que iba a poder respirar en paz, un grito furioso resonó en todo el bosque. Acto seguido, una mujer ardiendo de rabia se presentó ante nosotros.

—Una simple humana no va a burlarse de mí —declamó—, sacando su arco—. Iba a ofrecerte una muerte rápida porque me caías bien, pero te atreviste a desafiar mi autoridad.

Retrocedí asustada, comprendiendo que Artemisa no daría su brazo a torcer. Acabar conmigo iba más allá del imperioso deseo de vengar a su hermano. Era su propio orgullo el que estaba en juego, por lo que necesitaba reivindicar su posición de divinidad sobre mi calidad de mortal, y solo podría lograrlo acabando con mi vida.

—Tú no sabes cuándo rendirte —suspiró el dios del amor, escondiéndome detrás de su figura.

Artemisa hizo caso omiso al comentario y disparó sin pensárselo ni un instante. Otro arco se materializó en la mano de Eros, y en un ágil movimiento, desvió la flecha, usándolo como escudo. Acto seguido, invocó uno de sus dardos y atentó contra ella. Ni siquiera tuve tiempo de parpadear antes de verme envuelta en una lluvia de proyectiles, que atravesaban el cielo tan rápido que apenas era capaz de distinguirlos.

Mis dos compañeros mortales supieron de qué lado posicionarse y finalmente lograron arrastrarse hasta llegar a mi lado, protegiéndose detrás de Eros.

Pero no eran los únicos que corrían peligro.

—Tenemos que llegar a ellas —dije, señalando a mi madre y Vanessa.

—¿Cómo? —preguntó Fran—. No traje mi armadura

—A mi señal —dijo Eros, solucionando nuestra duda. Esperé, sintiendo que la adrenalina se acumulaba en mi interior, preparándome para correr como si mi vida dependiera de aquello, hasta que al fin pude liberarla—. ¡Ahora!

El dios hizo una maniobra que desintegró en el aire las últimas flechas que Artemisa había arrojado, generando una ligera abertura que aprovechamos para salir corriendo en dirección a las dos mujeres dormidas.

—¡No! —exclamó Artemisa.

Ni siquiera me detuve a mirarla, solo me concentré en alcanzar mi objetivo, hasta que una nueva voz me advirtió de la amenaza.

El tiempo se congeló lo suficiente como para permitirme entender lo que sucedía. Artemisa extendiendo sus brazos, las ramas de los árboles creciendo hasta convertirse nuevamente en afilados puñales, Henry empujándome para apartarme del camino, y al final, Fran, interponiéndose entre la naturaleza asesina y su amado.

Todo pasó tan rápido que nadie fue capaz de hacer algo por impedir el trágico desenlace.

El último cuadro de la terrible secuencia me caló en lo más hondo del alma. Un grito emergió desde mi pecho, desgarrándome la garganta en el proceso.

Un vástago había atravesado completamente el pecho de mi mejor amiga. Su sangre bañó la ramificación y el pasto silvestre bajo sus pies, del cual crecieron flores, que se enredaron en sus piernas, completando la crucifixión.

Henry fue el primero en llegar hasta ella.

—Fran, Fran —balbuceó, sin poder creer lo que sucedía—. No... ¡No! —Dio vueltas alrededor, agarrándose la cabeza y buscando un modo de ayudar, pero ya era tarde—. No puede ser, ella es una diosa. No puede morir. ¡Ayúdenla! ¡Que alguien haga algo!

Sin embargo, nadie se atrevía a mover un solo músculo. Artemisa se quedó de pie helada, contemplando la escena como si fuera una película pasando frente a sus ojos. Evidentemente no estaba en sus planes matar a su sobrina. Eros, por otro lado, también se encontraba sobrecogido.

Y entonces un nuevo participante se unió a la desgracia.

Apolo se presentó, y sin decir una palabra, tocó la rama que atravesaba el cuerpo de su hija. Al instante, ésta retrocedió, abandonando el corazón que acababa de destruir. El cadáver cayó en los brazos de su padre, quien la depositó en el suelo, y cerró sus ojos, con delicadeza.

—Nunca habías matado a una de mis hijas —reprochó en un tono seco.

—Ella se entrometió —repuso Artemisa, cruzándose de brazos.

—Que no sea un buen padre no significa que no quiera a mis hijos. A todos les otorgué dones.

—Por eso yo no ando repartiendo hijos por el mundo, al final todos buscan ser héroes cuando solo son un poco más que humanos —espetó la diosa.

En ese momento, una tercera persona se presentó gritando.

—¡Papá! ¡Papá! La policía ya atrapó a... —Hedoné guardó silencio al constatar lo que acababa de suceder, un grito ahogado escapó de sus labios y se cubrió la boca con ambas manos—. La humana fea, ¿qué le ha sucedido?

Entonces, Eros salió de su estupor.

—Esto es un crimen de sangre. —Su voz sonó fuerte y dura, como si estuviera proclamando al cielo—. Convoco a *Semnai Theai* para que se haga justicia.

Quise preguntar a quién se refería, pero a juzgar por la expresión que se dibujó en el rostro de todos los dioses y el exaltado jadeo que dejaron escapar, deduje que eran muy poderosas.

—¿Es que te has vuelto loco? —clamó Artemisa, pero antes que pudiera agregar algo más, tres mujeres se presentaron ante nosotros.

Su presencia cayó como un rayo silencioso. No hicieron el menor ruido, pero supe exactamente el momento en que llegaron. A diferencia del anterior trío de ancianas, éstas parecían estar en plena edad adulta, aunque seguramente tenían más años de los que podía contar. No podía decir que destacaran por su belleza, pero sí tenían algo que inspiraba respeto, admiración y un profundo temor.

Eran juezas divinas y sus veredictos debían ser ineludibles, incluso para los dioses.



Eros llegó a mi lado en menos de lo que dura un parpadeo, y su hija no tardó en seguirlo, mientras las misteriosas mujeres examinaban la situación. La tensión era palpable en cada uno de los presentes, el recelo y la desconfianza imperaban, e incluso debo admitir que un miedo irracional me recorrió durante el breve instante en que fijaron su atención en mí.

—Artemisa, has derramado tu propia sangre. Cometiste un crimen que solo la justicia divina puede subsanar —declaró una de las damas.

—Para reparar el daño, hemos decidido quitarte uno de los regalos que tu padre, Zeus, te dio al nacer —agregó otra—. Desde hoy, dejarás de ser la virgen perpetua, y tendrás los mismos deseos carnales que el resto de tus pares.

—El culto que se te ha rendido por siglos ha llegado a su fin —concluyó la última.

Los ojos de la diosa se abrieron a su máxima capacidad. El castigo no sólo la asustaba, sino que también la ofendía.

—¡Eso jamás! —alegó.

—Nuestras decisiones son inapelables —contestó la primera—. Ni siquiera el mismísimo Zeus podrá revocar nuestra sentencia.

De acuerdo, me estaba quedando claro que estas señoras eran poderosas. Muy poderosas.

—¡No! ¡Atenea ven en este mismo instante! —exigió Artemisa.

Y así fue como el Olimpo comenzó a reunirse.

La aludida apareció ataviada con un *himatión* que caía hasta el suelo, un casco militar griego sobre sus cabellos castaños, y sostenía una lanza y un escudo en cada mano. Tenía una postura imperial, similar a la de un conquistador que acababa de doblegar a un pueblo entero, y una mirada suspicaz, que escudriñó a cada uno de los que nos encontrábamos ahí.

—¿Por qué me has llamado, Artemisa? —preguntó al fin.

—Las Erinias quieren quitarme uno de los regalos que mi padre me dio al nacer —acusó la diosa—, y yo me niego a aceptar ese veredicto. ¡Haz algo!

La deidad de la sabiduría arrugó la nariz, sospechando de antemano que algo iba mal.

—¿Y qué hiciste para merecer dicho castigo? ¿Acaso fuiste tú quien dio muerte a esa joven? —Señaló a Fran—. Percibo los dones de Apolo en ella.

Nadie necesitó responder para confirmar aquella teoría.

—Exijo que tú te constituyas como Tribunal y seas quien me juzgue, en lugar de ellas —exigió Artemisa.

La cara de Atenea se tornó pensativa, y su mirada se detuvo en las tres mujeres que se mantenían altivas frente a todos nosotros.

—No puedo ir en contra de lo que digan las divinidades ctónicas y lo sabes —replicó.

—Claro que puedes, ya lo hiciste una vez, y fue tan asombroso que incluso los humanos lo recuerdan —dispuso la otra diosa—. Yo solo quería presionar a Eros para que revoque la maldición que lanzó sobre mi hermano, ¿cómo puedes pensar que buscaba hacerle daño a él o a su descendencia? ¡Esa chica ni siquiera debió haber estado presente!

—Que gracioso —musité, olvidando ponerle filtro a mi lengua. De pronto, todas las miradas estaban puestas en mí.

—¿Qué te parece gracioso, humana? —inquirió Atenea.

Me habría gustado poder retroceder el tiempo para tragarme mi impertinente observación, pero ya era tarde, y si no les explicaba a los dioses qué me parecía tan divertido, seguramente amanecería transformada en árbol.

—Es solo que acabo de comprender algo. Es un poco tonto, pero yo también tengo una hermana —expuse—. Yo la amo de todo corazón, pero no consigo entenderla, ella siempre actúa como si fuera la hija perfecta, sin errores, y es tan falsa que a veces me desespera. Siempre creí que su tendencia a actuar como una niña modelo respondía a un orgullo estúpido, o a una necesidad de parecer mejor que yo, sin embargo, hace poco comprendí que ella solo lo hacía por protegerme. Intentó convertirse en mi figura adulta, quiso satisfacer a mis padres para mantener la familia en

paz y tomó responsabilidades que no le correspondían a su edad para protegerme.

»Por otro lado, hace un tiempo yo hice algo terrible, casi cometo un crimen de sangre, como ustedes lo llaman, intentando salvar la vida de mi madre. Mi padre le contó otra versión de la historia a Jane, mi hermana, y entre ambos acabaron ocultándole la verdad. Yo también fui parte de su plan, en el fondo, creo que acepté ocultarle la verdad porque me convencieron que ésta podría hacerle mucho daño y no quería verla sufrir, aunque eso me destruyera por dentro. Pero hoy he aprendido dos lecciones; la primera es que no importa cuánto me esfuerce por ocultar una realidad, ésta siempre acaba cayendo por su propio peso y al final, el daño que causa es mucho más grande.

Miré el cuerpo inerte de Fran y mis ojos se llenaron de lágrimas, pero me esforcé en mantener la calma.

—Es curioso que nuestro destino y la relación que llevamos como hermanas se viera tan marcada por el daño que nuestros padres nos hicieron. Al final todos fuimos culpables, desde quienes no quisieron escuchar hasta quienes decidieron callar. Y ahora, al ver a Artemisa, comprendo por qué Jane y yo nos hicimos daño a pesar que nos amábamos como hermanas. Pues todas cometimos el mismo error de hacer lo que creímos mejor para el otro, pero sin pensar en lo que realmente necesitaba. Es decir, Artemisa cree que devolviéndole a su amada lo hará feliz, pero en realidad, Apolo no necesita que le cumplan un capricho que ni él mismo podría valorar, y por querer torcer la mano a su destino e imponer su voluntad, acabó dañándolo por otra vía. No se trata de lo que nosotros queremos para alguien, sino lo que esa persona realmente necesita, aunque no siempre sea lo que nos gustaría tener.

Tomé aire, antes de que mi voz se quebrara y el llanto me asaltara.

—Y yo, por no entenderlo antes he perdido a alguien muy importante. Oh por dios. ¿Cómo se puede aprender tanto en un segundo y repetir los mismos errores todos los días?

Los sollozos me impidieron seguir hablando, aunque de todos modos había llegado a un punto donde solo podía divagar, lamentando lo que fue y lo que me habría gustado que fuese. Después de todo, eso era la vida para los mortales, ¿no? Un sinfín de probabilidades, que van marcando nuestros caminos, algunas con finales más desgraciados que otros.

Eros pasó su brazo por encima de mis hombros, en un medio abrazo que buscaba consolarme, pero que no era suficiente. No, mientras el cuerpo de mi mejor amiga siguiera ahí, totalmente sin vida.

—¿Cómo te atreves a...?

—Tienes la sabiduría de un alma que ha vivido mucho. —Atenea interrumpió a Artemisa—. Dime, ¿qué solución propones?

Respiré profundamente, buscando calmar mis sollozos. Un pañuelo apareció en mi mano y no supe a cuál de los dioses agradecer el favor, aunque definitivamente no a la hermana de Apolo.

Por más indecoroso que fuera, tuve que limpiarme la nariz antes de hablar. En realidad solo quería una cosa.

—Creo que al final, todas las excusas que nos impiden hacer lo correcto, son solo caprichos. No son más que justificaciones para no enfrentar nuestros miedos. —Miré a la diosa de la luna—. ¿Qué problema tienes con Eros?

Artemisa se mordió el labio antes de dejar salir toda su rabia.

—Este dios, promiscuo y pervertido, por su culpa, ya no tengo musas, pues se pasa el tiempo promoviendo la depravación entre ellas.

Eros abrió los ojos sorprendido.

—Ups...

Pude haber preguntado cuál era mi culpa en todo ese asunto, pero había comprendido que el mundo de los dioses era mucho más complejo de lo que aparentaba. Ellos tenían sus arrebatos de locura, al igual que los humanos.

—Quitarle uno de sus regalos a Artemisa no repara el daño que nos hizo. Quizá sea suficiente escarmiento para ella, pero no vale la pena seguir alimentando el odio entre nosotros. ¿No hay un modo de que todo se revierta? Quiero decir...

Guardé silencio, preguntándome cómo formular la siguiente petición.

—¿Pueden devolverle la vida a Fran? —cuestionó Henry, quitándome las palabras de la boca por segunda vez.

Atenea miró a las tres mujeres que se habían mantenido impasibles durante mi discurso.

—¿Conocen la historia de Eurídice y Orfeo? —preguntó una de ellas.

Los dos negamos con la cabeza.

—Solo permitiremos que uno de ustedes baje al Inframundo y traiga el alma de su amiga, pero impondremos las mismas condiciones de Hades y sumaremos las nuestras —explicó otra—. Decidan, ¿quién de ustedes dos irá?

Henry y yo nos miramos.

—Iré yo —dijo él—. Fran se sacrificó para salvarme.

—No, será mejor que vaya yo. Ya he estado un par de veces en el Inframundo, puedo ubicarme mejor que tú —repuse.

—No quiero ser aguafiestas, querida, pero no te queda suficiente tiempo para ir y volver —intervino Apolo.

Di un respingo al recordar que pronto volvería a ser un estropajo, y no sería bueno ni para Fran ni para mí que el dolor me atrapara en el infierno.

—¿De qué estás hablando? —interrogó Eros.

—Solo un pequeño trato que hicimos en la casa, nada más —contestó el dios.

Y antes que comenzaran a discutir nuevamente, me adelanté.

—Está bien, Henry irá —decreté.

Esta vez, el dios se acercó al muchacho.

—No quiero meter presión, pero como no me traigas a mi niña de vuelta, te convierto en cabra y te abandono en el desierto durante mil años. Después de cobrar mi deuda, claro —dijo.

—Tú sí que sabes cómo tranquilizar a la gente —espeté.

—Es solo para que tenga un incentivo adicional.

Sí, ya me imaginaba a Apolo dando charlas motivacionales.

—De acuerdo, díganme qué tengo que hacer —preguntó Henry a las tres damas.

—Es sencillo —respondió una—. Bajarás al reino de Hades y buscarás el alma de la humana. De acuerdo a las reglas de su regente, volverás por el mismo camino, y cientos de voces intentarán hacerte volver, pero si te giras para mirar tan solo de reojo, antes que la luz del sol los cubra a ambos por completo, la oscuridad se tragará a la joven nuevamente y no habrá vuelta atrás.

—Por otro lado, nosotras te daremos una ventaja para evitar la tentación. Nos entregarás tus ojos y bajarás a ciegas. Tendrás que encontrar a la chica usando tu voz interior, pero si tus sentimientos hacia ella no son verdaderos o no son suficientemente fuertes, no podrán comunicarse, y vagarás por el Inframundo por toda la eternidad, buscando un alma que jamás encontrarás —explicó la segunda.

—En el caso que no logres completar tu misión, ya sea porque miraste antes o te perdiste en la oscuridad, el pacto que Psique hizo con Hades para volver a nacer quedará anulado, y si tu amiga

es realmente su reencarnación, volverá a decorar los Campos Elíseos como una hermosa flor, zanjando la duda que yace sobre el corazón de los dioses. Pero si lo consigues, Artemisa tendrá prohibido volver a usar sus poderes en contra de alguno de ustedes, a riesgo de perder su eterna virginidad —completó la última.

Henry escuchó las instrucciones atentamente y solo habló una vez que hubieron terminado.

—Me gusta el trato, pero, ¿no podrían darme alguna otra ventaja? Creo que eso de quitarme los ojos es poco ortodoxo.

—Estas negociando con dioses, mortal. ¿Qué esperabas? ¿Salir ganando? —le preguntó una de las mujeres, con sorna.

Las risas asaltaron a las deidades, quienes parecieron estar todas de acuerdo en ese punto. Incluso Eros dejó escapar una suave carcajada a mi lado.

Luego, la tierra tembló bajo mis pies, formando primero un leve montículo de arena y barro, que poco a poco fue dando espacio a una abertura tan negra que era incapaz de divisar lo que había dentro. Sin embargo, podía adivinarlo, ésta era la entrada al Inframundo.

—Puedes entrar —señaló una de las misteriosas señoras.

Antes que el humano pudiera dar un paso adelante, Eros lo detuvo, tomándolo por los hombros y observándolo con seriedad.

—Escúchame, Fran debe estar junto al río Aqueronte, esperando cruzar. Tienes que tener cuidado con caer al agua, no te dejes engañar por las trampas de Caronte, el barquero que ayuda a las almas a pasar el río. También cuídate del Cancerbero que ronda por la orilla, tiene la costumbre de comerse a los vivos. ¿Entiendes? —inquirió, recibiendo una exagerada afirmación por parte de Henry. Acto seguido, sacó un par de monedas doradas de su bolsillo y se las entregó —. Pueden servirte con Caronte. Al subir ten en cuenta que Orfeo le cantó a las voces para alejarlas cuando quisieron tentarlo a dar la vuelta. Prueba con las canciones más absurdas que conozcas, esas que espantan a cualquiera.

El chico asintió y se acercó a la mujer que se encontraba junto a la recién creada caverna. La bilis me subió a la garganta cuando vi que ella tomaba sus ojos y se los arrancaba de sus cuencas, antes de empujarlo a la oscuridad.

Ahora solo quedaba tener fe en que todo iba a salir bien.

Dejé escapar un suspiro antes de fijar mi atención en el cuerpo de Fran, aguardando el regreso de su alma.

Volví a mirar la cueva, y me habría puesto a rezar por Henry, sin embargo, a estas alturas no sabía a quién debía rezarle.

Y entonces, como si algún ser divino hubiera escuchado mi súplica, un montón de rocas cayeron sobre la entrada, cubriendo totalmente el único camino de regreso.

Grité antes de salir corriendo, incapaz de creer lo que acababa de suceder.

—¡¿Por qué lo hicieron?! —exclamé—. ¡Teníamos un trato!

Mis desesperados gritos fueron ahogados por una risa maléfica, rebosante de gozo.

—Lo siento, yo también quería participar —dijo una nueva voz.

Me giré para encontrarme con una bellísima mujer luciendo un ajustado vestido.

—Eris —dijo Eros, al reconocerla.

Curiosamente, yo también había escuchado hablar de ella, era la diosa de la discordia. Gracias televisión.

TREINTA Y NUEVE



Esperaba que los dioses hicieran algo para revertir la impertinencia de Eris, o por lo menos que alguien le llamara la atención, o se molestara aunque sea un poco. Pero nadie hizo nada, así que yo misma tomé cartas en el asunto.

Me acerqué a las rocas que tenían bloqueado el camino y comencé a moverlas una por una.

Pesaban un montón, de modo que solo conseguía trasladarlas un par de centímetros antes de dejarlas caer, pero no me importó. Lo único que me interesaba era despejar el camino para que mis amigos pudiesen volver, aunque mis manos se llenaran de tierra, y mis dedos se entumecieran por el esfuerzo.

Sin embargo, tan pronto conseguí despejar ligeramente la entrada, más rocas cayeron, dejándola mucho más bloqueada que la primera vez. Estuve a punto de caer de espaldas al ver que todo mi trabajo había sido inútil, hasta que escuché la risa de la diosa a mis espaldas. Gozaba viéndome de rodillas, desesperada, con los dedos adoloridos por el esfuerzo y el sudor deslizándose por mi frente. Pero no iba a rendirme, sin importar cuánto se burlara.

—Decreto que por cada roca que muevas, una más grande caiga sobre esa guarida —declaró Eris con sorna.

Y así fue, apenas quité el siguiente peñasco, otro tres veces mayor apareció para reemplazarlo. Entonces, no pude sacarlo.

Apreté los dientes, frustrada y caí de rodillas, sintiéndome impotente ante la maldición que había caído sobre mí. Levanté los puños, pero antes que pudiera golpear el suelo, alguien me detuvo agarrando mis muñecas. Miré hacia arriba y me encontré con la expresión compasiva de Eros.

—¿Por qué ayudas a esa humana? —preguntó Eris con fastidio.

Él se encogió de hombros, restándole importancia.

—Porque quiero —contestó.

—Qué aburrido —bufó la diosa del caos.

La versión griega de Cupido soltó uno de mis brazos, para poder reposar su mano izquierda sobre mi cabeza.

—Te otorgo la fuerza de una hormiga —declaró.

—¿De una hormiga? —repliqué incrédula—. ¿Es en serio? ¡Se supone que tengo que mover esas rocas para que Fran y Henry puedan volver y tú me comparas con un insecto!

Una leve sonrisa se formó en su boca.

—¿Por qué no lo intentas al menos?

No muy convencida, obedecí. Y para mí total asombro, levanté el pedazo de granito como si estuviera hecho de algodón. Miré a Eros sin poder creerlo, y continué moviendo las rocas con renovado ánimo, a pesar que éstas continuaban cayendo del cielo, al igual que grueso granizo.

Todo marchaba bien, hasta que mis brazos repentinamente se debilitaron, dejando caer el peso que sostenían. En menos de un segundo, mi piel se llenó de manchas rojizas que en pocas horas se volverían moretones. Mis piernas flaquearon y toqué el suelo con las rodillas, incapaz de mantenerme de pie. Abracé mi estómago, sintiendo una repentina dificultad para respirar y luché contra el inmenso dolor que me atacó sin previo aviso.

Eros se agachó a mi lado, preocupado.

—Lizzie, ¿qué te ocurre? —Miró a sus pares—. ¿Quién de ustedes se está pasando de listo?

No pude ver a Apolo levantar la mano, pero sí escuché su voz.

—Mi culpa —dijo—. Son los golpes que le propinó su padre, han vuelto a aparecer ahora que el tiempo establecido en nuestro trato expiró.

Creí que iba a desmayarme, pero entonces escuché el horrible coro de Fran y Henry resonando bajo las piedras.

«Y la cosa suena ¡Ra!

Y la cosa suena ¡Ra!

Scooby Doo pa, pa

Y el pum pum pum pum pum»

Tomé una bocanada de aire y puse toda mi fuerza de voluntad en ponerme en pie. No sé cómo logré llegar hasta la entrada de la caverna otra vez, y usando mi recién adquirida súper fuerza, empujé el enorme peñasco que cubría la entrada.

—¡Salgan ya! —grité—. ¡Antes que caiga la siguiente!

Sin embargo, no fui capaz de resistir más y caí nuevamente al suelo, bajo el siguiente peñasco, tres veces más grande y pesado que el que acababa de mover. Cerré los ojos, consciente que caería sobre mí y no sería capaz de apartarme. Sin embargo, lo que escuché a continuación me hizo volver a abrir los párpados.

Mi chef favorito salió de la cueva, cantando a todo pulmón. A su lado, Eros sostenía la enorme roca que amenazaba nuestras vidas. A pocos centímetros de distancia, el cuerpo de Fran volvió a cobrar vida. Se levantó, con la ropa aún cubierta de sangre, cual vampiro despertando de su siesta y dejó escapar un grito de alegría. Sin pensárselo dos veces, se puso de pie, con una agilidad que jamás habría esperado de alguien que acaba de vencer a la muerte y abrazó a su salvador, quien continuaba cantando y avanzando inseguro.

Una sonrisa se formó en mis labios, y pude respirar aliviada tan solo unos segundos.

Henry, al sentir los brazos rodear su cuerpo y la suavidad de la tierra bajo sus pies, en lugar de las irregulares peñas que marcaban el camino al Inframundo, detuvo su marcha.

—¿Ya estamos fuera? —preguntó al viento, y la respuesta llegó por sí sola.

Incapaz de creérselo, movió su cuello en todas las direcciones posibles, buscando algo que no podía ver.

Entonces me di cuenta. Su sombra continuaba unida a la cueva a través de la negrura que generaban ambas rocas, la que Eros sujetaba y la que yo había movido.

—No te gires. —Quise gritar, pero me encontraba tan débil que apenas pude sacar la voz.

—¿Qué sucede, Liz? —inquirió Henry, comenzando a dar la temida vuelta.

—¡No! —exclamé tan alto como pude.

A mi lado, Eros arrojó la roca que sostenía, buscando separar las sombras, y de inmediato otra comenzó a formarse en el aire, manteniendo unido el cuerpo estúpido humano a la caverna.

Entonces, el sol brilló con tanta fuerza que me cegó por un par de segundos. Por ende, lo siguiente que ocurrió no lo pude ver, pero lo percibí a la perfección. Alguien me levantó del suelo, y sin nada de delicadeza, me lanzó lejos de la entrada, antes que el astro volviera a ocultarse. Parpadeé varias veces, deshaciéndome de las chispitas que veía tras la exposición a la luz y examiné la escena.

Eros había empujado a Henry, para separarlo del Inframundo y su hija me había apartado de la entrada. Todo justo antes que un golpe seco anunciara que el camino hacia el reino de Hades

volvía a estar bloqueado.

—Más te vale que seas la reencarnación de mi madre o voy a lamentar el haberte salvado durante el resto de la eternidad —dijo Hedoné.

Su padre llegó a mi lado y me ayudó a sentarme, apoyando mi columna en una de las rocas que yo misma había movido.

Dejé escapar un cansado suspiro y me apoyé en él. A estas alturas, ya no tenía ganas de seguir peleando contra los dioses, solo quería que nos dejaran tranquilos.

Luego, llegó el esperado desenlace.

Las tres mujeres que habían precedido todo este drama se plantaron frente a Artemisa.

—Vamos a aceptar la solución alternativa. Desde este día no puedes volver a atentar contra la vida de ninguno de los mortales que participaron de este encuentro —anunciaron. El suelo volvió a temblar y la tierra se reacomodó, haciendo desaparecer la entrada al Inframundo—. Eris, tú recoge las rocas.

—¿Qué?! —exclamó la aludida.

—Tú las trajiste —se burló Eros. La risa contrajo mi abdomen, causándome un punzante dolor.

Con todo resuelto, las tres extrañas mujeres se esfumaron en el aire, sin tomarse la molestia de despedirse. Por su parte, Artemisa dejó escapar un bufido molesto antes de desaparecer.

Apolo fue el único que mostró señas de buena educación.

—Nos vemos por ahí —anunció casualmente, antes de irse.

La siguiente fue la diosa de la sabiduría, quien avanzó con solemnidad hasta quedar frente a mí.

—Me has conmovido, joven humana. Así que he decidido hacerte un regalo —dijo. Extendió su mano y se detuvo a escasos centímetros de mi frente. Sentí una repentina calidez envolver mi cuerpo y al instante, un suéter apareció encima de la ropa que llevaba puesta—. Te queda bien, pero recuerda, sólo podrás usarlo si muestras la misma convicción y valentía que me has demostrado hoy. Si tus pensamientos se inquietan o no posees la claridad mental necesaria, te será inútil.

Y con eso, se desvaneció.

—¿Qué me hizo? —pregunté.

—Te tejió un lindo regalo —contestó Eros.

Eché una mirada al obsequio que acababa de recibir. Era de un tono amarillo, casi dorado, y traía bordado el nombre de Atenea en tipografía griega y el dibujo de una lechuza. Definitivamente los dioses tenían que hacer algo con ese enorme ego que cargaban.

—Quien diría que Atenea tiene buen gusto para la moda —comentó una voz a mis espaldas.

Estuve a punto de saltar de felicidad, pero los golpes que había recibido me lo impidieron. Para compensar mi incapacidad, fue Fran quien se abalanzó sobre mí, dándome un fuerte abrazo.

—Ni se te ocurra volver a morirme, idiota —dije, recibéndola a pesar del dolor en mis huesos.

CUARENTA



La policía nos encontró poco tiempo después. La operación se retrasó un poco, ya que Eris puso de su parte para que la discordia se implantara entre los rescatistas, pero al final todo se solucionó.

A esas alturas del día, algunos periodistas estaban informando sobre otro terrible episodio de violencia de género, que había tenido por víctimas a una mujer, su sobrina menor de edad y una de las hijas del matrimonio.

Jane también había llegado, en compañía de Victor y Peter. Entregó la grabación a los investigadores, para que sirviera de ayuda en el esclarecimiento de los hechos, antes que se dictara sentencia

Lamentablemente, mi padre no fue a prisión inmediatamente. Quedó en libertad mientras la investigación siguiera en curso. La idea me fastidió, pero no todo podía ser perfecto y menos si estábamos hablando de la justicia humana, la cual contaba con demasiados desperfectos. Al menos, se decretó una orden de alejamiento para protegernos, supuestamente, de futuras agresiones. También se incautó el rifle y se extendió una prohibición para portar armas. A los médicos les sorprendió que hubiera podido llegar tan lejos con la gran cantidad de heridas que tenía sobre el cuerpo, pero aquello no fue nada comparado con el asombro que mostraron frente al estado de inconsciencia en que se encontraban mi madre y Vanessa, quienes no despertaron hasta el día siguiente.

Cuando me preguntaron al respecto, fingí haber sufrido amnesia, lo que llevó a los detectives a suponer que mi padre les había administrado una potente droga, cuyo origen era desconocido.

La verdad era que Eros resolvió el misterio mucho más rápido que las autoridades. Artemisa había utilizado las amapolas que cubrían la cama de Morfeo para hacerlas dormir. La lógica que regía el mundo de los dioses continuaba resultando impactante, pero al menos el misterio se encontraba resuelto para mí. Aunque, claro, no iba a compartir mi descubrimiento con la policía, prefería mantenerme lejos del manicomio.

Finalmente regresé a mi apartamento, pero esta vez no lo sentí como un fatídico regreso a mi triste rutina, sino más bien, podía verlo como la oportunidad de un nuevo comienzo. Y a diferencia de la última vez, en esta ocasión tuve una modesta fiesta de bienvenida.

—Solo compramos zumo —advirtió Nick, justificando la falta de alcohol en la mesa.

Solté una sincera carcajada.

—Es perfecto —contesté.

—¿Viste las noticias de hoy? —inquirió Peter—. Eres famosa.

Recibí el periódico que me ofrecía, abierto en una página en particular, donde podía leerse en letras grandes *«Heroica joven salva a su familia de su padre violentopadre»*. Me quedé en blanco, sin poder dar crédito a lo que leía. Después de tanto tiempo guardando silencio, todo el mundo iba a enterarse de lo sucedido. Levanté la vista y reparé en cada uno de los asistentes. Fran, Henry, Agnes, Agustín, Nick, Ann, Sandra, Peter, *el Tigre*, Victor y finalmente, mi hermana, Jane. Todos en la sala de un pequeño apartamento para estudiantes, con seis pizzas de tamaño familiar amontonadas en la mesa. Me costó creer que no se trataba de un sueño. Pero no, era real. Tan real que por primera vez me sentí agradecida de la vida y las personas que tenía a mi lado.

Entonces, unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Por un momento, creí que se trataba de otro dios dispuesto a arruinar mi felicidad. Sin embargo, Jane caminó hacia la entrada sin rastro de temor.

—Deben ser los invitados que faltan —comentó.

Para confirmar sus palabras, Eros y Adrian entraron con confianza.

—Trajimos las patatas —anunció el dios encubierto.

—Lamentamos la demora —dijo el descendiente de Hefesto, acercándose a mí para explicarme en voz baja—. El idiota pensó que sería divertido formar algunas parejas mientras iba en la moto.

—Puedo imaginármelo —repliqué, echándome a reír.

Nos acomodamos en el estrecho espacio que disponíamos y repartimos las pizzas, cortesía de Henry. Hablamos de temas sin importancia, dejando a un lado los terribles días que dejábamos atrás. Todavía tenía otra batalla personal con la que lidiar, mientras el asunto con mi padre no estuviera zanjado no encontraría paz. Pero sí podía velar por mí, no dejar que lo malo pesara más que lo bueno, ser más optimista y disfrutar de mis instantes felices, como el que estaba viviendo en ese momento. Todo el dolor que había sufrido me había enseñado a resistir y continuar adelante.

—Yo solo quiero saber porqué Cupido aún no deja caer sus flechas sobre mí —suspiró Sandra repentinamente, dejándome en shock.

—Ya sabes, de todos los dioses, el del amor es el más desgraciado —respondió Agustín—. Por eso necesita pañales.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —preguntó el dios en cuestión. Le di una patada a Eros por debajo de la mesa.

—Contrólate —murmuré entre dientes.

—Él empezó —replicó, en voz baja.

—Tú tienes veinte mil años y él solo veinte.

—¡No soy tan viejo!

—¿De qué están hablando? —cuestionó Jane.

—Yo solo digo que mi diosa favorita es Atenea —respondí rápidamente. A mi lado, Eros resopló molesto.

—¡Oh, sí! Ella es genial —agregó Fran, desviando la atención.

—Yo he escuchado que Apolo es guapísimo —comentó Ann—. Aunque no he visto a un dios griego nunca, no me molestaría conocerlo a él.

La única divinidad presente volvió a resollar.

—Sí, claro, Apolo siempre es el guapo y yo el tarado de las flechas —musitó tan bajo que espero que solo yo pudiera escucharlo.

—Seguramente yo me parezco a él —comentó Nick.

—No te pareces en nada —repuso rápidamente la divinidad del amor.

—¿Y tú cómo lo sabes? —interrogó el mortal.

—Yo creo que Apolo se parece más a Fran —dijo Henry, intentando salvar la situación, pero echándola más a perder.

—¿Es una broma? Estas comparando a tu chica con un hombre —dijo Ann.

—Lo que quiso decir es que se parece a Artemisa —intervine—. Porque ella y Apolo son mellizos, ¿no?

—¿Por qué no mejor hablamos de dioses mayas? —preguntó Adrian.

Fran, Henry y yo estallamos en carcajadas, pero apoyamos la idea. Ya había tenido suficiente

de mitología griega, por ahora.

Fin